


†
JHS
PERTANY
Á
FRANCISCO CODINA
Y SERT, PBRE.
Ex-
Libris
Bibliotec
Central
de la
Diputación
Provincial
de
Barcelona
Digitized by Google





CONFERENCIAS

ESPIRITUALES.

CONFERENCIAS

ESPIRITUALES

POR

EL R. P. FEDERICO GUILLERMO FABER

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA

SACERDOTE DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI DE LONDRES.



MADRID

LIBRERÍA DE LEOCADIO LÓPEZ, EDITOR

13, CALLE DEL CARMEN, 13

1888

MADRID. — ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

PREFACIO.

Durante los advientos, cuaresma y mes de María, he acostumbrado predicar en la iglesia del Oratorio sobre asuntos concernientes á la vida espiritual. Esas conferencias, dirigidas á oyentes conocidos personalmente desde hace largo tiempo, han sido más familiares, más íntimas, más afectuosas de lo que hubiera podido ser en otras condiciones. Gozaba la libertad más amplia que á un predicador le es dado disfrutar, hallándome seguro de no ser mal comprendido por mi auditorio habitual: de los extraños y oyentes por casualidad no me he ocupado. Algunas de esas conferencias escogidas tengo la satisfacción de ofrecer ahora á mis lectores, en la misma forma que fueron pronunciadas, si no recuerdo mal.

Mis notas ó apuntes son por lo común abundantes y muy detalladas: preparadas con la

anticipación de algunas semanas y aun algunos meses antes de subir al púlpito, las reviso antes de predicar y con mucha frecuencia las anoto inmediatamente después, cuando me parece que hay necesidad ó por lo menos conveniencia de introducir en ellas algunas variaciones; porque no hay nada como el calor de la pronunciación de un discurso para poner de relieve la falta de consecuencia ó la mala colocación de los pensamientos, y me he aprovechado de ese hecho. Luego, las notas han quedado arrinconadas meses y aun años, hasta que las he vuelto á revisar para su redacción. He adoptado ese uso para las materias concernientes á la vida espiritual, para evitar el ofrecer simples observaciones producidas por la impresión del momento, y con el objeto de dar á mis opiniones, sea cual fuere su valor intrínseco, la autoridad de juicios cuidadosamente comprobados, madurados por la experiencia y revisados escrupulosamente en diferentes circunstancias y disposiciones de ánimo.

En la elección de las materias de este volumen hay una especie de unidad general, y se verá que esas materias tienen relación unas con otras y que son propias de un grado, ó

cuando menos de un grupo particular de la vida espiritual. Encierran también ciertas miras sobre las relaciones de la gracia con el carácter natural, y sobre lo que podría llamarse el lado natural de la vida sobrenatural; miras que yo tengo por importantes en nuestra época, y á las que espero hacer justicia de una manera más completa en una obra separada. A propósito, pues, las he lanzado sin formularlas, aunque tengan un orden en mi espíritu, como un todo completo y reducido á un sistema.

Al prestarme con sumo gusto á la publicación de estas Conferencias, puedo decir que es debido á la persuasión de los demás, porque yo me hallaba retenido por el temor, por no decir la certidumbre, de no tener que esperar de la clase general de los lectores esa inteligencia de instinto y de afecto, esa simpatía de la voz y de la mirada, que bastan para tranquilizarme del temor de ser mal comprendido de los oyentes habituales que rodeaban el púlpito del Oratorio.

FEDERICO GUILLERMO FABER.

Oratorio de Londres.
Fiesta de la Inmaculada Concepción.
1858.



CONFERENCIAS ESPIRITUALES.

SOBRE LA BONDAD.

I.

DE LA BONDAD EN GENERAL.

La debilidad del hombre y su miserable condición de estar á merced de los accidentes exteriores de este mundo, han sido siempre un asunto favorito de declamaciones para los moralistas, y sus amplificaciones han sido tan exageradas, que hemos concluído por protestar contra semejante retórica. Sin género alguno de duda, el hombre es muy débil, no puede más que permanecer pasivo en una tempestad, ó huir en un temblor de tierra. Se encuentra muy embarazado para manejar un buque en un temporal ó en una tormenta, y no puede preservarse de la epidemia que infesta la población en que habita, ó su misma casa. El calor y el frío, la sequedad y la

lluvia, le dominan. Es más débil que el elefante, y una ráfaga de viento es suficiente para derribarle. Todo eso es muy cierto; más, sin embargo, el hombre tiene un poder considerable; y como poseedor del globo terrestre, se encuentra investido de derechos señoriales, por lo menos tan respetables y halagüeños como los que el propietario tiene sobre sus heredades en un país libre. Tiene sobre todo un poder en que no se fija bastante la atención, y del que ahora vamos á ocuparnos. Es el poder de hacer el bien en el mundo, ó al menos de disminuir bastante la masa del padecimiento para hacerle muy diferente de lo que es: ese poder se llama la Bondad. Como nuestra conducta con respecto á lo demás es la fuente más fecunda de nuestras penas más amargas, se sigue de ahí, que si la bondad fuese nuestra regla de conducta, el mundo actual sería completamente trastornado. Por lo general somos desgraciados, porque el mundo no tiene ni corazón ni piedad; pero si el mundo es así, lo es por falta de bondad en las unidades que le componen; es decir, en cada uno de nosotros. Aun cuando todo eso no fuese verdad más que á medias, siempre sería útil y conveniente el procurar formarse ideas claras y exactas sobre la bondad. Practicamos con más facilidad lo que claramente nos es conocido.

Desde luego debemos tratar de fijar qué es la bondad, porque á fuerza de ser de un uso diario las palabras, concluyen por no tener ya para nosotros más que una significación confusa: llegan á ser como cifras y signos simbólicos, y nos contentamos con la

impresión general que producen en nosotros. Veamos, pues, desde más cerca, qué es la bondad, y procuremos describirla lo mejor que podamos. La bondad consiste en el desbordamiento de sí mismo en los demás; es el colocar á los demás en el lugar de sí mismo, y en tratarlos como cada uno quisiera ser tratado. Nos traspasamos, por decirlo así, á otro, y por el momento nos vemos en él, y él en nosotros: nuestro amor propio se despoja de su forma, y se complace en olvidarse. Pero no podemos hablar de virtud, sin que eso nos conduzca al pensamiento de Dios. ¿Qué sería, pues, para el ser soberanamente dichoso y eterno ese desbordamiento de sí mismo en los demás? ¿Qué sería sino el acto de creación? La creación fué una bondad divina. De ahí dimana, como de su fuente, toda bondad creada, con sus influencias, sus dulzuras y todos sus desarrollos reales ó posibles. Hé ahí seguramente una genealogía honorífica para la virtud que nos ocupa. La bondad es además el sentimiento que nos hace acudir en auxilio de nuestros semejantes que le necesitan, y á ayudarlos en cuanto se halla en nuestra posibilidad. Pues bien, tal es la obra de los atributos divinos para con las criaturas: la Omnipotencia vela sin cesar en reparar nuestras debilidades: la justicia en corregir nuestros errores: la misericordia en consolar los corazones que nosotros hemos despedazado: la verdad repara constantemente las consecuencias de nuestra falsedad, y la ciencia infinita saca partido de nuestra ignorancia, como de un cálculo profundo. En una palabra, podría definirse la Providencia,

el auxilio constante que las perfecciones divinas prestan á nuestras imperfecciones, y la bondad es nuestra manera de imitar esa acción divina.

La bondad es también semejante á la divina gracia, porque da á los hombres lo que ni su naturaleza ni sus recursos personales pueden darles. Lo que les da es alguna cosa que les falta, algo que debe venir de otro, como, por ejemplo, un consuelo. Además, la manera con que da, es un beneficio real, mucho más precioso que el don mismo. ¿Luego no es eso un emblema de la gracia? La bondad lo dulcifica todo. La bondad es la que convierte en flores la savia de la vida, y la da sus colores deliciosos y sus perfumes balsámicos. Ya sea atenta con los superiores, ya llegue á ser la sirvienta de los inferiores, ya se familiarice con los iguales, sus procedimientos están marcados por una prodigalidad, que la más estricta discreción no podría vituperar. Lo que hace supérfluo, una vez cumplido, parece que no había nada más necesario en el mundo. Si consuela una pena, hace algo más que calmarla: si alivia una necesidad, no puede contenerse, y va mucho más lejos: su manera de hacer es una ventaja inapreciable. Puede ser económica en sus dones; peró nunca lo es en dar. Pues bien; ¿qué es todo eso sino una profusión del gobierno divino? Tan cierto es, que á donde quiera que volvamos la vista, encontraremos la bondad enlazada con el pensamiento de Dios. En último resultado, el impulso secreto, el instinto que nos hace obrar por bondad, es la porción más noble de nosotros mismos, el vestigio más incontestable de esa

imagen de Dios, que nos fué dada en el origen. No debemos, pues, mirar la bondad como un desarrollo común y vulgar de nuestra naturaleza: es la gran nobleza de la humanidad, que por todas partes deja vislumbrar su tipo celestial y sus ramificaciones con los misterios eternos: es algo que tiene más de Dios que del hombre, ó por lo menos que sale del alma humana, justamente en el lugar en que la imagen divina ha sido más profundamente grabada.

He aquí lo que es la bondad. Ahora, para tener de ella una idea todavía más clara, consideremos su obra en el mundo. Hace la vida más soportable: la vida, esa carga que pesa de una manera tan abrumadora sobre las multitudes de los hijos de los hombres; ese yugo, con frecuencia tan diferente de los yugos ordinarios, que la costumbre aligera ó que la familiaridad hace más soportable; ese yugo, que la mano del tiempo aprieta con todo su poder sobre los hombres tanto más magullados, cuanto son más sufridos; la vida... ¿para cuántos no es casi insoportable? Pero sin recurrir á esos casos extremos, el pecado, por sí solo, bastaría para hacer la vida intolerable al hombre virtuoso. Para eso no hay necesidad de que el pecado sea actual; la simple posibilidad, el peligro, la facilidad de caer, la tentación, el ejemplo tan multiplicado en derredor nuestro, el estado abominable de gentes que nos son infinitamente superiores, todo eso bastaría para que la vida apurase hasta la última gota de nuestra paciencia. En todos esos casos, la misión de la bondad debe ser el hacer la vida más soportable, y ordinariamente no lo con-

sigue, sino en parte; por lo menos tiene asegurada una suma de triunfos.

Es verdad que más bien que á los demás, nos hacemos desgraciados á nosotros mismos. Una gran parte de las penas ó pesares que nosotros nos creamos, proviene de que los acontecimientos de la vida rozan nuestros sentimientos en su materia de justicia, y ese frote ó roce incesante del mundo, no deja jamás que se cure la llaga. Hay gentes, cuyos talentos quedan completamente paralizados ó perdidos para el mundo por esa especie de acerbidad en sentir la injusticia. Atraviesan la vida como un naufragio, como si el viento de la injusticia soplando sobre ellos ó sobre otros, les hubiere desconcertado y arrollado. Adoptan una línea de conducta, y no saben mantenerse en ella, recelosos como los caballos que se espantan y se encabritan de cualquier objeto que ven en el camino. Habrá en ellos genio y disposición, y mueren sin haber producido nada. Para esa especie de enfermos, la bondad ofrece tambien remedios. Cada buena acción solitaria que se ejecuta por el mundo, contribuye activamente en su esfera de influencia, á restablecer el equilibrio entre el bien y el mal. Cuantas más obras buenas hay sobre la tierra en un momento dado, más tiende á restablecerse el equilibrio entre lo justo y lo injusto, ó más bien la ventaja está del buen lado, porque la bondad contrae alianza con la justicia para combatir el mal y desterrarle de la tierra. La justicia es una virtud necesariamente agresiva, y la bondad es la amabilidad de la justicia.

Consecuente con su divino origen y con su genealogía, que se remonta al primer acto de la Creación, esa dulce virtud es fiel en no apartarse jamás del plan primitivo del Dios Criador: quería que el mundo fuese dichoso, y la bondad lo quiere también; daba el medio de ser feliz, y la bondad forma parte considerable de ese poder; por su bendición, mandaba á la creación que fuese feliz, y la bondad emplea todos sus medios de indulgencia y de persuasión para atraer al mundo rebelde al mandamiento divino. Dios considera al mundo caído y se arrepiente de haber formado al hombre, y la bondad fija su mirada no tanto sobre la ruina de la idea primitiva de Dios, sino sobre esa idea misma en su magnificencia; pone manos á la obra, purifica lo que está manchado, y restablece lo que se halla borrado; desaloja al pecado, más, como los corazones generosos y confiados, encuentra siempre en su pena el motivo más poderoso de actividad, se afana en más de mil lugares, pero su trabajo es por todas partes el mismo, el de conducir al mundo de Dios á su designio primitivo.

Pero mientras la bondad se pone de ese modo al servicio de Dios Criador, no es menos activa y eficaz en allanarle el camino en su calidad de Salvador. Procura constantemente atraerle almas extraviadas, abrirle corazones que parecían obstinadamente cerrados, iluminar entendimientos voluntariamente obscurecidos é introducir hábilmente el socorro de la esperanza en plazas que la desesperación iba á hacer capitular. Bajo su influencia, la debilidad cobra

ánimo, el valor llega á ser más generoso, y la generosidad más heróica. Por todas partes la bondad se muestra mejor obrero de la Preciosa Sangre. Con frecuencia nuestra propia conversión data de algunos actos de bondad ejecutados ó recibidos, y probablemente, la mayor parte de los arrepentimientos han venido con ocasión de algunas bondades que han tocado el corazón, menos porque eran inesperadas, cuanto porque se tenía la conciencia de que eran poco merecidas. Sin duda los terrores del Señor suelen ser el principio de esa sabiduría que se llama conversión; pero es preciso asustar á los hombres con bondad, porque de otro modo, el temor no haría más que infieles. La bondad ha convertido más pecadores que el celo, la elocuencia ó la instrucción: y esas tres cosas jamás han convertido á nadie sin que la bondad haya tenido alguna parte en ello. En una palabra, la bondad nos hace como dioses á los unos para los otros; y sin embargo, al elevarnos á tanta altura, nos retiene dulcemente en la humildad, por el sentimiento continuo que un buen corazón tiene de que lo que le falta de bondad le rebaja constantemente en su propia estimación. No hay corazones que menos puedan pasarse sin bondad que los que se desbordan de ella.

Pero consideremos nuestro asunto bajo otro punto de vista. ¿Cuál es el efecto de la bondad sobre los que son objeto de ella? ¿Hemos mirado su oficio en grande escala en el mundo entero? Estrechemos ahora nuestro campo de observación, y veamos su obra sobre los objetos que están más inmediatos á

ella: lo que advertimos desde luego, es el poder inmenso de la bondad, para hacer resaltar lo que hay de bueno en los caracteres. En casi todos los hombres hay mucho más bueno de lo que las relaciones ordinarias de sociedad nos permiten descubrir. En efecto, por algunas expresiones mal contenidas, y por algunas otras señales, recogidas por acá y por allá, podemos juzgar que la mayor parte de los hombres se llevan al sepulcro una buena parte de nobleza que no ha encontrado en donde desarrollarse. Es muy raro el que la vida sea bastante variada y fecunda en aventuras, para permitir al hombre desarrollar todo cuanto hay en él. Una criatura á quien haya cabido en suerte la vida eterna, en sesenta años apenas tendrá el espacio justo para presentar algunos fragmentos de lo que puede ser y llegar á ser. Además, ¿quién ignora que hay muchos caracteres, aun viciosos y desagradables, capaces de desarrollarse bajo la influencia de algunos rayos de bondad? Entonces se ve á la generosidad, joven y vigorosa, desprenderse de una masa de pequeñeces que la ahogaban; sentimiento de pudor, sobreviviendo á años de pecado, salen de repente de sus secretos atrincheramientos; diversas virtudes cobran vida, y desde la cuna bastan para sofocar costumbres contraídas desde veinte años antes. Es asombroso el ver los recursos que la gracia puede descubrir en los sujetos que prometen menos. Si se reflexionase en ello tanto como el asunto lo merece, eso solo bastaría para hacer que cambiasen nuestras ideas sobre el mundo. Pero la bondad no revela solamente esas cosas al ob-

servador que estudia el mundo; revela también el hombre á sí mismo; despierta de su largo letargo el respeto de sí mismo, que hace que bien pronto se una á la gracia, y se purifique con su contacto; en eso hay algo más que revelación, hay desarrollo. La bondad da vigor y savia á las disposiciones virtuosas que se acaban de descubrir; las suministra ocasiones, las ejercita y las instruye; enseña al alma que se regenera á obrar con arreglo á principios elevados y por motivos generosos; protege y defiende á la convalecencia moral de los riesgos que la rodean. Con frecuencia, un acto de bondad es el que levanta en su caída á un guerrero, que después ha muerto á millares los enemigos de su Señor, y ha concluído por entrar como vencedor en la ciudad celestial, acogido con las aclamaciones de los santos y con las felicitaciones de su Soberano Rey.

No carecería de probabilidad el pretender que á cada hombre á quien se da una muestra de bondad, se le ahorra un pecado. Si considero á la tierra en cualquier momento que sea, veo en espíritu millares de ángeles que siguen á los hombres á través de la multitud, y que impiden el pecado por todos los medios imaginables que pueden conciliarse con el libre arbitrio. Veo también la gracia que desciende indivisiblemente del seno de Dios, dirigirse sobre las almas y envolviéndolas para destronar al pecado. Sólo en las soledades de los desiertos, en los océanos y en los hielos polares, es en donde no se manifiesta. Pero veo operando con la gracia y los ángeles, una tercera banda de pequeños seres, de faz visible, re-

voloteando por todas partes, haciendo reir á los tristes, tranquilizando á los que se hallan incomodados, conteniendo los suspiros de los enfermos, infundiendo un rayo de esperanza en los ojos del moribundo, dulcificando los corazones ulcerados, y apartando diestramente á los hombres del pecado en el momento de irle á cometer. Parecen dotados de un poder extraño, se hacen escuchar en donde los ángeles han tenido mucho que hacer para ser oídos, y se insinúan en corazones, á cuya puerta la gracia ha tenido que detenerse, prestar paciencia y alejarse. Mas apenas se ha abierto la puerta para ellos, esos mensajeros velados del buen Dios, han vuelto á partir con raudo vuelo para volver á traer la gracia. Pueden desempeñar todos los papeles: hoy espías de la gracia, mañana sus zapadores, otra vez su caballería ligera ó su cuerpo de ejército; siempre en lo más recio del combate, pero que desde hace más de cinco mil años apenas saben lo que es una derrota. Esos pequeños seres son los actos de bondad que se alistan en el servicio de Dios desde la mañana hasta la noche, y la segunda obra que les está confiada, es la de disminuir el número de los pecados. El alma no tiene privilegios comparables al de disminuir el número de sus faltas, y eso está casi diariamente en nuestro poder, y quizá muchas veces durante el día.

Una cosa más que la bondad opera en el corazón de otro, es el alentar los esfuerzos virtuosos. Los hábitos ó costumbres del pecado dejan en pos de sí más de un legado bien triste, aun cuando estén ya destruídos; una de las porciones más funestas de esa



herencia, consiste en el desaliento. Hay pocos obstáculos que opongan tanta resistencia á la gracia, sin exceptuar hasta á la obstinación. Podemos ver caer un diluvio de gracia sobre un alma desalentada, sin que dé señales de retorno á la vida. La gracia pasa por encima, como la lluvia sobre un tejado. Que tome la forma de humor negro, de letargía ó de ilusión, el desaliento exige un sitio en regla, por parte de la misericordia divina, de otro modo se sostendrá hasta el extremo. Todos necesitamos que se nos aliente para hacer el bien. El sendero de la virtud, aun cuando no nos conduzca á las alturas, es áspero y pedregoso, y cada etapa es algo más larga que nuestras fuerzas, sin que tengamos medio de acortarlas. Las veinte y cuatro horas son las mismas para todos, á menos que, para el ocioso, el fastidio y la monotonía, no las hagan contar como treinta y seis. Es muy posible que améis á Dios; le amáis realmente, y tenéis siempre ante vuestra vista motivos elevados: más á pesar de eso, debéis conocer que bien pronto os sentiréis acometidos del cansancio, y que esa fatiga regularmente irá en aumento con los años: pues bien, acordaos de que para vos fué una prueba muy dura la falta de simpatía, y de que entonces todo os parecía ilusión, porque no había nadie que os alentase. ¡Ay! ¡Cuántos corazones nobles han sucumbido bajo ese peso abrumador, que á pesar de todo no tiene nada de degradante! ¡Cuántos planes para la gloria de Dios fustrados por la falta de una sonrisa ó de una mirada amistosa! Pero estábamos á nuestro negocio, y no nos ocupábamos

del de los demás: quizá una hebra de envidia nos ha vuelto fríos y propensos á censurar, por manera que no hemos concedido á nuestro hermano, ó por mejor decir, á Nuestro Señor, ese auxilio tan fácil. ¡Cuántos establecimientos para socorro de los pobres, ó para la salvación de las almas han decaído, más bien por falta de simpatía que por falta de dinero! ¡La simpatía! cuesta tan poco..... y sin embargo, por no encontrarla, ha habido sacerdote que cediendo á su desaliento solitario, ha concluído por deponer las armas, y sin culpa suya ha dejado que los lobos penetren en el pequeño redil que su Maestro y Señor le había confiado con tanto amor!.... ¡Oh!.... ¡qué maldición es la dureza! Cuando pienso en la Preciosa Sangre, me siento más tranquilo en cuanto á mis pecados para el día del juicio, que en cuanto á mi dureza, con todo su numeroso séquito de consecuencias fatales. Pero si no podemos figurarnos la extensión de los estragos causados por la dureza, tampoco podemos apreciar mejor los resultados de la bondad. A veces un corazón se halla próximo á sucumbir, y se marchita cada vez más: la nube de la tristeza se condensa: las tentaciones se multiplican y aumentan á cada momento; todo presagia una caída. Mas he ahí, no digo una acción ó una palabra de bondad, he ahí un simple tono de voz, una simple mirada que ha hablado de simpatía al pobre corazón y todo se ha remediado. No ha sido necesario más que un rayo de humanidad para hacer que reviva el alma abatida, y para alentarla á que vuelva á emprender sin vacilación y sin re-

plicar el camino que en su desaliento había casi abandonado. La falta hubiera podido ser para esa alma el primer paso que la hubiera conducido á una pérdida irremediable, y el aliento que la ha salvado será tal vez el primer eslabón de la cadena, que se llamará perseverancia final cuando haya llegado á toda su longitud.

Hay pocos hombres que puedan pasarse sin la lisonja, y es muy raro el que un hombre pueda ser alabado desinteresadamente. Esa es una dificultad: mirar con indulgencia todas las debilidades humanas, es prueba de cordura, pero no se las debe adular. Hay gentes que pueden pasarse sin la alabanza de los demás, porque ellos se aplauden constantemente á sí mismos; su vanidad les hace contentarse con eso, y de todos los vicios, la vanidad es el que más satisface. Pero desgraciadamente es un vicio: hay quien quiere pasarse sin elogio, y sin embargo, es acre y duro en sus juicios, lo cual muestra que su gracia no se remontaba á grande altura. Otros consiguen pasarse sin alabanza porque son enteramente de Dios: más ¡ay! no se necesitaría mucho tiempo para formar el censo de esa parte de la población del globo. A casi todos los hombres les es necesaria la alabanza, sin la cual todas sus fuentes se agotan. Los que tienen autoridad lo saben muy bien, deben aprender á alabar sin que lo aparenten. Pues bien, la bondad tiene toda la eficacia de la alabanza sin ninguno de sus defectos, y todas las virtudes medicinales sin el veneno. Cuando nos alaban, siempre es á expensas de alguien, y ese alguien so-

mos nosotros; mientras que la bondad no se hace pagar, enriqueciendo al que es pródigo de ella. La alabanza tiene siempre algo de protección y una especie de condescendencia poco graciosa en el fondo, mientras que la afabilidad es la actitud más agradable que un hombre puede tomar con respecto á otro. Puede, pues, decirse, que una de las funciones de la bondad es la de hacer las veces de la alabanza: y en realidad, es la única especie de alabanza que no causa daño, la única que es verdad por todas partes, siempre verdad: la única que una alma que teme el amor propio puede aceptar con toda seguridad.

Además, la bondad se gana: una buena acción no va jamás sola; la fecundidad la pertenece de derecho; una conduce á otra, y nos impele indefinidamente. Nuestro ejemplo le imitarán otros, y ese acto único echa raíces en todas direcciones; y las raíces producen nuevos vástagos que llegarán á ser árboles con un desarrollo tan extenso como rápido. No solamente se muestra esa fertilidad en nosotros ó en los que siguen nuestro ejemplo, sino sobre todo en la persona misma que ha sido objeto del beneficio. La obra maestra de la bondad es en efecto el implantarse en los que reciben sus frutos y hacerlos también benévolos. Los hombres mejores son los que han encontrado más benevolencia. Según la ley que hace que las naturalezas nobles sepan sacar el bien del mal, se encuentran á veces hombres que después de haber tenido que sufrir la indiferencia de los demás, son pródigos de su benevolencia cuando les es

posible. Pero por regla general, la bondad es la que produce la bondad. Así como llegamos á ser mejores poniendo en práctica la benevolencia, así también las personas á quienes hacemos bien aprenden á ser benévolos, ó si lo eran antes, á serlo más. De ese modo se propaga la bondad por todas partes, quizá ninguno de sus actos se pierde, y su influencia extiende insensiblemente sus ondulaciones más allá de los siglos. Por todos esos motivos se ve que el mayor servicio que puede prestarse á cualquiera es el manifestarle benevolencia. Después de la gracia de Dios, no hay nada más precioso para él.

Hay siempre una especie de egoísmo en la vida espiritual: el orden de la caridad lo quiere así; y lo que tenemos que considerar primero es la gloria de Dios, en la salvación personal de nuestras almas. Es preciso pasar por ello, y si no se sigue ese orden, todo es quimera y presunción. Por eso, al hablar de bondad, es oportuno examinar lo que opera por nosotros y para nosotros. Ya hemos visto lo que hace por el mundo y por nuestro prójimo; veamos ahora las bendiciones que nos hace. La dulzura para con nosotros mismos es uno de los rasgos particulares de la vida espiritual, pero no es de eso de lo que tenemos que ocuparnos por el momento, podemos, pues, colocar en primera línea entre los provechos personales, actos de benevolencia que contribuyen á desembarazarnos del egoismo. La tendencia á nuestro amor propio, parece menos una ley que una costumbre de nuestra naturaleza. Una conducta opuesta tiende á debilitar esa tendencia, lo cual no ten-

dría lugar si fuese una ley. Además, la benevolencia, bien sea por el placer que produce el ejercerla ó por su semejanza con Dios, ó bien por consecuencia de las bendiciones que atrae, tiene una tendencia muy rápida á transformarse en costumbre. Como el egoísmo es un punto de vista bastante general para nosotros, la benevolencia cambia nuestra manera de ver, desalojando nuestro punto de vista. Pues bien, ¿hay nada que nos fatigue tanto como nuestro egoísmo? ¿Hay nada que retarde tan realmente nuestro progreso espiritual? Sin duda nos suministra una ocasión solemne de aborrecernos, pues tan odiosa es la idolatría del yo mismo; pero ¡cuán pocos tenemos bastante entendimiento y valor para aprovechar esa maravillosa ocasión! De todos modos, es preciso abatir el egoísmo si queremos progresar en el bien. Dirijamos contra él un nutrido fuego de actos caritativos, y si no muere, quedará por lo menos aturdido con el golpe, lo cual siempre será una ventaja, aunque deje mucho que desear. Quizá no consigamos nunca el desprendernos completamente de nosotros mismos; pero siempre nos convenceremos de que el único camino á eso, es la bondad; y cada movimiento que se haga en ese sentido es un gran paso hacia el cielo.

Diríase que la benevolencia conoce un manantial secreto de gozo en las profundidades del alma, y que no puede tocar á él sin que se inunde el corazón. Una felicidad íntima sigue siempre á una buena acción. Pues bien; ¿quién no ha experimentado que un sentimiento de felicidad es la atmósfera en don-

de se hacen las cosas grandes para Dios? Además la bondad es una ocupación que nos acerca constantemente á nuestro Criador, y que supone muchas operaciones sobrenaturales en los que se dedican á ella por motivos de fe. Una multitud de gracias, más de las que se necesitarían para formar un santo, la acompañan ó la siguen. La experiencia parecería probar que la benevolencia no brota espontánea y naturalmente en el terreno de la juventud. Nos hacemos más benévolos según vamos avanzando en edad, y aun cuando indudablemente se encuentran naturalezas bien dispuestas desde la cuna, rara vez se ve á un joven ó á una joven, verdaderamente serviciales. Y del mismo modo que en el mundo natural la bondad supone cierta edad, en el mundo espiritual supone cierta gracia. No pertenece al primer fervor, sino á la madurez; y en realidad, la bondad cristiana supone un grado de gracia, que casi garantizaría la práctica de la humanidad. Un orgulloso rara vez es benévolo; pero mientras que la humildad nos dispone á la bondad, ésta nos hace humildes, y es uno de los numerosos ejemplos que prueban que las virtudes y las buenas cualidades son alternativamente efecto y causa unas de otras, y que se reproducen espontáneamente. Decir que la humanidad es una virtud fácil de adquirir, sería una locura: el primer escalón es muy difícil de subir; pero puede decirse, en elogio de la bondad, que es para ella el camino más seguro y más fácil. Pues bien; ¿no es precisamente la humildad lo que necesitamos, lo que deseamos, lo que debe

romper nuestras barreras, y ponernos en disposición de dirigirnos más libremente á Dios?

La bondad nos proporciona tantos bienes, que quizá sería más fácil decir lo que no hace que formar el resumen exacto de sus beneficios. Opera más sobre unos caracteres que sobre otros, pero en todos produce maravillosas transformaciones. Ella es la que ayuda á la mayor parte de los hombres á despojarse de lo que la juventud tiene de poco complaciente y de lo que la edad madura tiene al principio de despreciativo. No podría creerse cuán poderosa y dulce es á la par que enérgica y apacible, constante y afortunada en su influencia sobre nuestras disposiciones, y cuán reflexivos y considerados nos hace. Puede suceder, que algunos actos aislados de benevolencia sean el fruto de un impulso pasajero; sin embargo, aquél cuyos impulsos son buenos, no puede dejar de ser bondadoso. En el fondo y á la larga, los hábitos de benevolencia llegan á ser un progreso sólido y voluntario en la generosidad, más bien que una simple serie de movimientos generosos. La constancia y la firmeza en semejantes hábitos suponen una reflexión seria, resolución y espíritu de sacrificio. La mayor parte del tiempo nuestra posición exterior es tal, que sin culpa nuestra nos encontramos fuera de estado de proseguir, como sería de desear, en el bien que quisiéramos hacer: es preciso, pues, acomodarnos á las circunstancias, economizar nuestros recursos, aprovechar las ocasiones, y por una obra maestra de gracia, saber esperar y tener paciencia para hacer el bien á los demás.

Todos esos obstáculos hacen nuestra bondad más atractiva: eso da un colorido de sensibilidad á nuestro carácter, cuyas asperezas desaparecen, y una sombra de seriedad á nuestros corazones para realzar su belleza. Otro efecto de la bondad es el hacer nuestras virtudes más viriles: hace desaparecer ese tono doliente que es el lado desagradable de la piedad que comienza: la queja podrá sobrevivir, y la edad y el padecimiento sostenerla á flote: pero de todos modos se oculta por largo tiempo, la marea alta de la generosidad encubre nuestros bajíos y las arenas insignificantes de nuestra infancia espiritual; más tarde, en nuestra ancianidad, se manifestarán todavía por algunos remolinos de agua turbia, á menos que no seamos bastante afortunados para contarnos en el corto número de aquéllos cuyo corazón se rejuvenece á medida que la cabeza encanece. Un hombre de bien, jamás se ocupa de sí mismo; es jovial, simpático y valiente. En una palabra, ¿cómo hemos de expresar todos los bienes que nos vienen de la bondad? Su práctica nos prepara de una manera especial á las vías del amor puro y desinteresado del mismo Dios.

Seguramente, no podemos decir que este asunto es poco importante; es en realidad, como lo demostraremos en las próximas Conferencias, una parte considerable de la vida espiritual. En todas las regiones de la espiritualidad, la bondad encuentra un sitio para sus diferentes funciones, y en ninguna parte desempeña un papel inferior. Es, además, una participación especial en el espíritu de Jesús,

vida de toda santidad. Reconcilia á los mundanos en el hombre religioso; y por más despreciables que sean los mundanos por sí mismos, como tienen almas que salvar, sería de desear el que las personaas de piedad condescendiesen en hacer su devoción menos angulosa y menos agresiva, cuando puedan hacerlo sin relajación y sin concesión de principios. Considerados como clase, no es entre los devotos en donde debe buscarse la bondad dulce y amable. Escandaloso es decirlo; pero como hay mucho menos escándalo en la confesión que en el hecho mismo, quiero aventurarme, para el mayor bien, á decir que las gentes religiosas tienen por lo general alguna dureza. ¿Qué queréis?.... Nuestra pobre naturaleza no puede hacerlo todo á la vez, y con demasiada frecuencia se deja la bondad sin cultivo, como un campo cuyo valor se desconoce. De ahí proviene el qué á veces se vea alguna persona caritativa, compasiva y sensible, sin tener ese perfume de amabilidad y de delicadeza, que constituye la bondad tal como nosotros la entendemos. Añadamos ese aroma á las gracias de elección que tal vez poseamos, y convertiremos diez personas, en donde las preocupaciones de uno solo nos dan ahora bastante hebra que torcer. Si hay en la devoción una especie de egoísmo espiritual, que menos debe condenarse que sentirse, no me inclino á pensar que ese mal sea irremediable; y seguramente puede hacerse de manera que el cuidado de sí mismo no perjudique á una exquisita bondad: para eso no se necesita más que un pequeño esfuerzo y vigilancia. La bondad, cierta-

mente, como gracia, no está bastante cultivada, mientras que las porciones de la vida espiritual que nos repliegan sobre nosotros mismos para recogernos, estudiar nuestro interior y guardarle, lo son demasiado exclusivamente.

Considerada bajo su verdadero punto de vista, la bondad es la gran causa de Dios en el mundo. Allí en donde es natural, es preciso sobrenaturalizarla, y en donde no es natural, es preciso implantarla sobrenaturalmente. ¿Qué es nuestra vida sino una misión de ir por donde quiera que pueda llegar, para reconquistar el dominio de este desgraciado mundo, á la beatitud divina? Eso debe ser un sacrificio de nosotros mismos, en honor de la vida divina, por el maravilloso apostolado de la bondad.

II.

BONDAD EN PENSAMIENTO.

Por todas partes, en la Creación, se encuentra un encanto cuya suerte es invisible. Se le encuentra lo mismo en el mundo natural que en el mundo moral ó en el mundo espiritual: y generalmente lo atribuimos á causas que no son sino sus efectos: sólo la fe nos revela su verdadero origen. Dios se halla oculto por todas partes, y su dulzura se abre paso á través de las obscuras sombras que le ocultan á la vista, se esparce por la superficie, se desbarra, é invade suavemente el universo. La dulzura de Dios oculto, es el júbilo de la vida, la sonrisa de la naturaleza, y el consuelo por todas partes presente en el padecimiento. Ese Dios le tocamos, nos apoyamos en él, le sentimos, vemos por él; él por donde quiera, y siempre él. Y por eso, se hace tan natural para nosotros, que, por decirlo así, apenas fijamos en él nuestra atención. Su presencia es como la luz cuando no vemos la faz del sol; como la luz esparciéndose unas veces por los peñascos de las altas montañas,

deslizándose otras por entre las nubes desgarradas, ó abriéndose paso á través de la bóveda ondulante de los bosques, ó jugueteando con sus plateados rayos sobre el profundo azul de los mares, entre las rocas y las plantas marinas. Sin embargo, todas las cosas no ofrecen un paso igualmente fácil al rayo divino: hay medios más ó menos transparentes, más ó menos opacos: hay unas cosas más poderosas que otras para reflejar á Dios. Pues bien, en el mundo moral que por el momento nos ocupa, los pensamientos benévolos tienen el privilegio particular de hacer que penetre en nosotros la luz del Dios oculto.

Los pensamientos de los hombres son todo un mundo inmensa é infinitamente múltiples: hasta los de cada individuo son un mundo para él; un mundo asombrosamente extenso, aun cuando se trata de un espíritu estrecho. Así, mientras existimos, tenemos un mundo interior que gobernar, y sólo es rey aquél que le gobierna en efecto. Sin género alguno de duda, las cosas exteriores ejercen sobre nosotros grande influencia, y nuestras disposiciones naturales dependen en gran parte de nuestra educación. A pesar de eso, en lo interior es en donde se forma el carácter, en el mundo de nuestros pensamientos es elaborado, y allí debemos acudir para obrar sobre él. El que es dueño ó señor en lo interior, lo es por todas partes, y aquél cuya energía no es desbordada por sus pensamientos, aquél que ha aprendido á dominarlos, se posee y se gobierna por completo.

Como las fuentes de la palabra y de la acción salen de las cavernas secretas del mundo del pensa-

miento, apoderarse de esas fuentes es hacerse dueño de la plaza. El poder de sufrir, mercancía tan importante en la vida, se manufactura también en el mundo del pensamiento. En fin, la unión de la gracia y de la naturaleza es el mundo de nuestra vida, la palabra de nuestra vocación. El punto en donde la gracia y la naturaleza se reunen, es diferente en todos los hombres, y ese punto es el que decide la forma de nuestra obra y el rasgo distintivo de nuestra santidad. El convencimiento de ese punto envuelve no solamente la inteligencia de nuestro pasado, sino también una visión bastante clara de nuestro porvenir, sin contar con que es la luz del presente. Pues bien, la unión de la naturaleza y de la gracia se opera, en gran parte, en el mundo del pensamiento.

Iré aun más lejos y me aventuraré á combatir una opinión común: me parece que nuestros pensamientos son nuestra medida más bien que nuestras acciones. No están supeditados por el respeto humano: les es muy difícil ruborizarse de sí mismos: no tienen otro testigo que Dios: no están obligados á restringirse ni á guardar consideraciones. Sólo los motivos religiosos pretenden tener alguna jurisdicción sobre ellos: el combate que con frecuencia sostenemos con nosotros mismos, largo tiempo antes de que nos decidamos al deber, pasa enteramente en el campo del pensamiento: es nuestro secreto, y nadie se halla en el caso de hacernos sonrojar. La contradicción que con tanta frecuencia se observa entre nuestras acciones exteriores y nuestras inten-

ciones íntimas, no puede ser descubierta sino en el reino de nuestros pensamientos, en donde nadie más que Dios puede penetrar si no es por conjeturas que ofenden la caridad, aun cuando la casualidad haga que se acierte. Como el primer movimiento da á veces una idea más exacta de nuestro carácter que lo que hacemos con premeditación, del mismo modo nuestros primeros pensamientos nos revelarán con frecuencia malas disposiciones que, obstáculos exteriores impiden convertir en actos: y mientras que nuestras acciones encuentran trabas por de fuera, nuestros pensamientos nos descubren con más fidelidad hasta á donde podemos llegar, tanto en el bien como en el mal. En un sentido, es muy cierto que el esfuerzo concienzudo por el cual se combate un defecto, indica mejor cuál es nuestro carácter, que el defecto contra el cual nos hemos estrellado hasta aquí. Sin embargo, podemos morir á cada momento, y entonces la muerte nos sorprende tales como somos. Así, nuestros pensamientos nos dicen con más exactitud que nuestras acciones, lo que seremos en el momento que seguirá á la muerte. En fin, en el mundo del pensamiento es en donde nos encontramos con Dios, como nuestros padres le hallaban en los sombríos paseos del Edén: allí es en donde oímos el soplo de su palabra; allí es en donde sentimos el perfume de su paso, y de allí, las primeras vibraciones de la gracia se esparcen por todo nuestro ser.

Luego si nuestros pensamientos son tan importantes, y si, por otra parte, la bondad tiene el alcance que se la ha asignado en la Conferencia anterior,

se sigue que los pensamientos benévolos son de una consecuencia inmensa. Si alguno tiene la costumbre de pensar en los demás con bondad, y eso por motivos sobrenaturales, no está muy distante de ser santo. Un hombre de ese temple no es solamente benévolo por acceso ó por casualidad: sus primeros pensamientos son caritativos, y no se arrepiente de ellos aun cuando le acarreen una serie de padecimientos y de disgustos. Todos sus demás pensamientos tienen la misma tendencia, y no pasan sin cesar de lo blanco á lo negro; aun cuando pasiones repentinas y choques violentos vengan á ponerlos en movimiento, se calman de una manera suave por los demás, y eso invariablemente. Esos hombres son muy raros, porque la bondad en pensamiento es más rara que la bondad en palabra ó en acción. Ella supone que se piensa mucho en los demás, de lo que se encuentra poco: supone que se piensa en los demás sin criticarlos, lo cual es todavía mucho más raro. Las gentes activas son las más inclinadas á la crítica; son espíritus cuyo pensamiento se desborda. En semejante caso, es necesario hacer de modo que los pensamientos de caridad formen un valladar contra sí mismo. Dulcificando los pensamientos en su origen se corregirá la amargura de los juicios.

Pero la bondad en pensamiento supone también un contacto con Dios, un ideal divino en nuestras almas: no puede venir de una fuente menos alta, como tampoco el amor de la belleza. No puede ser dictada por el interés personal, ni estimulada por la pasión; no tiene nada de insidiosa, pero abre siempre el



camino á algún sacrificio. Bajo el dedo de Dios debe brotar semejante fuente. Puede vivir entre las densas nieblas de la tierra, porque respira el aire refrigerador de los cielos; es el perfume que penetra á la criatura cuando el Criador vive en ella: supone también hábitos diametralmente opuestos á una mira superficial de todas las cosas. Nada da tanta profundidad al espíritu como una costumbre de caridad. Esa virtud no puede contentarse con superficies: por instinto es preciso que llegue hasta las raíces, para encontrar en ellas alimentos. Pues bien, en el hombre las superficies son generalmente peores que sus profundidades reales: en eso puede haber algunas excepciones, pero me parece que son muy raras; sólo nuestro yo es el que no gana con un conocimiento más amplio. Nuestras miras más profundas de la vida son indudablemente bien superficiales: porque ¡cuán poco sabemos acerca de lo que Dios pretende hacer de este mundo que es suyo! Tenemos alguna noción de su gloria y de nuestra salvación; pero como la una se arregla con la otra en presencia del mal que se desborda, eso es lo que ningún teólogo ni filósofo ha podido jamás explicar convenientemente. Lo que podemos decir con seguridad es, que la mira más profunda de la vida, la mira más aproximada á la de Dios, y, por consiguiente, no sólo la más verdadera, sino la única realmente verdadera, es la caridad. La bondad en los pensamientos es, pues, en la criatura, lo que la ciencia es en Dios; es decir, que encierra el cuerpo de verdades más profundo, más magnífico y más puro, que á nosotros, pobres y engañosas cria-

turas, nos sea dado alcanzar sobre lo que á nosotros concierne y al prójimo.

¿Por qué ciertos personajes muestran tanto afán en alabar á otro, sino porque esa es su manera de darse importancia? ¿Y por qué casi todos los demás tienen repugnancia á hacer un elogio, sino porque tienen formada de sí mismos una opinión tan extravagante? Los pensamientos de bondad suponen, la mayor parte del tiempo, una humilde opinión de sí mismo. Es una alabanza de otro, tanto más sincera cuanto que es completamente interior. El que tiene una alta opinión de sí mismo cree que nunca se reconoce suficientemente su mérito, y por consiguiente, no puede dejar á su reputación el cuidado de abrirse camino: es preciso que se imponga; y como todos los que activan algún negocio en el mundo, es preciso que descuide el hacerse amable para estar á la defensiva. Un carácter agresivo es menos desagradable, porque todo hombre que, prescindiendo de sus derechos, se coloca de igual á igual con sus inferiores, aun cuando sea un rey, debe sufrir las consecuencias de una posición tan poco lisonjera. Pero el hombre de pensamientos benévolos no tiene que defenderse, y no procura imponer su importancia á nadie. Es de tan buena pasta, por decirlo así, que los sentimientos que tiene de su poca valía no le perturban, le parece que vale más habérselas con los otros que consigo mismo: y los demás le encuentran tan bueno, que por donde quiera que se va, se atrae los corazones, y le son tanto más fieles cuanto tiene menos pretensiones. En último lugar, la benevolen-

cia interior supone también principios sobrenaturales, y no puede conciliarse bien con otros. Es una invasión de toda nuestra naturaleza por la atmósfera del cielo: por consiguiente, no es un asunto insignificante, no es la obra de la naturaleza reducida á sus propias fuerzas. ¿Puede decirse que ha habido nunca paganos conscientes en su bondad? Si los hubo, se encuentran ahora en el paraíso, porque durante su vida debieron estar bajo el imperio de la gracia. No confundamos la bondad con el buen genio. ¡El buen genio!.... ¿Qué podríamos decir de él? Pero en una tierra tan poco caritativa como la nuestra, no diremos una palabra en detrimento del buen genio. ¡Plegue á Dios que á falta de otra cosa, haya mucho de él en el mundo, porque tengo idea de que los ángeles se agrupan en derredor del hombre de buen genio, como los mosquitos en derredor de los árboles de su predilección.

Hay una clase de pensamientos benévolos, sobre la cual debemos insistir muy particularmente. Entiendo las interpretaciones favorables. La costumbre de no juzgar es muy difícil de adquirir, y generalmente sólo se adquiere en la vida espiritual. Cuando nos hemos dejado llevar del deseo de juzgar á los demás, toda acción de otro, por extraña que pueda ser á nuestros deberes y á nuestros negocios, se presenta á nuestro espíritu como una causa pendiente en nuestro tribunal. Todo individuo que llega á caer bajo nuestra jurisdicción, bastante extenso aun para los que viven muy retirados, es un preso que debe comparecer en la barra; y si somos jueces injustos,

ignorantes y caprichosos, tenemos en nuestro favor el que somos infatigables. Pues bien, esas costumbres judiciales son simplemente ruinosas para nuestras almas: á toda costa, aun con riesgo de la vida, es preciso concluir con ellas, si no queremos que nos alejen de Dios por toda la eternidad. El decreto del juicio final es absoluto: es simplemente la medida de que nos hayamos servido para medir á otro. Nuestra manía de juzgar á los demás nos revela cuál sería nuestra sentencia si muriésemos en este momento. ¿Querríamos pasar por eso? Mas como nos es imposible contenernos en la costumbre de juzgar, y como por otra parte es igualmente imposible el que perseveremos en juzgar sin caridad, pasemos por el estado intermedio de las buenas interpretaciones. Hay pocas almas que lleguen hasta la costumbre de una caridad perfecta que las desembarace de su rutina y de sus antiguas prácticas de procedimiento: por manera, que debemos cultivar con grande esmero la costumbre de interpretaciones favorables.

Las acciones de los hombres son muy difíciles de juzgar. Su apreciación verdadera depende en gran parte de los motivos que las producen, y esos motivos son invisibles. Con frecuencia llegamos á descubrir que algunos actos que las apariencias les eran contrarias, eran en realidad actos de virtud. Además, una línea de conducta puede proceder, en la apariencia al menos, sin mucha lógica; se complica con toda clase de inconsecuencias, y lo que hay lógico en secreto no es lo que suele aparecer con ventaja. Nadie puede juzgar á los hombres sino Dios, y aun

este Ser infinito se presenta á nuestros respetos y nuestras más sublimes contemplaciones, como juzgando á los hombres con perfecto conocimiento, certidumbre absoluta y severidad compasiva. Pues bien; las interpretaciones caritativas son una imitación de esa misericordia del Criador, ingeniosa en encontrar excusas para sus criaturas. Es casi un día de revelación para nosotros aquel en que la teología nos hace juzgar del abismo de la misericordia, precisamente por el de la sabiduría: y de esa verdad es fácil concluir, que la bondad es nuestra más perfecta sabiduría, puesto que es una imagen de la sabiduría de Dios. Tal es la idea de las interpretaciones caritativas, y el uso que podemos hacer de ellas. La costumbre de juzgar casi es incurable, ó por lo menos su curación es tan larga, que por espacio de mucho tiempo debemos contentarnos con tenerla en jaque, y sólo podemos conseguirlo por las interpretaciones caritativas. Debemos llegar á estimar en muy poco esa vista de lince de que en algún tiempo nos hemos vanagloriado, como también de una grande habilidad. Encontrábamos en ella una mina de sarcasmos: pero ¿podemos decir que desde la creación de Adán ha habido sarcasmos que no hayan sido pecados? Y nuestro talento para analizar los caracteres, ¿es acaso otra cosa que una ocasión espantosa de faltar á la caridad? Nos hubiéramos podido pasar perfectamente sin él. Es el talento más difícil de manejar aquel en que cuesta más trabajo sacar partido para la gloria de Dios. Sin duda alguna podríamos brillar en la conversación, cultivando ese género de analizar,

pero al mismo tiempo seríamos acres y mordaces. La vista es una grande bendición, pero en muchos tiempos y lugares sería una bendición todavía mucho mayor el no ver. Nos sería más fácil el ser santos y podríamos no ver siempre el carácter de nuestro prójimo sino bajo un aspecto favorable, ó bajo los rayos fantásticos de la claridad de la luna. Sin duda no deberíamos ofuscarnos en cuanto al mal, porque nos encontraríamos bien pronto fuera de la realidad. Nuestro objeto, pues, debe ser el llegar á alguna cosa más elevada y verdadera que la de comprender el mal.

Alguna cosa más verdadera... Sí, seguramente; porque ¿no hemos encontrado siempre en nuestra experiencia pasada que nuestras interpretaciones caritativas eran las más fundadas? ¿Cuántas veces nos hemos equivocado en nuestros juicios? Y ¿no ha sido casi siempre cuando eran desfavorables? Cada día ocurre algún hecho de esa especie: hemos visto una cosa clara como la luz, y no había medio de mirarla bajo otro aspecto: habíamos tomado nuestras medidas y adoptado el tono de una indignación virtuosa. Pero he ahí que de repente el asunto se aclara de la manera más sencilla y natural, de tal modo, que nos quedamos asombrados de no haber pensado en ello. «Desconfiad siempre de los casos perfectamente claros», ha dicho un jurisconsulto. Lo que está obscuro puede aclararse; lo que parece opaco puede volverse transparente. Cuando se planta un árbol, cada uno lleva su idea en colocarle derecho; pero hay cosas en las que no es posible que todos

se pongan de acuerdo: y luego todo el mundo concluye por tomar el mismo punto de vista, tan sencilla y natural era su explicación, hasta para lo que parecía inexplicable, porque eso es lo que ordinariamente sucede. ¿Nos hemos, por ventura, equivocado con frecuencia interpretando favorablemente la conducta de los demás? Probablemente no necesitaremos acudir á nuestros dedos para contar nuestras equivocaciones de ese género, y además la gracia es mucho más común de lo que nuestro pésimo humor podía expresar. Podemos sospechar su operación aun en las personas menos virtuosas con quienes nos encontramos. Así, sin nada imposible ó forzado, podemos llamar las consideraciones sobrenaturales en auxilio de los ingeniosos alegatos de nuestra caridad. Cuando hayamos llegado á ser más santos, invocaremos esos mismos motivos sobrenaturales, para dar á nuestros pensamientos sobre los demás una generosidad más elevada, en proporción de los sentimientos bajos que nos animan respecto á nosotros mismos.

Mas mientras el sentido común nos muestra la verdad por el lado de las interpretaciones favorables, el egoísmo, no menos común, debería abrirnos los ojos sobre su sabia política. Es preciso que hayamos atravesado la vida con mucho aturdimiento, si no nos hemos apercibido de que un hombre es casi en su fondo lo que piensa de los otros. Es muy natural que sus propios defectos sean su punto de comparación para juzgar desfavorablemente á otro: mas, por otra parte, sucederá que sus faltas sean

los efectos de sus juicios. El hombre que tenía alguna elevación de alma, llegará bien pronto al nivel de sus desapiadados juicios si se deja llevar de ellos: de tal modo, que si oís á alguno atribuir bajeza á otro, podéis estar seguro, no sólo de que hay algo malo en su naturaleza, sino también de que hay en su fondo el mismo elemento de bajeza, que no tardará en desarrollarse si todavía no ha aparecido. El que cree capaz á otro de un pecado ó se halla dispuesto á imputársele á los demás, es también capaz de él. Hasta la sospecha bien fundada degrada más ó menos al que la concibe: podrá realizarse, podrá servirse de ella para sustraerse de algún inconveniente material, pero inevitablemente hará daño al que la haya alimentado en su corazón. Esa consideración es bastante seria, y milita terriblemente en pro de las interpretaciones favorables. Además, nuestros juicios secretos sobre otro vuelven á caer sobre nosotros mismos, como si la Providencia quisiese mostrar abiertamente que se mezcla en ello de una manera más ó menos milagrosa. La virtud crece en nosotros bajo la influencia de los juicios favorables, como si hiciese de ellos su alimento, mientras que los juicios desfavorables nos conducirán á caer en falta, precisamente sobre lo que condenamos, aun cuando no sea uno de nuestros pecados ordinarios. Si las cosas no llegan hasta ese extremo, podremos hallarnos de repente envueltos en un torbellino de tentaciones desacostumbradas; y si reflexionamos, la conciencia nos recuerda que ese pecado que tan vivamente y tan de improviso nos

acomete, le hemos atribuído antes á otros con muy poca caridad. Algunas veces también nos encontramos bajo el peso de una acusación falsa, y el mundo nos tiene por culpables; pero de esa falta de que nos encontramos inocentes, habíamos acusado á otros, por lo menos en espíritu. En materia de juicios de esa especie, importa poco que tengamos ó no razón. Aun cuando nuestras presunciones fueran exactas, eso no nos pone á cubierto de consecuencias desagradables, así como la verdad que puede decirse en un libelo, no autoriza su publicación. A la temeridad del juicio y á su falta de caridad va unida la maldición, que pronto ó tarde, lenta, pero implacable como una ley, no dejará de alcanzarnos. Reflexionemos en ello.

Pero en resumen, ¿se quiere llegar á la doctrina de las interpretaciones favorables? Para muchos de nosotros no se trata nada menos que de vivir una nueva vida en un mundo nuevo. Nos es posible imaginar un nuevo género de vida en otro planeta, cuyas leyes físicas llegaríamos á conocer suficientemente. Pero esa vida no sería más diferente de la nuestra en lo físico que lo sería nuestra vida moral, si interpretábamos caritativamente todo lo que oímos y vemos, y si contraemos la costumbre de pensar bien de todos. Eso sería el mundo renovado en cuanto al fondo más que en la forma: sería una creación nueva. Mirad cuánta amargura hay en nosotros... ¿qué hemos de hacer de ella? Seguramente no la hemos de llevar al Paraíso. ¿Pues en dónde la hemos de dejar? La muerte no nos desembarazará de

ella como de un miembro gotoso, de pulmones dañados ó de una sangre viciada. Eso no puede ser sino el efecto lento y penoso de las llamas del Purgatorio, si por un venturoso esfuerzo de la gracia evitamos esos fuegos más profundos de que no se sale jamás. Y si llegamos al cielo, ¿en qué estado nos encontraremos? Ciertamente uno de los puntos importantes será la ausencia de toda amargura y de toda crítica, y la plenitud, el océano de pensamientos de ternura que se desbordará de nuestras almas dilatadas. De manera que por los pensamientos caritativos repetimos nuestro verdadero papel para el cielo al mismo tiempo que ganamos el puesto que allí nos está reservado. Porque con la gracia de Dios imitamos interiormente esas divinas disposiciones, que son el fundamento de nuestras esperanzas, teniendo en cuenta misericordiosamente la debilidad, empleando nuestra sabiduría en interpretarlo todo favorablemente y ocupando todas nuestras facultades en invenciones de la caridad más pura, más paciente y más compasiva.

La práctica de esas especies de pensamientos tiene el resultado más decisivo en nuestra vida espiritual. Nos conduce á renunciar á nuestros talentos y á nuestra influencia. Porque la crítica es un elemento de reputación, una ocasión de influencia, un medio de atraer y de dar á conocer nuestros principios. La benevolencia en los pensamientos nos despoja de todos esos recursos, nos incita en una multitud de ocasiones á sacrificar el buen éxito en el momento en que se presenta. Nuestra conducta llega á ser



una serie continua de renuncias en donde practicamos la vida oculta á expensas de mil pequeños triunfos. El que ha tenido que sostener combates contra el orgullo del corazón y la aspereza del genio, puede ver de una mirada cuántas luchas gigantescas hay allí, y sin cesar renovadas. Pero esas luchas tienen sus recompensas: dan una maravillosa expedición en los asientos espirituales: abren y ponen expeditos los senderos de la oración: esparcen una luz clara y uniforme sobre el conocimiento de nosotros mismos: añaden placeres particulares al ejercicio de la fe: nos hacen encontrar más frecuentemente á Dios: son para nuestras almas un manantial de júbilo que no se interrumpe para nuestro mayor bien. Sobre todo, la práctica de los pensamientos caritativos es nuestro grande auxiliar para llegar á ese gobierno absoluto de la lengua que todos deseamos, y sin el que el Apóstol dice que toda nuestra religión es vana. Cuando un hombre se ocupa habitualmente en pensamientos de bondad, la belleza interior de su alma no puede expresarse: su vida es una preciosa tarde, es la calma, el perfume, el reposo de ese período del día: el polvo ha caído; al calor febril ha sucedido un fresco ambiente; todos los ruidos son más dulces, todas las perspectivas más deliciosas, mientras que la luz dorada transforma nuestros goces de la tierra en preparación para el cielo.

III.

BONDAD DE PALABRAS.

De los pensamientos pasamos naturalmente á las palabras de bondad. Las buenas palabras son la música celeste de este mundo: tienen un poder que parece exceder á la naturaleza. Es como la voz de un ángel que bajase á la tierra, y cuyos acentos inmortales herirían con suavidad nuestros corazones y depositarían en nosotros algo de la naturaleza de los ángeles.

Pensemos desde luego en el poder de las palabras caritativas. En verdad no hay quizá acá abajo poder que iguale al suyo. Parece que les es dado hacer lo que sólo Dios puede en realidad, es decir, enternecer y calmar los corazones. Más de una amistad constante y cariñosa no ha tenido fundamento más substancial que una buena palabra. He ahí dos personajes que no parecían formados para contraer relaciones de amistad: quizá por una y otra parte mediaba algún antecedente que excitaba su desconfianza; y quizá también, algunas lenguas maldicientes habían

atizado el fuego. El mundo los miraba como rivales, y el triunfo del uno parecía incompatible con el triunfo del otro: pero se profirió y se repitió una buena palabra, y todo quedó arreglado; comenzó, pues, una amistad duradera. El poder de las palabras caritativas se muestra también en la destrucción de las preocupaciones más inveteradas; sin duda lo hemos experimentado nosotros mismos. He ahí que hemos abrigado cierta prevención contra alguno: durante largo tiempo la hemos creído fundada, y nuestro juicio bien formado, como apoyado en un conjunto de hechos. Pero después, circunstancias particulares nos ponen en contacto: al principio parece que nada puede desengañarnos: que no hay nada que directa ó indirectamente nos indique hemos visto las cosas al revés, ó más sombrías de lo que eran en realidad. Pero se pronuncian algunas buenas palabras, y las preocupaciones se desvanecen. Buenas ó malas, había habido razones para formarlas, mientras que no las había para desecharlas. Quizá eso no sea lógico, pero no nos importa; hay una cosa mucho mejor, y es el poder de las palabras. Lo que decimos de las preocupaciones, puede aplicarse igualmente á las disputas. Buenas palabras pueden arreglar los asuntos más embrollados. En realidad, un corazón inaccesible al perdón, es un monstruo bastante raro: casi todos se cansan de discusiones, aun de las más justas. Aun aquellas en que todas las quejas están de un lado, y que son las más difíciles de reconciliar, ceden con el tiempo á palabras de avenencia. Sin duda se comenzará por tomar una afir-

mación por una confesión; se atribuirá á astucia ó á bajeza, y se montará en cólera porque la conciencia será perturbada; más al fin, la llaga que la obstinación había tenido abierta por tan largo tiempo concluirá por cicatrizarse. Toda querella tiene probablemente su origen en una mala inteligencia, y sólo subsiste por el silencio que la perpetúa. Cuando una mala inteligencia ha durado más de un mes, puede por lo general considerársela como incurable por medio de explicaciones, que no hacen en ese caso más que fomentarla. Entonces, buenas palabras, cuyo fruto no se recogerá sino á fuerza de perseverancia, son nuestra esperanza única, pero segura. Ellas no explicarán nada, pero harán una cosa algo mejor; harán la explicación inútil, y de ese modo evitarán el que se abran llagas antiguas.

En las circunstancias que acabamos de citar, las buenas palabras tienen una virtud medicinal: pero tienen además su virtud productiva. Entre otras, dan la felicidad. ¿Cuántas veces han bastado algunas palabras benévolas para hacernos dichosos hasta un punto inexplicable? No hay análisis que pueda llegar á ese poder, y el amor propio no nos lo puede hacer comprender. Hemos dicho que la felicidad es un gran recurso para la santidad: por manera, que las palabras benévolas, procurando la felicidad, dan tambien santidad y ganan almas para Dios. Ya he tocado este punto al hablar de la bondad en general; pero ahora debo añadir, que las palabras tienen, tanto para el bien como para el mal, más influencia y eficacacia entre nuestros hermanos que las mismas

acciones. Por la voz y las palabras (si puedo emplear esa frase en un asunto religioso), nos magnetizamos unos á otros. De ahí proviene que el mundo se convierte por la predicación; de ahí proviene que una palabra de cólera permanece más largo tiempo en el corazón que un gesto y hasta que una estocada. Así, todo lo que se ha dicho de la bondad en general, se aplica particularmente y con mayoría de razón á las palabras. Ellas preparan y consuman la conversión, santifican, introducen los buenos consejos, suavizan las tentaciones, disipan las peligrosas sombras de la tristeza y de la amargura, previenen el mal y conjuran al demonio. Las conversiones que operan son á veces lentas y graduales, pero con más frecuencia son repentinas, y como súbitas revelaciones del cielo, disipan los sofismas más complicados, los más arraigados en el fondo del alma, dejando en su lugar una divina vocación. ¡Oh! no sería perdido el trabajo de pasar por el fuego y por el agua, para encontrar el derecho y la ocasión de decir buenas palabras.

Ciertamente ese sería uno de los maravillosos privilegios de la vida de ese grande poder, aun cuando su ejercicio fuese difícil y las ocasiones raras: más la facilidad de su práctica iguala á su grandeza. Ese ejercicio, la mayor parte del tiempo exige poca ó ninguna abnegación, ni más esfuerzo que el que necesita una fuente para dejar correr su agua: las ocasiones no se hallan separadas unas de otras por grandes distancias: son constantes, diarias, y casi de hora en hora. Todo eso es bien conocido, pero realmente

se creería que pocas personas dan á ese poder de las buenas palabras la consideración que merece. Un poder tan grande..... tan fácil de ejercer..... y con tantas ocasiones para hacerlo..... y con eso, ¿en dónde está el mundo? ¿en dónde estamos nosotros?.... No puedo comparar ese contraste sino con el que vemos en la multitud de Sacramentos, que derraman en nuestras almas torrentes de gracias, y la inexplicable pobreza de los resultados para nuestra santificación, ó bien con el inmenso conocimiento de Dios que hay en el mundo y la poca adoración que recibe. Las buenas palabras no nos cuestan nada, y sin embargo, ¡cuántas veces nos mostramos avaros de ellas! En las raras ocasiones en que nos cuestan algo nos pagan un céntuplo casi al momento. Las ocasiones se nos presentan con frecuencia, pero no nos apresuramos ni á buscarlas, ni á aprovecharlas. ¿Qué conclusión debemos sacar de todo eso, sino la de que es casi imposible el ser habitualmente bueno de otra manera que por la gracia divina, y por motivos sobrenaturales? Tomad la vida tal como es, con sus alternativas de prosperidad y de desgracia de enfermedad y de salud, de pérdidas y de goces, y encontraréis que no hay en ella dulzura natural de carácter, y mucho menos estoicismo filosófico que sea capaz de sostener una costumbre de bondad inalterable. Sin embargo, con el auxilio de la gracia se adquiere bien pronto la afabilidad, y una vez adquirida la costumbre no se pierde fácilmente. He pensado muchas veces, que la dureza procede con frecuencia, más bien de una costumbre mental, que de un de-

fecto del corazón; y he visto confirmada mi observación, porque he encontrado muchos cuya dureza procedía de la cabeza, y afortunadamente ninguno de quien pueda afirmar que provenía del corazón. Yo pienso, que hasta la crüeldad es más común que la falta positiva de todo sentimiento.

El interés nos hace comparativamente más fácil lo que nos es ricamente pagado. Según eso, el gran precio que se da á una palabra de bondad debe hacer su práctica más fácil. Un conocimiento mayor de sí mismo, y una unión más estrecha con Dios, facilitan igualmente esa buena costumbre: pues bien, esas dos operaciones de la gracia son la base de la vida santa. La bondad, para ser perfecta, para ser duradera, debe buscar la imitación de Dios mismo. Malicia, amargura, sarcasmo, finura de observacion, penetración de los motivos, todo eso desaparece en el que busca sériamente conformarse á la imagen del Cristo Jesús. Nada más que la intención de asemejarle nos comunica una fuente de suavidad que difunde la gracia hasta en lo que nos rodea. Verdad es que hay una especie de dureza que separa ordinariamente los principios de la piedad; pero eso viene de que no sabemos todavía manejar la gracia que nos es dada. Nuestros viejos humores reciben el impulso destinado á nuestras jóvenes virtudes: la máquina no puede estar en órden al primer golpe. El que no es sufrido con los que se convierten á Dios, perderá muchas gracias antes de apercibirse de ello. No sólo es preciso bondad para todo el mundo, sino que es necesario que se haga bondad á cada uno: de

otro modo no es una bondad real. Su perfume está en su apropósito, en su manera, en su aplicación.

De la facilidad de las buenas palabras, es natural pasar á su recompensa. Al tratar de la bondad, encuentro siempre la felicidad en mi camino; y es porque, en efecto, ambas cosas se hallan juntas. La doble recompensa de las palabras de bondad es la felicidad que dan á los otros, y la que nos proporcionan á nosotros mismos. Pronunciarlas es por sí mismo un goce: hasta el imaginarlas llena nuestras almas de dulzura y reanima agradablemente el corazón. ¿Hay en el mundo felicidad semejante á la de un alma dichosa con la felicidad de los demás? No hay gozo que le sea comparable. Los placeres que se compran con el oro, las recompensas que la ambición puede alcanzar, los goces del arte y de la naturaleza, la embriaguez de la salud, la exquisita voluptuosidad de las creaciones del pensamiento, no son nada al lado de esa felicidad pura y celestial en donde hasta el sentimiento de la existencia, todo se halla anegado en la felicidad de los demás. Pues bien, ese goce sigue de cerca á las buenas palabras, de que es el resultado legítimo. Pero independientemente de eso nos hacen dichosos en nosotros mismos, calman nuestras pasiones y nuestras inquietudes, nos acercan á Dios y fomentan nuestra caridad. Producen en nosotros un sentimiento de reposo, semejante á la conciencia del pecado perdonado, y derraman en nuestros corazones la paz del Señor; esa es su segunda recompensa. Además, llegamos á ser más caritativos por consecuencia de nuestro buenos pensa-

mientos: tercera recompensa. Nos ayudan también á alcanzar la gracia de la pureza: otra recompensa muy excelente. Nos adquieren también otras gracias divinas, y en particular, parecen tener una afinidad especial con la gracia de la contrición y la ternura de corazón para con Dios: todo lo que nos suaviza, nos predispone á la contrición: por manera, que un enternecimiento natural ha sido con frecuencia el preludio de un arrepentimiento interior muy verdadero. De ahí viene que los tiempos de dolor son épocas favorables para la gracia. Vemos, pues, en ese punto una inestimable recompensa. En último lugar, las palabras de bondad nos hacen más verdaderos. ¡Oh! ¿no es esa nuestra grande necesidad? Ser verídicos... ¿no es la falta de rectitud y de sinceridad que se adhiere á nosotros bajo mil formas diferentes, y nos hace gemir bajo el peso de sus cadenas? Esa es la verdadera esclavitud. Han pasado muchos años en combatir, y, sin embargo, todavía estamos llenos de mentira. Esa es nuestra lepra constitutiva, el vicio de la criatura. Sostenemos penosamente el combate: pero llegan buenas palabras, serán nuestras aliadas y marcharemos, porque según todas las probabilidades de este mundo, la bondad coincide con la verdad. Dicen verdad, porque lo que es falso jamás es caritativo: dicen verdad, porque la bondad es el punto de mira de Dios, y su punto de mira siempre es verdadero.

¿Por qué, pues, no hemos de ser benévolos en nuestros discursos? Hay en eso algunas dificultades: no podemos menos de convenir en ello. Bajo ciertos

conceptos, un hombre hábil tiene, más bien que otro, lo que necesita para ser benévolo. Su espíritu es más amplio, su golpe de vista más extenso; mas bajo otros aspectos, el hombre de talento tiene más que hacer para ser caritativo en palabras: tiene una de esas tentaciones que parecen casi irrisistibles, la de mostrar ingenio. Pues bien, las palabras ingeniosas rara vez son buenas; en toda la fuerza de la expresión, rara vez están sin una gota de ácido ó de amargo que las echa á perder. Yo creo que si quisiéramos renunciar de buena fe á hacer ostentación de talento, avanzaríamos con mucha más celeridad por el camino del cielo. Que las palabras de Nuestro Señor en el Evangelio nos sirvan de modelos. Sea dicho con todo respeto, si consideramos su género sentencioso y proverbial, nos sorprenderemos de la falta de toda palabra punzante ó epigramática. Sin duda alguna todas las palabras del Verbo Eterno son misterios divinos; todas están marcadas con el sello de la divinidad, y resplandecen con su luz; pero esto no debe impedirnos el que las tomemos por modelo. Todo, bien meditado, es imposible, sin pecado, brillar cuando se habla de otro. El talento es un verdadero dardo de acerada punta, con su prontitud, su agudeza, su capricho, sus dolores y su persona; no le falta nada. Á pesar de todo eso, para bien del mundo es una especie de profesión social el distraer en la conversación. Mas bajo nuestro punto de vista, semejantes gentes no pueden pretender el ser religiosos. Un hombre que se dedica á divertir á los demás no será un amigo fiel, un amigo que pueda

inspirar confianza, el ser que todos aman y respetan. Para él no hay actos inocentes, siempre da dentelladas á la caridad y ofende á la justicia con sus indiscreciones. Así, dice la Bruyére, no es común que el que hace reir se concilie la estimación.

Hablar con bondad y escuchar del mismo modo, son dos gracias que van reunidas. Hay algunos que escuchan con aire distraído, y manifiestan que sus pensamientos se dirigen á otra parte; otros aparentan que escuchan, pero lo vago de sus respuestas y sus preguntas incoherentes hacen ver que lo que les ocupa es más interesante para ellos que cuanto se les pudiera decir. Otros escuchan como verdaderos agentes de la tortura, están sobre el caballete, y parece que aguardan de vosotros una mentira, una inexactitud, ó algo vituperable, por manera que tenéis que pensar muy bien vuestras expresiones. Algunos os interrumpen y no quieren escucharos hasta el fin, para hablar de algún lance que les ha ocurrido, y vuestro asunto queda de ese modo desatendido. Hay otros que tienen intención de ser benévolos, y se dignan escucharos, pero su atención seca y como forzada os produce disgusto, y todo el encanto de la conversación desaparece. Así es que muchas personas, cuyas buenas maneras sostienen la prueba de la palabra, lo echan todo á perder al escuchar. Coloquémoslo todo bajo las suaves influencias de la religión. Escuchar con bondad es con frecuencia un acto de la mortificación interior más delicada, y es un poderoso auxilio para ayudarnos á hablar del mismo modo. Los que gobiernan á los de-

más, deben muy particularmente saber escuchar como es necesario, so pena de ofender á Dios y de caer en faltas secretas.

Podemos, pues, renunciar á hacernos los graciosos, y habremos superado la primera y la principal dificultad en la vía de las buenas palabras. La segunda se encuentra en reprimir la impaciencia en ciertas ocasiones: cada uno encuentra caracteres que sin que pueda explicarse por qué, le son antipáticos, que llegan en mala sazón, que son poco felices en sus expresiones, de conversación poco grata, y hasta que importunan con su presencia. Podéis admirarlos, respetarlos, y aun apreciarlos personalmente; pero os inflamáis si os tocan, y el menor frote produce una explosión. He ahí un ejemplo de esos numerosos casos de impaciencia contra los cuales es muy difícil precaverse en las relaciones sociales, y en los que el espíritu de caridad tiene que desempeñar su oficio.

Otra grande dificultad es la de saber olvidarse de sí mismo con prontitud y buena voluntad, para ocuparse de otro. Podrá suceder que se acerque á nosotros una persona para confiarnos una pena imaginaria cuando sucumbimos bajo el peso de otra más real; que otra llegue con voz estentórea y risotada de atleta precisamente cuando nuestros nervios estén crispados, y todo el resto de nuestro ser como las hojas del mimosa, en un espasmo de sensibilidad dolorosa; ó bien llegue á derramar el desbordamiento de su júbilo en nuestro corazón sumergido en la tristeza, lo cual es como una reprensión y una amenaza

en nuestra desgracia. He ahí que nos hallamos envueltos en un negocio de grande responsabilidad, atormentados por algún embarazo pecuniario, ó asediados por un presentimiento siniestro; pues ése será precisamente el momento que se escogerá para invitarnos á que tomemos parte en algún embarazo ridículo, ó para apelar á nuestra simpatía en pro de algún agravio imperceptible, ó de algún sueño de padecimiento. Todas esas cosas son excelentes materiales para nuestra mortificación; pero son muy difíciles de emplear; es un trabajo tan ingrato como el de colocar ladrillos viejos y hechos pedazos en una construcción nueva.

He ahí dificultades; pero al fin se halla el cielo, y es preciso marchar adelante. Cuanto más humildes seamos, más caritativa será nuestra conversación, y recíprocamente creceremos en humildad, en proporción de la caridad de nuestras conversaciones. Un aire de superioridad no se aviene bien con la bondad, que más parece recibir un favor que concedérsele á otros. La bondad nos conduce á todas las virtudes, y las buenas palabras nos sostienen en el camino. Las dificultades no servirán más que para hacernos encontrar con más seguridad nuestro objeto, que será en sí mismo su grande y amplia recompensa, proporcionándonos una santificación más elevada, más completa, más fácil y más pronta que cualquiera otra.

Por más débiles que seamos, y por más llenos que estemos de necesidades, propongámonos de corazón hacer un poco de bien en este mundo mientras per-

manezcamos en él. Para eso, nuestro principal instrumento son las buenas palabras: el hombre caritativo en palabras tiene algo de jovialidad y de buen humor. Nada como eso pone en paz y en orden todas las cosas. Indudablemente hay mil cosas que reformar, pero ninguna reforma se lleva á cabo sin alegría comunicativa. ¿Un sarcasmo, ha corregido jamás á nadie? Aplastado, puede ser, si el sarcasmo era fuerte, pero acercado á Dios, nunca. Los hombres tienen afición á los cambios, ya en política, ya en filosofía, y á veces en la ciencia ó la literatura, y hasta en la práctica de la Iglesia. Pronuncian discursos, escriben libros y fundan revistas y escuelas para propagar sus doctrinas: forman asociaciones, recaudan fondos, proponen reformas en las asambleas públicas, y todo eso para hacer marchar sus ideas particulares. Suele ocurrir que no lo consiguen, y de ahí la falta de simpatía mutua; en seguida el espíritu se estrecha y hasta los talentos se deterioran. Un paso más y helos indigestos, originales y amostazados: parece que quieren tragarse el universo que se obstina en no pedirles consejo. En fin, profetas arrebatados, su impotencia se exhala en un acre clamoreo. ¿Por qué? ¿es para desahogarse? ¿es el furor de la Sybila? No es fácil decirlo. Todo eso proviene de la falta de buen humor, sin el que nunca ha habido reforma sólida. Pero si hay mil cosas que reformar en el mundo, las almas que hay que salvar pueden contarse por millones: la sátira no las convertirá. Una verdad mordaz sobre la falsa posición del mal cristiano ó del impío, no las persuadirá. Amenazas del in-

fierno hechas con bondad, darán más resultado. Lo cierto es que un amor dulce y acomodaticio es la mejor de las controversias. ¡Dichoso el que le posee! Sin él no puede hacerse nada por Dios: sin él fallan muchas empresas más bien que por otro defecto. Un hombre de humor conciliador es apóstol y evangelista: el uno, conduciendo los hombres al Cristo; el otro, ofreciendo á los hombres el retrato de ese Salvador divino.

IV.

BONDAD EN ACCIÓN.

Hay un pensamiento que brilla siempre con un resplandor puro en nuestras almas, aun cuando todo lo demás esté cubierto de densas nubes: un pensamiento de un hombre de humor ordinario, puede encontrar siempre bastantes rayos vivificantes para satisfacer y hasta colmar sus votos; y es el pensamiento del cielo, del hermoso cielo con sus innumerables habitantes. Allí al menos hay gozo, si no le hay en otra parte; allí hay el verdadero servicio de Dios, aun cuando la tierra no ofrezca más que egoísmo y pobreza de amor; hay multitudes que nadan en la luz dorada, aun cuando el número de los que se regocijan sobre la tierra es muy pequeño. En este momento toda esa felicidad es actual y está muy cerca de nosotros, para que nadie pueda mirarse como desgraciado sin esperanza, teniendo tanta felicidad á su puerta. Sin duda la vecindad de tanta dicha debe dar que reflexionar. Pues bien, pensemos que en el día hay multitudes, que acciones caritativas

han llevado allí: unos por haberlas hecho y otros por haberlas recibido. Hablando de bondad, no podemos pasar en silencio la que se manifiesta por los actos ó por el sufrimiento. Veamos desde luego de cuánto somos deudores á las bondades, especialmente en cuanto al pasado. Si nos trasladamos hacia atrás, á la distancia de veinte ó de treinta años, ¡cuánto bien se nos ha hecho desde ese tiempo! Es incalculable, y del que nos acordamos es probablemente la parte más pequeña; porque (sin que seamos ingratos) no podemos impedir que las distracciones de la vida y el curso del tiempo borren de nuestra memoria una buena parte. ¿En qué circunstancias no se nos ha hecho bien? Unas veces ha sido censurándonos y otras colmándonos de elogios. De ese modo se han esparcido algunos rayos de luz sobre nuestros momentos tenebrosos, ó aumentado nuestros gozos; se nos ha hecho sonreir en medio de nuestras lágrimas, ó llorar de enternecimiento en los momentos de disipación. Por todas partes nos han venido beneficios: tan pronto de personas de quienes podíamos esperarlos, como de las que naturalmente debían sernos indiferentes, ó hasta de aquéllas de quienes más bien teníamos que temer; y viniendo así de improviso y con tal variedad de circunstancias, parece que ya no puede haber nada nuevo para nosotros en materia de bondad, y que nuestros corazones van á fundirse de reconocimiento con esos recuerdos.

Sin duda alguna, cada uno de esos beneficios ha hecho algún bien á nuestra alma. Si no ha sido por

el momento, han preparado y sembrado el terreno para lo futuro: han hecho una impresión que hemos podido no notar, pero que ha quedado indeleble. Parece que hemos pasado nuestra vida en recibir el dulce rocío de las gracias de Dios y de los beneficios de los hombres. Y digo ese dulce rocío, como si ambas cosas no formasen más que una, y como si los beneficios humanos no fuesen más que una forma particular de la gracia; y en efecto, no habría grave inconveniente en confundirlos y en olvidar que son distintos. Contentémonos, sin embargo, con decir que mil veces los beneficios de los hombres han preparado nuestras almas para la gracia; y pensemos cuán poco los hemos merecido, no digo solamente de parte de Dios, sino también de parte de nuestros semejantes. No hay nadie que no haya recibido diez veces más bien del que ha hecho. Y el recuerdo de tantas bondades por parte de tantas gentes, llega á ser algunas veces un peso insoportable, á causa del contraste de nuestras propias disposiciones. Como ángeles que nos asediasen á pesar nuestro, esas atenciones nos han rodeado y nos han hecho bien de toda especie hasta lo supérfluo, y en la apariencia sin plan combinado. ¡De cuántos males no nos han preservado! Conocemos muchos, pero no son más que una pequeña parte. En eso, como en otras muchas cosas, ¿no podría decirse que era realmente obra de los bienaventurados? Y en cuanto al bien á que esas bondades nos han alentado, ¿podríamos hacer la cuenta? No conocemos tampoco más que una parte muy corta. ¿Quién podría decir lo que hubiéramos llegado á

ser si se hubiese tenido un grado menos de caridad con nosotros? ¿No hemos estado algunas veces á punto de hacer algo que la vida entera no habría sido suficiente para deplorarlo convenientemente? ¿No hemos tenido ya en la lengua expresiones que después hubiéramos querido recoger aun á costa de uno de nuestros miembros? ¿No hemos fluctuado en ciertas decisiones que ahora vemos interesaban tanto á la eternidad como al tiempo? ¿No nos recuerda el pasado ciertos principios por los que comenzábamos á deslizarnos cuando nos salvó una mano caritativa? Y en el tiempo, apenas nos hemos apercibido de otra cosa que de la piedra que nos había hecho tropezar en el camino. Sin duda estamos todavía bastante distantes de donde debíamos estar; pero nos hace temblar el pensamiento de lo que seríamos, si nuestros parientes, si nuestros amigos, las personas encargadas del cuidado de nuestra infancia, nuestros maestros, nuestros condiscípulos, nuestros criados y nuestros enemigos, hubiesen tenido menos bondad con nosotros. Durante toda la vida encontramos constantemente á la bondad en lucha con algún demonio oculto en nosotros. Aun ahora, el recuerdo de admiración y de reconocimiento que nos queda de ella, es uno de nuestros grandes recursos para la virtud: podemos fácilmente formar de él un manantial de dulzura interior, y en el sentimiento de todo lo que debemos á la caridad de otro, podemos encontrar un lazo que nos obligue á hacer todo cuanto depende de nosotros, para envolver á todos cuantos nos rodean en una red de bendiciones.

Eso no es difícil: las ocasiones de hacer el bien no escasean. No pasa día en que no tengamos la felicidad de encontrarlas; y hasta en el lecho del dolor, en nuestras enfermedades, se presentan en nuestra cabecera; hasta el momento en que ya no podemos servirnos á nosotros mismos, podemos hacer generosamente el bien á los que nos ayudan. Además, es regla ordinaria de bondad, que la facilidad está en razón de la multitud de las ocasiones. De veinte veces, apenas necesitaremos en una algún esfuerzo de abnegación. La facilidad es la regla general, la dificultad la excepción, y en este último caso, ¡cuánto se ennoblece la bondad por el sacrificio! ¡Cuán grande recompensa encuentra en sí misma! En ese juego, siempre se gana más que se pierde: pero la ganancia invariable es sobre todo la ganancia espiritual. Añadamos que hay mucha economía en la bondad, aun la más generosa: la menor cantidad aprovecha largo tiempo. Diríase que entre los hombres hay una ilusión universal, que tiende á hacerles estimar la bondad en más de su justo precio. Consideran generalmente poco lo que tenemos que sacrificar para hacerles bien: no miran más que á la bondad. La forma es para ellos más que el fondo. El sacrificio no es más que un ligero accesorio. El mundo mismo, con toda su dureza, no deja de ver en esa materia, con un lente de aumento que multiplica los objetos; y en punto á ilusiones, ésta es bien dulce y nos recuerda ese descuido voluntario por el que Dios se digna dar tan elevado precio á las pequeñeces de nuestro amor. En todo caso, esa apariencia engañosa

da un verdadero poder á todo lo que se hace con bondad, y los resultados son siempre inmensamente superiores al gasto. El menor acto de bondad hace en proporción más efecto que la mayor injusticia: hace inclinar la balanza, va muy lejos y se extiende con rapidez. Cada buena acción pertenece á un gran número de personas, y hace muchos agradecidos. Mirando como hecho á nosotros mismos lo que se hace á los demás á quienes amamos, sucede que llegamos á amar á los que les hacen bien; y de todos modos, no se puede contener un beneficio de manera que no sirva á muchos en la misma persona. ¿En qué dulces mallas de caridad se introduce el que se coloca en ellas? ¿Cuál es, pues, el mal genio que nos retiene en ese camino?

No creamos que una bondad no vive más que un instante. El hacerla no es más que el principio: años de separación no pueden hacerla perder su olor. Sin duda el odio posee un alambique particular para transformar los beneficios y formar de ellos un elemento de elección. Pero el odio no es una cosa común, es una brutalidad rara hasta cierto punto, mientras que no es raro el ver á alguno á la distancia de medio siglo, hacer bien al que se le había hecho cincuenta años antes. Otra particularidad es, que cuanto más nos esforzamos en pagar nuestra deuda de gratitud, parece que estamos más lejos de saldar nuestra cuenta: la obligación se ensancha, se alarga, se profundiza; queremos llenar con presteza el vacío, y no hacemos sino ahondar el pozo y darle más profundidad; nos apresuramos más y el abismo

se hace mayor. Al fin, la partida se enreda de manera que nuestra vida no es ya más que una profusión de caridad y volamos hacia el cielo en alas de los vientos. Supongo ese sentimiento dulce é insinuante que acompaña al reconocimiento, sentimiento que nos hace más humildes, pero también más vigorosos. Un sentimiento exquisito de ese género hizo decir á un poeta:

Hay corazones helados, en los que en vano sembraréis los granos benditos de la beneficencia. Es verdad. Pero las cosechas del reconocimiento encantan nuestras miradas enternecidas con más frecuencia.

Pero en este momento se presenta á nuestra mente una objeción general, que tal vez alguno la había presentido. He pensado en ella con frecuencia, pero he aguardado hasta ahora para tenerla en cuenta. Puede decirse que todo eso supone un punto de vista poco sobrenatural, que se exagera la importancia de virtudes que apenas se elevan por encima del orden puramente natural; que eso es ocuparse de la conducta exterior más que de la experiencia íntima, y que hay en ello demasiado sentido común y poca teología mística. Podría contentarme con responder que un hombre no puede escribir á la vez más que sobre un asunto, y que es imposible ocuparse de toda la doctrina ascética cuando se adhiere á algún punto particular. Pero en la objeción hay algo más, de lo cual acepto la responsabilidad sin ruborizarme. Cuando leemos las vidas de los santos, cuando pesamos la doctrina de los libros místicos, no tenemos dificultad alguna en confesar que

no somos más que unos aprendices, ó por lo menos gentes poco elevadas en las vías de la perfección. De ahí dos equivocaciones, que no sé si llamar tentaciones más bien que ilusiones. La primera es el no estimar bastante las cosas exteriores. Compréndasenos bien. Yo no os acuso de atender demasiado al cultivo del espíritu interior. En nuestro estado presente es muy difícil, y tal vez imposible, el exceder en eso: lo que quiero decir es, que en los principiantes es muy común el perder de vista su conducta exterior, para fijar su atención en los procedimientos secretos de sus ensayos espirituales. Si permitimos á un principiante elegir su asunto particular de examen de conciencia, podemos apostar á que escogerá alguna falta muy sutil y casi imperceptible, cuyo teatro está en lo interior, ó algún refinamiento de amor propio, cuyas metamorfosis son muy difíciles de comprender y comprobar. No escogerá su mal genio, su locuacidad, su delicadeza en la mesa, ó cualquiera otra mala costumbre que le haga desagradable á los que se le acercan. Sin embargo, eso sería conforme á la regla de San Ignacio, que probablemente nadie acusará de que no cultiva el espíritu interior. Tal es la primera de las equivocaciones que he atribuído á los que se hallan poco avanzados. Sus efectos se hacen sentir en las regiones de la vida espiritual que confinan con la vida mística, y bajo su influencia no se hace justicia ni al pan cotidiano de la fe, ni al reglamento exterior de la conducta. Eso conduce al endurecimiento del corazón, al orgullo espiritual y al aprecio de su propia justicia. Hay una virtud

maléfica que neutraliza las operaciones de la gracia, y reduce todo el asunto de nuestra espiritualidad á la frase y al sentimiento; el que se dirige por ese camino permanecerá años y años sin avanzar.

La segunda equivocación se asemeja mucho á la primera, aunque tiene algunas diferencias. Consiste en dejarse llevar del atractivo de lo que está demasiado elevado para nosotros. No hay ya aquí la distinción ofensiva y exagerada entre lo interior y lo exterior. Esta vez, nuestra distinción es entre las cosas sublimes y las cosas comunes, y estamos tentados á despreciar estas últimas. Nos adherimos con un ardor febril á las prácticas excepcionales de los santos. Las singularidades tienen cierto encanto para nosotros. Procuramos tener sed de padecimientos, cuando apenas tenemos la gracia de sufrir con tranquilidad un dolor de cabeza; consultamos á nuestro director para saber si podemos pedir calumnias en nuestras oraciones, cuando una mala respuesta basta para hacernos salir de quicio. Dejamos la meditación de los cuatro fines últimos, como un asunto que no se encuentra á la altura de nuestro amor desinteresado. No damos más que un salto de gacela por encima de la vía purgativa, como si no hubiese allí más que los pastos de la vida iluminativa ó las flores del desierto de la vida unitiva, que puedan suministrarnos un alimento delicado. Nos hace falta el P. Baker, porque Rodríguez es demasiado seco. En una palabra, nos apoyamos más bien en excepciones que en reglas. Las virtudes morales ordinarias, los motivos habituales de religión, los

deberes de nuestro estado, nuestras obligaciones para con el prójimo, la enseñanza común de los sermones y de los libros espirituales, todo eso se deja á un lado. Estamos demasiado bien aleccionados para hablar mal y manifestar desprecio, y solamente nos respetamos á nosotros mismos. Así, nuestra vida espiritual llega á ser una especie de soledad elegante, en la que el egoísmo se erige un templo lleno de agradables ilusiones, y se entrega allí á un culto muy refinado. Jamás santo alguno ha atravesado ese camino, y nosotros no podemos llegar á las delicadas verdades del misticismo sino marchando por los lugares comunes y las sinceridades de la vida ascética. Jamás tenemos tanta probabilidad de elevarnos en la vida espiritual como cuando nos asemejamos á todo el mundo; y la gracia de no tener nada que nos distinga de las buenas gentes que nos rodean, es mayor que la que nos da algo como cortado, en materia de prácticas ó de privilegios.

Ahora, creo que la objección de que he hablado, no es más que la exposición de esas dos equivocaciones; y por eso, no teniendo simpatía alguna á esos dos errores, he aceptado simplemente la acusación. Opino que todos estamos en peligro de perder lo sobrenatural, sirviéndonos desde luego para destruir lo natural, y podría emplear horas enteras en desenvolver los riesgos de esa tendencia, pero vale más mantenerme en mi asunto, y demostrar á los que no encuentran tan fácil como yo el aprovecharse de la objeción, cuán grande es en realidad el enlace que hay entre la práctica de la bondad por motivos

sobrenaturales y las regiones más elevadas de la vida espiritual. Sería difícil, en efecto, exagerar la importancia de la bondad como auxiliar en el combate espiritual. Los naturalistas dicen de la hormiga, que lo maravilloso de su instinto es el espíritu de recurso. Ese pequeño ser podría servir de modelo á los seres racionales, por su prontitud en salvarse en una circunstancia nueva, ó en un mal paso, sin experiencia preliminar; su destreza en cambiar el uso de sus instrumentos, su poder de presentimiento, y la exactitud de su golpe de vista para conseguir su objeto, sin ensayo y sin andar á tientas, son igualmente asombrosos. Pues bien; algo semejante á eso hay en la bondad. Las personas espirituales que se dedican á ello, se hallan singularmente á cubierto de las emboscadas más embarazosas que encontramos en el combate espiritual, es decir, las ilusiones. Nada embaraza el instituto de la bondad: para él no hay dificultad nueva ó imprevista; diríase que no tiene necesidad de deliberar. Persigue al amor propio y al demonio, en la incomparable movilidad de sus subterfugios; improvisa nuevas defensas y nuevos ataques; y siempre hay bastante luz para sus operaciones, porque es luminoso por su naturaleza.

Además, la bondad tiene puntos de contacto con todo lo que constituye los estados espirituales más sublimes. Los actos de bondad parten de motivos desinteresados, tienden á formar en nosotros hábitos de desinterés, que preparan el camino á los motivos más elevados del divino amor. Como ángeles pode-

rosos se apoderan de nosotros y nos transportan á las regiones del sacrificio. Como la bondad de Dios, ejercen su constancia allí en donde menos hay que esperar. Como la preciosa sangre, aman con preferencia esparcirse y multiplicarse sobre sus enemigos; y como Dios obra siempre por su gloria, del mismo modo las buenas acciones, cuando han llegado á ser habituales, concluyen con mucha frecuencia por hacerse por Dios solo. Su instinto, como el de la Providencia, es permanecer ocultas. Dios suele recompensarlas haciendo de manera que no sean pagadas acá abajo, para que aguarden que él solo sea su recompensa; y en ese arreglo muestra una afectuosa sabiduría en hacer que ni el pecado, ni la ingratitud de los demás sean los agentes ordinarios. Hasta encubrirá esas acciones caritativas á nuestros propios ojos, permitiendo que mezclemos á ellas algún mal humor ó alguna vivacidad. Es inútil detenernos más tiempo en estos pormenores, pues ya se ve que conocemos plenamente el mecanismo de los motivos propios de los grados más elevados de la vida espiritual.

No será quizá fuera de razón el proponer aquí algunas reglas sencillas para dirigirnos en nuestras acciones caritativas. Ya he dicho que la mayor parte de ellas no exigen ningún esfuerzo; pero cuando no es así, es contrario á la bondad el hacerlo sentir. Al mismo tiempo que nuestra humildad no nos moleste, y no creamos que todo está perdido porque el bien nos cueste algún esfuerzo. No hablemos á otros de nuestras buenas acciones. Si lo hacemos, toda su

influencia celestial es perdida para nosotros; y no sólo se evapora, sino que deja en pos de sí un residuo malsano, de los que llenan de escoria nuestra alma. Cuando una persona comienza á darnos gracias, es preciso atajarla de una manera agradable, evitando toda aspereza y toda exageración. Hay gentes que no se sienten bien hasta que pueden descargarse; es preciso dejarlas hacer. El tacto y las buenas maneras quieren que se las sepa discernir, y que se ejecute con naturalidad y sencillez. La alabanza nos coloca la mayor parte del tiempo en una posición crítica; ó bien nos mortifica porque nos parece inferior á nosotros, ó bien nos enoja porque nos parece extremada, ó viene en mala sazón á provocar nuestra hilaridad, y eso tanto más eficazmente cuanto más se esfuerza el que alaba. Lo cierto es que pocas gentes saben servir el incienso de la alabanza, y mucho menos todavía el recibirle. No nos detengamos en considerar nuestras buenas acciones. Dejemos á Dios el terreno que es suyo, el terreno de su gracia: no gusta que se le vaya á mirar allí, y la indiscreción le hace huir. Si estamos tentados de una vana complacencia, no tenemos más que pensar en la santidad de Dios, y ruborizarnos de nosotros mismos: ocupémonos de su atributo de magnificencia y hagámosle un objeto de devoción. De ese modo nos mantendremos en los límites de nuestra bajeza y sabremos conformarnos con ella.

Antes de concluir nuestra tarea, digamos algo acerca del arte de sufrir caritativamente. Ofrecerse con bondad, es una especie de buena obra que tiene

sus leyes particulares. Pero si toda bondad tiene necesidad de la gracia, la que se practica en el padecimiento la necesita cien veces más. Hay en verdad algunas naturalezas excepcionales que saben sufrir sin disgusto, y cuya paciencia lleva ese sello de belleza que imita y á veces suele exceder á las maravillas sobrenaturales. A los ojos del fiel, nada hay más aflictivo que esa imitación de la gracia por la naturaleza: es un problema que da que pensar, sin que la reflexión suministre una solución satisfactoria. Para el cristiano, sufrir con bondad debe ser casi sobrenatural. Es una región en donde la gracia debe reinar despóticamente, de tal modo, que la naturaleza apenas pueda mostrarse en ella. Una fusión armoniosa del padecimiento y de la amabilidad, es uno de los efectos más atractivos de la gracia en los santos. Su dulzura tranquila y sin embarazo, hace creer que se dispensa un servicio á sí mismo sirviéndolos; y en efecto, el poder asistirlos es menos una tarea que un privilegio, para que las dulces y saludables influencias de su paciencia nos sean, por decirlo así, más útiles que á ellos mismos, sin hablar de los encantos, y del agradable contagio de su amabilidad. Tenemos, con ellos, todas las ventajas de la inferioridad sin tener sus inconvenientes. ¿Qué cosa más hermosa que el ser atentos con los demás cuando uno mismo es desgraciado? Es una gracia en la que entran otras muchas; una gracia, que á la par que produce una impresión profunda sobre los que entran en la esfera de su influencia, no deja de estar oculta; es uno de esos tesoros que se hallan en

lo interior del corazón y que el mundo difícilmente puede arrebatarnos.

Es una esclavitud muy triste la de hallarse dominado por el abatimiento. Sin embargo, para una alma vigorosa puede ser causa de una santificación completa. ¡Cuán poco caritativo es el hacer participar de su desaliento á los demás, é ir por el mundo, ocupado como el demonio, en emponzoñar las fuentes del gozo! ¿Podré yo tener más luz por dejar á obscuras á los que amo? Y si no veo el sol en el fondo de un valle, ¿me he de incomodar porque ilumine los collados? ¡Oh!... ¡cuánta pequeñez y egoísmo hay en esa sed de simpatía que no nos permite guardar para nosotros nuestros imperceptibles pesares!... ¿Es preciso que vayamos arrastrándonos como viles reptiles, á acibarar el gozo de los demás para alimentar nuestra melancolía? ¿Cómo hemos de calificar esa conducta? ¿De bajeza, de egoísmo ó de pecado? ¿Es necesario encogerse de hombros, indignarse ó afligirse? Eso es lo que no podemos decir. Mirad esa madre moribunda, cuyos pensamientos se hallan concentrados en su recién nacido, ¿no es un hermoso emblema de la santidad en la abnegación? ¡Ocultemos también nuestras penas y nuestros dolores, que no sean para nosotros más que aguijones ocultos que nos impulsen á esparcir en derredor nuestro los beneficios y el júbilo!... Cuando hayamos llegado al punto en que nuestras propias tinieblas derramen la luz en torno nuestro, entonces el espíritu de Jesús habrá tomado posesión de nuestras almas.

El contacto de la sociedad tiene algo de irritante

aun cuando abrigue las mejores intenciones. Los que nos aman nos fatigan constantemente sin querer, aunque no sea más que con las manifestaciones de su cariño. La falta de consideración ó de miramiento, no deja también de excitar nuestro mal humor. Cada día ocurre alguna cosa que nos contraría: hasta la simpatía ataca á los nervios, y hasta el consuelo suele impacientar. Diríase que venimos al mundo sin piel, pues tanto nos hacen sufrir los menores roces. ¡Qué anchuroso campo se abre á nuestra santificación!... Además de ese provecho hay otra dulzura oculta en las visitas divinas del padecimiento, y es sobre todo la que se experimenta en cargar sobre sí con el peso que abruma á los demás. Lo cierto es, que la cruz de cada persona, por lo regular, se encuentra compartida entre muchos. Hay muy pocas cruces que pesen exclusivamente sobre uno solo, si es que se conoce alguna. La bondad en el padecimiento nos hace considerar más lo que los otros sufren con nuestras cruces que lo que sentimos nosotros mismos. Al ver nuestras cruces sobre los hombros de los demás, llegan á ser por eso objetos de nuestras más afectuosas y asiduas atenciones. Así, hemos pasado una noche agitada y sin poder cerrar los ojos: pues bien, no lo sentimos por nosotros ni por nuestros padecimientos, sino por la pobre persona que nos asiste, que ha pasado toda la noche á nuestra cabecera luchando como ha podido con el vigoroso sueño de la salud. No somos capaces de soportar el menor ruido en la casa: pues bien, no somos nosotros los dignos de lástima, sino los pobres

niños, pequeños prisioneros á quienes no se permite su bullicio acostumbrado. ¿Para los niños hay acaso felicidad sin alboroto? Tal es la bondad en el padecimiento. ¿Quién será el que no vea en eso un grande poder para transformar el alma? Pero también esa virtud debe desenvolverse graciosamente: debe hacerlo todo desembarazadamente, y sin anunciarse á todo el mundo. Así es como los santos padecen en silencio, porque saben que lo que sufren es por sus amigos. El padecimiento es un mundo de milagros, y podría escribirse un libro acerca de sus relaciones con la bondad. Concluyamos: nos hemos entretenido con la bondad, que quizá hubiéramos hecho mejor en llamarla el espíritu de Jesús. ¡Qué mágico encanto para nosotros en la vida, si dos ó tres veces al día repitiésemos estas tiernas expresiones de la Escritura. «Mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia vale más que el panal de miel más suave!» Pero tal vez diréis que, en resumen, esa no es más que una virtud bien pequeña, producto del temperamento en gran parte, y asunto de buenas maneras más bien que de santidad. Sea en buen hora: no disputaré. La hierba de los campos vale más que los cedros del Líbano: es más nutritiva, y la vista se fija con placer sobre el tapiz esmaltado de margaritas y perfumado, que hace á la tierra dulce, hermosa y atractiva como un nido. La bondad es el césped del mundo espiritual en donde las ovejas del Cristo pacen tranquilamente á la vista del Pastor.

SOBRE LA MUERTE.

I.

ASPECTOS DE LA MUERTE.

La vida corre cual un río, unas veces murmurando y otras en silencio, formando recodos por varias partes sin que sepamos con exactitud por qué, atravesando regiones bellas y pintorescas y luego comarcas áridas y monótonas, pero corriendo siempre rápido, silencioso, sin interrupción. Naturalmente comenzamos por la vida cuando vamos á hablar de la muerte, porque los aspectos de ésta nos vuelven á conducir á los de la vida. Estos últimos son fáciles de resumir. Son aspectos simples, de una sencillez terrible. Toda vida se dirige hacia Dios. El tiempo nos impele con una rapidez engañosa, aun cuando el padecimiento y la uniformidad parecen persuadir lo contrario. Todas las acciones de la vida son reparables, excepto la última, que ningún pro-

cedimiento, ni aun sobrenatural, puede reparar. Ese último acto determina todos los demás y les da su significación definitiva. Ese fin es el mismo para todos, por variada y azarosa que haya sido la existencia. Como son los aspectos de la vida, son los de la muerte: la primera imprime su carácter á la otra, y recíprocamente ésta es el intérprete de la vida. Alentado por el escritor sagrado, diré que el que se acuerda siempre de su fin último, no pecará jamás. El recuerdo de la muerte debe, pues, ser un rasgo notable en nuestra vida espiritual, y es deber nuestro estudiar un hecho tan opuesto al mal y de tan grande auxilio para la santidad.

Consideremos primero el hecho de la muerte, acto extremadamente sencillo y corto, y, sin embargo, temido por todos los hombres, á veces suficiente para que su recuerdo entristezca toda la vida. Es la separación del cuerpo y del alma, el fin de una asociación misteriosa é impenetrable, en la que hubiéramos visto nuestra existencia y nuestra personalidad, si no nos hubiesen desengañado. Lo que no podemos figurarnos es una vida sin cuerpo: sabemos únicamente que no existe, que es una cosa muy maravillosa, y que veremos alguna parte, conservando nuestra personalidad actual. ¿Mas cómo se desprenderá el alma de esa complicación corporal, en la que su vida se halla tan profundamente engranada? No podemos decirlo: sabemos solamente que en ciertas condiciones, el cuerpo no puede ya servir de morada á la vida. El alma le deja, y al punto el cuerpo abandonado se reduce á átomos. Desde las partes más

sutiles hasta las más groseras, todo concluye por mezclarse á la corriente móvil de materias variables que rodean al mundo, y se plegan á toda especie de usos y de combinaciones imprevistas. Habiendo hecho así su servicio de siglo en siglo hasta el día del juicio, en cada uno de esos sutiles átomos el cuerpo se recompondrá con una maravillosa identidad y volverá á ser nuestro en la resurrección general. Jamás madre é hijo, jamás los esposos se encontraron sobre la tierra con un éxtasis de amor comparable al del cuerpo y el alma del justo al reunirse.

Ese acto de la muerte, es además un castigo tal, que la tierra no le tiene más antiguo. Es el primero que Dios inventó para su criatura culpable: la primera promulgación de su justicia vengadora. Ya consideremos al Ser que castiga, ya al objeto del castigo, que es el pecado, apenas nos es dado suponer que la retribución pueda ser ligera. En realidad, nada podía hacerle tolerable á la criatura, sino el Criador mismo, que quiso sufrirla y esparcir el bálsamo de su muerte sobre la de todos los hombres.

Verdad es que ha habido hombres que han llamado á la muerte por su deseo criminal, fruto de una impaciencia que nada había santificado. Otros también han deseado la muerte, pero eran individuos que tenían también la gracia de desear el padecimiento. Algunos han manifestado semejantes aspiraciones, porque languidecían por Dios, y los dolores de la agonía no eran más que un precio muy débil para semejante Dios, si para él pudiera haber precio. Algunas muertes han sido tan bellas, que

apenas pueden ser consideradas como un castigo. Tal fué la de San José durmiéndose sobre el seno de Jesús, y hasta puede decirse que el crepúsculo de los limbos no era más que un sombrío lugar de destierro, comparado con la casa de Nazareth, iluminada por la presencia de Jesús. Tal fué la muerte de María, cuya pena consistía solamente en esperarla: fué una dulce extinción causada por el desbordamiento silencioso del amor divino en su corazón. Y eso que el divino amor es un fuego penetrante para toda carne que no está en la gloria. En ninguna parte, pues, la muerte pierde completamente su carácter penal. El martirio es una corona precisamente porque es también una cruz. Para nosotros la muerte es un castigo basado sobre más actos justiciables de los que se necesitarían para llenar un volumen, ó para ser pronunciados en el tiempo que media desde la salida hasta la postura del sol. Sin embargo, los jóvenes en años, ó jóvenes en santidad, mal aconsejados, se han atrevido á hablar de ella con ligereza. Un castigo, el más antiguo de los castigos, pura invención del mismo Dios, no debe sino hacernos temblar, y sólo una maravilla de misericordia puede habernos hecho un deber el esperar.

Además, ese acto final debe ordinariamente cumplirse en un tiempo y circunstancias en que, en el orden de las cosas humanas, seremos menos capaces de una acción grave y solemne, ó bien es tan súbita que apenas puede pasar por un acto. Su época natural está en que la debilidad del cuerpo y del alma concurren á ejercer su imperio sobre nosotros, y

nuestra voluntad es tan poco libre como puede serlo; es una parte del castigo el hallarnos así con desventaja. Si hay un tiempo en que necesitaríamos rigor y salud del cuerpo, claridad de espíritu y calma en la voluntad, es cuando se trata de hacer mucho á la vez, mucho en poco tiempo, una obra delicada, peligrosa, complicada, una obra para la cual se necesitarían millares de ojos y de manos, y tanta tranquilidad que nuestro espíritu pudiera multiplicarse de una manera casi ilimitada; en una palabra, jamás tenemos tanta necesidad de vida como cuando llegamos á morir, y precisamente entonces es cuando la vida se nos escapa. Ha llegado á ser débil é incierta como una segunda infancia y está abrumada por los dolores y las preocupaciones de este mundo. Jamás la tierra se hace sentir más imperiosamente al alma que en el momento en que van á dejarse, y las circunstancias físicas que acarrean la muerte, hacen que todo suceda al revés de lo que hubiéramos deseado. Pero no debemos quejarnos, porque eso es la naturaleza de todo castigo; en vez de murmurar es preciso reflexionar y aprovecharse de las reflexiones. Por lo demás, ese carácter de penalidad pertenece á todas las muertes; la que menos le tendría, la que por sí misma estaría más exenta de toda sorpresa desventajosa, sería la sufrida en ejecución pública; como si por una atención divina, la muerte empleada por los hombres para el castigo de un hermano suyo culpable, perdiese algo de lo que tiene de espantosa, cuando su mano poderosa es la que la impone. Exceptuado el martirio, una ejecución

pública no merecida sería el modo de morir más cómodo, bajo el punto de vista del arreglo de las cosas exteriores y de la preparación.

Según una creencia respetable de nuestros abuelos, los malos espíritus tenían lugares de predilección que tenían costumbre de recorrer de siglo en siglo, y á menos de ser muy fuerte en la gracia de Jesucristo, el que se atrevía á detenerse en semejantes sitios era acosado por aquellos espíritus de las tinieblas, y quedaba más ó menos bajo su influencia. En todos los casos en que la muerte está en acción, puede decirse que los malos espíritus van con ella. El lecho mortuorio es un tiempo y un sitio como formado expresamente para su presencia y sus maquinaciones. Es su última eventualidad para arrebatar un alma que va á salir de este mundo. Si desgraciadamente esa alma ha sido su presa voluntaria durante años, puede decirse, según el curso ordinario de las cosas, que á tal vida, tal muerte; sin embargo, su presa no está asegurada, porque basta un esfuerzo de compasión de parte de Jesús, ó de ruego de parte de María, ó un sacramento, para romper el círculo de maldición que se imaginan haber trazado en derredor de su víctima. Las posibilidades de la misericordia les ofrecían, pues, y son un apostadero, para guardar y reclamar su posesión. Supongamos ahora que la muerte llega después de una prolongada lucha entre el bien y el mal; su actividad y sus estratagemas no son menos necesarias. Las gracias finales son ordinarias y concedidas todos los días á los que mueren: iluminan y fortalecen el

alma para hacerla producir los actos sobrenaturales de arrepentimiento, de temor y de amor, por los cuales debe reunirse á Dios. La sangre de Jesús es la que triunfa: la salvación estaba en la balanza; ahora va á ser asegurada. ¿Cómo se atreverían los demonios á ausentarse en semejantes circunstancias? Tienen que luchar con el ángel de la guarda del moribundo, que contrariar los efectos de los Sacramentos, que sofocar los recuerdos de la edad juvenil, y la enseñanza de la fe en materia del pecado y de la contricción. ¡Ay! demasiado consiguen indemnizarse del tiempo y de sus afanes. Hasta con los fieles discípulos del Cristo sus probabilidades son harto reales; porque al fin, una mala muerte después de una buena vida, no es un hecho inaudito. Se han visto personas que durante largo tiempo habían estado, ó por lo menos aparentando, adheridas al servicio de Dios, divorciarse de él en la hora postrera. Aunque no sea más que la simple posibilidad de acontecimiento tan funesto, debe bastar para sumirnos en un terror mudo. Aun cuando los demonios no tienen nada que esperar, hormiguean al rededor del lecho de muerte del siervo de Dios, aunque no sea más que para acosarle. Pueden hacerle incurrir en alguna falta venial, en alguna pequeñez, disminuir sus méritos y alargar su purgatorio. Es la espantosa ley de su odio el oponerse siempre á los intereses de Jesús. Así, por donde quiera que la muerte aparece, hay la seguridad de que se hallan allí, á pesar de las torturas que les causan la presencia de los celestiales visitadores, el tranquilo heroísmo de una humilde

fe, y los poderes de la Iglesia, y la virtud de los Sacramentos; están allí observando si por casualidad pueden hacer alguna irrupción en el reino de la luz. Su presencia debe, pues, ser considerada como casi inseparable de ese último acto de la vida.

La muerte es también con frecuencia un gabinete de audiencia privada, en que Dios concede una entrevista íntima á su criatura desfalleciente. Algunas veces es para alabar, bendecir y dar la seguridad de una próxima felicidad. Otras, es para castigar, con una inmensa misericordia á la par, si consideramos el tiempo y el lugar, que con una grande severidad, como si anticipase en parte el juicio, para castigar de este lado de acá de la tumba. Quizá ha sido ofendido en algunos actos particulares de nuestra vida pasada; no ha sido nada, pero ha aguardado esa hora para castigar, bien sea con terrores pánicos, con una visión terrorífica de esas faltas particulares, ó bien permitiendo que seamos tentados de una manera análoga á aquellas faltas; ó ya también nos impone algún otro castigo difícil de soportar, aunque ordenado por un poderoso amor. En esos casos, puede haber doble lecho de muerte: el en que reposa la criatura enferma, rodeada del sacerdote, del médico, de los amigos; y después otro en la cámara interior, en donde el Padre de todas las criaturas está solo, en comunicación íntima, sin que pueda ser percibido por ningún otro oído viviente. Nada más justo que el que nosotros temamos esa silenciosa visita de nuestro Padre Eterno; sin embargo, debe ser nuestro gozo el vivir

con él para siempre; y así es que soportamos con una sumisión filial los dolores que un exceso de compasivo celo puede enviarnos en esa última hora.

Tal es ese acto final, con sus circunstancias ordinarias. Pero hay rasgos más ciertos, que no por ser familiares para todo el mundo dejan de ser necesarios al cuadro. El primero es, que la muerte es inevitable. Viene á todos; nadie puede librarse de ella; no hay ninguna excepción. Me acuerdo de que siendo niño, llegué á persuadirme de que yo no debía morir, y durante algunos años viví en esa persuasión. No porque me creyese mejor que otros, sino porque me figuraba que sucedería algo como el fin del mundo, ú otro desenlace del mismo carácter. Yo no era muy difícil en materia de motivos de creencia para lo que me complacía en creer; pero á los diez años adquirí la convicción opuesta, la cual me trajo una época de sueños destruídos y de preocupaciones terribles, en las que todavía no puedo pensar sin estremecerme. Tal vez todos los niños tienen en la vida alguna vaga ilusión de esa especie, con respecto á la muerte; mas por lo que á mí hace, la muerte fué desde entonces una de esas verdades de un interés siempre nuevo, que nunca cansa; una de esas verdades llenas de emoción y de originalidad, con las que nadie se familiariza jamás. Como los hombres difieren unos de otros, así sucede con sus destinos. Dios no los repite nunca; todos son individuales, y cada hombre tiene el suyo; pero el destino común es el morir.

Es además un acto de que no tenemos ninguna

experiencia, porque no ocurre más que una vez. Hemos podido, en apariencia, haber llenado todo el programa: hemos podido creernos en la agonía, y habernos dispuesto, en consecuencia, con el mayor recogimiento posible; haber hecho lo que se llama nuestra última confesión; haber recibido la Extremaunción y la última bendición de la Iglesia; pueden haberse cerrado nuestros ojos y perdido nuestro conocimiento; pero Dios sabía que no íbamos á morir. Probablemente los malos espíritus lo sabían también; de manera que muchas de las realidades sobrenaturales que nos aguardan en el paso decisivo, faltaban en aquel ensayo. No; no tenemos experiencia alguna de la muerte; eso es lo cierto; ¿y qué se sigue de ahí? Se sigue una cosa muy importante, y que no deja de ser terrible, á saber: que como no tenemos ninguna experiencia de ese acto, no podemos habituarnos á él, y sin embargo, la costumbre es la que facilita lo que se debe hacer, haciéndonos más tranquilos y dispuestos. Indudablemente, lo mismo puede decirse de todo asunto importante que se hace por primera vez; pero he aquí otro rasgo: el de que con la muerte no hay que tratar otra vez. Todo debe hacerse de un golpe, todo depende de la perfección con que se ejecute esa vez única. Hágase bien ó mal, no puede rectificarse: discusiones, deliberaciones, lecciones de lo pasado, descubrimiento de errores, nuevos planes, todo es imposible. Es un acto único, absoluto, inmutable, final; y que una vez cumplido, es preciso dejarle tal cual es, con su inevitable fecundidad de consecuencias eternas.

La incertidumbre del tiempo aumenta también la dificultad de morir con esa tranquilidad, esa dignidad y esa preparación que podíamos desear. La edad no nos suministra, en cuanto á ese particular, más que probabilidades de una verosimilitud general, que puede establecer estadísticas y servir de base á las cuentas de las Compañías de Seguros, ó para alimentar las esperanzas del ambicioso y del especulador; mas para los individuos, esas probabilidades son realmente nulas. No hay improbabilidad de que muramos en el momento próximo; tal vez sea así. Y cuando el momento que viene ha transcurrido, el que le sigue hereda esa posibilidad, ó más bien, una posibilidad ó una verosimilitud siempre crecientes. Esa transmisión se opera noche y día y en todos los momentos de la vida. Las muertes repentinas no son raras, acaecen con frecuencia por grupos en un mismo vecindario, como si para ello hubiese alguna ley desconocida, y probablemente hay una semejante á la que dominan las acciones humanas. Su libertad parece traer la mayor latitud en su esfera; mas prescindiendo de eso, esa esfera existe, y representa una ley, anunciando respete nuestra libertad. Las estadísticas del crimen nos ofrecen el mismo ejemplo de una ley misteriosa, igualmente poco comprensible. Así, pues, la muerte súbita no tiene nada de improbable para cada individuo. Indicios sacados del conocimiento de nuestra constitución, pueden aumentar indefinidamente las probabilidades individuales; como, por ejemplo, si hemos estado amenazados de apoplejía, ó si te-

nemos alguna enfermedad de corazón ó alguna lesión orgánica. Por otra parte, la edad más avanzada no puede garantizar la certidumbre de morir en un momento dado; aun cuando estemos en la agonía, sólo la ciencia puede decirnos, aproximadamente, cuánto se prolongará. Así, eso es uno de los rasgos universales de la muerte; el martirio mismo y las ejecuciones públicas, no son excepciones infalibles de esa incertidumbre; puede librarnos del martirio la gracia, ó más bien, nuestra correspondencia á la gracia, puede fallar, y podemos redimirnos por la apostasía; podemos ser indultados sobre el mismo cadalso, ó morir antes de que la ejecución tenga lugar. La muerte es, pues, universalmente incierta. Si nos advierte por una enfermedad, es una gracia; si en nuestra constitución física hay una indicación de muerte repentina, es también una gracia mucho mayor; de todos modos, la muerte no exime á nadie de la fatalidad de su incertidumbre.

Hagamos la historia de un moribundo, y examinémosle en las circunstancias más favorables: advertencia de su muerte, tiempo para prepararse y todo lo demás. Supongamos que se trata de nosotros: sobreviene una enfermedad, desde luego nos apercibimos de que es de carácter grave. Experimentamos síntomas tan diferentes de los de las enfermedades anteriores, que no podemos considerarlos sino como los precursores de una disolución final. Leemos nuestro peligro en las miradas de los que nos rodean: tenemos la felicidad de hallarnos asistidos por cristianos, que aun á riesgo de acelerar nuestra muerte

por la agitación, nos dicen con bondad, pero claramente, que ha llegado nuestro fin. Al hablarnos de ese modo, los que nos aman hacen un gran sacrificio, pero es la mayor de las bondades. Obrar de otra manera sería tan cruel como culpable, y muchas almas se encuentran ahora en el infierno por consecuencia de ese egoísmo. Madres han enviado allí á sus hijos sin ver que si guardaban tan bárbaro silencio, más bien que por no apesadumbrar á sus hijos, era por no entristecerse ellas mismas. Muchos maridos han perdido su última probabilidad de salvación, por consecuencia de ese egoísmo de sus esposas disfrazado con la máscara del cariño. ¡Oh! ¡cuán pocas aflicciones hay sobre la tierra que sepan anteponer el alma al cuerpo!

Hemos recibido el anuncio de nuestro próximo fin, con calma, pero con mucho temor: nuestro primer pensamiento ha sido para Dios. ¡Dichosos si hubiésemos obrado siempre así!

Sabemos el asunto importante que tenemos que tratar con él en las profundidades de nuestra alma. Enviamos á llamar al sacerdote, y después de un examen de conciencia, tal como podemos hacerle, ó mejor dicho, según notas preparadas de antemano, hacemos una confesión general de toda nuestra vida. Aborrecemos todos nuestros pecados, y por lo que podemos juzgar, con todo nuestro corazón. Los detestamos como ofensas hechas á Dios, y ese honor encierra la más firme resolución de no reincidir en ellos, si, contra toda apariencia, recobrásemos la salud. Y en realidad, como hace años que no los hemos

cometido, esa confianza no deja de tener fundamento. A pesar de todo, estamos tan débiles, tan doloridos, tan amedrentados y tan agitados, que seguramente no tenemos ese dolor sensible y profundo con que hemos contado. El sacerdote, sin embargo, nos ha interrogado cuidadosamente, y satisfecho de nuestras respuestas, nos absuelve. En nuestra vida pasada jamás habíamos dudado de una absolución, pero en cuanto á ésta, quisiéramos tener una garantía más cierta de su validez, porque jamás nos hemos encontrado en una crisis tan decisiva. Pero estamos todavía en la región del crepúsculo: la fe es también una luz, pero no es todavía el día en toda su plenitud.

Hacemos una profesión de fe á presencia de Jesús en su sacramento de amor. No tenemos duda alguna, y nuestra cabeza no reposa sobre la almohada de una manera más palpable que la creencia en la divinidad de nuestro adorable Salvador, reposa nuestra alma en su mortal pesadumbre. Sentimos que hasta entonces no hemos conocido á la Santísima Virgen; tan manifiesto nos ha llegado á ser su oficio maternal, y tanto se hace sentir su dulce existencia.

Las obscuridades se despejan, y las nubes de la fe y de la visión llegan á ser confusas. Verdad es que la fe existe hasta en el purgatorio; pero es en condiciones que la dan certidumbre, sin la felicidad de la visión: en seguida examinamos si tenemos algunos enemigos; ninguno quizá que podamos calificar con una expresión tan dura. Sea como quiera,

perdonamos de corazón á todos los que nos han hecho mal, cualesquiera que pueda ser, aunque no sean culpables más que de una burla ó de una mirada poco benévola. Pedimos también perdón á todos los que hemos ofendido en el vigor de la vida, cuando todo era salud y egoísmo. Nuestra memoria nos representa entonces más faltas de las que pensábamos haber cometido. Así purificamos nuestros corazones de todas las pequeñas pasiones, despechos, envidias, sospechas, rencores, desconfianzas, disgustos, prevenciones, durezas, rigores y falta de simpatías, cosas todas en que en esa hora percibimos una terrible brecha á la caridad. ¿En qué estado tan malo nos hallábamos en cuanto á este punto sin apercibirnos de ello? ¡Dios sea bendito por este último rayo de viva luz! Pero la extenuación va en aumento, y no podemos más.

Sin embargo, todavía tenemos que hacer un grande esfuerzo. He aquí que Nuestro Señor viene para ser nuestro Viático. Tenemos que recoger todas las potencias desfallecidas de nuestra alma. Quisiéramos arrodillarnos si nos fuera posible; pero hacemos lo mejor que podemos en la extremada debilidad de nuestro cuerpo. Hemos recibido la Sagrada Hostia, ha descendido en nosotros, y con los ojos cerrados volvemos á caer sobre la almohada. Quizá recordamos las comuniones más dulces, hechas con más amor, más calor y más unción sensible. Ciertamente la muerte es una distracción terrible. No podemos, pues, hacer más que una bien pobre acción de gracias, muy inferior á otras que hicimos en el curso de

nuestra vida. Pero he ahí que se reaniman y despiertan nuestros espíritus para prepararnos á la Extremaunción, interesante y tierno ritual, que, á pesar de sus dulzuras, habla á nuestro pensamiento de pecados no confesados, y de una esclavitud de los sentidos, de que no nos habíamos acusado más que imperfectamente; pero es un Sacramento de recursos sin fondo. ¿Quién dirá los tesoros de gracias que puede suministrar? Sabemos que en sus abismos, los restos de los pecados de la vida más larga se sumergen y se pierden para siempre. ¡Oh, Sacramento extraño! Haga el Señor que no me vea privado de él al fin de mi carrera, ni de sus indefinibles magnificencias.

Resta todavía un tiempo que llenan diversos actos pronunciados ó no, según es posible. Cortos actos de amor de Dios, oraciones jaculatorias, que expresan la más completa confianza en la sangre preciosa de Jesús, se suceden rápidamente. Actos de contrición, débiles tal vez, pero sinceros, se suceden en nuestros labios. Aceptamos voluntariamente la muerte en expiación de nuestras faltas, y así lo decimos á Dios con toda humildad. Apenas sabemos lo que decimos; pero Dios lo sabe, y eso basta. Nuestra lengua se hincha; nuestra voz se pierde; nuestros labios se secan; pero en el retiro silencioso de nuestro corazón, los últimos ecos de la gracia murmuran todavía como una última profesión de fe, que la tierra no oye ya. Nuestro confesor nos sirve ya de un auxilio menor del que habíamos pensado, como si la aproximación del Señor nos hubiese colocado

exclusivamente, ó por lo menos inmediatamente bajo la jurisdicción divina. Sin embargo, el confesor es todavía de una utilidad inmensa por sus reiteradas absoluciones, su agua bendita, sus signos de cruz, la consagración misma de su persona, el carácter que lleva en su frente, y sus manos impregnadas del olor de la Hostia. Largo tiempo después que sus sugestiones han cesado de ayudarnos, porque hemos cesado de oir, podríamos todavía ver formarse las palabras en sus labios. Pero eso pasa también; una nube pesa sobre nuestros ojos, y luego una obscuridad, una penosa necesidad de luz, de que nuestra lengua no puede ya quejarse. ¿Ha concluído todo? ¿Estamos prontos? No: ahora hày mil cosas que decir. Ya no hay medio. ¡Tantas cosas que hacer! Se necesita alguno que nos ayude á ponerlas en orden. Orden..... necesitamos el orden. En otro tiempo hubiéramos podido ponerlo todo en regla. Ahora ya no es posible. ¿Por dónde comenzar? ¿Pero qué es eso? ¿Ha llegado el fin? ¿Es la tierra lo que se va, ó nosotros los que la dejamos? ¿En dónde caemos? ¿No hay nadie que nos detenga? Pero he ahí que vuelve el día.....

Sí, el alma ha dejado el cuerpo, y uno de sus últimos pensamientos, el único quizá, era que quedaba todavía mucho que hacer. Sin embargo, esa muerte que acabamos de describir, es la muerte en las circunstancias más favorables, la de un corto número de privilegiados. He ahí lo que creemos de todas las muertes: que la última verdad que nos manifiesta la antorcha mortuoria, es que queda que

hacer una multitud de cosas; que uno de los aspectos invariables de la muerte cristiana es el venir, aunque poco repentinamente, demasiado pronto para nuestra idea: de manera que partimos para este último viaje como para otros muchos, dejando atrás alguna cosa de las que nos habíamos propuesto llevar. Siempre se cree que lo que se deja olvidado es indispensable: mas por la misericordia de Dios no es así. Nuestra muerte viene á punto; no la hace falta más que el último golpe de perfección. Tal es la ley, y toda muerte necesita esta última prueba. Pero es precisamente una cosa que hace su perspectiva penosa.

Ahora consideremos algunas de las variedades de la muerte, para tener una idea completa de sus numerosos aspectos. Es probable que no haya dos muertes completamente semejantes. El fin de cada hombre es individual como él mismo, como su vocación sobre la tierra, su gracia en este mundo y su gloria en el otro. Las variedades que podríamos clasificar serían demasiado numerosas para tener cabida en nuestro cuadro. Contentémonos con la elección de las más comunes.

Primero, la muerte repentina. Es como si viviésemos en el fin del mundo, cuando Jesucristo vendrá, y muriésemos en el momento á que seremos llevados por el aire para salir á su encuentro; ó como si fuésemos juzgados sin pasar por la transición común. Perdemos la muerte como medio de salvación, la perdemos como ocasión: tenemos un tiempo de gracia menos que los demás hombres, y nuestro juicio eterno corre riesgos más espantosos; así, nadie co-

mo no sea un espíritu irreligioso, puede desear una muerte repentina, sean cuales fueren los atractivos que pueda tener la idea de abreviar el padecimiento corporal y de evitar las escenas desgarradoras de ese drama, cuyos penosos actos pasan con tanta lentitud para completar el fin del mayor número. Pero la importancia de la muerte está en su posición, como barrera entre el tiempo y la eternidad. Por consiguiente, los intereses eternos es lo que hay que asegurar. Y la mayor parte del tiempo, cuanto más nos acosa la muerte y la ciencia la prolonga, más esperanza hay de que nos preparemos una buena eternidad. Aunque la muerte súbita no sea precisamente una muerte imprevista, la Iglesia quiere que pidamos el que se nos libre de una y de otra. Porque no sólo no tenemos un derecho á salir tan precipitadamente de este mundo, sino que correríamos en ello un grave riesgo. Ya hemos visto que todas las muertes tienen algo de repentino, y que ese carácter de sorpresa es una de las inquietudes de ese acto supremo. No podemos pues hacer más que desear, puesto que hemos de ser sorprendidos, serlo lo ménos posible. Es un sentimiento profundo en el hombre, y sin duda ese sentimiento no es más que el eco de una verdad no menos profunda, que una muerte repentina es un juicio de Dios. Al mismo tiempo, la regla está tan lejos de ser invariable, sobre todo desde que la muerte de Nuestro Señor ha dado á la nuestra una nueva faz, que no podemos jamás, cuando se trata de los demás, atribuir su muerte más ó menos repentina, á sus pecados ó á la cólera

de Dios. Pueden haber sido arrancados por un golpe de viento de divina compasión, á ocasiones de pecado, ó á pruebas que hubieran sido muy superiores á sus fuerzas. Las personas que tienen predisposición á ciertas enfermedades, pueden sucumbir como heridas por el rayo, y entonces, apenas puede calificarse de muerte repentina aquella cuyos síntomas evidentes y reconocidos han sido una advertencia de toda la vida. Tal vez esas personas hayan sido privadas de una ocasión, y ¿quién sabe si una muerte repentina es el anuncio de su largo purgatorio? La última enfermedad á las puertas de la eternidad, es un gran teatro para la satisfacción cristiana, por no decir nada de las facilidades y de las indulgencias que se agrupan en derredor de los hijos de la fe en esa hora suprema.

En frente de esas muertes repentinas, tenemos las muertes lentas. Tales son las que tardan en venir semanas y meses en una enfermedad de consunción. Muertes de predestinados, dicen los italianos; título, que algunos santos personajes, en la audacia de su fe, en la divina misericordia y en la eficacia de los Sacramentos, han dado también á las ejecuciones públicas. Esas muertes lentas parecen más apetecibles de lo que lo son en general; lo cierto es, que son demasiado largas. Pues bien, en todas las cosas, aun cuando se trate de tener tiempo para el último paso, la moderación es lo mejor, y si las enfermedades lentas nos dan todo el espacio necesario para prepararnos, el exceso concluye por echarlo á perder todo. Muchas enfermedades de ese género suelen infun-

dirnos vanas esperanzas hasta el fondo de la tumba: por ese medio presentan flanco á tentaciones peligrosas: se endurece el ánimo, se respira la atmósfera malsana de la afición á las pequeñas dulzuras, y se interrumpe toda penitencia en el momento peligroso, el del pasaje del tiempo á la eternidad; luego, un deseo de la muerte, considerada bajo el miserable punto de vista del alivio físico, se apodera de nosotros, y caemos en esa insensibilidad, que consiste en la impaciencia de morir sin deseos de ver á Dios; y para lo cual, según diversas revelaciones, parece que habría un purgatorio especial. Además, los pecados veniales se multiplican con harta celeridad en esas largas expectativas: pecados de impaciencia, de inmortificación, de mal humor, de egoísmo y de quejas contra los que nos asisten y nos cuidan. Llegamos á dispensarnos con mucha facilidad de las oraciones jaculatorias, y de la aplicación del espíritu á Dios. La virtud se ablanda y se desnaturaliza de tal modo, que será necesario un rudo purgatorio para volverla á su temple: por manera, que esas muertes prolongadas, en las que quizá podrá verse un purgatorio anticipado, no son con frecuencia más que el preludio de un purgatorio más largo. Entre los que ordinariamente presencian la agonía, no hay ninguno que no haya observado cuánto se gasta la gracia de buen morir antes de su tiempo. Por un momento la muerte promete ser más que buena, santa, maravillosa. Luego, como si la gracia hubiese sidó medida por cierto número de horas, diríase que el pobre enfermo ha gastado la medida, y concluye por mo-

rir, no de una muerte dudosa, sino seguramente con una muerte poco consoladora para los que le aman.

Seríamos, pues, poco sabios en desear esas muertes lentas. Yo creo que desde el día en que Nuestro Señor dió su vida, todas las muertes son misericordiosas: lo son relativamente al individuo, cuyas necesidades y particularidades conoce el Padre Celestial: más consideradas en sí mismas esas muertes lentas, lo repetimos, son menos apetecibles de lo que parecen.

Hay muertes con dolores violentos. Muchas personas tienen el temor instintivo de una enfermedad especial, y ese temor no es absolutamente insignificante. Como tenemos horror á todo grande padecimiento, preferiríamos escoger cuando no lo podemos evitar todo. Una vez atacados por un mal por largo tiempo temido, nos hallamos como entre las garras de una fiera, y estamos dominados por una impresión de terror y de desesperación, de la cual es muy difícil sacar partido para una disposición religiosa. La verdad es, que todo padecimiento es más bien una distracción que nos hace olvidar á Dios que un *momento* que nos le recuerde: y lo que nos hace á Dios más necesario está muy lejos de ser lo que nos atrae con más éxito á sus brazos. El amor ha sido siempre un medio más eficaz que el temor, y es observación de uno de los más grandes escritores ascéticos, que la santificación por la enfermedad es uno de los fenómenos más raros de la vida espiritual. Sólo la alta santidad no está distraída, abatida, ni animalizada por el padecimiento: así es, que una

muerte violenta sólo santificará á los que se hallen formados de antemano en un espíritu interior capaz de soportarla dignamente. Si una muerte violenta es una grande aflicción para los asistentes, es con frecuencia una señal del divino amor. Nos es permitido creer que con frecuencia hace las veces de purgatorio. Sabemos que suele ir acompañada de una prenda de predestinación de las más seguras, es decir, de más grande contrición. Es también algunas veces la parte de los que durante la vida han hecho mucha penitencia corporal: ese género de muerte les es enviado en parte como para castigarles, pero mucho más todavía para darles los remedios de reparar sus descuidos. Los que han carecido de esa bondad, de esa sencillez, de esa atención tierna y delicada que una salud débil y constantes padecimientos corporales tienen costumbre de producir con el auxilio de la gracia, se ven á veces afligidos de esa manera en su muerte, para que esa severidad produzca rápidamente en sus almas efectos equivalentes. Lo más que podemos decir es, que esa muerte es un inmenso medio de santificación, pero es necesario tener la fuerza de aprovecharse de él.

Ahora hablemos de una muerte dulce y tranquila. Como la muerte lenta, ésta es menos apetecible de lo que parece á primera vista, aunque sin duda, para un gran número sea una inmensa misericordia, una ternura especial de Dios: por lo que hay almas tan frágiles, que parece que la muerte sola podría reducirlas á átomos. Hay almas más bien débiles que imperfectas, y en su favor parece tan indulgente

la muerte con alguna frecuencia. De ahí no puede concluirse nada con relación á la mayor ó menor duración de su purgatorio, pero no siempre es indicio de un lugar muy alto en el cielo. Esta muerte es también bastante ordinaria al fin de una vida de padecimiento, como si el purgatorio hubiese concluído y el golpe se diese cuando el juicio ya no tenía nada que hacer. Es también con frecuencia el fin de una vida exenta de grandes pecados, ó notable por una vocación fuertemente pronunciada; porque una vida de ese género, una vida de luz y de conciencia claramente definida, tiene por resultado un gran don de tranquilidad. En esos casos, la muerte casi pierde su carácter. Es una grande acción que se ejecuta apaciblemente, sin drama y sin énfasis; semejante privilegio se halla también anejo á ciertas formas de la vida espiritual. Según una curiosa observación de San Andrés Avelino, los que tienen una devoción especial á la Pasión, generalmente tienen una muerte dulce y apacible. La de María, Juan y Magdalena (1). Es ciertamente notable que la mayor

(1) La muerte de San Juan ha sido asunto de muchas y muy interesantes revelaciones. Santa Brígida (lib. IV, cap. I) refiere, entre otras, la siguiente: «Después de la Madre de Dios, dice el mismo Santo Apóstol, pasé de este mundo lo más dulcemente, porque había sido su guardador.» En otro lugar (el mismo libro, cap. XXIII), es la Santísima Virgen la que dice á San Juan: «Dios os ha sacado de este mundo por la muerte más dulce después de la mía. *Quia Virgo, virgini fuit commandata.*» Santa Gertrudis habla también (en el lib. IV, cap. IV) con admiración de esa muerte tranquila que Nuestro Señor llama una muerte de júbilo.



parte de los que vivieron en la intimidad de nuestro Señor, muriesen de muerte violenta; mientras que los tres que le asistieron en el Calvario, tuvieron un fin tan tranquilo, que podría preguntarse si su muerte había tenido una realidad anticipada. Sin embargo, una muerte apacible nos expone al entorpecimiento, la indolencia, la ilusión, y otras faltas semejantes. Hay hombres cuya energía y facultades parecen aletargarse; cuando llega la estación rígida de la vida, viven como marmotas que encuentran medio de eslabonar los estíos unos con otros, permaneciendo metidas en sus madrigueras, adormecidas durante el frío. Para semejantes gentes, que ningún acontecimiento hace mejores y que nada hace peores, ¿qué es una muerte apacible sino un juicio? Dios las deja morir sin despertarlas. Podemos observar que la muerte apacible no produce ni conversión ni arrepentimiento. Si la conversión no precede, no se efectuará jamás.

Consideremos otra variedad: la muerte entre las tentaciones. Esa muerte es terrible, y bastante común. Es con frecuencia el fin de una vida sin cuidarse de nada, negligente en el detalle, que todo lo toma en globo, sin respeto á Dios ni á los preceptos de la Iglesia, y sin reverencia ni temor. Por otra

---

Santa Matilde cuenta la muerte sin dolor en el número de los doce privilegios del Apóstol virgen. Véanse también los comentarios de Durand Saint Ange, sobre Santa Brígida, y la aprobación de la *Ciudad Mística* de la B. María de Agreda, por D. Miguel de Escartín.



parte, pueden ser también el fin de una vida muy santa, pero muy corta. Entonces algunos momentos de tentación reemplazarán á años de méritos. En ese caso, sobre todo, la tentación acelera la marcha de la gracia, y Dios prueba á sus servidores para hacerles adquirir mayor gloria en el cielo. Quizá su vida espiritual ha carecido de pruebas exteriores: el purgatorio místico de su espíritu no ha sido completo, y en su consecuencia el Señor se digna perfeccionar su santidad por ese género de muerte. El amor divino no tiene, de este lado de acá de la tumba, crisol más delicado que el de una muerte en la tentación. Sin duda alguna es un espectáculo de los más penosos para los que sobreviven, á causa de la impenetrable obscuridad en que va envuelta, y cuando las tentaciones duran hasta el fin, nos dejan llenos de turbación y de espanto. Pero en la mayor parte de los casos no es así. La nube se disipa al fin y deja al descubierto un horizonte dorado, con líneas claras y bien definidas. ¡Que no nos sea dado inclinarnos al lado de esa barrera!... ¿Qué veríamos sino el esplendor de una eternidad bienaventurada, el cielo á pié llano, sin lago de fuego que atravesar? Por sombrías que al principio se presenten para el espectador esas nubes de tentaciones, sabemos que encubren operaciones de gracia de una grandeza y de una sublimidad que no se encuentran en ninguna parte. Hay allí gracias de una eficacia instantánea, que en un abrir y cerrar de ójos llenan nuestras almas de elevación, y que, por decirlo así, estereotipan todas las gracias anteriores. Esos son los principios mismos

de la gloria eterna, iniciaciones prematuras, fuera de su lugar, penosas como los estados extáticos; pero ¿cuántas veces, en materias espirituales, no encontramos lo que hay más sublime y más bajo, confundido lo uno con lo otro? Esas mismas tentaciones suelen ser con frecuencia un castigo impuesto á las almas poco generosas que han descuidado ciertas partes de la vida espiritual, y especialmente la oración. ¡Ah! ¡cuántas meditaciones hechas en la aridez aguardan el fin de la vida para sorprender á nuestras almas con un rocío refrigerante! ¡Y cuántas meditaciones también, omitidas y abreviadas, aguardan el mismo momento para hacernos sentir sus picaduras de escorpión, cuando el dolor sea más intolerable! Hay muchas cosas que es difícil mirar con sangre fría en la muerte, pero hay pocas que lo sean tanto como la negligencia en la oración.

Tales son algunas de las variedades de la muerte. En cuanto á sus resultados especiales, están fuera del alcance de nuestra vista, y forman ya parte de la que la eternidad oculta á nuestra imaginación. Puede haber algunas que la muerte lance muy lejos en esa eternidad, y otras que deje á la entrada, pero todas se hallan en seguridad con Dios. He ahí los aspectos de ese grande fenómeno, que á todos nos interesa de una manera tan personal. Tal como es la vida, tal debe ser la muerte. ¿Qué diremos, pues, sino que la muerte es la palabra de la vida?

II.

RASGOS CULMINANTES DE LA MUERTE.

Tierra inexplorada, cuya carta no había formado la ciencia, la muerte ofrece á todos cada día nuevos descubrimientos personales. Todas las acciones humanas son maravillosas; cada una de ellas parece contener misterios ocultos, y Dios encuentra allí su mejor manifestación exterior, como para lo interior se sirve sobre todo de la conciencia. Pero en la serie de las acciones humanas, el último acto, el acto de morir, es el más fértil en maravillas. Sea cual fuere el punto de vista bajo el cual le consideremos, es de un interés mayor, y ciertamente ningún hombre viviente puede alabarse de apreciar debidamente las maravillas de la muerte. Como ya he dicho, quizá no hay dos muertes que se asemejen, y los delicados matices de una á otra serían probablemente más poderosos para descubrirnos las vías de Dios y las capacidades del alma que todos los recursos de la filosofía. Pero jamás vemos la muerte desde el otro lado, el lado eterno, y por consecuencia no po-

demos hacerla justicia. No es simplemente una fecha, simplemente el fin de la vida; es la confluencia del tiempo y de la eternidad, la transición de la gracia en la gloria. Es un castigo divino transformado en operación muy oculta de la gracia. Cada muerte individual es un secreto entre el Criador y la criatura. Así, en estudios sobre la muerte, lo que molesta es el tener que limitarse á generalidades, mientras que la maravilla consiste en los detalles y las particularidades. Todo lo que sabemos es que la justicia y la misericordia parecen venir á nosotros separadamente durante la vida, en vez de que en la muerte sus operaciones se combinan y se unen. La muerte pertenece tanto ó quizá más á la eternidad que comienza, que á la vida que concluye. Mientras no llega no podemos sentir más que los fenómenos exteriores y concluir de ellos las eventualidades ocultas. Después de haber reducido así nuestras especulaciones á su justo valor, pasemos de la consideración de los aspectos de la muerte á la de sus caracteres.

Esos caracteres se traducen en dolores, tentaciones, gracias y goces, que tendremos que estudiar cada uno aparte. La contemplación de los dolores de la muerte produce en nosotros un efecto semejante al primer aspecto de una escena salvaje y desolada en las montañas, alturas sombrías perdidas en las nubes, valles hundidos en sus laderas hasta perderse de vista y nieblas que dejan entrever un suelo pedregoso: todo alrededor, pantanos impenetrables para impedir su acceso: ningún hombre sa-

bio piensa sin temor en que un día ú otro tiene que atravesar esa región desolada. El cuerpo, la voluntad, el espíritu, los afectos y hasta los hábitos sobrenaturales, cada uno tiene sus dolores físicos. Diversas analogías nos harían suponer que las de la muerte son de un género enteramente aparte. La separación del alma y del cuerpo debe ser por sí misma, si no un padecimiento positivo, al menos una causa de desastre: las facciones del rostro experimentan un trabajo hasta entonces desconocido, y los ojos indican algún penoso descubrimiento del alma. Según todas las apariencias, hay en la muerte algo más que una simple sofocación: no es decir que los dolores físicos de la muerte excedan á todos los demás, ni aun que sean muy considerables. La experiencia y la observación parecen mostrar que los grandes padecimientos en ese momento serían más bien la excepción que la regla. Aun cuando la agonía haya sido larga y dolorosa, sin intervalo de descanso y de paz, es casi siempre el precursor del último momento. La ciencia médica se halla de acuerdo con la observación. Admitiendo que la muerte es dolorosa, niega que lo sea hasta el exceso, y cree que la mayor parte de los hombres tienen que sufrir durante la vida dolores más intensos que los de la muerte. Parecería igualmente que el terror físico, que por sí mismo sería un dolor, es mucho más raro de lo que hubiéramos creído. Ese punto es poco consolador, porque nos daría á entender que todavía había que rebajar de la idea que nos habíamos formado de las felicidades ofrecidas por

la muerte para los negocios del alma. A menos de una gracia muy poderosa, nadie puede arrostrar la muerte sin temor, á no ser que su estado le haya puesto en el letargo ó la estupefacción, cosas poco compatibles con esa precepción viva del pecado, de sí mismo y de Dios, que suponen buenos actos de fe, de amor y de contrición: lo cual contribuye á mostrarnos cuánta necesidad tenemos de la poderosa eficacia de los Sacramentos de la Iglesia y de sus bendiciones, para suplir á la debilidad é incapacidad de nuestra alma para producir actos interiores. De todos modos, y aun admitiendo que se habla con frecuencia de los dolores físicos de una manera exagerada, tienen seguramente con qué hacer nacer en nosotros un sentimiento razonable de aprensión. Pero son los menos importantes de todos los padecimientos que acompañan á la muerte.

Es de temer que nuestra debilidad física no dé lugar á un dolor mental particular. La mayor parte del tiempo no caemos en un estado de postración tal, que no podamos apreciar nuestra posición. Comprendemos lo que es la muerte: la luz de nuestra fe no se ha obscurecido, y si el pecado, nuestra conciencia y Dios no se hallan presentes con la misma claridad que otras veces, lo están bastante para que sintamos su sombra en nuestras almas. Cualesquiera que sean las apariencias, no caemos en una vida puramente animal. De ahí un dolor particular que proviene del sentimiento reflexivo, de que nuestro espíritu y nuestras facultades no se hallan á la altura del momento. Vemos un punto cerca de nosotros y

no podemos alcanzarle: tenemos un ideal distinto, perceptible, y no podemos realizarle: creemos, pero nuestra creencia no llega á su medida. Nos aflige el haber pecado, pero nuestro dolor es como el agua esparcida en un jardín un día de invierno; no penetra en nuestras almas, se hiela en la superficie: amamos, pero es el relámpago del amor sin su fuego: sabemos que las fórmulas aprobadas y sólidas son un auxilio precioso, porque aun cuando sean exteriores no dejan de ayudar á lo interior; pero sentimos que en ese momento tenemos que acudir más maquinalmente de lo que quisiéramos á la ortodoxia y á la exactitud de esas fórmulas de fe, de esperanza, de amor y de contrición. Los trajes de boda de que tantas veces hemos revestido nuestra alma, nos vienen estrechos cuando ya no es tiempo de arreglarlos, y cuando el Divino esposo se encuentra ya á la vista. Necesitaríamos muy poco, pero ese poco nos falta irreparablemente. En todo esto, esperamos que el sentimiento va más lejos que la realidad: mas sin embargo, siempre resulta una impresión de impotencia extremadamente penosa, una especie de pesadilla espiritual. Es como si sintiéramos que caíamos en un precipicio, ó que en medio del Océano nuestro barco se iba á pique. El alma, en efecto, en ese momento, se va á fondo, precisamente cuando tiene menos fuerza, y seguramente eso debe oprimir el corazón.

He ahí la parte del tiempo presente en el padecimiento mental: la del pasado quizá sea más pesada: las mismas tinieblas que nos rodean ayudan á con-

centrar la luz sobre nuestra vida pasada. ¿No es sabido que la hora de la muerte es una hora de revelación? Sabemos por experiencia que la conciencia puede caer en un estado de extremada susceptibilidad que nos hace descubrir el pecado en donde no le veíamos antes; sabemos cuánto puede inquietarnos esa nueva visión de lo pasado. En la muerte, el paso á la luz se hace sin transición, y mientras que aun en nuestras confesiones generales el pasado no se manifestaba más que á medias en una especie de crepúsculo, entonces se presenta desenmascarado, con claridad y sin sombras. Ningún mediodía de la tierra es comparable á la aurora del juicio, ni hay microscopio alguno que aumente más los objetos. Y he ahí, bajo su impresión, cincuenta ó sesenta años en el interminable desierto de la vida, todo lleno de acciones acumuladas unas sobre otras, hormigueando en detalles sin fin; desierto fecundo del que cada grano de arena sin nombre contiene un elemento de eternidad. ¡Cuán enormes nos parecerán ahora esos pecados que causan asombro á nuestra memoria! ¡Cuán grandes nuestros pecados! ¡Cuán llenas de malicia esas faltas que apenas nos parecían pecados! Y ¿quién podrá contar los pecados olvidados? ¿Quién los hubiera creído tan numerosos y tan graves? Pecados no sospechados, ignorancias culpables, inadvertencias deliberadas, rebeliones de la voluntad propia, aturdimientos criminales, enjambres de vanos y malos ensueños, desbordamientos de palabras emponzoñadas, omisiones sin número, y sobre todo, negligencia de una masa compacta de gracias.

Figurémonos que todo eso se nos aparece en detalle distintamente á la luz tranquila de esa ciencia divina que lo ve, como si no tuviese que ver otra cosa en su inalterable unidad. Semejante pasado, iluminando con tal luz, ¿puede ser otra cosa que un dolor terrible? Y ¿quién se atreverá á decir que su pasado no podía presentarse con los colores que acabamos de describir? Seguramente habría allí cosas capaces de despedazar de una manera definitiva nuestras pobres y cautivas almas, si al mismo tiempo no viésemos en lontonanza acercarse una inundación, oleadas silenciosas que suben siempre sin detenerse. Es el mar Rojo de nuestra salvación que absorbe los pecados del mundo: los pecados, esos egipcios de nuestra creación, esos señores que nos habíamos dado, esos ejércitos con sus caballos, sus carros y su inmenso bagaje: al rayar la aurora de la eternidad ya no se verá en su lugar más que una planicie en la que el sol resplandecerá sobre las aguas.

El porvenir también nos llega bajo la forma de dolor. Es incierto, lo cual siempre es penoso. Los riesgos incalculables, la enormidad de la puesta en ese juego, el sentimiento de una insuficiencia completa en materia de méritos, la falta sensible de energía, todo se combina para hacernos quizá exagerar la incertidumbre de nuestra posición, mientras que la idea de una solución inminente no puede menos de agitarnos penosamente. Dios puede darnos, como lo hace con frecuencia, una gracia de seguridad y de calma que neutralice esa situación. Pero ese estado doloroso pertenece á la muerte, y no

tenemos derecho alguno á contar con esa gracia. Como nuestra vida pasada adquiere mayores proporciones con la proximidad del juicio, del mismo modo las montañas de la eternidad, como todas las montañas, parecen agrandarse según nos vamos acercando á ellas. Hasta lo grandioso de la recompensa nos asusta, cuando nos preguntamos si tantas maravillas son para nosotros. ¿Hacemos falta para acompañar á los ángeles y á los santos? ¿Nos atreveremos, tales como somos, á sentarnos al pié del trono de María? O en algunos minutos, unidos de reconocimiento, ¿iremos á sellar nuestros labios sobre los piés heridos de Jesús? ¿Se halla nuestra pureza en el caso de reportar el esplendor divino? Casi por fuerza, nuestras miradas se vuelven y se fijan en las sombras del purgatorio. Pero ese foro profundo es quizá demasiado bueno para nosotros. ¡Cuán intolerables son sus penas! Según autoridades competentes, las más ligeras exceden en mucho á todas las penas reunidas de los hombres desde Adan hasta nosotros: y luego las largas estancias mencionadas por las revelaciones, la capacidad ilimitada del padecimiento en el alma separada, y más que todo, el tormento de consumirse esperando la visión divina, tales son los objetos que por ese lado se presentan á nuestra incierta vista. ¿Miraremos más abajo todavía? Nuestro pensamiento no puede detenerse allí, y sin embargo, esa región está en los límites de lo posible. Dios ha conocido siempre la palabra fatal que va á pronunciarse: no tardaremos tampoco mucho en conocerla.

He ahí los dolores de la muerte, los que nosotros

hemos visto y de los que hasta cierto punto podemos conocer la naturaleza. ¿Pero quién puede dudar que no haya en ese sombrío valle otros dolores misteriosos, inimaginables, y que no tienen cabida en ninguna categoría? Debemos preverlos con temor, pero esperar que la gracia de Dios nos ayudará á atravesarlos, y que su ternura infinita sabrá proporcionarlos á nuestras fuerzas.

Pasemos á las tentaciones. Son muy variadas, porque un moribundo puede ser tentado de toda clase de pecados. Sin embargo, no nos ocuparemos sino de lo que puede llamarse las tentaciones especiales de la muerte. Las primeras de ese género (no debemos asombrarnos) son tentaciones de infidelidad. La fe nos salva, sobre la fe gira todo para nosotros. En eso, pues, es en lo que el tentador procurará probarnos. Dejando á un lado toda intervención sobrenatural, el simple conocimiento del espíritu humano nos conduciría á prever esas penosas tentaciones. En ese momento se trata de confiar en Dios más que nunca: nuestra confianza en él es todo cuanto nos resta, y nos concentramos en ella enteramente. Podemos muy poco por nuestras propias fuerzas, aun en materia de cooperación ó de correspondencia á la gracia, de tal modo, que aun en la agonía, que es en donde más padece la persona, aun la que se califique de edificante, ofrecerá más bien un carácter pasivo que un despliegue de actividad. El llamamiento hecho á nuestra fe despierta dudas, y eso en una ocasión de la mayor importancia. Esas tentaciones vienen con frecuencia á los que han sido

poco tentados de esa manera durante la vida. Si esa falta de tentación era debida á la claridad de la fe, la prueba viene en su tiempo á suministrar la ocasión de elevarse á una santidad más alta. Si esa paz era debida á la indiferencia ó al desprecio de las cosas de Dios, las tentaciones tienen entonces la misión de justicia y de castigo, que viene á aumentar enormemente los riesgos de que se halla rodeada la cabecera del moribundo. Pero en los que la llama de esas tentaciones se hace sentir más cruelmente, es en aquéllos que los han estado sometidos durante la vida: en los que se han dejado llevar de una manía casi devota, de quejas exageradas sobre sus obscuridades, haciéndolas asunto de confidencias y sentimentalidades vanidosas. Esas almas contraen bien pronto la costumbre de esas tentaciones, y entonces la tierra llega á ser un infierno, y la vida más bien una tortura que una prueba. Pierden aquel noble terror, aquel pudor espontáneo, en el que todo espíritu religioso se mantiene constantemente ante la majestad de Dios. Cuando se ha perdido ese sentimiento, ya no queda gran cosa que perder, pero la venganza en la hora de la muerte es mucho más temible de lo que se puede imaginar.

Lo mismo sucederá con los espíritus turbulentos y aficionados á la controversia. Ellos serán el blanco de esa especie de ataque. La mayor parte de las tentaciones contra la fe proceden de la estrechez de espíritu, ó indican falta de profundidad. Los espíritus turbulentos son siempre espíritus estrechos. En su mayor parte, tienen ideas fijas, y cuando la

idea fija desaparece todo marcha con ella. Toda su vida han deseado la dictadura suprema, aunque no sea más que en su pequeño interior doméstico, y les cuesta tanto trabajo el persuadirse de que nadie los llama á desempeñar aquella función, que no pueden menos de acalorarse y enardecerse cuando todo marcha tranquilamente, como si absolutamente no existiesen, y como si sus declaraciones, hechos, gestos y escritos fuesen una cosa insignificante. En las cosas espirituales, lo mismo que en las intelectuales, no hay fuerza sino en la delicadeza, y cuando esas gentes se encuentran frente á frente con alguna de nuestras grandes y eternas verdades, y la comparan con sus propias ideas, se pierden en un laberinto de tentaciones contra la fe. Los hombres de grande actividad se hallan también sujetos á esa prueba; ni en su espíritu, ni en su corazón, han dedicado una parte suficiente á la religión. Casi todo ha estado en sus ojos y en sus brazos. La actividad, sobre todo en nuestra época, equivale á una persecución. Hay gentes que positivamente pasan toda su vida en perseguirse á sí mismos, y esa conducta extraña las hace un enigma para los otros y para sí mismos. Un hombre que se deja sobrecargar de muchas cosas, está siempre pensativo y es un insensato si no criminal: será devorado por sus negocios como Acteón por sus perros. En su lucha de muerte se encuentra solo: sus negocios han desaparecido: no le resta más que su costumbre de actividad, y una fe casi puramente nominal, sobre la cual debe ejercerla. Encuentra que jamás ha sondeado las cosas más comunes de la reli-

gión, y ahora su pasión dominante le persigue hasta en la muerte: no puede estar en reposo: es necesario que sonde los escollos de su alma que le parecen unos abismos. Tales son las clases de personas que más particularmente deben esperar esas tentaciones: pero esas pruebas pertenecen al tiempo y al lugar, por manera que todo el mundo se halla expuesto á ellas, aun aquellos de quienes se tendría menos motivo para preverlo.

Las tentaciones de desesperación, forman otra clase que pertenece al hecho de muerte: pero yo las creo muy raras. Aun las tendencias, las aprensiones que deben conducir á esa tentación, como un germen que necesariamente debe desarrollarse, distan mucho de ser ordinarias. Que todas sientan algún ligero ataque de ella es de esperar: que esas débiles acometidas produzcan alguna inquietud, es posible: mas sin embargo, nosotros sostenemos que son muy raras en su perfecto desarrollo. Parece que vendrían de la claridad de la fe combinada con una falta del conocimiento de Dios, y que serían el castigo de una vida de demasiada grande confianza en sí mismo. La confianza en Dios es uno de esos elementos de vida sobrenatural, que es bueno transformar en costumbre, y ciertamente el que aguarda el lecho de la muerte para reconocer su estado de pecado ó la inmensidad de la misericordia divina, puede fácilmente tomar la desesperación por conclusión de su fe. Es preciso tener mucho cuidado en no confundir las tentaciones de desesperación con las de blasfemias de que hemos oído hablar. Estas últimas pueden ser

colocadas entre las pruebas místicas de las almas muy elevadas en gracias, que Dios reconoce capaces de soportar el extremado calor del crisol. Recuerdo algo semejante á esas tentaciones en casos particulares, en que el efecto de los estimulantes administrados al moribundo se combinaba con una tensión considerable de su espíritu, completamente ocupado de asuntos religiosos. La conciencia de haber perdido la plena posesión de sí mismo, y los esfuerzos para recuperarla le hacían hablar de otra manera en que sin eso lo hubiera hecho.

Cuando se han observado en los moribundos principios de desesperación, ó al menos una turbación que excedía las aprensiones legítimas, los que conocían los antecedentes han podido generalmente hacer dos observaciones sobre esa prueba. La primera es, que por lo ordinario tiene lugar á alguna distancia del último momento y aun antes de la agonía: y la segunda, que los que son probados de esa manera, no han tenido bastante santo temor durante su vida. Diríase que el temor tiene que dar una lección, y que tiene que hacerlo del lado de acá de la tumba: por manera, que los que no han aplicado á él su vida entera, tienen que aprenderla precipitadamente al fin, por una concentración de esfuerzos. En verdad podemos decir, que no hay nada en la vida que ejerza más feliz influencia sobre la muerte que el haber hecho predominar un temor saludable en sus relaciones con Dios. El temor, una vez pasado, es la almohada más blanda en que el moribundo puede reposar su cabeza. En suma, sabemos por los

libros, que esas tentaciones de desesperación atacan á los moribundos: pero la experiencia parece mostrarnos que son excesivamente raras, excepto en esa forma mitigada de que acabamos de hablar, como pena impuesta por un exceso de familiaridad y de libertad con Dios. Jamás he visto ejemplo de tentaciones de ese género: así es, que sólo he hecho mención de ellas, por no apartarme de la enseñanza común de los escritores acerca de ese punto.

Hay una especie de tentaciones que pertenecen más bien al fin de una enfermedad grave que á la muerte, pero que fatigan demasiado habitualmente á los moribundos para que podamos omitirlas. En la mayor parte de los casos, la muerte viene á consecuencia de una enfermedad más ó menos larga, que suele agotar nuestra gracia de sufrir. La paciencia misma si substancialmente queda en el alma, ha perdido su dignidad, ha roto el silencio y prorrumpido en quejas. La vista perspicaz de la misericordia divina, puede todavía percibir sumisión, pero nuestra resignación ha perdido su belleza. Cuando la muerte llega con paso lento, esas tentaciones del enfermo concluyen por formar parte de las últimas pruebas, y la solemnidad del momento las hace singularmente fatigosas. Nos impulsan á pequeñeces, á pecados que nos hacen ruborizar, y nos hacían pensar que hay algún vicio profundo en nuestras disposiciones interiores, tan extrañamente se hallan fuera de su lugar. Así pues, podemos colocar en ese número las tentaciones de glotonería, de egoísmo, la comezón de hablar de sí, mayor irritabilidad que nuestros pa-

decimientos merecen las sospechas desfavorables, la falta de respeto á Dios y ciertas faltas de flaqueza. ¿Quién no ha visto con frecuencia cuánto esas cosas deshonran el lecho de muerte del enfermo, cuando por otra parte todo lo demás da testimonio de la gracia de Dios y de su santa presencia? Nos es permitido dudar que esas tentaciones tengan un alcance moral muy grande. No obstante, las personas fervorosas se excusan menos fácilmente en el lecho de muerte, que cuando tenían la costumbre de hacerlo en estado de salud. Saben cuán peligroso es para un enfermo el tener indulgencia para sí mismo. Ya los amigos arriesgan el perderlo todo á fuerza de indulgencia. ¿Qué llegará á ser uno mismo si sigue ese sistema? No hay rasgo más universal en los santos que su horror á las dispensas, y el acrecentamiento de ese horror en proporción á la necesidad y á los derechos que podrán tener á ellos. Además, la falta de comparecer próximamente ante la temible pureza de Dios, proyecta sobre el alma una nueva luz, que hace que las faltas más ligeras aparezcan con grandes proporciones. Es como si se cometiesen sacrílegamente en un lugar santo, y en un templo consagrado. Ser glotón, por ejemplo, ó dejarse llevar de una impaciencia cuando estamos tan cerca de Dios, es en verdad cosa bien triste; y con razón eso nos mueve á compasión cuando lo observamos en algunos moribundos; pero cuando nosotros mismos somos los que nos hallamos en ese caso, más bien que una ternura compasiva, es una santa indignación la que se apodera de nosotros. En reali-

dad la muerte no es una simple penitencia, es también una humillación. Debemos aceptar como parte de esa humillación las claridades que se esparcen entonces sobre nuestra naturaleza, á la vez tan increiblemente frívola y tan seria en su destino inmortal. La edad no hace más que enmascarar esas cosas, no las cambia. ¡Ay! los años no se llevan más que el candor, y los defectos de la infancia nos quedan.

Tenemos también que recordar como tentaciones ordinarias de los moribundos, y que tal vez invariablemente forman parte de su última lucha, los asaltos particulares de los malos espíritus. Es eminentemente una hora y un lugar para ellos, porque es también eminentemente la hora y el lugar de las divinas comparaciones. Esos asaltos son no tan sólo más violentos y concentrados en el momento de la muerte, sino también de una clase enteramente especial. Esa novedad proviene de diversas causas: los malos espíritus han reservado para lo último sus ataques más vigorosos, para que la sorpresa, sacándonos de nuestras costumbres, aumente sus probabilidades de triunfo. Además hay tentaciones que dependen de las circunstancias, y naturalmente no se manifiestan hasta entonces porque en otra parte no son peligrosas. Y como acontece con frecuencia que la gracia opera de una manera nueva en la santificación del moribundo, la sutileza de los espíritus de las tinieblas les hace encontrar nuevas ocasiones en gracias nuevas. En fin, la aproximación divina, da nueva fuerza á todos nuestros motivos, por ma-

nera que las tentaciones antiguas deben tomar otras formas para volver á aparecer y redoblar el vigor en sus ataques. En cuanto podemos juzgar por la observación, no sería exacto decir que la época de los asaltos más violentos, es siempre la del último combate. Esa á ser cierta, y aun dudo que sea verdadera en la mayoría de los casos, sólo es verosímil que lo sea en un gran número; pero de todos modos, es una de esas eventualidades que deben hacernos la muerte espantosa. Podemos esperar para esa hora ataques tales, que la vida nos ofrece nada comparable á ellos; debemos, pues, estar preparados para todo acontecimiento, puesto que el riesgo es tan terrible y no puede correrse más que una vez.

Lo notable y espantoso que hay en esos últimos ataques de los ángeles malos, es su flexibilidad para acomodarse á nuestro temperamento. Se prestan á nuestra debilidad con una aterradora habilidad. Si estuviésemos abandonados á nosotros mismos, sería imposible escapar de golpes tan bien calculados, madurados, preparados, disfrazados y combinados con las circunstancias. Pero la menor de las criaturas razonables de Dios no está tampoco abandonada á sí misma cuando va á morir. Jamás ha sido tan importunada por la misericordia, ni tan llena de asistencia. Si no considerásemos la muerte como una isla en un océano de gracia, no podríamos pensar sin espanto en la astucia y la destreza de nuestros enemigos espirituales. Además, la muerte pone de manifiesto nuestro carácter y le expone á todas sus maquinaciones invisibles. Eso es tan cierto, que con

frecuencia el carácter no se manifiesta plena y completamente hasta ese último instante. A veces tenemos ejemplos extraños en la muerte de los niños. Quizá una alma infantil se halla tan desarrollada como la de un adulto; sólo el instrumento material, el cuerpo, no corresponde á ese desarrollo. Seguramente la muerte de muchos niños parece confirmar esa idea. Así la Iglesia canta de Santa Inés, la querida y pequeña mártir de trece años: *Infantia quidem computabatur in annis, sed erat senectus mentis inmensa.* Niña según el cálculo de los años, había llegado á una vejez mental incalculable. Si fuese así, sería una luz esparcida sobre el misterio del Bautismo y sobre los hábitos infusos, que, á nuestros ojos, investiría á los niños de una dignidad, que debería ejercer influencia sobre la educación. Ese pensamiento había quizá cruzado por la mente de los teólogos, que sostenían que los niños cometían pecados veniales desde muy luego y que sin ser culpables de otro modo, padecen un largo purgatorio, porque sus padres no piensan jamás que tengan necesidad de asistencia (1). Por lo que hace á los adultos, en todos los casos, no puede caber duda en cuanto á ese asombroso desarrollo de carácter por la muerte y en cuanto á las ocasiones que ofrece al tentador. Con todo, debemos recordar también que esos asaltos de

(1) Véase á Arriaga, tomo III, disp. 10. La Revel. de Isabel de Schanange, lib. II, cap. XVIII. La vida de María Escobar, citada por Siuri, tomo VI, cap. II, y otros escritores que hablan de la muerte en estado de pecado simplemente original ó venial.



los ángeles malos rara vez duran hasta la muerte. Satanás presenta la batalla desde luego; entonces se le intima que retire sus fuerzas, y la paz se restablece. Bueno ó malo, el fin de la mayor parte es pacífico.

En fin, debemos decir de las tentaciones del lecho de muerte lo que hemos dicho de sus dolores, que los hay sin duda desconocidos, y que no pueden imaginarse, porque ningún hombre ha vuelto á contárnoslo. No parece que ha sido concedido á los que han resucitado los santos el hacer revelaciones sobre ese particular. Quizá su experiencia ha sido de intento borrada de su memoria. Lo poco que podemos ver, no es más que la corteza exterior, para de ella sacarnos una lección provechosa; y vemos de qué modo, almas que no tenían más que escasa experiencia de las cosas espirituales durante la vida, llegan por el procedimiento sumario de la muerte á resultados que hubieran exigido años enteros.

No hemos hablado todavía más que del lado obscuro de la muerte, y cuando más, de ciertos reflejos de la luz, tintas rojizas del poniente sobre una costa árida. Pero si la muerte tiene penalidades y tentaciones particulares, tiene también gracias y gozos completamente especiales. Comenzaremos por las primeras. La gracia, como toda cosa celestial, es dada en secreto. Su sencillez prefiere los disfraces, y la delicadeza de su naturaleza es demasiado grande para que su belleza fije la mirada. Así, en el cuadro de la muerte, no debe sorprendernos el contraste de ver á la osadía de los dolores ó de las tentaciones

colocarse delante, y la tendencia de la gracia á ocultarse. Hay una gracia, que parece que rara vez falta al cristiano moribundo, y es la gracia de la luz. El mundo intelectual, con su presuntuosa suficiencia, personificada en Gœthe, puede tener necesidad de exclamar en su angustia: «Más luz.» Ese era el cántico de muerte del poeta mundano; pero el fiel humilde, verosímilmente será deslumbrado por demasiada luz más bien que carecerá de ella. La noche obscura hace que brillen más las estrellas, y á medida que las luces de la tierra se extinguen una después de otra en la noche de la muerte, el cielo tiene revelaciones más claras, y si la muerte, bajo un aspecto, no es más que obscuridad, bajo otro es región de luz. La vista es mejor, la inteligencia más despejada y el tacto más seguro, sobre la conducta que se ha de seguir. Un conocimiento mayor de la malicia del pecado produce en nosotros un odio más profundo al mal y una contrición más conveniente; la perspectiva de la vista más próxima de Dios excita el fervor. La fe, permaneciendo lo que es, parece transformarse y participar de la visión. Juzgándonos de antemano, tomamos algo de esa memoria, de esa mirada escudriñadora y de esa celosa pureza que vamos á encontrar momentos después en el tribunal de la santidad misma. Las doctrinas de nuestra fe, los misterios de Nuestro Señor, los ángeles y los santos que hemos amado, brillan en el cielo por encima de nosotros como una nueva y magnífica iluminación. Algunas veces la luz, después de haber llenado las profundidades del alma,

comienza á desbordarse y se escapa en ráfagas de visiones celestiales; la gloria está impaciente con sus velos, voz, gustos, perfumes; en una palabra, la luz parece tomar para nosotros todas las formas, penetrarnos y transformarnos en ella. Con frecuencia, por ese medio, almas comunes son admitidas en el mundo sin otro antecedente. Verdad es que hay muertes en que todo es obscuro, y cuya magnificencia vuelta hacia el cielo, no puede ser percibida por nosotros. Los mismos santos nos ofrecen ejemplos de eso; pero semejante género de muerte es sumamente raro para el fiel humilde y penitente; y aun entonces aquella obscuridad es muy diferente de las verdaderas tinieblas, porque está surcada por destellos de gloria, verdadero pabellón de nubes, en donde el alma recibe las caricias invisibles de su Dios.

Toda gracia lleva consigo un calor sobrenatural, pero en un grado más ó menos elevado, y según los tiempos, con mayor ó menor eficacia. Con frecuencia hay en la vida gracias que parecen no ser más que iluminación: alumbran el espíritu sin mover los afectos; hacen conocer el deber sin fortalecer la voluntad; gracias áridas, que no tienen ningún rocío, ninguna unción, y que no producen en el alma más que una luz fría y brillante. Esa separación de la luz y del calor, puede ser real algunas veces, pero con más frecuencia proviene de la mala disposición de nuestras almas. Un corazón duro con un espíritu iluminado. ¿Quién ha gustado jamás la vida espiritual sin haber sentido la desgracia de ese estado?..... Pero las gracias de la muerte parece que llevan

consigo un gran calor que las hace más eficaces que de ordinario. Y es que nosotros nos encontramos en realidad más cerca de la fuente de toda gracia, más cerca del manantial eterno del fuego divino. El amor de Dios á nosotros parece se hace más compasivo, más maternal, á causa de nuestra extremada necesidad. Excusa más, amenaza menos; suplica allí en donde tenía costumbre de mandar; no habla sino con abrazos; sabe que las caricias arrancan confesiones y promesas de enmienda, que ni la necesidad ni el dolor podrían obtener, y mucho menos aún inspirar. Las circunstancias de la muerte contribuyen á los felices efectos de ese calor de gracia. Tienen algo de enternecedor para los que las presencian y para nosotros mismos. La debilidad física nos hace fáciles las lágrimas, y no creo que ese hecho deje de tener influencia sobre el corazón, á menos que se pretenda que hay en nosotros facultades que no tienen nada más que lo físico. Así, los motivos más comunes de amor y de dolor, nos impresionan con nueva fuerza. La ternura que con tanta frecuencia vemos en los moribundos, el desarrollo de sus afectos naturales, que se hacen más fuertes y más profundos, al mismo tiempo que se pierden más en Dios, la afabilidad que sucede á su aspereza natural, ó la sensibilidad á la frialdad, su bondad, que no había sabido hacerse valer, tomando formas más amables, en una palabra, todas esas luces y esas sombras del corazón, tan suavemente fundidas en el anochecer de la vida y que nos hacen sentir no haber amado bastante á los que nos eran más queri-

dos, ¿qué otra cosa es sino la corriente y la superabundancia de ese fervor que caracteriza una santa muerte?

En un sentido, los Sacramentos mismos pueden ser llamados gracias especiales de la muerte. Uno de ellos, la Extremaunción, pertenece de derecho, si no á la última hora, por lo menos al extremado peligro; lo mismo puede decirse de la Confesión y del Viático. Nadie, aun entre los teólogos más piadosos y más penetrantes, ha sondeado jamás los abismos de gracias que contienen los Sacramentos. Pero aun cuando apenas podamos exagerar el poder de esos medios de salvación, ¡ay! nos vemos obligados á creer que todos los que se administran á los moribundos no son válidos, y que la administración exterior y las disposiciones interiores, no están invariablemente unidas. Sin embargo, podemos creer que la administración de un Sacramento, es una presunción bastante fuerte en favor de su validez, suficiente para autorizar á los fieles á esperar la salvación de los que mueren provistos de los Sacramentos de la Iglesia. Parece interés de la Providencia el qué sea así. Si el honor de Jesús debe sernos querido, lo mismo debe suceder con la honra de los Sacramentos, en los que el divino Salvador se encuentra presente más que en ninguna otra parte. Además, las gracias especiales de los Sacramentos, toman un carácter todavía más particular cuando se aplican al moribundo, y eso es lo que expresamos al dar, por ejemplo, á la última comunión el nombre maravilloso de Viático. ¿Quién, aun entre los mayo-

res santos, ha podido.decir que ha agotado jamás la gracia de un Sacramento? ¿Quién, aun en la vida más larga, ha encontrado el fondo de los tesoros de su bautismo? La imperfección de nuestras disposiciones es la que pone límites á la eficacia de los Sacramentos. Para las disposiciones de los moribundos se hallan asombrosamente excitadas, más de lo que podemos concebir; por manera que los Sacramentos caen en ellos como en una tierra recién labrada, y penetran en ella más que nunca.

La presencia y el auxilio de la Santísima Virgen, de San José, de los ángeles, y de los santos nuestros patronos, forman un mundo de gracia y una tierra encantada. Nos hacen oir voces, sonidos interiores, cuya suavidad penetrante sumerge nuestras almas en un silencio de admiración. Las profundidades tienen para nosotros luces como una ciudad populosa durante la noche; y los acordes de una música ligera se dejan oir como preludio del cielo. Sin embargo, los que rodean al moribundo apenas oyen más que palabras entrecortadas, ni ven más que alguna mirada indefinible. ¿Quién de entre nosotros no tiene esperanza de encontrarse en la hora suprema en comunicación con ese mundo de los santos? Cada uno de nosotros ¿no ha celebrado con los habitantes del cielo algún convenio, en el que hay que fiar más que en ningún contrato de la tierra? Esa reunión sobrenatural de seres celestiales en derredor de nuestro lecho de muerte, es también una forma del amor de Dios; es la prenda de mil gracias, de que no tenemos idea; pero llegará tiempo en que la conozca-

mos, y ese conocimiento hará nuestra muerte tan dulce y tan gloriosa, que su recuerdo será uno de los placeres de la eternidad.

Lo que hemos dicho de las penas y de las tentaciones, debemos decirlo de las gracias de la muerte. Las hay desconocidas y que no pueden imaginarse; gracias particulares sacadas del tesoro privado de Dios, para los que han creído sin presunción. En ese momento, en esa hora, las gracias que el alma recoge son como plantas extrañas que tienen muchas virtudes extraordinarias. Toda caída tiene riesgos: pero la muerte, para el fiel, es la caída en las manos de Dios, la caída en medio de los tesoros desconocidos de su bondad.

Nos resta que hablar de los gozos especiales de la muerte. Es un mundo muy oculto de que no podemos juzgar más que por los movimientos ó impresiones sensibles que se observan hasta en esa extremidad. Hay cosas que son gozos para los santos, y que no lo son para nosotros. Hay cosas que nos regocijan cuando estamos llenos de la presencia de Dios, y que en otro tiempo producirían un efecto diferente. Y hasta hay gozos de circunstancias para el moribundo, gozos que no lo son más que para él. A medida que nos aproximamos al término, si nos acercamos como verdaderos cristianos, entramos en las disposiciones de los santos. Dios está para nosotros más presente que lo ha estado quizá durante nuestra vida, como no haya sido en circunstancias extraordinarias. Además, los gozos de la tierra se han desvanecido, ya no son gozos para nosotros; hasta su re-

cuerdo sería una molestia, tan poco en armonía se hallan con nuestro estado actual, y tanto nos parecen, á la distancia en que nos hallamos, ridícula, niñería ó pasatiempo culpable: por consecuencia, somos más sensibles al contacto de los gozos sobrenaturales. Por ejemplo, nuestro estado nos pone en una impotencia parcial de pecar: hay faltas que ya no podemos cometer, y otras que ya no pueden tener atractivo para nosotros. Ese estado de cosas es como un débil crepúsculo del cielo. Las posibilidades del pecado que se van, algunas facultades de ofender á Dios, ya muertas, ¿no hay por qué regocijarnos y llénar nuestros corazones de enternecimiento? Es una nueva fuente de amor. No poder ofender ya á Dios es para el alma santa una parte de sus deseos del cielo, es casi el amor desinteresado.

El pasado también, ese pasado tan fértil en motivos de terror, ese pasado que se levanta delante de nosotros como una nube de vapores glaciales salida del seno de los mares, puede aparecernos como una de esas islas de Oriente, cuyas especias esparcirán á lo lejos su olor aromático. Dos cosas sobre todo nos regocijarán en el pasado.

Primera, el temor de Dios: cuanto más hayamos tenido ese temor en la vida, más gozo tendremos en la muerte. ¡Oh! ¡cuán bueno es haber temido á Dios y haberle temido excesivamente! Es un pago á buena cuenta, satisfecho y reglado sobre ese tributo reverencial que, siempre sublime de amor, va á transformarse en divina familiaridad. Cada temblor de temor que hemos sentido en la vida, nos ha valido un

estremecimiento de gozo en la muerte. Amar á Dios es el principio, el medio y el fin de todas las cosas; sin embargo, en cierto modo, el recuerdo del temor es más dulce para nosotros. El atrevimiento nos asusta cuando llegamos á morir, y vemos entonces que el temor era la sabiduría y la humildad del amor. Si queremos que nuestra muerte sea dulce, temamos á Dios sin medida. Los que han vivido en el temor son los que tienen más probabilidades de morir en éxtasis de amor.

Nuestro segundo gozo en lo pasado es la confianza que hemos puesto en Dios. Haber confiado en él exclusivamente, haber procurado fundar en él nuestra confianza, he ahí lo que llenará nuestras almas de gozo y las hará entonar cánticos tan deliciosos, que los ángeles quedarán extasiados y el mundo se detendría si pudiese oirlos. No hemos contado con nuestros méritos, nos hemos glorificado en la gracia, y como verdaderos israelitas hemos fijado nuestras tiendas en la ribera que baña la preciosa sangre; hemos pensado dignamente de la bondad de Dios; no hemos sabido lo que era dudar de su fidelidad, ni oponer objeciones á sus decretos; nos hemos engolfado, por decirlo así, resueltamente en las vías de su soberanía y abandonado á su grandeza; hemos amado la obscuridad de sus vías y no hemos pedido á su condescendencia que nos concediese los esplendores del día á expensas de la belleza de la noche. Así hemos atravesado la vida, aun cuando era más que de costumbre un verdadero enigma con sus gozos y su vacío. Era siempre la mañana para nosotros, ma-

ñana en la juventud, mañana en la mitad de la vida, mañana todavía después y mañana toda la vida. Hemos amado ese resplandor, pero también necesitábamos reposo, y el gozo no es el reposo. Entonces si veíamos á otras personas encontrar en la vida una tarde precoz, decíamos para nosotros mismos: «¡Cuán tranquilas nos parecen esas gentes! ¿Llegará alguna vez la tarde para nosotros? Sea lo que Dios quiera, con tal que no haya jamás noche, esa noche en la que el hombre no puede ya trabajar sin que haya en ella ni reposo ni sábado.» Así hemos vivido sin dudas, sin poner nada en cuestión, sin querer nada de una manera absoluta. Hemos vivido de confianza en Dios, una confianza tan íntima, que no sabíamos si era natural ó sobrenatural. Así ha pasado la vida, rápida, abundante y llena de gozos. Tales son los resultados de la confianza en Dios; pero confianza y temor son casi una misma cosa; cuando se trata del Señor, quien teme más es el que más confía. No hay nadie á quien la muerte produzca menos mutación que á aquél cuya vida ha sido una larga é invariable confianza en Dios.

Así el presente y lo pasado son causas de gozo: el uno por nuestra grande impotencia de pecar, y el otro por nuestra confianza y nuestro temor pasados. Hay otro gozo que participa en cierto modo de una y otra época. En nuestro pasado quizá hemos tenido muchas faltas exteriores que reprendernos; pueden no ser grandemente culpables á los ojos de Dios; pero fueron muy desagradables para los demás y aflictivas para nosotros mismos. Estábamos dominados por ellas, y aunque hiciéramos por corregirnos, nada

parecía hacer impresión sobre ellas. Si Dios lo permite así para mantenernos humildes y ocultar sus dones á nuestras miradas y á las de los demás, eso es lo que no podemos decir. Lo que sabemos es que fueron como una nube de vergüenza y de dolor, y que nos condujeron al desprecio de nosotros mismos. Fueron con frecuencia pecados, ó por lo menos pequeñeces; pero desaparecieron y las consumió un fuego invisible. No precisamente porque faltasen ocasiones exteriores, sino que sentimos que los rasgos del carácter que seguía á aquellas faltas como la sombra sigue al cuerpo, han desaparecido igualmente para siempre sin decir una palabra. Eso se observa con frecuencia en la muerte de los jóvenes. La muerte parece hacer en un momento lo que años de lucha no hubieran podido obtener. Se ve en ellos un despejo tan perfecto de sus defectos y un trabajo tan acabado de purificación y de madurez, que jamás se hubiera podido creer que tanta hermosura de carácter fuese compatible con tales faltas exteriores. ¡Qué lección para los que viven y qué gozo para los moribundos! Para los unos ¡qué revelación sobre la buena armonía de la verdad y de la caridad, y sobre la secreta sabiduría de los que son ingeniosos en interpretarlo todo de buena manera! Para los otros es como si el purgatorio hubiese ejecutado su obra en el alma durante la vida terrestre y los hubiese sometido pasivamente á su operación, efectuándolo todo con una prontitud que no pertenece á los fuegos de después de la muerte, cuya acción lenta é imperceptible no envuelve ningún mérito.

El porvenir mismo trae una porción de gozos, por ser como una tropa de ángeles que rodean el lecho de la agonía. Hay un gozo que depende de lo presente, se extiende á los confines del porvenir y hasta se apoya en lo pasado á manera de contraste; es la aproximación de Dios. Es una felicidad para aquél cuya vida entera espiritual en los años pasados ha tomado la forma de culto de la soberanía de Dios, el hallarse sensiblemente bajo la dominación de ese poder á que nada resiste. El exceso de temor le hace estremecerse: criatura frágil é impresionable, y sintiéndose asido por una mano todopoderosa, ¿cómo podría obrar de otro modo? A pesar de todo, ese temor encierra un mudo transporte de gozo. Un momento más y va á saber de qué modo la omnipotencia de Dios es la medida de su bondad. Durante la vida debía abrirse su camino hacia Dios, y la grande distancia que le separaba de él le hacía languidecer y abatirse. Ahora se acerca á lo que ha deseado: todo lo que le rodea produce vibraciones de la aproximación divina: la tierra está debajo de él como un navío cuyas áncoras se han roto y se hunde bajo sus piés: el abismo es Dios. Hay una agitación semejante á los primeros anuncios de un temblor de tierra, y es para la aproximación de Dios: llega Dios como si viniese de muy lejos, como apresurado y como si volviese á emprender la marcha, y sentimos su soplo en las tinieblas: un momento más y nos habrá hecho atravesar casi la inmensidad, y habremos encontrado nuestra morada en alguna parte de sus dominios sin límites.

Nuestro gozo penetra todavía más en el porvenir: nos regocijamos con la esperanza futura de estar eternamente con Jesús. No distinguimos las diversas beatitudes del cielo: todas las vemos confundidas en la unidad, como las almas de gracia ven á Dios en la contemplación. El cielo todo es uno: es la eternidad, la eternidad con Jesús. Creíamos tener una grande devoción á la humanidad sagrada de Nuestro Señor, pero en la muerte tenemos el sentimiento de haber apenas conocido su dulzura, su belleza y su ternura. Como la muerte esparce una especie de lustre sobre el carácter de nuestros amigos, y nos hace pensar que jamás los hemos apreciado como merecían y que hasta entonces no habíamos comprendido el vacío que su pérdida dejaba entre nosotros, del mismo modo la belleza de Jesús crece ante nosotros como una áncora gloriosa; y aunque le hayamos deseado con ardor durante nuestra vida, es como si jamás hubiésemos sabido hasta el presente cuánto teníamos que ganar en él. Jesús es para el moribundo una novedad que no puede expresarse, y el gozo de esa novedad no es nada menos que una parte del éxtasis eterno de nuestras almas.

En fin, hay un gozo en la muerte misma que no podemos comprender, porque está colocado más allá de la mirada y de la experiencia, y sólo por los moribundos le conocemos. Quizá ese destino ha sacado alguna dulzura de la muerte de nuestro divino Salvador, ó tal vez es para nosotros un gozoso asombro encontrar la muerte mucho más dulce de lo que habíamos esperado. Las últimas palabras del

teólogo Suarez me conmueven siempre profundamente. Elevó los ojos en el último momento, y dijo como con una agradable sorpresa: «Jamás hubiera creído que fuese tan dulce el morir.» Pensemos un poco en sus veintiun tomos en fólio, á dos columnas, edición compacta, llena de unción y de tranquila majestad, abundante en pensamientos tan sabios como profundos y variados sobre Dios y las cosas de Dios. Pero faltaba un pensamiento, que era de la mayor importancia á los hombres el conocer, y que todavía no había madurado ni formulado; un pensamiento de una significación más profunda que otras mil reflexiones suyas, del que nos costaría mucha pena el prescindir: su pensamiento, el que debía coronar todos los demás, su sentimiento en el momento en que daba su primer paso en la eternidad. «Jamás hubiera creído que fuese tan dulce el morir.»

Ciertos poetas no se engañan mucho en los colores que emplean para pintarnos la muerte. Nos muestran el hermoso sol de estío derramando su luz sobre las verdes ondulaciones del cementerio, mientras que el perfume de los cipreses se mece en paz en la atmósfera, y agregado á eso el zumbido de las abejas entre las flores, el hermoso cielo azulado y el campanario, cuya inmóvil aguja nos muestra sin cesar el trono de Dios, dulcemente velado con su cortina de interminable azul. Esas imágenes exteriores no carecen de verdad para los que se aseguran una buena muerte, la muerte en el Cristo. A cada momento se muere en cualquier sitio

del mundo, pero eso no debe entristecer nuestros pensamientos. A cada hora, pero sobre todo en la impresión de la caída de la tarde, es un bálsamo para nuestro espíritu el pensar en la mano bienhechora de la muerte, solícita en concluir tantos padecimientos, en coronar tantas virtudes, en terminar tantas miserias, en pacificar tantas discusiones, en iluminar tantas tinieblas y en volver á hacer que entren tantos desterrados en la herencia eterna del verdadero Padre de todos. ¡Oh graves y dulces gozos de la muerte! ¡Cuánto dulcificáis nuestros corazones, y cuán suavemente destruís en ellos el espíritu del mundo!... ¡Vosotros nos atraéis hácia Dios, vosotros nos llenáis de fuerza, vosotros disipáis nuestros temores y vosotros nos santificáis del encanto de vuestra suavidad!... Cuando nos hallamos fastidiados, oprimidos, ahogados por la vida, anonadados por la multitud, extremados por la lucha y descontentos de nosotros mismos, no tenemos más que recorrer con la imaginación los bosques y las llanuras, las colinas inundadas por el sol, las montañas en donde se acelera la noche, el azul de los mares con su brillante adorno de islas, y por todas partes, por donde quiera, podemos reposarnos en el dulce pensamiento de la muerte y de su activa beneficencia.

III.

PREPARACIÓN PARA LA MUERTE.

La vida, nadie puede dudarlo, es más importante que la muerte. Si la muerte tiene una grande influencia sobre la vida, la influencia de la vida sobre la muerte es todavía mucho mayor. En realidad, la obra de ésta no se halla segura sino en las manos de la vida. Hay excepciones para mostrar hasta dónde puede Dios extender su misericordia y para glorificar la eficacia de la gracia: mas como la buena vida no sirve de nada cuando se trata de la eternidad, á menos que no sea coronada por una buena muerte, así una buena muerte, cuando la vida no ha sido buena, no es una imposibilidad, pero sí una excepción. Es posible, y eso basta para probar, bajo cierto punto de vista, que la muerte parece más importante que la vida. Sin embargo, eso puede ser solamente una apariencia; porque ¿quién sabe si entre mucho malo no ha habido esfuerzos eficaces para el bien, allí en donde ninguna señal de lucha se deja percibir, y si ese bien no fuese la causa secreta de esas prodigiosas inter-

venciones de la gracia que llegan algunas veces en la muerte de los pecadores? Tal vez también, en esas intervenciones no llegan quizá jamás á los que han contado con ellas, y diferido friamente el convertirse por una confianza profana en las gracias y en las ocasiones que presenta el momento supremo; pero la verdad práctica es la que nos enseña con una palabra la lección más sabia y más solemne sobre la vida; á saber, que cada una de nuestras acciones contribuye actualmente á prepararnos las penas y las facilidades de la muerte.

No es, pues, un acto aislado el que se enlaza con el tiempo y la eternidad, y sin el que la vida nada tiene asegurado, y la eternidad nada de irrevocable. Eso es evidente, porque la muerte forma á la vez parte de la vida y de la inmortalidad. Sin embargo, los hombres hablan con frecuencia de la preparación para la muerte, como si esa fuese un ejercicio espiritual particular, y nada más. Saben que toda la vida es una preparación necesaría para la muerte; pero ese conocimiento no es bastante real ni bastante práctico; responden con exactitud si se les pregunta, pero la verdad no siempre queda bastante clara en su espíritu. Pues bien, ya pensemos en la muerte ó la olvidemos, ya sirvamos á Dios ó lo descuidemos, la vida, á despecho nuestro, continúa siendo una preparación detallada y minuciosa para la muerte. Casi parece absurdo el que nos detengamos en un punto tan claro; y á pesar de eso, la costumbre de mirar demasiado exclusivamente la preparación para la muerte como un ejercicio espiritual particular, hace

mucho daño. Toda manera de ver que nos habitúe á hacer de la muerte una cosa aislada, un acto suelto, tiende también á disminuir la importancia que damos á una vida estrictamente concienzuda. Sin ser notoriamente del número de los pecadores, se llega insensiblemente á dar á la muerte una importancia mal fundada, considerándola como el medio de enderezar una mala vida. Horrorizaría el decir que una buena muerte puede hacer el efecto de una buena vida; pero en la práctica, se forma una especie de sistema de ese género que rebaja la idea de la santidad, adormece la vigilancia y hace á la conciencia poco atenta á las cosas de detalle. Hasta el amor de Dios engaña á los que una vez han entrado en esa carrera de ilusiones, y no puede negarse que la inmensidad de las gracias en la muerte, las maravillas de los Sacramentos, la intervención privilegiada de la divina Madre, y la autenticidad de la conversión de ciertos grandes pecadores en esa undécima hora, no esparce sobre la muerte una gloria incontestable, y que debe celebrarse con respeto, como una de las maravillas profundas de la divina compasión. Consideradas en su verdadero punto de vista esas misericordias, son un motivo de fidelidad más grande; porque nada hace á la autoridad más atractiva, nada la impone de una manera más imperiosa que las pruebas del amor de Dios. Cuanto más amamos á nuestro Criador, más tememos su justicia y más apreciamos su santidad. Pero sabemos que no hay peor corrupción que la de lo que es excelente, y así sucede, que la malicia de los hombres siempre ha encontrado en

la grandeza del amor de Dios un motivo de presunción. ¿Pero ese amor es menos verdadero? ¿Debemos cerrar los ojos para no verle? ¿O bien, es necesario todavía salir de la realidad, y dejar á un lado, en la práctica, las doctrinas que se enlazan con la teoría de la fe? Toda doctrina es práctica, y el primer uso de la teología dogmática es el ser la base de la santidad, mientras que la controversia ocupa un lugar mucho más bajo. Separar el dogma de la vida espiritual es, en otros términos, afirmar que el conocimiento de Dios y de Jesucristo, no tenía originariamente por objeto el hacernos santos, ó de otro modo, que la santidad no depende necesariamente de la ortodoxia. Por consecuencia, cuando insistimos en la influencia de la vida sobre la muerte, no debemos ir demasiado lejos, ni perder de vista esas gracias señaladas, por las que Dios parece contradecir algunas veces nuestra enseñanza. Como ya he dicho, esas gracias, bien consideradas, son una excitación á la fidelidad, y no un pretexto al servicio de la presunción. Pueden servir de excusa á las almas poco atentas, hasta un punto de que nuestra limitada razón no puede formarse idea, y á esas almas vendrán las gracias extraordinarias de la muerte. Mas para nosotros, que estamos en la luz del Espíritu Santo, bajo el imperio de la gracia, con el sentimiento de nuestra vida interior y más ó menos experiencia de las dulzuras divinas, ¿qué hemos de hacer de esas extrañas gracias para el fin de nuestra vida? Que nos alienten en nuestras penitencias actuales, nada mejor; pero que no sirvan para halagarnos con

vanas esperanzas en nuestras negligencias presentes. Toda la vida, pues, es una preparación para la muerte, pensemos ó no en ella, y enteramente independiente de nuestra intención: preparación tan incesante é inevitable, como las corrientes de pensamientos, de palabras y de acciones, que á toda hora se ocupan de nosotros con más ó menos ruido. Hay tres especies de preparaciones para la muerte. La primera consiste en el conjunto de la vida, que nos prepara actualmente nuestro género de muerte, en consecuencia de las reglas comunes. Cada una de nuestras acciones concluye por hacernos dar media vuelta, y por seguirnos desde la tumba al juicio. Ya hemos hablado bastante de esa preparación. La segunda consiste en arreglar voluntariamente ese conjunto, en vista de la muerte, y en relación con nuestro último fin. La última, que podemos llamar preparación especial, consiste en ejercicios espirituales particulares, en retiros y penitencias que tienen exclusivamente por objeto á la muerte. Pero antes de entrar en pormenores acerca de esta tercera preparación, debemos decir algo de la segunda, ó sea la preparación general.

Es costumbre de los mundanos hacer muy poco caso de la muerte. Los esplendores y las bravatas de la vida tienen más dignidad para ellos, encuentran allí más de ese género de poder que admiran. En el genio de la literatura entra el condenar á la execración las imágenes de la muerte, y se pretende que el pensamiento del último momento hace á los hombres tímidos, egoístas y pequeños. En eso hay algo de

verdad, y en general, puede decirse que los detalles religiosos carecen dc cierta grandeza. La espiritualidad nos tiene dolorosamente encorvados sobre nuestra propia corrupción. Un precepto positivo rara vez es de un efecto imponente, y la obediencia á ese precepto parecerá con frecuencia trivial y sin dignidad. Sea como quiera, la preparación para la muerte no puede dejar de ser una de esas operaciones bastante importantes que deben ocupar una parte de la vida. La muerte es un acto desconocido: no llega más que una vez, y es inevitable y necesaria. En todo lo concerniente á ella hay una incertidumbre universal, y ella es la que lo fija todo para la eternidad. Tales son las máximas conocidas de la muerte, y cada una de ellas es un poderoso argumento para probar cuán sabio es el hacer de toda la vida una preparación general para su último paso. Es evidente que nuestra preparación debe ser general á la par que particular, y lejana á la vez que próxima; pero hacer de toda la vida una preparación especial y cercana á la muerte, sería, no sólo inpracticable en la mayor parte de los casos, sino también incompatible con los más altos deberes de nuestro destino terrestre, mientras que una preparación general debería ser el cuidado constante de toda la vida.

En esa preparación general hay grados: en algunas almas ocupa más lugar que en otras. Esa diferencia puede venir de una disposición natural, ó de un atractivo particular de la gracia, ó depender de la medida de dolores de que la divina Providencia puede haber llenado más ó menos la existencia. Seguramente,

para algunos, esa larga preparación llega á ser la forma especial de toda su vida espiritual. Si es un efecto de carácter ó del cansancio de sufrir, es preciso desaprobarla como una espiritualidad, que no es ciertamente de buena ley. Representa el sentimentalismo y degenera en mal humor: por una muelle indagación, pone en melodrama sentimental un asunto demasiado serio para ser representado. Por lo demás, hay muy pocas almas á las que convenga esa forma de devoción; y si tiene un carácter de seguridad y de solidez, allí donde es instinto de gracia, es particularmente peligrosa, cuando no es más que efecto de una disposición ó de un estado de padecimiento. Entonces, no conviene á nadie elegirla como la única forma de toda su vida espiritual, porque escogiéndola por sí mismo, se concluirá muy probablemente por reconocer en ella una ilusión que nos ha conducido á la relajación, desalentándonos para toda penitencia real. No hay vigor en una penitencia tosca, ni júbilo en las penitencias que la naturaleza busca con esmero, ni penitencia en dejarse llevar del abatimiento y la tristeza.

Pero hay personas á quienes el Espíritu Santo parece llamar á ese género de vida espiritual: en su mayor parte son almas de una dulce gravedad, y hasta inclinadas con frecuencia á la jovialidad, y que se distinguen por costumbres activas más bien que por las contemplativas. El espíritu que se forma en ellas, las conduce á permanecer largo tiempo, con frecuencia toda su vida, en los ejercicios de la unión. Esa tendencia es quizá la que hace á esa forma de

espiritualidad tan particularmente segura, y tan exenta de todo embarazo de ilusión. Conduce además á hacer mucho aprecio de la fe, como don de Dios y tesoro infinitamente precioso, y que da valor aun á las cosas más comunes. Esa disposición es, no solamente fuente de seguridad, sino que forma también en nosotros una sencillez infantil, que es la prenda de muchas gracias, desde las más ordinarias á las más elevadas. En fin, ese método de espiritualidad, nos hace cultivar particularmente el temor de Dios, y encontrar espacio y libertad de alma en el ejercicio del examen de conciencia. Porque ese examen, cuando ayuda la libertad de espíritu, lo cual no siempre sucede, es uno de esos ejercicios espirituales que pueden llevar á la santidad por el camino más corto. Es evidente que en esa forma de vida espiritual hay una gravedad, una solidez y una seguridad admirable. Sin embargo, es necesario recordar que sólo es así, cuando hay en ella atractivo de la gracia y vocación: ése no es un asunto de elección.

Comprenderemos mejor en qué consiste la preparación general trazando una pintura del género de vida, que de ordinario encuentra el castigo en el lecho de muerte, si es que todavía no la sigue más allá. Inútil es hablar de una vida evidentemente culpable de rebelión contra Dios, ó de olvido mundano. Semejante vida se explica por sí misma, nos refiere su historia y se comprende desde luego. Tomemos una vida de un tipo muy ordinario, una vida de esfuerzos considerables para el bien, con frecuentación conveniente de los Sacramentos, cumplimiento más ó menos con-

cienzudo de sus deberes de relación, rareza de pecado mortal y buen éxito en conservarse lo más comúnmente en estado de gracia. Tenemos lugar para esperar que semejante vida concluirá por la salvación. No es más que una esperanza, pero con fundamentos suficientes. Tomamos esa vida como el término más bajo, pero podríamos subir más de un grado sin salir de nuestra suposición. Pues bien, en esa clase de vidas hay puntos que son precursores de turbación y de desolación para la última hora. En verdad, los que sobrevivimos, podríamos desalentarnos si semejantes vidas terminasen sin turbación, con la calma y la seguridad del triunfo. Cada vida individual no nos presentará todos los rasgos de nuestro cuadro, pero basta con que tenga uno ó dos.

Lo primero que observamos en las personas de que acabamos de hablar, es su tibieza. Hay en ese estado muchos grados para pasar desde el calor al frío ó poco menos, y los hombres de que nos ocupamos se hallan generalmente en alguno de esos grados intermedios. Tienen sus épocas de fervor, ¿y quién no las tiene? Pero ellos mismos reconocen que son tibios, inferiores á lo que debían ser en devoción y en práctica, más ó menos cansados de la religión, más á su placer en el mundo, y á pesar de un instinto más elevado, no encuentran en las cosas sobrenaturales más que un embarazo inevitable. Esos sentimientos por sí mismos no nos constituyen en la tibieza, sino porque cedemos á ellos sin combatir: y sin embargo, para ser tibios, no es necesario encontrarse muy bien con semejantes disposiciones de alma: basta que su-



cumbamos y que ese estado de caída dure un tiempo considerable, aunque durante todo ese período tengamos remordimientos de conciencia; porque el malestar interior no es una prueba muy satisfactoria de que no seamos realmente tibios. Las personas de que hablamos son negligentes y sin atención en la recepción de los Sacramentos. Su preparación para la confesión es superficial: su examen de conciencia es apenas suficiente, y lo que todavía es más serio, se cuidan poco del dolor de sus faltas, y menos aún de la enmienda de su vida: parece que ignoran que la contrición de las culpas veniales requiere una grande atención. Además no hacen preparación, ó muy poca, para la comunión, y si hacen algo, es sin espíritu y solamente en la forma; la acción de gracias es también muy ligera.

Esa clase de personas está además muy acostumbrada á perder el tiempo: ésa es la falta de un número incalculable de almas, en todas las condiciones de la vida, cada uno á su manera; y las formas más ordinarias de ella suelen ser el juego, la charlatanería, la ociosidad, el dormir y suscitar embarazos. Sin embargo, el tiempo perdido tiene sus venganzas, su aguijón es terrible al fin y nos deja pocas probabilidades de salvación. En la vida en cuestión, la mundanidad encuentra también un sitio bajo sus formas menos criminales, y la mundanidad más inocente (si es que la hay) es por lo menos una pérdida de espiritualidad. La inconstancia en las devociones y la falta general de sistema de conducta, son otra señal de esa especie de vida. Mucho podría decirse de ella

acerca de este punto, mas por el momento basta incluir ese defecto entre los que preparan espinas para el lecho de muerte. El egoísmo, la falta de generosidad para con los pobres y la manía tan generalizada de no dar limosna sino según su capricho, concluyen también por llegar á ser fuentes de inquietud en el momento en que la necesidad de paz será más punzante que nunca. En fin, en esa especie de vida, hay una falta de penitencia, que es un grande motivo de aflicción en el instante postrero. Pronto ó tarde la penitencia nos encuentra; pero desgraciado de aquél que halla por primera vez en el umbral de la eternidad. A ese asunto se refiere naturalmente nuestro flaco por una porción de pequeñas dulzuras corporales, y de refinamientos, supuestas necesidades que se quieren satisfacer á todo trance, y sin lo que nos hallamos contrariados y disgustados. El que se deja esclavizar por esas mil necesidades de pigmeo, encontrará verosímilmente detrás de las cortinas de su lecho de agonía algún gigante pronto á aprovecharse de esa debilidad.

Una vida opuesta á la que acabamos de describir, es la que puede llamarse una vida de preparación general para la muerte. En ella se evita la tibieza, la negligencia en la recepción de los Sacramentos, la pérdida del tiempo, la circunstancia de las devociones, la parsimonia egoísta de la limosna, y la falta de penitencia; es decir, las siete cosas que nos pronostican la inquietud y la desolación en la última hora, y que sin decirnos absolutamente que todo concluirá mal, nos dejan vislumbrar riesgos espantosos:

porque suspender todo el peso de nuestra eternidad sobre el precipicio de la muerte, no es valor, es una demencia.

Si el mundo material es bello por la sabiduría y el poder, el mundo espiritual es todavía más bello por la misericordia y la compasión: pero hay algunos misterios que parecen formar una excepción de esa supremacía regular de la misericordia, misterios de justicia vengadora, que no están menos llenos que otros de las maravillas de las perfecciones divinas, pero cuyos terrores no podemos considerar con tanta paz. Alimentarse sin temor con la belleza de la justicia de Dios, es una felicidad reservada para otro estado. El temor por nosotros mismos, como también el amor á los demás, impide el libre impulso de ese júbilo celestial en nuestra condición presente. Sin embargo, no debe omitirse estudiar esos misterios de justicia únicamente porque están llenos de dudas y de temores. En verdad, rara vez puede abusarse del temor de Dios, de manera que nos perjudique seriamente, y casi todos tenemos más necesidad de temor que de amor, aunque uno y otro nos hacen suma falta. Por lo que concierne á nosotros estaríamos menos á cubierto de esos golpes de la justicia, si rehusásemos voluntariamente contemplarlos. El terrible misterio á que me refiero, es la mala muerte de los que han sido buenos durante la mayor parte de su vida, y algunas veces casi hasta el fin. Teófilo Raynaud tiene en su obra un tratado que lleva este título espantoso: *Una mala muerte, después de una buena vida.* En realidad es un comentario de la historia de Judas.

Pues bien, ese fenómeno en la ciencia de la muerte, cae necesariamente en nuestro asunto. La misericordia tiene su buena muerte después de una mala vida, su penitencia á las puertas de la eternidad, sus pecadores arrancados de las puertas del infierno, y sus repentinas intervenciones de la gracia: caprichos aparentes que parecen alentar la presunción de los insensatos espectadores. A los ojos de una fe respetuosa, esos prodigios enaltecen tan pronto la soberanía de la gracia como el imperio de la Madre de Dios: esta vez harán resaltar la grandeza del don de la fe, y otra será un relámpago que sale del seno de los abismos insondables de la compasión y de la predestinación divinas. Del mismo modo, el celo de Dios y el rigor de su justicia vengadora, tienen esas malas muertes que terminan una vida de bien. Debemos estudiar ahora esas terribles manifestaciones.

Desde luego es fácil observar que esas especies de vida tienen una bondad más aparente que real. Judas, se dice, tuvo una falta secreta que infestó toda su vida, y esa sería una explicación suficiente si fuese cierta, lo cual no parece bien comprobado. No puede dudarse que Judas tuvo una verdadera vocación al apostolado, vocación por el llamamiento mismo de Nuestro Señor, que le confirió ese oficio. Se trataba de una dignidad, que no fué sobrepujada sino por la de la Santísima Virgen, San José y quizá la del Santo precursor. ¿Qué dones y qué virtudes, qué belleza interior y qué heroísmo, fueron los efectos de esa vocación, que hacía de Judas uno de los doce elegidos del Verbo encarnado, y sin embargo, qué fin

tan terrible? Puede objetarse que ese ejemplo nos enseña solamente que una buena vida sin perseverancia es inútil. ¿Nada más que eso? Sí, nada más que eso; y pluguiera á Dios que se comprendiera en toda su extensión la horrible doctrina contenida en esas pocas palabras. He ahí un hombre que abandona todo cuanto hay brillante y atractivo en el mundo, acepta los deberes ingratos y monótonos del sacerdocio, carga con los trabajos y responsabilidades de ese estado, corre todos los peligros y las caídas, y se expone á un sinnúmero de ocasiones que no hubiera encontrado sin eso: persevera en esa vocación durante cincuenta años, y aun después permanece irreprensible. Pues bien, después de todo, es posible que caiga, y que la muerte le sorprenda en su caída, y héte ahí perdido sin remedio. Bastaría decir que esa suposición es teológicamente posible, y eso debía ser suficiente para nosotros; pero hay santos que van mucho más lejos en sus espantosas revelaciones: nos citan nombres, fechas y hechos, cuya apariencia de autenticidad es concluyente. Un hecho no menos curioso es el que la sabiduría intelectual haya sido el don distintivo de algunos personajes, que la historia nos cita como ejemplar de muertes azarosas que no se puede pensar en ellas sin terror. Testigos Salomón, Tertuliano, Osio, monumentos terribles que la misericordia ha hecho erigir por la justicia para instrucción de los viajeros de la tierra. Puede decirse también, y así lo pensamos, que el velo que cubre esas muertes es más bien un castigo temporal que otra cosa, y que no envuelve la pérdida de la eterni-

dad, como vemos en el hombre de Dios de que nos habla el Antiguo Testamento, y que fué devorado por un león. Hay algunas probabilidades y una visión autorizada en favor de la salvación de Salomón; y Benito XIV nos dice que la perdición de ningún hombre parece predicha en la Santa Escritura de una manera bastante incontestable para que se aproxime á una materia de fe, excepto la de Saúl.

Sin embargo, aunque de todo lo que precede hemos sacado las consecuencias más consoladoras que nos ha sido posible, lo que resta basta para hacer temblar. El simple hecho de que tal muerte es una posibilidad teológica, de que no vemos nada que obligue á la Providencia á impedirla, y que los santos hablan de ella como acontecimientos cumplidos, ese simple hecho, decimos, está lleno de enseñanzas que merecen la pena de ser estudiadas. Nuestra eternidad depende del estado en que nos encontramos en el último momento. Así, consideremos bien el alcance de estas breves palabras: «Mala vida y buena muerte», resta la seguridad; «Buena vida y mala muerte», resta la perdición. La hora, el tiempo, la manera y las diferentes circunstancias de la muerte, componen la disposición de la Providencia de Dios, quizá la más decisiva para nosotros. No me atrevería á decirlo si no tuviese la confianza de haberme anticipado á conclusiones falsas. Es muy difícil concebir que una mala muerte después de una buena vida sea cosa común; pero con respecto á ese punto quedamos en una ignorancia penosa: lo que sabemos de antemano es que debemos pasar en el temor el tiempo de nues-

tra mansión terrestre: lo que sabemos es que semejante muerte no puede llegar sino por falta de correspondencia á la gracia. Cada uno recibe muchas más gracias de las que necesita para salvarse. No obstante, hay en eso un misterio aterrador, la de que cualquiera que sea la de esas tres clases á que esa terrible posibilidad llegue á alcanzar; la de los hombres que han sido realmente mortificados y buenos durante años y no han perseverado; la de gentes que han vivido en la ilusión y han concluído por no saber distinguir ya las tinieblas y la verdad, ó bien la de los hombres que, después de haber comenzado bien, han debido inquietarse por si han incurrido en negligencia y tibieza, en rutina de los Sacramentos, olvido de la oración y temeridad con Dios; y he ahí que sin fuerza para luchar durante las últimas horas y asirse á la ribera del cielo, vuelven á caer en el golfo á pesar de sus esfuerzos. De estos fenómenos ha visto muchos el mundo en que vivimos, y seguramente se necesita estar loco para no hacer caso de ellos.

Esos acontecimientos terribles traen su origen de nuestra conducta pasada. Lo que hemos descrito antes como preparación general nos hubiera preservado de ellos infaliblemente. Si nos fuese dado ver algunas de esas muertes aterradoras de manera que pudiéramos seguir todos sus antecedentes y manifestaciones hasta lo último, veríamos cómo ha comenzado cada una: ésta en tal día y tal circunstancia, aquélla en tal lugar y con tal compañía. En un principio aquello no era más que un hilo imperceptible que el menor obstáculo podía romper ó apartar; que una

oración jaculatoria, ó por lo menos una absolución, podía destruir ó consumir; y he ahí que ahora, por no haber sido detenido ó vigilado, ha llegado á echar profundas raíces de muerte. Aquí fué una negligencia de cosas pequeñas que comenzó en las vacaciones de estío de tal año; allí una interrupción del examen de conciencia que tuvo lugar en una enfermedad y no volvió á ponerse en práctica, y de ahí la falta de conocimiento de sí mismo. Aquí se había salido de una prueba, y el buen éxito había inspirado una sombra de confianza en sí mismo que llegó á ser un coloso, un pecador de Lucifer; allá fué en la estación de baños en donde la libertad de las conversaciones hizo nacer una costumbre de crítica, que bien pronto degeneró en pecados mortales contra la caridad; en otra parte, á consecuencia de alguna buena lectura, se sintió inclinado á orar para obtener la perseverancia final, pero después se descuidó. ¿Cómo podía saberse que aquel pensamiento era la inspiración de un ángel, la excitación del Espíritu Santo?..... Sin embargo, ¿quién puede decir cuánta irreverencia hay en conceptuarse seguro de uno de los dones más grandes de Dios, sin tomarse el trabajo de pedirle especialmente? Quizá todavía se ha alimentado alguna falta secreta como Judas; pero al principio no era más que una miseria, apenas un pecado; se sabía que era mejor evitarlo, pero se ha pasado por todo: ¡cuán pocas personas se creen interesadas! Sin embargo, es bien seguro que más de la mitad de las gentes que viven en el mundo tienen su corazón enredado en alguna malla de esa red de idolatría; y ése es uno de los vicios que

se encuentra en almas en que parecía que menos debía esperarse. He ahí que insensiblemente se ha contraído la costumbre de no tomar consejo más que de sí mismo y de obrar según sus opiniones. ¡Quién hubiera pensado que las consecuencias de esa costumbre habían de ser tan graves! O bien se ha pensado (y en esto se hallan comprendidos muchos ricos) que el dar limosna era un consejo y no un pretexto; y ahora la misericordia se halla ausente del lecho de muerte del que no ha conocido sus obras. ¿Quién se cree un hipócrita? Evidentemente de eso no acusa la conciencia, pero toda la vida ha faltado sinceridad para con Dios. En una palabra: se va á morir, y la misericordia divina se halla recorriendo alguna parte: quizá se halla detenida junto algún grande pecador cuya cabeza reposa en su seno; pero no se halla aquí: está casi en todas partes, excepto aquí: en su universalidad ha dejado á su lado el lecho de agonía de ese antiguo siervo de Dios que ha conocido las dulzuras espirituales, y se ha visto rodeado de los gloriosos signos de la predestinación; y ahora se mueve y va á donde se creía seguro de no ir. Una preparación general hubiera sido el preservativo contra esa desgracia. La luz es una responsabilidad: cuanto más brillante es, más profunda hará la obscuridad si la convertimos en tinieblas. Todo eso recuerda la antigua verdad, la buena y sencilla verdad que debe bastarnos, que si no hacemos esfuerzos perseverantes nos encontraremos rodeados de una cruel obscuridad en el momento en que más necesitaremos la luz.

Tenemos todavía que considerar lo que se llama la

preparación especial para la muerte: una de las prendas más seguras de la perseverancia final, uno de los elementos que siempre han formado parte de la vida espiritual de las almas santas, consiste en diversos ejercicios piadosos que se refieren directamente á la muerte y se proponen por objeto obtener la gracia de morir santamente. Es evidente que esa gracia debe ser objeto de oraciones especiales. Hay muy pocas oraciones que puedan hacerse sin condición, y San Felipe tenía la costumbre de decir que no había más que una, que él hizo siempre así, y era la de que los niños que habían de nacer recibiesen la gracia del bautismo: del mismo modo podemos nosotros pedir, sin condición, el morir en la fe y en el temor de Dios. Lo podemos, porque el asunto es muy importante, porque estamos seguros de que es la voluntad de Dios que la hagamos bien, y porque la Iglesia nos enseña esa petición. Cada *Ave María* contiene un ruego para una buena muerte, y entre las cosas que se sobreentienden en la última demanda de la *Oración dominical*, ¿quién titubeará en comprender una buena muerte? No sería difícil demostrar que cada demanda separada del *Padre nuestro* es en sí misma un ruego para ese fin. Si la perseverancia final es una gracia aparte y no simplemente el anillo de la cadena de gracias que se halla el último, y si es una gracia que no podemos merecer, la mejor prueba de nuestro temor de Dios debe ser el hacer de esa perseverancia el objeto de una oración diaria y especial.

Hay también ciertas prácticas exteriores de que

las almas piadosas tienen la costumbre de servirse para ese fin. Entre ellas podemos enumerar los actos ú oraciones jaculatorias en el momento en que naturalmente va á representarse el último reposo al meterse en el lecho; asimismo los actos formales de aceptación de la muerte como penitencia divina: la meditación sobre los cuatro últimos fines, y de cuando en cuando un día de retiro con ese objeto. Es una de esas prácticas que no temeré recomendar, particularmente la de repetir con frecuencia los actos de las virtudes teologales, teniendo gran cuidado en entrar en disposiciones de fe, de esperanza y de caridad expresadas por las fórmulas ortodoxas. A esos actos debería añadirse el de contrición. Procuremos no hacerlo maquinalmente y por forma, porque ese es el grande peligro para todo lo que hacemos con frecuencia, como, por ejemplo, el rezo del Oficio divino: las diversas porciones se deslizan más veloces que el pensamiento, y á pesar nuestro se nos escapan como los granos de arena del reloj, sin que podamos fijar en ellas la atención. Esos actos de fe, de esperanza, de caridad y de contrición, tienen un poder marcado en el momento de la muerte. Para el que durante su vida los ha tenido en algo más que una lección del Catecismo, es un auxilio de importancia que llega después del sacerdote y de los Sacramentos. Si no vemos en ellos más que una de las fórmulas del Catecismo, su asistencia será más que nula. A las palabras es preciso unir la atención habitual en las disposiciones interiores que expresan.

Hay prácticas mencionadas por los libros espiri-

tuales, que cuando menos, no pueden ser recomendadas á todos sin distinción; como, por ejemplo, la de colocarnos algunos instantes en nuestro lecho en la posición de un cuerpo muerto, asistir en espíritu á nuestro entierro, y recorrer mentalmente todas las ceremonias de nuestra Extremaunción. Cada alma se diferencia tanto de otra, que jamás podemos decir que lo que ha sido recomendado por santos personajes, no será útil á otras almas. Nunca nos recordaremos con harta frecuencia, que en la dirección espiritual las reglas no son más que aproximaciones, y que lo que más se acerca á una regla general es el que no hay regla general en esa materia. Por lo que á mí hace, confieso que me repugnan esas representaciones dramáticas. Temo que degeneren en sentimentalidad, y que nos lancen en la ficción á expensas de lo verdadero. La muerte tiene por sí misma bastante imperio sobre la imaginación. Hablo así con desconfianza de mí mismo, porque Bellecius recomienda mucho las prácticas de esa especie. Pero yo creo que distraen al pensamiento de Dios, sin hacer al alma más seria. Sin embargo, Bellecius es un escritor sólido.

Al principio de esta Conferencia hemos considerado esa forma de vida espiritual que se resume ó compendia íntegramente, en preparación para la muerte. La preparación especial nos aproxima á esa disposición. Además de los preparativos formales, se puede insistir sobre ciertas partes de la vida espiritual, y de la más importancia bajo el punto de vista particular de la muerte. Sólo que eso no domina la

vida interior en toda su extensión. Los ejercicios no se continúan sin interrupción, y el recuerdo de la muerte no hace más que dar á nuestra espiritualidad algunos rasgos particulares. Uno de ellos es el que recomienda la Sagrada Escritura, de no estar nunca sin temor en cuanto al pecado perdonado. Ese temor da grande solidez á la virtud. El pesar habitual del pecado en las almas santas, es una de las grandezas más exentas de peligro. Sólo hay que tomar una precaución, y es el que ese dolor queda ordinariamente en las generalidades sin descender á los detalles, por miedo á los escrúpulos que harían lánguida la voluntad. ¡Dichosa el alma cuyo rasgo especial es el temor al pecado perdonado! Otra práctica interior es el hacer de la muerte la antorcha de la vida, ó en otros términos, el hacer cada cosa como querríamos haberla hecho en el momento de morir. Esa práctica ejerce una feliz influencia sobre nuestros exámenes de conciencia y nuestras preparaciones para la confesión. Cumplimos esos deberes cada vez como si fuese la última. Las cosas hechas en ese espíritu, en su mayor parte están bien hechas. Otras partes de la vida espiritual pueden del mismo modo referirse á la muerte. La regla que debe observarse es la de fijarnos menos en el terror físico de la muerte que en lo que la hace transparente, mostrándonos á Dios más allá. Podemos legítimamente temer á la muerte, porque es un castigo; pero sería mejor no temerla sino en cuanto regla para siempre nuestras relaciones con Dios.

Hay además ciertas cosas que pertenecen á la

piedad de otras cien maneras, pero que tienen una virtud especial cuando se refieren á la muerte. En proporción de nuestro temor á la muerte, nos inclinaremos naturalmente á darla más importancia práctica. Por ejemplo, es evidente que la caridad con los moribundos, las oraciones por los agonizantes de todo el universo, y los auxilios personales á los que se hallan á nuestro alcance, son también preparaciones especiales para nosotros mismos. Las bendiciones hacen nacer bendiciones de la misma especie. En las cosas naturales, una verdad acarrea otra del mismo género: y en las cosas divinas, todavía mucho más, pues las bendiciones recorren el mundo por su fecundidad, formando por todas partes grupos y familias. Otro tanto podemos decir de la caridad para con las almas del purgatorio, especialmente de la generosidad que nos las hace preferir á nosotros mismos, en la aplicación de las indulgencias. De estas dos devociones no hay más que dar un paso para encontrar una buena y santa muerte.

Por último, hay dos cosas que sirven todavía más directamente para preparar un buen fin. La primera es una mirada habitual sobre la Santísima Madre de Dios, como que tiene un poder especial sobre ese punto. La Iglesia nos lo repite sin cesar en sus himnos y sus antífonas, como también en el *Ave María*. Las revelaciones de los santos, la enseñanza de los libros de piedad, y el sentimiento universal de los fieles se unen para proclamarlo. Algunos miran ese privilegio como la recompensa que Jesús ha concedido á su valor heroico entre las angustias del Cal-

vario. Otros han atribuído ese oficio á su título de Reina de misericordia, porque, en efecto, la muerte es la hora de las maravillas de la misericordia. Pero todos convienen en decir que el lecho de la muerte forma un departamento de su jurisdicción. No estaríamos pues de acuerdo con la Iglesia, si esa consideración no entrase prácticamente en nuestra devoción á la Santísima Virgen. La experiencia de todos los que crecen en santidad es que su devoción llega á ser más tierna y su veneración más profunda hacia esa bien aventurada Madre. Siempre encontramos algo que aprender en ella, siempre á comenzar, siempre á amar, como si hasta ese momento nuestro afecto no hubiese merecido el nombre de amor. En proporción de nuestra devoción á ella crece la esperanza que tenemos de su auxilio en la última hora. La rogaremos, pues, con más fervor nos conceda esa gracia. Celebraremos nuestros pactos con ella, y tendremos por convenido que se dignará fortalecernos con su presencia, ó por la de sus ángeles en ese último paso. La abandonaremos nuestros temores, y dejaremos á su solicitud maternal esos pequeños cuidados que en la hora última serán para nosotros de tan grande interés.

La segunda cosa á que he hecho alusión, es una acción de gracia perpetua por la muerte de Nuestro Señor. Toda muerte santa viene de ahí. Si Jesús no hubiese muerto, ¿cómo os atrevéis á morir? Es el Criador, inventó el castigo de la muerte, y debió también sufrirla. Tal fué su ley de amor. Ha ensanchado las puertas de la muerte, y colocado en ella

fanales. Yo admiro á los santos de la antigua Ley, por su firmeza en la muerte, porque hablan de ella con terror, como de un fin horrible, tenebroso, universal, casi amenazador para la inmortalidad: y eso porque todos aquellos hombres, patriarcas, reyes y profetas, eran varones de fe. ¡Pero cuán diferente es nuestra muerte desde la venida de Jesucristo! Una nueva creación no hubiera hecho tantas observaciones.

Así como la muerte era el castigo particular, inventado por Dios para castigar el pecado, así también la muerte de Nuestro Señor, su muerte y no otra cosa, fué el precio exigido por el Padre para la redención del mundo. Así, la muerte de Jesucristo es la vida de cada uno de nosotros: vivimos porque él murió. Desde entonces, ¿qué sitio debe ocupar en nuestra piedad el reconocimiento por la muerte del Cristo? Esa debe ser, en cuanto sea posible, la devoción especial y universal de todos los cristianos.

Además, con su muerte recibimos á su Madre por herencia. Así, la muerte de Jesús está enlazada con la nuestra. La acción de gracia por su muerte es la mejor oración que podemos hacer por la nuestra. Del mismo modo que el Padre determinó precisamente la muerte de Jesucristo como precio de nuestra salvación, nuestra devoción debe fijar su muerte como objeto de nuestro amor y de nuestra alabanza.

Ya hemos hablado bastante de nuestra preparación para la muerte. Cuando se mira la postura del sol, el rostro toma una tinta dorada: lo mismo sucede con la vida cuando se adquiere la costumbre de considerar la muerte que avanza.

IV.

MUERTE PRECIOSA Á LOS OJOS DE DIOS.

La unión del temor y del deseo es un homenaje, cuya modesta belleza conviene á la criatura y cuya respetuosa osadía se eleva hasta las perfecciones del Altísimo. No temer á Dios, es no solamente no amarle, sino también no conocerle. No desear á Dios sería casi peor que obrar como los réprobos, que se elevan hacia él en su desesperación de no poderle alcanzar. Por otra parte, Dios es muy celoso de ese deseo. Leemos de un santo jesuíta que reveló á sus compañeros, que durante algún tiempo había sido retenido en el purgatorio, porque en su muerte no había deseado á Dios como era necesario. En el libro cuarto de las revelaciones de Santa Brígida, habla la Santa de una tercera región del purgatorio que la fué enseñada: allí no había pena alguna de sentido, sino únicamente la de daño; y se la dijo, que las almas allí detenidas lo estaban por no haber tenido durante su vida un deseo ardiente de ver á Dios. En el mismo libro nos dice también, que cuando oró por el alma de cierto ermitaño que había muerto hacía poco

tiempo, se la apareció la Santísima Vírgen y la dijo que hubiera entrado en el cielo inmediatamente, si hubiese deseado más vivamente el ver á Dios. Santa Mechtilde ó Matilde, en su libro quinto de la gracia espiritual, habla de la misma región del purgatorio, en donde las almas sufren únicamente la pena de daño. Una de las almas allí detenidas la describía esa pena, como proveniente del ardor intolerable de ese mismo deseo que tan frío y tan lánguido había sido durante su vida. Esa unión del temor y del deseo debe, pues, llamar nuestra atención cuando se habla de la muerte.

No temer á la muerte es tratar con ligereza al que hizo de ella un castigo. No desearla, es una indiferencia para con el que no podemos llegar sino por esa puerta.

Hay algunas personas que están atormentadas por el temor de la muerte. Sus horrores físicos, sus dolores, sus tinieblas, los infunden un terror pánico. Eso proviene con frecuencia de algún vicio de la primera educación, y otras veces de un estado nervioso. Pero ése no es el temor que debe cultivarse. Ningún bien puede reportar: el temor no constituye un temor razonable y útil, y sobre todo no viene de Dios cuando se ocupa con tanta violencia de los dolores físicos. Hay también otro temor de la muerte que pertenece á los que no están bien con Dios, y que dilatan siempre, si no su arrepentimiento, al menos su fervor, como si éste pudiera dejarse para el día siguiente. No son los dolores corporales de la muerte los que asustan á esas almas, sino la incertidumbre del resultado:

es el verse obligadas de bueno ó de mal grado á poner término á una vacilación que es la gran falta de su vida. Toda la teología de la muerte no es para ellos más que una densa. niebla. Lo que ven es que llegará un día en que será preciso saltar al negro caos, único límite que su irreflexión puede imaginar más allá del mundo de la materia y de los sentidos. Evidentemente, semejante temor no es el que puede santificar. El temor de la muerte que es apetecible, el que es casi indispensable á la santidad, es más bien el temor de Dios que el temor de la muerte: es el temor de Dios, como enclavado en una circunstancia particular, y adherido á una especie de rito en el que el Señor se manifiesta á la vez en su temor y en su misericordia. Ese temor está lleno de gracia y difícilmente cae en el exceso. Ese es el que debemos buscar, el que glorifica el último paso, y nos inicia en esa mezcla de felicidad y de temor extático, que hace temblar á los ángeles ante el trono del Eterno.

Pero hay un temor cristiano de la muerte que es ordinario, sencillo, natural, inferior, es cierto, al anterior, pero sin inconveniente, ó mejor dicho, lleno de elementos de bien. Sin él no puede existir una piedad sólida. El hombre de edad debe temer la muerte porque le cubre ya con su sombra: tiembla al ver palidecer su sol: por otra parte, la expectativa de un acontecimiento feliz concluye en aprensión cuando el momento se acerca. El hombre joven teme á la muerte, porque sus ideas con relación al tiempo y el porvenir son contrarias á una preparación para ese fin: no piensa más que en el brillo, y no sabe todavía

cuán débil y fugaz es todo brillo de luz terrestre: la experiencia no le ha dicho aún cuán próxima se halla su primavera ó su otoño. El pecador teme á la muerte porque su penitencia no está concluída, y cuando el predicador le dice que cuanto más tarde la muerte menos probabilidades hay de morir penitente, se irrita. El alma tibia teme á la muerte como por instinto profético: la teme porque es con frecuencia un doble y terrible castigo, y un último y fatal escollo. Las buenas almas la temen, porque cuanto más á nuestro alcance aparece el premio, mayor es la inquietud y el esfuerzo. Además, como la humildad calcula siempre contra sí misma, acontece que una devoción verdadera se halla casi siempre marcada por una tinta de exageración en el temor á la muerte. Se encuentra no obstante entre los buenos, aun entre los mejores, entre los que viven en la santidad, gentes que no temen á la muerte. Esa disposición puede ser obra de gracia, que, en la infinita variedad de sus recursos obra libremente por los medios más opuestos. Sin embargo, esa falta de temor es tan sospechosa como poco apetecible. No es decir que sea una ilusión, pero si lo fuese, sería de un peligro sumo. Esa falta de temor no puede ofrecer seguridad sino á los grandes santos. Pidamos no ser del número de los que no temen á la muerte, porque esa disposición, con una virtud común, no tiene grandes probabilidades de salvación.

Pero pasemos del temor al deseo de morir. Lo que hemos dicho del uno podemos decirlo del otro y aun con mucha más fuerza; el deseo que pertenece á la

santidad debe ser más bien un deseo de Dios que un deseo de la muerte. El hastío del mundo es una cosa buena en su género, pero no es completamente una gracia. Cansancio y desasimiento del mundo son dos cosas muy diferentes, y creería con agrado que hay un disgusto que no es en el fondo más que una mundanidad disfrazada. El hombre cansado de la vida soñará y hablará de la muerte de una manera poética y voluptuosa, que es una verdadera impiedad. Si se le hiciese caso, la hierba del cementerio sería un lecho de pluma, una almohada para reclinar su cabeza, y la tumba una hamaca en que el movimiento de la tierra nos mecería y adormecería, como la ola duerme al hijo del marinero. Sólo los ateos ó las gentes que hablan sin saber lo que dicen, pueden proferir semejantes ligerezas; de ese modo se contrae la costumbre de mirar á la muerte como un fin y no como un principio. Se ha observado que en los hombres de talento, ese modo de hablar era un síntoma de enajenación mental. Es un hecho que los hombres felices desean con más frecuencia la muerte que los que no lo son. La desean con más fuerza, más real, más santamente: los desgraciados deséan la muerte más bien que á Dios. La desean con una especie de desaliento pagano. Citarán la *Odysea* y la *Eneida*, cuyas vivas imágenes les complacen más que las simples realidades de la teología cristiana. Fijan sus espantados ojos sobre la muerte, pero se guardan muy bien de mirar más allá; mientras que el cristiano feliz, con el corazón ligero y el espíritu libre, sin tener otra querella con la vida que la posibilidad de pecar,

sentirá alguna vez su peso más que el desgraciado que se aferra á la existencia con una especie de goce sardónico. Sin embargo, aun cuando el hombre feliz sienta su peso, sus aspiraciones le impelen á buscar principios más bien que conclusiones; encontrará en la muerte la cuna de la eternidad más bien que el fin de la vida, y deseará á Dios más que á la muerte, porque es el don de un corazón gozoso el abrirse el camino más corto para llegar á Dios á través de las más extrañas dificultades.

El deseo de la muerte puede ser, pues, una gracia muy importante, pero no debe encontrarse más que en las almas saturadas de Dios, que miran á la muerte con afecto, como la puerta para llegar á él, como el desfiladero de las montañas santas y la entrada del puerto de la eternidad. Ese deseo puede ser, sin embargo, una ilusión, y con frecuencia suele serlo. En los moribundos puede haber exaltación física, producida por los medicamentos, el terror ó por otra causa. Esos accesos que nos entristecen en nuestros amigos, no tienen afortunadamente una grande transcendencia moral. Es más bien una de las miserias de nuestra carne, uno de esos abatimientos de que pocas agonías se hallan exentas. Durante la vida, la piedra de toque de la legitimidad de nuestros deseos de la muerte es, como ya hemos dicho, es á Dios, á quien deseamos más que la muerte. Sin embargo, el desear verse libre de penalidades, suspirar por el reposo, aspirar á la desaparición de todo cuidado y de toda responsabilidad, hallarse cansado de dolores y á punto de perder la paciencia, y sobre todo desear con ardor la imposi-

bilidad de pecar, todo eso es perfectamente legítimo. Pero no debe reducirse todo á esos deseos, ni estar solos; deben existir con el deseo de Dios, y ese deseo debe ser supremo y predominante. Si fuese único, sería entonces mejor, y debemos aspirar á esa perfección; pero aquí hablamos de lo que es justo y legítimo. Observaremos, sin embargo, que todo deseo de la muerte debe hallarse invariablemente mezclado de temor. Probablemente, antes de la muerte llegará un momento en que Dios retirará el temor si el deseo fuere de él. Ya sea gracia, ya sorpresa el encontrar una facilidad inesperada, es muy raro, aun para las almas timoratas, el caer en un estado de terror en el último momento, por más temible que sea. El temor y el deseo de la muerte, ambos tan apetecibles, quizá no se hallan jamás en perfecto equilibrio en el alma: para mí sería preferible que preponderase el temor. Tal vez ambas disposiciones se combinan para tener sus horas de flujo y de reflujo. Si es así, podemos estar seguros de que la altura del deseo corresponde á la del temor. El que teme más desea más todo lo que concurre á satisfacernos; el temor es, si no lo más fecundo, por lo menos lo más propio para asegurarnos contra toda ilusión.

Supongamos, pues, que nos hallamos en regla en cuanto á esos dos puntos del temor y del deseo de la muerte; veamos el espectáculo que ofrecemos á las miradas de Dios y de los hombres en el momento de esa grande partida. Es evidente que Dios ve muchas cosas de que un moribundo no tiene ninguna conciencia, y que los espectadores ven todavía menos.

Parece que una de las pruebas de los moribundos es el que no pueden hacerse comprender. Pero en la muerte, como en todas partes, la penetración de la mirada divina se encuentra en nuestro favor. Ve todo lo malo que hay en nosotros como los hombres nó pueden verlo, pero al mismo tiempo y en la misma proporción ve también la fragilidad de nuestra naturaleza creada. Descubre circunstancias atenuantes en donde los hombres ven quizá lo contrario. El conocimiento de Dios nos es favorable, y la ciega malevolencia de nuestros semejantes nos ofrece un tribunal menos dulce que la pureza sin mancha de su inexplicable santidad. Su justicia se encontraría comprimida en las simpatías humanas, como su amor en la más indulgente caridad. Por el momento nos ocuparemos, pues, de lo que los hombres ven en nosotros, más bien que de lo que ve Dios. ¿Qué parecemos á sus ojos cuando nos hallamos en el momento de morir?

Es muy difícil establecer reglas generales en materia tan diversa. Unos se muestran tales como han parecido siempre: otros parece que no son los mismos. Una muerte es conmovedora porque sigue con toda sencillez el programa que de ella había podido formarse; otra es sorprendente por sus asombrosas revelaciones. Lo más frecuente es que los moribundos parezcan hombres nuevos: la muerte manifiesta en ellos regiones inexplorables, de que la vida no había sacado partido. Todos llegamos á la tumba desconocidos, llevando mundos de grandeza oculta, cuyos secretos no dice la vida. La existencia más larga no puede mostrarnos en toda nuestra latitud, y de un



millar de posiciones de que somos capaces, no puede presentarnos más que dos ó tres. Nuestro tiempo de prueba no es más que una muestra, un examen para ser inscriptos en los registros de la eternidad, sin dejar á los que sobreviven más que conjeturas acerca del éxito. Con frecuencia, pues, los moribundos sorprenden á sus amigos, y los dejan atónitos, como si una aureola de luz hubiese coronado sus frentes. Como el delfín, no muestran sus tintas más brillantes sino en el instante de la muerte. Esos son los caracteres firmes, los corazones profundos y avaros de demostración, hombres que han sido poco amados, y que no han sido bien apreciados por los mismos que los estimaban. Hay gentes pusilánimes que mueren con grandeza; otros han vivido ocultos y en secreto, y la muerte los publica: otros, obscurecidos toda su vida, se aclaran al aproximarse al término, y mueren en el momento en que parecía querer estallar todo un mundo de luz; se manifiesta en efecto más por otro lado, y mezcla su luz con la de la eternidad. San Felipe nos habla de su sorpresa cuando más de una vez vió la majestad de una alma nuevamente libertada de los lazos del cuerpo.

Algunas veces la infancia llega á la muerte con su lado malo y bueno. Sus hábitos antiguos, sofocados hace tiempo por hábitos contrarios, ó extinguidos por la gracia, se despiertan y avivan. Se disputan cuál tomará posesión del hombre en su primer paso en la eternidad. ¿Será la primera naturaleza? ¿Será el trabajo perseverante de una edad más severa? Todo parece cuestionable. Se forma un extraño trabajo de las

faltas de la juventud, como si no los hubiese expiado por medio de la penitencia, ó como si las absoluciones se hubiesen quedado en la superficie. El dolor no da ni el tiempo ni la libertad de espíritu necesario para estudiar los hechos; de otro modo, los fenómenos del lecho de muerte nos enseñarían cosas maravillosas sobre el alma, porque nuestros recursos mentales parecen entonces desarrollarse ante nosotros por intervalos. Nuestras capacidades para el mal toman formas más pronunciadas y más terribles, y llenan el alma de visiones horrorosas. Es como si el sentimiento de la vida descendiese entre nosotros más profundo que nunca, y como si, cual viajero retrasado por la noche, perseguido por la muerte, atravesase los precipicios á la carrera, se ocultase en todos los recodos, y encontrase fantasmas de pecados desconocidos. En todos los casos, de una manera ó de otra, ocurre que la muerte presenta en toda su desnudez la pobreza de ciertas naturalezas y la riqueza de otras. En este último caso se encuentran más particularmente las mujeres, porque parece que su carácter se desarrolla menos en la vida que el del hombre.

Pero hay otro fenómeno del hecho de muerte que merece una atención particular; en primer lugar, porque es muy común, por lo menos en apariencia, y después porque el espectáculo que ofrece es penoso para los que le presencian. Quiero hablar de ese estupor, de ese semiconocimiento, que con harta frecuencia cubre con un acto las facultades de los moribundos. Todos han podido observar ese estado, y ver con una especie de impaciencia, á la miserable nube

envolver las facultades de un amigo, un noble talento tal vez, una de esas sublimidades que hubiéramos querido contemplar en la calma de su gloria, en los rayos de su occidente. Sin embargo, ese estado, en gran parte, puede ser aparente, como vemos en el desgraciado que se ahoga. Su espíritu está despejado y rápido: millares de pensamientos se agolpan unos sobre otros en el momento en que se ahoga; pero todo lo que se ve no son más que miradas asustadas y vagorosas, que brillan al reconcentrarse sobre la ribera pidiendo socorro. La experiencia de las personas milagrosamente curadas por los santos, parece confirmarlo. La muerte de nuestros amigos es un eclipse y una desaparición, y debemos tomarla como tal. La cuestión está únicamente en el más ó el menos, por dónde comenzará la obscuridad y cuál será la primera parte eclipsada. Para los amigos del moribundo que le han precedido á la eternidad, no es un obscurecimiento, sino una aurora tal vez más brillante que las que hay del lado de la tierra, un occidente más pálido y descolorido. Grandes operaciones de gracia pueden encubrirse bajo esa apariencia de estupidez, y por otra parte, quizá entonces haya que cubrir el tabernáculo de carne, mientras que por debajo, el alma llena de vida y de acción, se precipita en nuevo orden de relaciones filiales con Dios (1).

Si la estupidez es real, puede ser uno de esos cas-

(1) Me permitiré observar que muchos escritores de medicina, en sus preocupaciones materialistas, han dado demasiada importancia á ese estado de estupidez.



tigos secretos que son tan terribles en las cosas de Dios. Como ya he dicho de la muerte repentina, es, como si no muriendo, se perdiese la última y una de las más preciosas probabilidades de gracias que se puede tener. Sin embargo, sólo una fecha anticipada de la muerte, como la locura, puede borrarnos del número de los vivientes más de veinte años antes de la muerte verdadera. Prácticamente, nuestra defunción data del principio de la estupidez, y si, como en una tarde tempestuosa, hay una clara, antes que la noche cierre por completo, es una nueva probabilidad para nosotros, es como si un santo, por milagro nos resucitase algunos instantes. ¿Quién no ha observado la calma profunda de los que después de un estado de estupor vuelven en sí para morir? Esa es una lección; como todas las de la muerte, nos dicen que, en cuanto sea posible, debemos tener hecha nuestra preparación antes de tendernos en nuestro lecho de agonía. Porque ¡ay! siempre nos quedará mucho que hacer, siempre parecerán surgir delante de nosotros necesidades imperiosas, sin que podamos poner mano en ellas.

Así aparecemos sobre la escena de la muerte: ¿con qué ojos nos mira Dios? «Preciosa á los ojos del Señor es la muerte de los santos.» Tal es la sorprendente relación; y todo, bien considerado, no teníamos motivo para esperarla; sin embargo, cuando durante largo tiempo nos hemos alimentado con sus consuelos, encontramos con sorpresa cuán bien se concilia con nuestras ideas de Dios, y cuánto hace resaltar sus perfecciones. Ahora nos es tan familiar, que nos es muy difícil ver cuán extraña debería parecernos. La



muerte es la pena del pecado, el castigo escogido por Dios mismo. Al castigo puede mezclarse una fuerte dosis de misericordia, y eso aun cuando ya no haya esperanza. Pero que ese castigo puede ser precioso á los ojos de Dios, es alguna cosa más, es algo inesperado y misterioso. Imponente como la postura del sol, la muerte tiene emociones y una poesía, de que ningún horror, ninguna fealdad puede despojarla completamente. El Criador siente los males de sus criaturas. Pero no es solamente una simpatía compasiva lo que excita en Dios la muerte de sus siervos: son preciosos á sus ojos. Innobles á los ojos del mundo, la deshonra de la criatura, imágenes de debilidad, de vergüenza y de miseria, Dios, no sólo consiente en soportarlos, y aun en sostenerlos con sus cuidados, sino que son preciosos á su vista. Son sus joyas, la parte que se reserva en su creación, el diezmo que se le paga y que coloca en sus graneros celestiales. Ciertamente esa gloria es debida á la muerte de Jesús, cuya cruz ha hecho el castigo honorífico á todos los que hacen de su muerte un calvario. Esa muerte bien aventurada, es para todos el ocaso universal, en el que descendemos con nuestro divino sol, para encontrar nuestro reposo. Aparecerá sobre el horizonte de la tierra hasta el día del juicio, y por ella estamos rodeados de una gloria tanto más dulce, cuanto que no es de nosotros. La muerte era preciosa á Dios en otro tiempo, porque Jesús debía morir, ahora le es preciosa porque Jesús ha muerto.

Dios se ha colocado, pues, con respecto á la muerte, en una actitud enteramente particular. Parece con-

centrar en ella su amor creador con una parcialidad marcada; ya tome su amor la forma de la severidad ó la de la indulgencia; porque la severidad del lecho de muerte no es con frecuencia más que un amor más profundo que se anticipa á la justicia, porque es mil veces más tolerable de este lado de la tumba que del otro. Aguarda algunas veces al fin para recompensar largos esfuerzos, hacer que cese la sequedad, apartar las tentaciones, obtener una victoria por mucho tiempo disputada, sobre algunos defectos contrarios á la fe, á la justicia, á la caridad, ó á las demás disposiciones del corazón. Por otra parte, puede diferir nuestras pruebas interiores hasta la muerte y santificarnos entonces con una rapidez, que es por sí misma una agonía. Puede también aguardar hasta ese tiempo para castigar la negligencia y el pecado venial. Todas las almas no están igualmente dispuestas á debilitarse ó sucumbir ó á referirlo todo á la hora de la muerte: mas el amor de nuestro Padre celestial se entiende con su sabiduría para disponer todas las cosas de la manera más dulce. Con frecuencia también Dios cumple en la muerte los anuncios proféticos de nuestro pasado, y especialmente de nuestros años juveniles. O bien nos manifiesta un trabajo que se ha operado en nuestras almas, realizando nuestros más ardientes deseos. A los unos les coloca un velo en los ojos, para que el más leve soplo no empañe su humildad: en otros, derrama torrentes de luz para que sepan arrojarse con más osadía en los brazos de su eternidad. Ninguno de sus siervos se encuentra desamparado en el último instante: todos encuentran

riquezas, tesoros más excelentes y variados de lo que esperaban. Lo que es precioso para él, nos lo hace también á nosotros. La fe no puede equivocarse en cuanto á las pruebas de su ternura. Si es permitido decirlo, el destierro de su pobre criatura ha sido para él una carga lo mismo que para ella. Como los demás padres, desea que sus hijos estén en su patria, así es que tiene predilección á la hora de la muerte. De todas las horas de la vida, esa es la más suya, la más del dominio de su amor, y por lo mismo, la más del dominio de su justicia.

¿Cuáles son, pues, las especies de muerte más preciosas á sus ojos? La muerte de un santo es una obra de arte divino, una obra maestra, sobrenatural, resplandeciente, de eterna hermosura. No hay dos que se asemejen, y todas son admirables. Nos limitaremos á escoger algunos ejemplos. Entre ellos, debemos citar primero el fin de los que cada día han practicado la muerte en sí mismos. Como San Andrés Avelino, han adoptado esa forma de vida espiritual. Es una muerte como la de Cristo, «la muerte de Aquél que no se complació en sí mismo.» Es el último acto, ó más bien, la última muerte de una vida que no ha sido sino una muerte continua. Entre la muerte y una vida semejante, reina una armonía que agrada al oído de Dios. Ordinariamente, cuanto más la última hora se funde en la vida precedente, menos es un misterio suelto, y parece más completa y perfecta. En verdad, ésa es una muerte bienaventurada.

Viene después la muerte del deseo, la que terminó

los días de nuestra Santísima Madre. Ese fin pertenece á las almas para las que Dios es todo, y cuya sencillez no encuentra en nada sino á él. Dios no ha tenido una porción de su amor, le ha poseído entera y soberanamente. Estaban disgustadas de las glorias del mundo, porque Dios no lo era todo en ellas. Nada tenía atractivo para ellas, porque Dios era su único atractivo; las proveía de sus más selectos dones; más sin embargo, padecían, porque aquellos dones no eran él mismo; como él era celoso, ellas lo eran también. Hubieran sido temerarias antes que pasarse sin él; no eran más que para él, y él debía ser también como si fuese todo para ellas, todo en ellas y solamente en ellas. Así se movían lentamente á su arbitrio; eran prontas y activas, sin poder darse cuenta de ello; para ellas la vida no era más que una agonía, y aun como vida terrestre, no era más que como una especie de ficción; tan completamente se hallaba absorbida en él. Cautivas del divino amor, arrastrarán sus cadenas hasta el borde de la vida, y después, en el momento de la languidez, caerán en el océano de la eternidad.

Sigue la muerte en la humildad: es toda adoración; es una magnífica profesión de fe y de alabanza; su belleza viene en parte de que conviene admirablemente á la criatura; está llena del conocimiento de Dios, cuya grandeza nos predica. Encuentra el alma en la actitud de la adoración, prosternada por la visión que va á aparecer; creeríamos que ése es el género de muerte que los ángeles se complacerían en contemplar. No alega ningún mérito, no se apoya en

ningún servicio; desea las menores bendiciones de la Iglesia, con tanto ardor como si no hubiese otra cosa divina. Tiene una devoción especial á la santidad de Dios, que la hace aspirar ser pura, más pura todavía, pura más allá de lo posible, para parecer ante la inviolable Majestad. No cuenta con nada sino con la misericordia; el objeto de sus dudas, no es tanto la grandeza de las comparaciones divinas, como el encontrarse ella misma fuera de todo perdón. Es la muerte del niño que muere con los ojos fijos en el rostro de su padre. ¡Cuán hermosa será la sonrisa de satisfacción filial, que bien pronto va á ser estereotipada para siempre en esa alma!

Luego viene la muerte del desasimiento; muerte que apenas lo es, porque no tiene nada que sacrificar, nada que dejar. Más bien que una muerte, es una traslación. El alma jamás se ha adherido á la tierra, hace largo tiempo se desprendió de ella; de manera, que la muerte espiritual ha precedido á la muerte física. ¿Qué puede ser esa muerte sino un acto de amor? Es la ejecución de un rito sagrado más bien que la de un castigo; es la observancia religiosa de un precepto más bien que el ser tembloroso del que sufre un suplicio. Una vida dura hace la muerte fácil; ¿y qué vida hay más dura que la del desasimiento? El hombre desasido, no es ya el hijo de la tierra, sino el ángel en los lazos de una carne mortal; vive ya en el cielo, pero sus ojos, todavía velados, no pueden contemplar la visión beatífica. ¡Cuán apacible es para él la muerte! Al ver la facilidad con que muere, se creería que estaba acostumbrado á ello por haberlo

hecho muchas veces. Casi se sentiría el que su fin fuese tan sin pretensiones; y si el discernimiento espiritual no viniese en nuestro auxilio, quizá le acusaríamos de alguna ilusión por no hacerse más visible en semejante ocasión. De todos los fenómenos de la vida espiritual, el desasimiento es el más difícil de comprender, aunque es uno de los más sencillos de expresar. Mas para Dios, la muerte de las almas desasidas le es de tal modo querida que nuestra predilección por la muerte de los pobres; porque la pobreza material se halla rodeada de bendiciones, que ella no ha buscado voluntariamente. Dios quiere libertad completa para sus criaturas. ¿Qué prenda más maravillosa de una muerte feliz que esa dulce y bella ancianidad, cuyas raíces no se hallan ya asidas á la tierra, y que, sin embargo, todavía se cubre de flores? En todos los jardines de la Iglesia no hay florescencia más celestial.

Antes de cerrar nuestra lista, hablemos también de otra muerte: la de la santa indiferencia. Se halla tan envuelta en su sencillez que apenas podemos discernir su belleza. Debemos admitirla bajo su palabra. Es la muerte de los que durante largo tiempo han reposado en la más sublime soledad del alma, en la santa voluntad de Dios. Toda complicación ha desaparecido de su interior; no hay en ellos más que una simple unidad, que á nuestros ojos groseros parece estéril. Todas las devociones se hallan fundidas en una; todo deseo ha desaparecido, por manera que parecen fríos é insensibles. Ningún resplandor, ninguna animación, ni aun en la muerte, en la que

su luz no tiene colorido. Nada demostrativo, nada patético en ese momento de despedida, sino únicamente un aire de firmeza, que podría tomarse por dureza estóica. Generalmente hablan poco, y lo que dicen no es edificante, y no sale de los asuntos comunes, como los detalles de la habitación ó las novedades de familia; y aun de eso hablan como de cosas sin interés, y que no merecen el preocuparse. Su muerte, por el exceso mismo de su espiritualidad, no deja ver más que la parte animal. Se acuestan para morir, como se tienden las bestias: parece que no tienen necesidad de auxilio, y no se quejan, como si el fatalismo los elevase por encima de los lamentos y quejidos. Suelen morir solos y sin nadie que los asista, y casi se creería que han escogido el momento. Habiendo vivido como las águilas, en las cúspides de las montañas, así mueren en su elevación, con frecuencia sin testigos y de noche. Esa muerte es demasiado hermosa para que podamos ver su belleza, y más bien nos asusta por lo que parece tener de inhumana. Un poco más de espontaneidad humana nos la haría más amable; pero cuando desde largo tiempo la voluntad del santo ha sido absorbida en la voluntad de Dios, ¿qué nos resta ya que ver? Como el desbordamiento de un manantial en el desierto, las aguas de la vida se filtran en la arena, sin un murmullo que agrade al oído ni una verde pradera que regocije la vista.

Tales son las muertes especialmente preciosas á los ojos de Dios. Pero puede haber otras que le sean preciosas aun cuando no lleguen á esa altura. Si fuese

así, ¡cuánto nos podíamos consolar!..... Nuestros progresos en santidad deben ser otra cosa de lo que son antes de pensar en concluir en otra parte que en las regiones más humildes y en las vías más trilladas. Es muy difícil no tener deseos en punto á nuestra muerte; y sorprendiéndonos tales como somos, no está claro que la falta de deseos sea una perfección para nosotros. Los deseos de la criatura parecen con frecuencia ser el móvil del amor de Dios, y su misericordia afecta no tener marcha adoptada, sino el esperarnos y dejarnos conducir. Aun cuando se trata de los santos, ¡es bien seguro que jamás lo sobrenatural suspende totalmente la operación de la naturaleza! En nosotros al menos, el ser naturales es casi una gracia, y lo es realmente cuando se trata de nuestras relaciones con Dios. Lo sobrenatural purifica y ennoblece lo natural en la mayor parte de las buenas almas, pero no lo destruye completamente; así me tomaré la libertad de dudar de esa extinción total de la naturaleza, aun en los santos. Podemos, pues, sin incurrir en falta, desear tal ó cual muerte, y nuestro deseo no hará más que dar más gracia y sinceridad á nuestra conformidad de voluntad con Dios.

Desde luego debemos desear, y realmente ése es el objeto de nuestras oraciones, el recibir todos los Sacramentos y el vernos rodeados de todas las solemnidades y bendiciones de la última hora. Presencia continua del sacerdote de Dios, absolución frecuente y último recurso de indulgencia de la jurisdicción de San Pedro. En todo eso nada es demasiado; no debe desperdiciarse ni aun una gota de agua bendita. Tan

secos, tan sedientos como las arenas del desierto, beberemos entonces todas las aguas que el cielo dejará caer sobre nosotros: necesitaremos las reliquias de los santos, tocar, por decirlo así, el ruedo á la franja de sus vestidos y multiplicar de ese modo en nuestra habitación el número de los ángeles; porque los ángeles ¿no custodian las santas reliquias? Necesitaremos la presencia de la Santísima Virgen y de San José, según la promesa tácita que nuestro corazón ha recibido de ellos. No pedimos verlos ni oirlos: pensamos en lo que somos, y sin acusar de orgullo á los que tuviesen semejante pretensión, no nos atreveríamos á imitarlos. Nos basta tener las realidades de la presencia de esos grandes protectores, con el gozo sensible que plazca á las condescendencias divinas. Quisiéramos también la presencia de nuestros santos patronos y de nuestros santos ángeles; y si nos atreviésemos, pediríamos á San Rafael para que nos guiase con seguridad en nuestro vuelo á nuevas regiones, sin olvidar al caritativo San Miguel, el arcángel que preside la justicia del purgatorio y que debe un día presentarnos en la corte del cielo.

Deseamos tener hasta el fin el uso de la razón. Dispuestos á obedecer en todo, pensamos, sin embargo, que es hacernos una mala obra el adormecer nuestros últimos dolores suministrándonos algún narcótico. Que se nos deje ir á Dios con el pleno uso de nuestra razón. Estamos prontos á someternos, si Dios dispone otra cosa, aunque debiera sorprendernos durante nuestro sueño. Verdad es que el delirio ha sido en ciertos casos el objeto y el resultado de una

oración para que las gracias de una gloriosa muerte quedasen encubiertas á los ojos de los hombres; pero ése no es nuestro caso. Lo que nos conviene es más bien un perfecto conocimiento para que nuestro último suspiro pueda ser un acto de amor. Sin embargo, no quisiéramos insistir demasiado sobre ese punto, prefiriendo ponernos en las manos de Dios en todo lo que concierne á las circunstancias físicas; y no pedimos la posesión de nuestras facultades sino en cuanto pueda tener bendiciones de un orden superior. Todo eso quizá no sea más que imaginación, pero delante de Dios no somos más que unos niños. Aun en la extravagancia de nuestros deseos encuentra un culto y no se formaliza por eso.

La gracia que deseamos, sobre todo para nuestra última hora, es la de una perfecta contrición. Quisiéramos que el temor al pecado que se ha hecho sentir en nosotros durante la vida llegase á ser más perfecto en el momento de la muerte. Para morir bien es necesario hacerlo en el santo amor, pero como hay muchas clases de él, el amor contrito es el que debe obtener nuestra preferencia para esa ocasión. Siempre nos ha parecido que en la contrición hay algo atractivo, porque se enlaza á la piedad hacia los atributos de Dios. Eso es lo que hace que nada se granjee los corazones como la santidad basada sobre el dolor habitual del pecado. Una grande contrición en la hora de la muerte forma, pues, el objeto de nuestros deseos. Tal vez temamos entonces al purgatorio más vivamente que ahora. Hay algunas personas que no le temen, sino que le consideran como una buena

fortuna no merecida. Bajo el punto de vista de ciertas eventualidades formidables, tienen razón. Sin embargo, hay algo más que eso. No está bien el no temer al purgatorio. Al aproximarnos al momento final veremos mejor las cosas, y temeremos todos los castigos de Dios á causa de nuestro vehementísimo ardor de contemplarle; porque tal es el deseo, la grande preocupación del que muere en estado de gracia. ¿Se ha visto jamás á ningún moribundo hablar alegremente de su próxima entrada en el purgatorio? Por lo que á mí hace, jamás he oído semejante cosa. Puede hablarse así de lejos cuando se siente pasar sobre sí toda clase de probabilidades de pecado; mas para un moribundo habría en ello algo chocante, algo ofensivo para nuestros instintos de piedad. Así, el deseo de gozar de Dios sin demora puede dar un nuevo valor á la contrición de los últimos instantes. En verdad, si eso pudiese conciliarse con el respeto que debe dejar á Dios la libertad de sus dones, pediríamos á Dios una contrición de nuestros pecados bastante violenta para anticipar nuestro fin, aun cuando no fuese más que una hora, ó aun un minuto, pero esa gracia sería demasiado magnífica para nosotros.

No pensamos en desear lo que se llama una muerte triunfante. La gracia puede triunfar de nosotros, y nuestro fin puede ser un triunfo señalado de la misericordia divina; mas para nosotros todo triunfo es inconveniente, á menos que, por algún fin especial, Dios lo haya ordenado así. Gertrudis de Adelhausen, religiosa dominica, se reía á carcajadas durante su agonía, y murió embriagada de amor divino. Santa

María de Oignies estuvo cantando en voz alta y clara durante los tres días y las tres noches que precedieron á su muerte, sin poder contener el don de gozo que había recibido del Espíritu Santo. Santa Isabel de Hungría volvió su rostro hacia la pared, cantó sin mover los labios, como si hubiera tenido un ruiseñor en la garganta, y murió así en su éxtasis cantando. Pero todo eso no es para nosotros. Si alguna vez debemos ser reales, si esperamos poderlo ser, debe ser sobre todo en la hora de la muerte. La vida ficticia y la afectación nos persiguen hasta allí y pueden hacernos cometer faltas. Hay afectaciones inocentes á que nos expone la debilidad corporal y que no tienen carácter moral, pero siempre conviene alejarlas y desconfiar de ellas. La ilusión se desliza por todas partes mientras no hayamos concluído completamente con el espíritu de mentira para vivir en la luz de Dios.

Una muerte triunfante está rodeada de lazos y de maquinaciones; de manera, que preferiríamos con gusto pasar casi en silencio esa última hora, por miedo de extralimitarnos pronunciando algunas palabras de edificación, y escaparnos por ello á la presión saludable del temor de Dios y al sentimiento de su presencia. Aun cuando ese deseo debiera contrariar á nuestros parientes y á nuestros amigos, la ocasión es tan solemne y los intereses esenciales de nuestra eternidad figuran de tal modo, que no puede decirse que en eso faltamos á nuestro deber de cariño. Podemos llegar, sin embargo, hasta designar en nuestros deseos nuestras últimas palabras. No hay nada ahí que no sea enteramente filial, y es la expre-

sión espontánea de la devoción. Así es, que después de haber invocado con frecuencia los nombres sagrados en que tenemos confianza, y colocado nuestras almas en manos de nuestro Padre celestial, terminar de todo corazón con estas palabras que lo resumen todo: *Santa Trinitas, unus Deus, miserere nobis.* Santísima Trinidad, que sois un solo Dios, tened misericordia de nosotros. Esa lista de nuestros deseos es ya demasiado larga (1), pero estamos prontos á someternos á la voluntad de Dios; y por lo que hace al tiempo, el lugar, la manera, los dolores, y en general toda la parte física de nuestra muerte, estamos sin deseos y lo dejamos todo á Dios. Él es el único que sabe muy bien lo que nos conviene. Lo principal es que la muerte sea para nosotros la puerta del cielo.

No nos cansamos nunca del cuadro que nos presenta el primer evangelio de los hombres, el *Génesis*, cuando nos pinta al Criador inclinado sobre su obra con una mirada de complacencia, y encontrando que todo estaba bien. Del mismo modo, veamos nosotros con enternecimiento á ese mismo Criador inclinado hacia nuestro glorioso lecho de agonía y los de los que mueren en Jesús, como si hubiese en ellos algo precioso para él, como si cada uno de ellos fuese el retrato fiel de su querido Hijo y la manifestación de

(1) Cuando Santa Gertrudis, por devoción al Santísimo Sacramento, pidió el no tomar nada, ni alimento ni medicina, después de haber recibido el Viático, Nuestro Señor la dijo que no aprobaba aquella petición.



sus perfecciones, bajo el transparente misterioso de un nuevo Calvario. Dios es el Criador; la muerte es el castigo de su invención; castigo tan grave, que no hay sobre la tierra monumento histórico más importante; y él mismo, el Criador, quiso morir. Y ahora derrama con tierna compasión todo su amor sobre sus criaturas atemorizadas con la muerte. ¿No sentimos una especie de júbilo respetuoso al pensar que todavía nos resta ejecutar una acción que será preciosa á los ojos de Dios? No; no hay más que miedo y temblor al pensar en ese mensajero de la muerte, que está siempre cerca, aun cuando todavía no se halle á la vista, y que avanza sin ruido hacia cada uno de nosotros; pero hay también un apresuramiento dulce y tranquilo, que nos hace esperar la muerte con una felicidad extremada, y que hace nuestra vida más diligente.

SOBRE LAS ILUSIONES.

I.

SENCILLEZ.

¿Para qué hablar de ilusiones? En todo el dominio de la teología ascética no hay quizá un asunto más fastidioso, ni que cause más inquietud. Pues bien, precisamente por eso abordaremos la cuestión. La vida espiritual es una realidad: seguramente la más real de todas, puesto que comprende nuestras relaciones con Dios en punto á intereses que se sobreponen á todos los demás. Esa realidad es tan inevitable, que no puede menos de pesar sobre nosotros como un yugo oneroso. Sin embargo, si queremos seriamente salvar nuestras almas (y sería terrible el no ser serios en semejante materia), no tenemos que buscar en la vida espiritual lo que nos place hacer ú oir, sino lo que es verdadero y sincero. Hay gentes que tienen á gloria y por principio el evitar lo que las

desagrada y asusta, mirando como una maravilla de discreción el alejar todo terror saludable y el censurar agriamente todo libro y toda predicación que se ocupa de ello. Esas gentes no son sinceras, y no las tendremos en cuenta: son poco apreciables delante de Dios, y por consiguiente su ejemplo no debe tener para nosotros valor alguno. Serán juzgadas después de la muerte, y es muy de temer que el juicio no presente su manía de discreción bajo un aspecto consolador. El momento más malo que se puede elegir para descubrir sus equivocaciones, y sobre todo sus indiscretas discreciones, es aquél en que se comparece ante el tribunal de Jesucristo: pero no nos ocuparemos aquí en presentar pruebas de ello, porque no participando de las opiniones de las gentes en cuestión, no caeremos probablemente en semejantes defectos, y tenemos otros que temer.

Demos, pues, por supuesto que queremos estar bien con Dios y avanzar en sus vías, y decidámonos á abordar ese triste asunto de las ilusiones, y á considerarlas de cerca, con la esperanza de que esa penosa tarea será de grande provecho para nuestras almas. Es cierto que muchas gentes se han perdido para siempre por consecuencia de ilusiones: otras muchas no han correspondido dignamente á los designios de Dios sobre ellas, y nosotros mismos hemos perdido una multitud de gracias, á que no hemos hecho honor, y la mayor parte del tiempo fué por una causa de esa especie. Pues bien, un mal que casi todo el mundo padece y cuyas consecuencias fácilmente pueden llegar á ser desastrosas, merece una

seria investigación por parte de los que desean de buena fe estar con Dios y consigo mismos.

La falta de sinceridad es una cosa odiosa: de todas las acusaciones es la que más ofende, y los hombres de honor la miran como una mancha, que no puede lavarse sino con sangre. No es nuestro propósito el tratar de esa especie de honor, ni explicar lo que la sangre lava ó no: pero de todos modos es muy repugnante el derramar la sangre de un semejante suyo, y aun con más frecuencia la suya propia: el deseo formal de correr ese doble riesgo muestra cuán odiosa es al corazón humano la acusación de falsedad. Pero ese supuesto horror forma parte de los desengaños del mundo, ó en otros términos, de la ilusión de todos. Quisiéramos persuadirnos de que la falsedad es muy rara; de otro modo, ¿querríamos matar á un amigo porque nos imputase lo que acontece á todo el mundo? Persuadidos, ó procurando estarlo, nos hallamos dispuestos á saltar la tapa de los sesos al que suscite la cuestión en lo que nos concierne. Pero dejemos ya el duelo, que, como es sabido, no es ningún consejo de perfección: pero siempre prueba que la acusación de mentira es odiosa al corazón humano.

Mas desgraciadamente, la falsedad no es rara. Es la más común de nuestras miserias; es tan general como las consecuencias de nuestra caída. Un hombre perfectamente verídico es el más raro de los fenómenos. ¿Quién sabe si jamás ha encontrado alguno? Una sinceridad sin sombras es seguramente la más rara de las gracias, más rara que la de las austerida-

des y de las maceraciones que nos asustaban en las vidas de los santos, más rara que el amor de los padecimientos, más rara que la gracia de los éxtasis y del martirio. Lo cierto es que todos usamos un disfraz, comenzando por los que menos creen, y los que lo sienten más vivamente. El primer paso hacia la franqueza es el saber cuán alejados nos hallamos de ella, porque ese conocimiento nos conduce al horror de nuestro defecto, y de ahí un buen propósito y esfuerzos para adquirir la virtud opuesta. Hasta que no llegamos á un examen real de nuestro interior, ignoramos cuán falaces somos. Una confesión general de nuestra miseria no es suficiente, es preciso descender á nosotros mismos y sondear todos los rincones de esa guarida de corrupción. Aunque debiéramos emplear las dos terceras partes de nuestra vida en ese trabajo, con el objeto de ser menos engañosos de lo que somos, no habríamos perdido el tiempo. Este lenguaje es sin duda un poco desagradable, más al fin debe aparecer cuán amistosa es su rudeza.

Inútil sería que nos engolfáramos en el estudio repugnante de semejante asunto, si no sintiésemos en nosotros mismos la vigorosa determinación de poner con ansiedad manos á la obra. De otro modo sería mejor no pasar adelante, sopena de no entender nada, porque siempre es una necedad el aplicarse á sí mismo lo que se dice para otros. En materia de vida espiritual, mantengámonos en guardia contra la manía de medicinarnos al azar, según las prescripciones señaladas á nuestros vecinos; esa prácti-

ca es tan ruinosa para el alma como para el cuerpo. Lo que decimos aquí se dirige á gentes de buena fe: los demás, ni lo comprenderían bien, ni podrían aprovecharse de ello. Igualmente sería inútil emprender el repugnante estudio en cuestión, si no tomásemos como modelo y punto de comparación algún ideal de sencillez cristiana, aunque no fuese más que su lado negativo. Nuestra ocupación primera será esa vista imperfecta de la sencillez cristiana, y procuraremos obtenerla por el análisis de los obstáculos que la impiden.

La sencillez ó la sinceridad cristiana consiste en tres cosas, de las que cada una es mucho más rara que el cisne negro de Australia. La primera es que seamos verdaderos con nosotros mismos; la segunda, que seamos también veraces con los demás, y la tercera, que lo seamos con Dios.

Hay métodos á la vez infalibles é indispensables para llegar á ser bondadosos con nosotros mismos; y podemos juzgar si hemos adquirido la virtud, viendo si hemos adoptado los medios para ello. La corrupción completa de nuestra naturaleza, tal es, ni más ni menos, la materia de nuestras ilusiones. La malicia de nuestra corrupción está sobre todo en sus disfraces, y la persona que tenemos más interés en engañar es la nuestra propia. Si lo conseguimos ó no, todo el mundo puede decirlo. Pues bien, si queremos buenamente desengañarnos, es necesario que nos tomemos el trabajo de conocernos. Si somos para nosotros un libro cerrado, si no conocemos las condiciones, las propensiones y los límites ó linderos bas-

tante complicados de nuestra naturaleza, no nos hallamos en estado de obrar según la verdad. Mas como no es fácil conocerse á sí mismo, sino que por el contrario es la cosa más difícil del mundo, veamos si realmente nos tomamos el trabajo de adquirir esa ciencia. ¿Somos bastante escrupulosos en nuestros exámenes de conciencia? ¿Los hacemos regularmente? Es de creer que entre las gentes que se afanan por salvar sus almas, hay muy pocas que no cuenten el examen de conciencia en el número de sus ejercicios regulares de cada día. ¿Cómo nos encontramos en cuanto á ese punto? ¿Desplegamos en él todo el cuidado, la diligencia y el respeto apetecibles? Si no procuramos conocernos, tengamos por seguro que no somos verdaderos con nosotros mismos. Generalmente cuando se toma algún trabajo, cuando se siente algo, se sabe, sobre todo cuando se trata de cosas que desgraciadamente nos repugnan, como en el caso presente: sólo en los campos de batalla se puede alguna vez salir herido sin apercibirse de ello.

Es tanto más importante el conocernos á nosotros mismos en materia de religión, que aun cuando quisiéramos eludir la cuestión, no podemos ofuscarnos hasta el punto de no sentir que descuidamos á nuestra alma. Pero se preguntará quizá: ¿hay alguno tan mal aconsejado que desee evitar el conocerse? Indudablemente hay quien no se preocupa por eso, y la negligencia es lo más natural del mundo: ¿pero hay quienes evitan conocerse y procuran permanecer ignorantes de sí mismos? Responderemos que casi todo el mundo. Entre los que piensan marchar hacia la

santidad, hombres ó mujeres, no hay nadie que no lo haga por costumbre y de muchas maneras. Entre otras se habitúan, como con gusto, á no tener nada que no sea confuso y sombrío en su conducta interior: así es de sospechar que la preparación para la confesión no es la que convendría y debiera ser: se concibe vagamente que el examen no es suficiente, y que no se busca con anhelo la contrición, y que así no se reciben más que en parte los tesoros de gracias del Sacramento, si es que puede acercarse á él con seguridad: cada vez se forma el propósito de mirarlo más de cerca y detenidamente, sin llevarlo nunca á cabo: si no es un día, será otro, pero siempre se encuentra una razón para no hecerlo hoy: el mal no es evidente, y por consecuencia la obligación de remediarle no es indispensable: además, quizá no se encontraría nada nuevo que decir. De esa manera se esquiva el conocimiento de sí mismo, se desembaraza de la importunidad del deber, y se cree haberlo arreglado todo con engañarse á sí mismo. Casi todo el mundo tiene alguna malhadada duda de esa especie sobre la conciencia, con respecto á algún punto de conducta, y sobre todo con relación á las prácticas de la vida espiritual, como la oración, la mortificación, los Sacramentos y otras cosas semejantes. Así, hay alguien que siente confusamente que descuida la mortificación corporal, hasta el punto de poner en riesgo su alma; pero temerá aclarar ese sentimiento y calcular su valor. Podría hacerlo con mucha facilidad, y el primero que se presentase podría encargarse de ayudarle.—¿Estáis en regla en cuanto á la

mortificación corporal?—No lo sé.—Pues sería muy bueno el que supieseis á qué ateneros.—¿Qué queréis?..... es una cuestión tan grande..... hay tanto y tan bueno que decir acerca de eso!—Es indudable, sobre todas las cosas puede decirse mucho y muy bueno: pero ¿por qué no se ha de abordar esa?—No estoy preparado.—Bien, pero puede tomarse tiempo. —Pero vuestra vida está mortificada, sí, ó no. Cinco minutos de examen bastarán para decirlo, y si la respuesta no es satisfactoria, ¿por qué no ver enseguida de remediar vuestra vida de molicie, y hacerla buena? Ese sería un género de dirección demasiado positivo para la mayor parte de nosotros, y hasta le encontraríamos duro y desnaturalizado, y no es así como deben curarse nuestras llagas. No hay cosa como la niebla para los que desean no ser vistos. Así es, que seguimos nuestro camino con una media docena de puntos importantes, que deberían ser puestos en claro, pero que dejamos dormir. Y de ese modo, ¿cómo podemos crearnos francos y animosos? Es para nosotros una cosa terrible el que otros vengan á descubrirnos nuestros defectos, porque es muy raro que sea en ventaja nuestra: pero el vernos á fondo nosotros mismos, eso no lo puede soportar nuestra pobre naturaleza, porque si perdemos la buena opinión de nosotros mismos, ¿qué nos queda? Lo peor del caso es, que llegará tiempo en que de bueno ó de mal grado seremos puestos al descubierto, y la sabiduría consiste en que elijamos el tiempo y el lugar en que nos sea menos desagradable.

He aquí otra manera de engañarse á sí mismo, por

temor de tomarse mucho trabajo, ó porque se sospecha que un maduro examen no dejaría otra alternativa que la de abandonarse á Dios, ó rehusarle directamente lo que pide, y no se quiere hacer ni lo uno ni lo otro. Es cosa muy común entre los hombres el persistir en una línea de conducta sin estar seguros de sus motivos, ó aun á pesar de alguna aprensión sobre la rectitud y la solidez de sus razones. Eso sucede, sobre todo, en los casos en que la caridad puede hallarse interesada. En muchas ocasiones nuestra experiencia podría hacernos pensar que algo de envidia, de disgusto, de rivalidad, ó cualquiera otra miseria, viene á mezclarse con nuestros motivos, y á viciar de ese modo, no tan sólo toda una serie de acciones, sino también á introducir ó reavivar una costumbre contraria á la caridad, é impedir todo aumento de gracia, mientras exista ese gusano roedor. Otro tanto puede decirse de las obras de misericordia y de caridad que llegamos á emprender. Si tenemos la más ligera duda sobre la realidad de nuestras intenciones, el más ligero rumor de que la gloria de Dios no sea lo principal, ni el único móvil de nuestros corazones, es un deber para nosotros el hacer pasar nuestros motivos por el crisol, no sólo para evitar una pérdida desastrosa de méritos, sino también por causa del daño positivo ocasionado á nuestra alma, y de ahí la ruina del edificio invisible que la gracia pudiera haber comunicado.

Hagamos de nuestras faltas un asunto de reflexión tranquila y sólida. Hay ciertamente tiempos en que no sería oportuno el ensayarlo, tiempos de tenta-

ción, de desaliento, de escrúpulo, en que nuestros guías espirituales nos prohibirían sabiamente el hacerlo. Pero, en suma, ¿no es ésa una parte esencial de las ocupaciones religiosas de todo hombre de bien? Si nuestro grande objeto es el salvar nuestra alma, si nuestras faltas son el único obstáculo que se opone á ello, si esas faltas tan sutiles, disfrazadas por el lenguaje del mundo, paliadas por el amor propio, enmascaradas con las apariencias del bien, prontas á reproducirse de la manera más hábil y más inesperada cuando ya se las creía exterminadas, tan vivaces, que muchas, entre ellas la voluntad propia, resisten hasta á los esfuerzos de los santos; si todo eso, digo, es real, nuestra suerte es harto aventurada, á menos que la consideración seria de nuestras culpas no sea uno de los asuntos más constantes y seguidos de nuestra vida espiritual. ¿Pero no es ésa la moda (porque parece que en nuestros días se puede salvar el alma siguiendo ó sin seguir esa caprichosa autoridad), no es la moda, repito, hablar como si todas las conciencias fuesen escrupulosas é infinitamente tiernas y delicadas? Así, las señoras que van al baile y al teatro, que van á pasar la estación calurosa en las aguas más de moda, que, en una palabra, no se privan de nada de cuanto les ofrece agradable y supérfluo el siglo XIX: señoras que no saben cómo hacer para desplegar su piedad en medio del movimiento de una temporada pasada en la capital y que querrían pasar por Gertrudis y Teresa, no se las debe lanzar en exámenes de conciencia demasiado profundos, para no exasperar una sensibilidad ya demasiado

viva con respecto á sus faltas, y en la mortificación su propensión á las maceraciones se halla ya excesivamente desarrollada. Los cuidados, las atenciones y preparativos de sociedad, ellas los arreglan, y es un deber tan imperioso, que reclama toda su solicitud, como si fuesen las obras de un Xavier ó de un Vicente de Paúl, que apenas les dejaban tiempo para orar. En ellas, la humanidad no es más que una prueba interior, que debe ser tratada con una retórica confusa ó nebulosa. Deben evitar el atormentarse, porque gracias tan privilegiadas como las suyas, no pueden crecer sino en la calma y la tranquilidad..... Por fortuna nos resta el pobre bebedor irlandés cuya conciencia podemos excitar y salvar el alma; ¿pero tenemos grandes probabilidades con respecto á esas almas á la moda? Algún santo de la Edad Media, como, por ejemplo, San Bernardo, que era muy melífluo en sus palabras, si hubiese encontrado en su camino á algunas de esas perfecciones modernas, probablemente las hubiera regalado algún panal de su miel, poco más ó menos de la siguiente manera: «Caballeros, ó señoras, haced cuantos esfuerzos os sean posibles para libraros del infierno, cuyo camino me parece que no evitáis. Haced uso de vuestro sentido común por un momento, y acordaos de que no se debe burlarse de Dios, sino tratarle con toda seriedad.» En una palabra, les hubiera dirigido un discurso apostólico bastante brusco y bastante propio para dar un ataque de nervios, de que se vengaría más tarde por un disgusto razonable y una condenación sumaria. El grande embarazo está en saber si

nuestras vías modernas son el camino recto, porque si el camino tiene un término y al cabo de él no se encuentra la puerta del cielo con su éter, y su azahar ó flor de naranja, la suerte de esas almas tan sensibles y tan delicadas llegará á ser muy crítica, si no irreparable.

Otro punto. No hay tal vez en el mundo un individuo, hombre ó mujer, que no tenga en su ser algún rincón en donde no quiera que penetre la luz. Para eso hay quizá tantas razones como individuos: mas á pesar de semejante variedad, el hecho no es menos universal. Casi siempre ignoramos nuestras propias razones, porque es, más bien que otra cosa, uno de esos instintos que existen en el fondo de nuestro corazón corrompido. El oráculo secreto nos dice que si penetramos en los pliegues de nuestro ser, tendremos que conducirnos de manera que se estremezca nuestra pereza é inmortificación. Que una vez dentro ya de ese santuario, el espíritu de devoción, ó mejor dicho, de afición á nuestros gustos y comodidades quedará roto, que nos encontraremos frente á frente con alguna necesidad desagradable, tal vez el deber, y las huellas de una resolución completa interior, sopena de quedar muy mal con nosotros mismos. ¿Quién sabe si eso no nos conduciría á un género de vida superior á nuestro estado presente? Eso está fuera de cuestión: el yugo de la religión nos basta tal como es. Así, pues, dejamos esa parte de nuestro interior con las cortinas perfectamente corridas, la puerta cerrada, y tan solitaria, como las habitaciones cuyo recuerdo se evita, ó esas gavetas en donde se han

colocado tantas cosas desechadas y viejas, que no se siente nadie con fuerza para ir á limpiarlas y ponerlas en orden. ¿Creemos, pues, que Dios no puede entrar en ellas aun cuando le diéramos la llave, ó que no puede ver nada, si no le tenemos la luz?

He aquí, pues, una rama de la sencillez cristiana, el ser verídicos y sinceros con nosotros mismos. La segunda consiste en la franqueza, la buena fe, y la realidad en nuestras relaciones con el prójimo. Para llegar ahí, es tan necesario como posible el basar nuestra conducta sobre las opiniones de los otros. Tan común como es en el mundo la voluntad propia, tan rara es la verdadera independencia de carácter. Imitar á los demás es una mentira más ó menos, porque nosotros somos nosotros mismos, y como tales debemos aparecer y obrar y mostrarnos consecuentes en todo; pero eso sólo se ve en un corto número. Damos vueltas como una veleta observando los cuadrantes de donde sopla el viento, é indicándolo á los demás, sin principios propios, y expuestos por lo tanto á recurrir á miserables subterfugios; lo cual nos hace parecer hipócritas, porque todas esas evoluciones de la debilidad tienen una apariencia de hipocresía. Nadie obra naturalmente imitando á los demás, y nadie es franco cuando no es natural. Una personalidad que se deja traslucir, aun cuando sea defectuosa en algún punto, es por lo menos una verdad; tiene algo de grande, de santo, de puro y de vigoroso, con una disposición singular para llegar á ser muy agradable y muy humilde, como lo es toda verdad.

En segundo lugar, si deseamos ser francos con los demás, es preciso evitar, al conversar, las explicaciones y los comentarios sobre nuestra propia conducta. Porque á menos de convertir nuestras conversaciones en confesiones en regla, eso nos conduce á exposiciones falsas de nosotros mismos. Por ejemplo, ¿hay cosa más común que el decir: «Yo os aseguro que si he hecho esto ó lo otro, ha sido por tal ó por cual motivo?.....» Pues no obstante, sabemos muy bien que desde que estamos en el mundo, jamás nos ha ocurrido el hacer nada por un solo y único motivo; por manera que en esta ocasión, y sin advertirlo, nos atribuímos una gracia sublime y rara, aun entre los santos del Calendario. Es muy raro que se comenten las acciones propias, ó que se expliquen los motivos sin salirse de la verdad, aunque no sea más que suprimiendo lo que en ellas hay malo. Eso es colocarse en una posición de que no se puede salir sino á expensas de la franqueza y de la sencillez, aunque no nos veamos apremiados á ello. En el curso ordinario de la vida no ocurre una vez entre mil el que alguno se vea obligado á dar explicaciones. Nadie las pide, y seáis blanco ó seáis negro, el mundo se ocupa de vos mucho menos de lo que pensáis. En realidad no hay más que una vanidad desmedida, una opinión ridícula de su importancia, una comezón de justificarse, una manía de identificar su persona con la gloria de Dios, ó algún otro absurdo de pequeñez humana, que conduce á todos esos comentarios y aclaraciones. Procuremos, pues, evitarlos de todos modos. Cuanto menos se diga, más pronto perdonado. Jamás es tan

verdadero ese proverbio como cuando se trata de nosotros mismos. ¿Por qué las personas reservadas son tan propensas á justificarse? Porque rara vez son sencillas, y todas esas defensas, y todos esos comentarios de amor propio, provienen necesariamente de falta de sencillez.

En tercer lugar, deberíamos hacernos objeto de la conversación lo más raramente posible, aun cuando fuera bajo la forma menos peligrosa, la de una simple narración. De una manera ó de otra, la mentira se desliza en ella, y por consecuencia, el sentimiento de haber descendido en nuestra propia estimación y en la de los demás, de haber perdido gracias, y sobre todo, el haber contristado al Espíritu Santo. Este es un hecho de una experiencia tan universal, que no tenemos necesidad de insistir más.

La cuarta precaución para ser verdaderos con los demás, es el evitar el tener secretos, y sobre todo el tener que guardar los del prójimo. Eso no se creerá jamás mientras el mundo exista; sin embargo, es necesario decir la verdad, aunque no se gane nada en ello; los secretos son una de las cosas más funestas é inútiles. Un secreto, una vez lanzado, recoge á su paso el pecado venial, como la bola de nieve que crece según aumenta su camino. ¡Cuán pocas cosas hay, que en realidad sea necesario tenerlas secretas! Y en ese corto número, ¡cuán pocos son los que necesitan ser confiados á nadie! A menos que no haya un deber evidente de justificar ese paso, el que confía un secreto á su prójimo le expone á la tentación, encadena su libertad de espíritu y de corazón, y molesta y com-

prime la presencia de Dios en su alma. He ahí una acusación seria. Desgraciadamente, de todos los atavíos con que la vanidad se complace en adornarse, los sentidos son los que más lisonjean. Una confianza es la más delicada de las lisonjas. Tanto el que habla como el que escucha, crecen en la estimación el uno del otro, y sobre todo en su propio espíritu. Como el Pau-puk-keevis de las tradiciones americanas, se hacen, «más gruesos que todos los demás castores», lo que siempre agrada á la vanidad natural, excepto algunas veces que suele acarrear consecuencias poco agradables, como las de que trata la fábula indiana. Mas por de pronto, decidme, puesta la mano sobre vuestra conciencia, si en su pasado, los secretos, y especialmente los de otros, no os han hecho mezquinos, pusilánimes, susceptibles y vanos, y si no os han apartado del camino de la verdad, de la sencillez y de la presencia de Dios. Estad seguros de que nada en el mundo es capaz de abrumaros como un secreto inútil. Las almas grandes no tienen secretos.

Es preciso también acordarnos de que la falta de verdad en los otros, obra sobre nosotros mismos, ayudándonos á observarnos sobre nuestros motivos y nuestro carácter propio. Engañando á los demás, se concluye por engañarse á sí mismo; por manera que jamás es uno verídico consigo sino en cuanto lo es con el prójimo.

La sencillez requiere, en tercero y último lugar, que seamos sinceros con Dios. Hay razón para sorprenderse de que haya que hablar de semejante asunto, porque es horrible el suponer una línea de conducta

contraria. Mas, ¡ay! no es una simple posibilidad, es una realidad bastante común. Sabemos que la mirada de Dios nos penetra de parte á parte; sabemos cuán al descubierto aparecen ante él nuestros miserables subterfugios en todo su odio, su desnudez; sabemos que fija su mirada en nosotros, que nos desenmascara y nos penetra con el fuego de su divina perspicacia. Sus perfecciones nos rodean con asombrosa intimidad y nos inundan de una luz que debería sernos insoportable. Nada de secreta obscuridad, nada de sombra ni de distancia para suavizar el mal ó desfigurar su bajeza. Pues bien, con todo eso, no es fácil marchar derecho con Dios, y es una gracia poco común. ¡Oh! ¡cuánta debe ser nuestra fe en nuestra propia falsedad, pues que podemos creer que ese conocimiento podrá ser para nosotros una especie de abrigo en la presencia de Dios que lo ve todo!

Es falta de un santo temor el tomarse libertades con esa Majestad infinita. De ahí esas oraciones sin preparación, esas negligencias en materia de Sacramentos, esos exámenes al vuelo, esas meditaciones distraídas, esas posturas irreverentes, esa disipación interior y esa costumbre de ocuparse de mil cosas antes que de las de Dios. Quisiéramos ocultarle nuestra falta de confianza filial, aun cuando sabemos que es una necesidad y una locura. Concebimos muy bien que no podemos disfrazar nada á sus ojos; pero guardamos ese conocimiento en nosotros mismos, sin dejarle salir á la superficie y sin formarle en la práctica. Nos decidimos á no tomar en serio esos terrores de su presencia, lo mismo que su grandeza y su santidad

adorables; y así, con mil rodeos, evitamos tratarle como al Dios que la fe presenta á nuestro entendimiento. No ser serios con Dios es para hacer estremecer á cualquiera; y sin embargo, ésa es nuestra manera de ser, más ó menos en cada uno, pero siempre en una proporción espantosa. ¡Plegue á Dios venir en nuestro auxilio, porque vivimos en un mundo cubierto de redes y de los encantos de la mentira y estamos llamados al eterno júbilo de permanecer sin velo en la luz de inefable verdad, y disfrutar eternamente la dicha de no tener que ocultar nada!

II.

FUENTES DE LAS ILUSIONES.

Ya hemos visto las condiciones de la sencillez cristiana; en seguida viene el examen de las fuentes de la ilusión. Son cuatro: la rareza y poca seguridad de nuestros conocimientos sobre nosotros mismos; después el poder del amor propio para engañarse, la debilidad de dejarse engañar por otros, y, por último, las supercherías del demonio.

No es maravilla que un conocimiento sólido de sí mismo sea una cosa rara, atendido el corto número de los que se toman el trabajo de adquirirle. Muy pocos son en el mundo los que buscan lo que causa alguna molestia, por más saludable que pueda ser. Pues bien, el conocimiento de sí mismo es penoso de adquirir y penoso de poseer. Cuán poca rectitud hay en materia religiosa, aun entre las personas que se tienen por religiosas. Muchos son los que desean de buena fe escapar del infierno, pero en muy pocos esa buena fe se extiende á los deseos de avanzar en la

gracia y de agradar á Dios. En el transcurso de una vida de cincuenta años, tal vez se encuentren tres personas que hagan de Dios el primer objeto de su existencia. ¿Se encontrarán por ventura? Todo el mundo pretende colocar á Dios ante todo: pero cuán grande es la masa de ilusiones funestas en lo que compone el mundo religioso. Eso es un hecho. En lo exterior, las formas de lo sobrenatural: por dentro, los principios naturales de acción, y para tenerlo todo junto de una manera honrosa y cómoda, un sistema perfectamente natural, ó más bien una sombra de dirección espiritual. ¡Ay! la piedad quisiera que hubiese exageración en esta pintura.

¡Cuán poco se conocen hasta los buenos! Mucho de lo que en ellos atribuyen á la gracia, no es más que el accidente de las circunstancias que la Providencia les ha deparado. He aquí alguno, por ejemplo, que tiene grande horror á la mundanidad. Se imagina, y quizá por ello da gracias al cielo, que no tiene inclinación alguna de ese género. Sin duda tiene su defecto como cualquiera otro, pero no ése. Muy bien. Las eventualidades de la vida se convierten en su favor: llega á ser rico, ó cambia de posición, su salud se robustece y puede hacer cosas de que antes era incapaz. Y he ahí que se encuentra mundano, mundano sin transición, sin combate, sin alteración: mundano completo por las disposiciones que de antemano abrigaba en su corazón. La mundanidad no había podido desarrollarse en ese hombre en medio de las circunstancias en que se había encontrado, mas no por eso dejaba de hallarse en él.

Eso se ve en centenares de personas que son mundanas hasta la médula de los huesos, y que se vanaglorían de no tener apego alguno al mundo. Lo cierto es que no conocemos más que una corta porción de nosotros mismos, y sobre todo, de ese fondo casi inagotable de malas capacidades, que ocultamos en nuestras almas. Así es, que á cada paso la vida nos revela á nosotros mismos de una manera poco lisonjera. Pero, observémoslo bien, esas son relaciones. ¿Y cómo hemos de calificar la sabiduría de las personas que evitan esas ráfagas de luz, bajo el pretexto de que perturban su tranquilidad, mientras que verán en el día del juicio que era de una importancia suprema para ellos el recibirlas? Una vida espiritual que no tiene una porción notable de inquietud, no es realmente una vida espiritual: no es más que una superstición lisonjera del amor propio. Pero sobre todo, ¿qué habríamos de decir de un sistema espiritual que consistiese en complacer á todo el mundo, y que estableciese como principio el dejar los pesares á un lado? Realmente excitaría la hilaridad, si no se tratase de intereses tan graves, y de las pobres almas que siguen un mal camino para la eternidad.

Es de la mayor importancia el observar, que la última trinchera del espíritu del mundo, en los buenos, se encuentra en esa falta de conocimiento sólido de sí mismos. Sus ideas sobre el mundo son rectas, y en gran parte los sentimientos de sus corazones lo son también. No quisieran ser mundanos, si pudiesen evitarlo. Es posible que no se hallen prontos á marchar tan lejos como sería apetecible en materia

de abnegación de sí mismos: mas al fin se hallan dispuestos á marchar en esa dirección, y eso es laudable. Sin embargo, son mundanos ó llegan á serlo por falta de conocimiento de sí mismos. Un escándalo permanente para el mundo es esa extraña y confusa amalgama de mundanidad y de devoción, tan común en las personas que hacen profesión de piedad, que el mundo, sin parar mientes en ello, pretende que no hay excepción. Se quiere conciliar la oración con la elegancia de las modas, la limosna con las locuras del lujo, los Sacramentos y los manjares suculentos de una opípara mesa, la humildad y el orgullo de casta, las conferencias espirituales y la adulación á los grandes, los bailes y las comuniones, las bendiciones y el teatro, las obras de caridad y la intriga, la vida interior y los muebles lujosos, y todo mezclado, combinado, enclavado uno en otro, con tal confusión, que habría materia para hablar todo el año sobre los adelantos y perfeccionamientos introducidos por el siglo XIX en la espiritualidad del bueno y antiguo tiempo. ¿Mas quién sabe si ese mundo estúpido querría dejarse persuadir, y si no sería bastante malo para negarse á creer que toda esa mezcla es evangélica, conforme á la Escritura, á la doctrina de los Apóstoles, á los ejemplos de los santos, etc.? Si somos nosotros los que hacemos mal en dar ese escándalo, ó si el mundo no obra bien en escandalizarse, cosa es que nos importa muy poco por el momento. Dado ó recibido, el escándalo existe, y la razón de ello es la falta de un fundamento sólido de conocimiento de sí mismo.

La mundanidad consiste en una infinidad de cosas, que en detalle podrían permitirse, pero que van á parar á un fin que no puede ser permitido, ya porque su acumulación es mala, ó porque adquieren demasiado imperio sobre nuestras inclinaciones. Cosas que no tienen nada de malo en sí, llegan á ser condenables cuando se interponen entre Dios y nosotros, y mil veces detestables cuando ocupan el lugar de Dios en nuestros corazones. No vemos la malicia real de cada uno de los elementos de la mundanidad, tomadas aparte ó con separación, porque ignorándolo nosotros mismos, no podemos distinguir ni calcular los lastimeros efectos que hacen tal diversión peligrosa, ó tomada en cierta dosis mortal para nosotros. El análisis del amor del mundo es un asunto de apreciación, un asunto de matices y de grados. Pues bien, esas dos cosas no pueden juzgarse sanamente sin el conocimiento de sí mismo.

En una palabra, el secreto poder de la mundanidad reside en la ignorancia de sí mismo, ignorancia sin candor y sin buena fe, que no quiere ser compelida á aprender su maldita lección. Todos los principios de vida sobrenatural y de virilidad religiosa están basados sobre un conocimiento franco y sincero de sí mismo. Permitid á esa conclusión desenvolverse y operar libremente en vuestra alma, y veréis qué mudanza introducirá en ella.

La segunda fuente de ilusiones es cuando nos mentamos á nosotros mismos. Hay muchas maneras de hacerlo, y la vanidad es una de las más universales.

Todos nos exageramos nuestro valor de la manera más absurda; aun cuando el buen sentido nos cierre la boca, no por eso dejamos de formar interiormente nuestros comentarios sobre nuestras propias acciones, con una parcialidad frecuentemente de las más ingeniosas, verdaderos actos de fuerza en su género. Nos admiramos en nuestros planes, de tal modo, que ya no vemos cómo Dios pueda tener alguna gloria fuera de nuestra esfera de influencia, á no ser en otras esferas muy lejanas. En cuanto á las esferas próximas, no vemos en ellas más que embarazos, y afortunadamente no estamos allí para apartarlos. Tal es nuestro punto de vista, porque no hay nada demasiado extravagante para nuestro amor propio. No sabe reconocer una exageración aun cuando salte á la vista, y su lenguaje más común sería con gusto el de las hipérboles orientales. Hay tres cosas que impiden á nuestra vanidad el hacer pública ostentación de sus locuras. En primer lugar, muchos tienen por salvaguardia el conocimiento del mundo, que hace cruda guerra á los dislates del amor propio. En segundo lugar, otros muchos son retenidos por un humor alegre y por una disposición de espíritu pronta á hacer uso del ridículo; y en tercero, la gracia salva á algunos, y sugiriéndoles motivos más elevados que el respeto humano, les enseña á reprimir los impulsos desordenados de la presunción que les expondrían al desprecio. Una ligera punta de humor jovial é inocentemente satírico no perjudica á la santidad, y quizá la gracia no tenga en la naturaleza un auxiliar más fiel.

Se engaña á sí mismo el que se fija mucho en sí,

porque es una ley de naturaleza el estar ciegos para sí mismos. La madre no descubre imperfección alguna en el hijo de sus caricias: á sus ojos, la criatura más fea es encantadora. Pero en cuanto á sí mismo..... ocuparse de sí es cosa muy distinta de la ternura maternal: es para el alma una dosis regular de opio, de que resulta una multitud de fantasmas; y por ese medio llegamos á un nuevo engaño, tomando, casi sin apercibirnos de ello, los sentimientos por los actos y los deseos por la práctica. El amor propio es muy hábil en confundir lo ideal y la realización, de tal modo, que ni los otros, ni uno mismo, sabe ya distinguir y separar lo que no existe sino en teoría de lo que tiene su existencia práctica; y así es que muchas almas viven en una especie de niebla espléndida y no llegan á la verdadera claridad sino en el otro lado de la tumba.

Se forma también ilusión disimulando lo que se sabe claramente que es perjudicial. Casi constantemente hay en nuestras almas una corriente secreta de comentarios con los que procuramos justificarnos á nuestros propios ojos. Se confiesa que tales y tales acciones, y sobre todo tales omisiones, son defectuosas y falibles; pero pensamos que en nuestro asunto hay ciertas particularidades que las hacen más excusables de lo que serían en otra parte. Es nuestro temperamento, suele decirse; es nuestra salud, es nuestra posición, la provocación ó no sé qué otra circunstancia. Algunas veces nos dirigimos una reprensión indulgente para perdonarnos bien pronto, en consideración á lo bueno que tenemos por otra parte. ¿Quién

es el que no tiene su lado flaco ó estéril? ¿Quién es completo y de carácter siempre igual? Pero tenemos en compensación con qué subsanar esos defectos y consolarnos. Esa ilusión es de la misma familia que aquella por la cual diferimos el examinar los motivos desde cerca. Y así es, que decimos para entre nosotros, que bastante tenemos que hacer, y que en la vida espiritual siempre es indiscreto el cargar con más trabajo del que podemos desempeñar. Tenemos bastantes defectos manifiestos que combatir sin ir á mezclarnos en escrupulosas investigaciones de conciencia. Eso sería lo mismo que decir que tenemos que escribirlo todo y que nos falta tiempo para proveernos de papel y de tinta. El resultado de todas esas diversas formas de ilusiones es una ceguedad espiritual, tanto más lamentable, cuanto que se cree ver claro.

La tercera fuente de ilusiones viene de que nos dejamos engañar por lo que se halla fuera de nosotros, ya sean personas ú objetos. No es fácil distinguir si el engaño viene de nuestro fondo ó de lo exterior; á pesar de eso, no es lo mismo una cosa que otra. Cuando nos ofrecemos á la alabanza y parecemos invitarla por nuestra complacencia en recibirla, es dejarnos engañar por los otros, y con frecuencia sin que ellos incurran en falta. No vislumbramos más que á medias nuestro flaco por la alabanza: hasta los más humildes tienen una buena dosis de ese defecto. En medio de una vida de oración y de Sacramentos, nos vemos perseguidos por ese afán universal. ¡Dichoso el que pudiera citarse como una excepción! El hom-

bre más grave, el de más compostura, el más entendido, es el primero en vacilar y en tomar un aire de protector bajo el soplo encantador de la alabanza: es la ola de estío mecida por los tibios vientos del Mediodía. Nada tan divertido como el deshielo, de bueno ó de mal grado, del hombre aterido por ese encanto irresistible, sobre todo cuando desde la cúspide de su grandeza condesciende en ser jovial. El hombre taciturno no es el menos aficionado á la alabanza: pertenece al género de los rumiantes; lo que rumía es el pensamiento de sí mismo, y, ¡cosa asombrosa! no encuentra en él nada amargo. En materia de alabanza somos como los camellos sedientos en el desierto, que chupan con delicia la menor gota de agua cenagosa que encuentran sin reparar en la calidad. Aunque el elogio sea absurdo, fuera de razón, exagerado; aunque proceda de la boca de una mujer ó de un niño incapaz de una justa apreciación, el rígido Catón se le tragará sin escrúpulo. Deberíamos ruborizarnos de nosotros mismos al ver cuánto valor é importancia le damos y cómo recogemos hasta sus últimas migajas.

Lo único que pedimos, como niños que somos, que al darnos de ese dulce á cucharada llena se observen algunas reglas de buen tono. Esas reglas pueden variar según el carácter nacional: el irlandés debe ser alabado de distinta manera que el inglés; el americano de diferente modo que el francés, y así de todos los demás: de todas maneras necesitamos alabanzas, y si no, no estamos contentos. Los monos pueden parecer graves rascándose mutuamente. ¿Por qué no? No son sino monos. Pero nosotros, hombres

dotados de razón, ¿cómo habíamos de ejecutar sin reir una operación que no es menos absurda? Porque no nos conocemos. ¿Quién ha visto jamás á un grande aficionado á la alabanza que no se crea completamente muy por encima de la opinión pública? ¿O á un jactancioso de su independencia de juicio para con los demás que no sea susceptible, rastrero, adulador, vano y embustero? En resumen: somos unos monos y no llegamos á ser hombres sino cuando sabemos que todavía no lo somos.

Si los demás nos engañan, somos sus cómplices por la manera en que hablamos de nosotros mismos. Eso es aplicable, especialmente, á las conversaciones religiosas y á las confidencias sobre lo que nos es personal. Aquí tenemos que escoger, entre guardar más cuidadosamente el secreto de nuestra vida interior, ó descorrer más su velo. Guardar un medio, es una línea de conducta falaz, y lo más prudente es no hablar de sí. Es verdad que por más bajo y miserable que sea ese defecto, no hay práctica de perfección cristiana más difícil que el evitarle. Si alguna vez hemos intentado hacerlo durante un tiempo considerable, hemos debido encontrar que hay cosas que parecen fáciles al primer golpe de vista, pero que son casi impracticables. A pesar de eso, si tuviésemos necesidad de hablar de nosotros mismos, deberíamos hacerlo por completo. Porque si decimos á las gentes que nuestro corazón arde en amor de Dios, bueno es que sepan que ese corazón no es insensible al calor de una buena comida. Si damos á conocer nuestras prácticas de piedad, ¿por qué no hemos de hablar de

nuestra afición al lujo y á los adornos? Si ajustamos la cuenta del dinero y del tiempo invertidos en visitar y en socorrer á los indigentes, ¿por qué no hemos de hacer mención de nuestra falta de atención y de nuestra dureza para con nuestros criados en lo que concierne á su salud, su bienestar, y las consideraciones debidas á su genio y á sus susceptibilidades? Si hacemos público nuestro lado bueno, preciso es también presentar el reverso; de otro modo no estamos en la verdad práctica, y mostrándonos á las gentes con una grandeza de alma que no es real, somos causa de que lleguen á ser los cómplices de nuestras ilusiones vanidosas, por sus alabanzas, su respeto y su educación.

La idolatría de nuestros afectos domésticos es otra manera de dejarnos engañar por los demás. ¡Se es tan perfecto á los ojos de la familia! Se necesita ser muy malo para no obtener los honores de esa canonización doméstica. Estamos allí como en una atmósfera condensada de suave incienso, en la que la conciencia se halla medio asfixiada, y la vanidad de nuestra pobre naturaleza encuentra en ella una de las principales dulzuras de la vida de familia. Es uno de los primeros principios de la vida espiritual, que nadie debe ser á sus propios ojos sino lo que es á los de Dios, y nada más. Pero hay pocas mujeres, y todavía menos hombres, que no sean á sus propios ojos lo que son á los de su parentela. Pues bien, es de temer que la mayor parte del tiempo, el punto de vista de Dios y el de los parientes disten mucho de ser idénticos. Caemos así en familia en una especie

de optimismo supersticioso, sin la menor sospecha de su absurdo: testigos las inscripciones fúnebres, que aunque algunas sean extrañas y hasta ridículas, son el juicio candoroso de una familia desconsolada, pronunciado á la faz de los críticos del mundo. Pero si salimos del círculo doméstico, de ese nido tan blando y tan cómodo, de su atmósfera de alabanzas exageradas y de ciegas caricias, ¿cómo podemos sentir la presencia de Dios, sino como un viento norte glacial, del que no pueden preservarnos los abrigos ni las pieles? ¡Oh! ¡cuántos santos perdidos, cuántas almas enervadas, cuántas grandes cosas abortadas por consecuencia de las afeminadas dulzuras y de las pérfidas adoraciones de la familia! La realidad no tiene peores enemigos que sus deliciosas seducciones, y por lo tanto no debemos asombrarnos de que los santos han siempre tratado con todo rigor esa ilusión que nos parece la más perdonable de todas, la mentira agradable de las caricias y de los apacibles deliquios del hogar doméstico.

Los libros espirituales son cosas exteriores, y pueden contribuir á hacernos salir de las realidades. Imposible es urdir una trama más grosera de ilusiones en derredor de sí que la que forma una persona habituada á leer libros espirituales superiores á su condición interior y extraños á sus necesidades actuales. A todo lector que lee sin cesar libros de teología mística, el estado de oración más común le parecerá extraordinario; y sobre todo, el convertido tomará gracias comunes por favores muy raros. Y es, que de todas las realidades, la teología mística es una de

las en que es más fácil tomar cualquier metal por oro. A fuerza de lecturas sobre el amor de Dios puro y desinteresado, llegamos bien pronto á creer que tenemos en el corazón un amor semejante. Los pensamientos heróicos son contagiosos, y bien pronto nos hallamos invadidos de ellos, pero eso no es lo que forma el heroísmo práctico: cuando más, da un barniz de sentimentabilidad á nuestra religión, cuando no se trata de moverse y de obrar. Cuando un libro espiritual no contribuye ni á mortificarnos, ni á mantenernos humildes, hay la seguridad de que nos infla y nos saca fuera de lo verdadero: sus doctrinas nos atacan á la cabeza y hacemos locuras. El hombre que encuentra los libros de buena espiritualidad popular enojosos, debe tener todo su estado de vida interior por altamente sospechoso, y si puede estar seguro de algo, es de que su disgusto de los libros sencillos muestra que no es primera fuerza para leer libros de grande elevación.

Otra manera de dejarnos engañar por los demás consiste en buscar guía y consejo allí en donde no hemos de ser contradichos. ¿Cómo unos corazones rectos pueden extraviarse hasta ese punto? Ese es un misterio, pero un misterio que á cada paso se encuentra en la vida espiritual y de que el caso de que se trata nos ofrece ejemplos sorprendentes. La Iglesia no nos obliga á tener directores espirituales: con respecto á eso no nos impone más que la confesión sacramental. Si nos colocamos bajo la conducta de un director, es un acto que proviene puramente de nosotros mismos, y lo hacemos con el objeto de sacar

de él provecho espiritual. ¿Quién podría creer que después de eso se puede ir con corazón regocijado á enredarse en un sistema de falsedad y á perderse en los cenagales de la ilusión, á pesar de los gritos de una conciencia que reclama la rectitud y la pureza de intención? Sin embargo, eso es lo que sucede. Se busca una dirección espiritual, medio para engañarse á sí mismo, medio para no ser perturbado en sus sueños. Siguiendo esa idea, se busca y se fija la elección con el juicio menos independiente ó menos vigoroso, y se confía al electo. A ese padre espiritual se le pide que permanezca tranquilo, que avance rara vez, que se atenga á los discursos, que se contente con una dirección puramente pasiva y más bien exterior que fundamental, que haga centinela ó vigile sin despertar y que contenga más bien que estimule. Y sin embargo, entre las personas que manejan almas, ¿cuál es la que tiene la felicidad de encontrar una entre mil que tenga necesidad de ser contenida? Si la Iglesia nos impusiese la obligación de tener un director, se comprendería perfectamente que nuestra naturaleza corrompida escogiese hábilmente lo que encontrase menos tirante y rígido: mas como el asunto es de libre elección, ¿no es asombroso que se despliegue tan afanosa actividad para obtener tan mezquinos resultados?

Mas supongamos ya elegido el director: ¿cómo nos conducimos con respecto á él? ¿Nos acordamos de dirigirle una pregunta perfectamente recta y sencilla? ¿No había nada arreglado, nada preparado, nada exagerado, nada que hiciese al caso? ¿No habíamos to-

mado nuestro partido acerca de todo antes de consultarle? ¿Y no le hemos interrogado más bien para obtener una declaración á nuestro gusto que para saber su juicio ó su opinión personal perfectamente tranquila y desinteresada? Bajo el punto de vista de Dios, de nuestra alma y de las grandes alternativas de la eternidad, todo eso no es más que una obra de locura. A propósito de los amaños de las empresas de ferrocarriles, suele hablarse de cuentas bien preparadas. Yo no me hallo muy al corriente de esa especie de negocios, pero me parece que tienen cierta analogía con algunas cuentas de conciencia.

¿Soy, por ventura, demasiado mordaz? Pues si lo soy, es con las mejores intenciones. Deseo haceros bien y temo no poder conseguirlo. Es como si hubiese entre mi mano y vuestras almas alguna de esas telas de las arañas volantes que se introducen en los ojos sin poder desembarazarse de ellas. En mi impaciencia, temeria, empleando más seriedad, el tomar un tono demasiado vehemente. Así, soportad mis impertinentes inconveniencias. Mirad si en todo eso no os he dicho cosas que, expresadas con más gravedad, no os hubieran llegado al alma. Daría todo cuanto poseo por conduciros á donde deseo, un poco más cerca de Dios. No os inquietéis si lo hago de una manera frívola. Y aun cuando os amostazaseis algo, no habría en ello grave mal, porque reflexionaríais más. Si encontráis malo lo que os he dicho de vuestras relaciones con los directores, es porque ese punto es muy delicado y no queréis que se toque á él; pero en el fondo sabéis bien que vuestra dirección espiritual no

es más que una farsa por causa de vuestra falta de sinceridad. Valdría más no tener directores, que tenerlos para dirigirlos diestramente la mayor parte del tiempo, como se hace.

De los directores espirituales paso al demonio; transición un poco brusca á primera vista, pero no tanto como se creería antes de reflexionar; porque cuando nuestras ilusiones se alimentan de delicadezas espirituales, el espíritu maligno no puede estar distante; y así llegamos á nuestro otro punto, las ilusiones que nos vienen de Satanás. Sería preciso una disertación para examinar con toda equidad la parte de censura que corresponde á cada una de las partes, Satanás y nosotros, en esa materia; pero dejaremos esa cuestión. El demonio nos engaña de muchas maneras, más de lo que hablaremos aquí. Desde luego, impele á las personas honradas á alabarnos desmesuradamente. Esas buenas gentes lo hacen llevados por su buen corazón, por una necesidad de su caridad, un exceso de su humildad que se complace en realzar á los demás. ¡Cuán pocos se aperciben del mal que causan! No alabéis, pues, á las gentes sino lo menos posible, porque jamás os exponéis á servir mejor al diablo que cuando prodigáis alabanzas. De cuando en cuando es necesario un poco de alabanza, porque no podemos pasarnos sin ella. La vanidad es una ley general del mundo moral y del mundo de las almas, lo mismo que la gravitación en el mundo material. Todos moriríamos de inanición, sin alguna dosis de ese ingrediente: es uno de los gases necesarios para la acción: es necesario, pero lo menos que se pueda, es lo mejor.

Satanás tiene también otro poder, de una naturaleza más seria, el de suscitar nieblas extrañas en nuestras almas, de manera que perturben la vista que tenemos de nosotros mismos, y nos quiten nuestros verdaderos colores. Cómo lo lleva á cabo, lo ignoro; pero el hecho es indudable. Creería con gusto que no lo conseguiría si nosotros no le diésemos la mano, y si no le suministrásemos materia para ello. De todos modos, las consecuencias de esa niebla son terribles. Las distancias se confunden, las formas se hacen mayores, la luz se obscurece, las tinieblas se iluminan; lo que debería estar oculto se pone de manifiesto, y lo que debería mostrarse se eclipsa. Sobre este triste asunto, que conocéis demasiado, sería preciso decir mucho, ó muy poco; y pues que yo no tengo valor para hablar de él con extensión, nos detendremos aquí.

Otra de sus astucias es el infundirnos aspiraciones indiscretas y fuera de sazón. Son indiscretas cuando no están en relación con las gracias que nos han sido concedidas; y fuera de sazón cuando no convienen á nuestra condición presente. ¡Y cosa extraña! hay un estrecho lazo entre la gracia y la naturaleza, y de ahí viene que ciertas formas de santidad lleguen á ser como naturales en un individuo; corresponden á sus disposiciones, hacen resaltar su carácter y transforman su naturaleza sin suplantarla. Por otra parte, hay alguna forma de santidad, que para ciertas almas parece tener una afinidad secreta con el mal. Para ellas, es vecina de la tentación, deja los lugares débiles sin defensa y desarrolla lo que no

conviene. Y es porque no está hecha para ellas; y como la obra de Dios es una obra de orden, el demonio encuentra ventaja en desbaratar su plan, y no puede conseguirlo más activamente, que llenando las almas devotas de aspiraciones indiscretas é intempestivas.

Un mal que no pasa de nosotros es ya demasiado grande; pero es mucho menor del que nos compromete con los demás. Este último tiende á hacerse irremediable. No hay nada, en verdad, incurable fuera del infierno. El peor de los males no pasa de una tendencia en esa dirección; pero esa tendencia es de hecho bastante deplorable. Pero veamos cómo el demonio nos arrastra más allá de las simples aspiraciones. Es induciéndonos á buenas obras que no nos convienen. Y en verdad que casi más valdría un pecado. Y decimos que casi más, porque no hay nada como una buena obra indiscreta para tenernos alejados de Dios, y para volver en contra de él todo lo que hay mejor y más generoso en nuestra naturaleza. Lanzad un alma activa en la contemplación, y no saldrán de ella más que vapores hipocondriacos ó mundanidad. Sumergid á una alma contemplativa en los negocios, y tendréis melancolía ó ensueños. Henchid de oración mental á una persona que debía estar hilando en su casa, ó visitando las moradas de los pobres, y tendréis una especie de parodia pesada y pedante de vida interior, capaz de hacer perder la paciencia á un ángel. Retened en los hospitales ó en las asambleas de caridad á un alma que necesita estar sola con Dios (y aunque el mal sea menor que

los precedentes), tendréis una vocación falseada, una alma en peligro de su salvación, y muchos planes de beneficencia indirectamente echados á perder.

En último lugar, nuestro enemigo espiritual nos impele sin cesar á la precipitación. No hay calamidad más funesta. ¿No hay entre vosotros alguno que haya decaído de lo que era, y que deplore la delicadeza de una conciencia que ha llegado á encallecer y hacerse insensible? El hogar en donde brillaba la llama del divino amor, no contiene ya más que un poco de ceniza fría. No se ve ya más que una playa de arena en los sitios que la familiaridad divina cubría con sus olas de gracia. Si eso es así, la precipitación es la que ha ocasionado casi todo el mal.

En toda la historia de la teología ascética hay pocos santos tan notables como San Francisco de Sales; es una revolución francesa su espiritualidad. ¿A dónde ha ido á buscar todas sus tradiciones? Muchas sabemos que venían de San Felipe. Pero, en suma, el aire de parentesco entre la sociedad moderna y sus modestas innovaciones, es realmente chocante. Parece que se ve claramente con qué objeto ha sido suscitado, y cuál ha sido su apostolado. Como escritor ascético tiene una originalidad que merece ser considerada atentamente. Mas de todas sus lecciones, las que encontraremos más notables son sus máximas sobre el deber y la sabiduría de la lentitud. Enseña como el que viene de parte de Dios, dando muy rara vez las razones, y si las da, no tienen nada que se acerque al divino poder de sus axiomas.

Las cartas de Fenelón son el comentario razonado de San Francisco de Sales; es el obispo de Ginebra con un traje metafísico, menos tal vez algo de Santo. La lentitud; he ahí lo que enseñan San Francisco y Fenelón: he ahí lo que debéis aprender. Para ello hay razones sin fin, y me contentaré con citar la que enlaza ese deber con el asunto de las ilusiones. Y es, que en la espiritualidad, á la precipitación siguen siempre las tinieblas.

El poder del reino del pecado reposa simplemente sobre nuestra falta de verdad para con nosotros mismos. ¿Pensáis que la pintura que acabo de hacer es muy sombría? Pues convenidos: sin embargo, no hay nada nuevo, nada que deba infundir desaliento. No queréis servir á Dios por amor, y acusáis á los predicadores de perturbar vuestra conciencia y tranquilidad. ¿Pero no es eso precisamente lo que necesitáis? El que perdáis vuestra seguridad es una gracia que yo os deseo, y la quisiera coadyuvar según mi poder. ¿No es útil remover la tierra para limpiarla de las raíces y hierbas perjudiciales, y facilitar el que la penetren la lluvia y el sol? ¿Hay cosa que produzca mayor disgusto que un arbusto que no brota? Pues bien; esa es la historia de esas almas ásperas, pesadas, concentradas, vanidosas y contentas de sí mismas. Para evitar todos esos peligros de ilusiones, para atravesarlos sin casi apercibirse de ellos, no hay nada como una sencillez de niño en el amor de Jesús. Por lo regular siempre hay en la vida espiritual algo malo que curar: hay que colocar y quitar vendajes, hay que reconocer llagas y aplicar

varios medicamentos adecuados á la enfermedad y á una convalecencia interminable. Me parece que para librarse de esos síntomas degradantes y de ese estado valetudinario de la vida espiritual, convendría engolfarse en el amor de Dios, respirando el ambiente de una vida religiosa llena de fuerza. Pero hay gentes que prefieren el estado enfermizo, sobre todo cuando se trata de su alma; y eso demuestra cuán poco domina en ellas el pensamiento de Dios, ese pensamiento grave y dulce á la par que serio, exorcismo inexorable de todas esas languideces.

III.

DIFERENTES ESPECIES DE ILUSIONES.

Si hay un sinnúmero de variedades en la gracia, no las hay menos en nuestras ilusiones. Daremos un paso más en este triste asunto, examinando algunas de ellas, y particularmente las que se presentan con más frecuencia. Siete son las que podemos llamar fundamentales, y de las que siempre se encuentra una ú otra en el fondo de todas las formas de ilusiones posibles.

La primera es la ilusión que no toma parecer ó consejo. Cada uno sabe que los errores en materia de vida espiritual, son asombrosos é inimaginables. Un hombre descuidará los deberes que Dios le ha impuesto por pasar el día en la iglesia, y con eso se creerá objeto de los favores especiales del Señor. Algunos monjes y religiosas tomarán la singularidad por una perfección. Se ven modestias falsas, humildades engañosas, disfraces de penitencia y de oración. La ilusión se encuentra por todas partes, y para

los que somos espectadores es difícil explicarnos cómo el error no salta á la vista de sus víctimas. En un gran número de casos, todos nuestros mundos de ilusión provienen de que no se pide parecer á nadie. La taciturnidad tiene sus ventajas: ¿quién puede decir lo contrario? El silencio es con frecuencia más apetecible que la palabra en un mundo insensato como el nuestro. Y luego hay para eso tal disposición, que hace no se muestre inclinación á hablar demasiado, y que se sienta uno tentado (porque ésa es una tentación como cualquiera otra) á permanecer con la boca cerrada. Esas gentes no son como Salomón, y jamás encuentran ocasión oportuna para hablar: por manera que forman planes sin más consejeros que ellos mismos. Sus planes crecen en su espíritu, y lo largo del tiempo suple á la autoridad y á la consideración. Esos planes suelen despedir algún brillo á través de sus oraciones, y por ese medio revisten cierto tinte de sensación divina. De manera que con todas las exterioridades más respetables, y sin la menor señal que puede hacer vislumbrar el egoísmo, esas personas llegan á tomar la terquedad por una prudente reserva, y á rehuir todo consejo que pudiera abrirlas los ojos. Esa ilusión se hace prontamente incurable. Una vez apoderada de un hombre, no puede enmendarse sino por un milagro de la gracia, y con mucha frecuencia no desaparece.

Luego viene la ilusión que toma consejo sobre cualquiera cosa y de todos los que se presentan. Esa es la falta de gentes que necesitan directores, como un rey no puede pasar sin consejeros privados: gentes,

cuya debilidad de carácter es tal, que confían, ó más bien publican, en confianza, todos sus planes al primero que llega, y concluyen por tomar su partido sin consejo, porque el lado derecho balancea de tal modo con el izquierdo, que no queda nada en el ánimo. A esa clase pertenecen las personas que cada día vemos emprender algo nuevo, sin que concluyan nada: esa confianza universal en el género humano produce los mismos resultados que la terquedad, con la que corre parejas, y aun á veces es el desarrollo de ese vicio. En un inglés la obstinación y la debilidad están siempre unidas. ¿Quién ha visto jamás un hombre débil que no sea obstinado, un hombre débil y verdaderamente dócil, á menos que haya descubierto que no es inglés? Esa voracidad de consejo que todo se lo traga sin mirarlo, viene también de la necesidad de hacer valer su importancia. ¿Y quién ha conocido jamás un hombre, sea cual fuere su nacionalidad, que no se crea muy importante? Mas si consideramos esa manía de pedir parecer, bajo el punto de vista de las ilusiones, veremos bien pronto que esa debilidad no carece de cierta dosis de mala fe. Un hombre que continuamente está pidiendo consejo, debe por lo menos sospechar que no se halla en el buen camino. En el fondo, hay un malestar de conciencia, y por consiguiente si no busca á toda costa mejorar de situación en un orden de cosas en donde vislumbra poca seguridad para su conciencia, tiene todavía esperanza, aunque su rectitud deje mucho que desear. Un grano ó dos más en el lado bueno de la balanza, y el temor de equivocarse, será una salu-

dable desconfianza de sus propias luces. Mas para llegar á ese punto sería preciso que supiese contener su lengua, y eso es lo difícil. Cuantas más conversaciones, más preguntas, más cuestiones y confidencias, más se obscurece la buena fe. Cada palabra es como si se arrojase á los ojos un puñado de polvo. Cuanto más obstinado es, más elocuente es en persuadirse que es dócil. Cada nuevo consejero le aparta un paso de la verdad, y le acerca otro tanto á la voluntad propia. Y en realidad, no sólo son los otros una plaga para él; lo es él mismo. Al fin llega á una confusión completa: eclipse total, ignorancia de sí mismo, caos de vacilación y de embarazo: el que semejante ente consiga ó no cualquiera cosa, no es de importancia alguna para el mundo, y por lo que le concierne personalmente, su salvación queda posible: y sobre todo, ¿qué importa que en todo lo demás se observe algún punto negro, si llega á salvar su alma?

Tenemos por tercera variedad la ilusión del contentamiento de sí mismo, que se presenta como vicio de nacimiento en donde quiera que existe. Pero no debemos desesperar de corregir los defectos con que venimos al mundo, aunque es muy difícil reparar lo que las circunstancias exteriores y hasta las costumbres culpables han falseado. Hay personas que tienen tal fe en sí mismas, que ni los contratiempos ni los malos resultados pueden quebrantarlas. Las lecciones de la experiencia son nulas para ellas, su infalibilidad es el punto fijo de su compás. Todo lo demás puede ser cuestionable, pero lo que es eso, no. Viviendo en una atmósfera de tranquilo optimismo,

y no dudando de ningún modo de sí mismas, qué las pueden inquietar? Si alguna cosa no sale bien, es porque había una razón exterior contra la que no podía haber previsión ni precaución en lo humano. Si lo que han hecho no es simple y absolutamente lo mejor, era lo que el tiempo, el lugar y las circunstancias permitían, y se debe alabar su sabiduría y su discreción en saber humildemente plegarse y adaptarse á las circunstancias. Esas gentes ven por todas partes señales de la Providencia y acontecimientos milagrosos en su favor. Cuando en alguna cosa no van acertados, no se aperciben de ello, porque todo es efecto de una disposición especial de la Providencia con respecto á ellos. El gobierno del mundo entero no es más que un panorama del que ellos son el centro, y sus asuntos son para Dios, ni más ni menos que causas finales. Su piedad toma, con mucho gusto, la forma de inspiración, y lo que es natural, en ellos tiene una tendencia desastrosa á mezclarse con lo sobrenatural. Su devoción no puede contentarse largo tiempo con los caminos trillados, si es que sigue algún camino. Hasta sus sueños llegan algunas veces á ser motivos de acción. De ahí proviene que son caprichosas y volubles, que reciben sobre cualquiera cosa inspiraciones, y lo que todavía es más, contraínspiraciones, con lo que toman fácilmente su partido, como si fuese uno de los rasgos de la conducta divina: no ven en ello dificultad. Lo que sería para cualquiera otro un cambio ó una mudanza, no lo es para ellas, y están tan contentas con su inconstancia, que las es muy fácil creerse sólidamente ad-

heridas á los principios, y consecuentes en sus sistemas, mientras que los demás piensan que no hay que fiarse en sus ideas, ni aun en materia de sentido común ordinario. Si dais un consejo á un hombre de ese temple, os escuchará con la compostura del justo que tiene el sentimiento de su inocencia, que lo sufre todo con una paciencia admirable, y que se halla preparado á llevar su cruz y á participar de la mortificación de los santos. ¿Se puede pensar en darle consejos? Su posición, su nombre, sus antecedentes, todo debiera haberle preservado de esa impertinente ingenuidad... y luego el consejo viene precisamente de la parte de donde menos debía esperarse. Pero todo lo sufren con mansedumbre admirable, con la reflexión de que el bien casi siempre es desconocido y despreciado en este miserable mundo. Un buen número de esas buenas gentes imaginan que se escribirá su vida: pero sin faltar á la caridad diremos que no tienen grande probabilidad de obtener los honores de la canonización.

Luego tenemos también otra forma de ilusión: el humor crítico. Hay gentes tan seguras siempre de sí mismas, que se conceptúan como la regla, según la cual debe ser juzgado el resto de los mortales. Su confianza en sí mismos es tal, que no se aperciben de que el presentarse como modelos es pedir demasiado á la confianza de los demás. Pero á sus ojos, el obrar de otro modo sería afectar una falsa humildad. Así como puede pasarse toda la vida sin fijar la atención en que uno no es ni animal ni ángel, sino simplemente una criatura humana, del mismo modo

esas gentes juzgan á los demás durante todo el día, sin tener nada en cuenta, como si hubiesen venido á este mundo únicamente para eso. Una excepción de esa costumbre de crítica les saltaría más fácilmente á los ojos que la enormidad de una vida pasada en censurar á los otros. Pero mientras la ilusión optimista saborea con fruición la idea de tener razón, la ilusión crítica, menos amable, pero en realidad más práctica, prefiere saciarse con la idea de que los demás obran mal. El que se halla atacado de ella será en realidad menos amado; pero al mismo tiempo es más posible sacar partido de él. Tiene una perspicacia asombrosa en sus juicios desfavorables: llegó á ser hábil por la práctica, y su falta de caridad adquiere la precisión de una ciencia, de tal manera que suele equivocarse menos que su vecino el optimista, porque el mundo es realmente malo, y casi todos van de mala fe. Hay además cierta aureola de reputación que rodea al profeta de la desgracia, y adquiere una especie de influencia el que es temido por sus sarcasmos y su crítica. A falta de otro triunfo, el hombre sin corazón encontrará una satisfacción en mantenerse allí en donde los otros no hallan más que embarazo. Como hay pocas aspiraciones elevadas aun entre los buenos, bastan algunas migajas de buen éxito para las almas que pueden tragarse un océano de lisonjas. Las gentes críticas están, por lo general, en calma y tranquilas, á causa de la inquebrantable confianza que tienen en sí mismas. De ahí viene, que la mayor parte de ellas manifiestan grande disgusto al entusiasmo. Hay anti-

patía entre los dos espíritus. Viviendo en su corazón se conserva en él un foco de calor: pero ordinariamente el crítico vive en otra parte. En los detalles de la religión hay una aversión instintiva á la libertad de espíritu, y al conceder en la práctica una libertad peligrosa, hay severidad para los demás con respecto á ese punto. Sin idea de lo que puede ser interiormeute el hombre que obra por amor, no ve en la libertad de espíritu más que una especie de egoísmo, que no teme hacer alarde de la rareza en la oración, de la rutina en el examen de conciencia, de la tibieza en la contrición, y las demás miserias demasiado reales que procura ocultar con gran cuidado. Una moral rigorista es una de las mejores maneras de adquirir un aire respetable á poca costa, y el que hace el camino del cielo tan áspero para los demás, es, según toda probabilidad, un hombre que procura su comodidad. El crítico es el esclavo de sus sentidos ó del respeto humano. Esa forma de ilusión, aunque demasiado común, es muy difícil de curar, porque el corazón es inaccesible. Diríase que no se necesita menos de un grande pecado para reducir á polvo el orgulloso edificio de la estimación de sí mismo, y de ese modo dar entrada en el alma á los rayos de una vergüenza saludable.

La ilusión ambiciosa es la quinta variedad. La ambición tiene por mira un objeto lejano á que no se puede llegar sino con paciencia: y á pesar de eso, la paciencia no es su fuerte, aunque encuentre allí donde ejercitarse más bien que en cualquiera otra parte. Es una pasión viva, impetuosa, irritable, que

desborda sin cesar sus propios cálculos, y expuesta á tomar los medios por el fin, y la acción aislada por una costumbre adquirida. Si, por un impulso de gracia extraordinario, un hombre de ese temple ha llegado á llevar á cabo un solo acto generoso para con Dios, su obcecación le hará suponer que ese primer paso es una costumbre de santidad confirmada. La experiencia contraria le irrita en vez de desengañarle. Llega á hacerse demasiado atrevido con Dios, adopta prácticas de devoción superiores á sus fuerzas, se lanza á una oración de familiaridad que se imagina hallarse en relación con su grado de perfección, que es santa en sí misma, pero que le conduce simplemente á una pérdida de respeto. Se atreverá á quejarse á Dios, se pondrá en contemplación antes de tomarse el trabajo de una meditación regular; pensará que ama el padecimiento, esquivando cuanto le sea posible la mortificación corporal, querrá servir á Dios por amor desinteresado, sin haber tenido jamás una contrición bastante seria de sus faltas. Atravesando de un salto todos los grados de la vida, se lanza á las alturas del misticismo, en donde su alma enflaquece en vez de engruesar con los alimentos comunes de la piedad. En suma, es una enfermedad difícil de curar y que no es rara. ¿Y cuál es el fin de esa enfermedad funesta? Después de haber comenzado por la imitación de los santos en lo que es inimitable, se concluye por abandonar la religión por desesperación de causa: y después de haber principiado por la avidez de lo sobrenatural, se concluye por encontrar la fe del simple fiel, fuera de alcance.

Hay también la ilusión escrupulosa. Nos es muy sensible el tener que hablar de ella. Cuanto más avanzamos en edad más claro nos parece que los escrúpulos no son buenos para nada. La edad y la experiencia concurren á persuadirnos que la idea de respeto que nos había parecido guiar á los escrupulosos, no tenía ningún fundamento. Todo lo trastornan. Cada año se descubre en su alma un nuevo continente de pueril amor propio. Hay en ellos una especie de presunción que los corroe, y que sin que al parecer los toque, lo censura todo de la manera más agria: su egoísmo es de una pusilanimidad insoportable. Todo lo que tienen bueno está en la superficie, y no es más sólido que la película ó pellejo de una ciruela. Esa especie de peste que el mundo religioso haría muy bien en sofocar en masa, es una de las ilusiones favoritas empleadas por Satanás, uno de sus instrumentos más dóciles. Llama en falso la atención y la fija exclusivamente sobre objetos que no deberían ocuparla, mientras que pasa por alto sin escrúpulo el escándalo, la pasión dominante, y la ocasión de pecado ó de tentación habituales. Por lo general, el escrupuloso no hace mucho caso de su conducta para con los demás, y no tiene consideración á sus sentimientos. Es de humor acre, áspero é intratable; y el mundo insensato atribuye todo eso á santidad. Hay en su naturaleza un manantial profundo de imperturbable vanidad, con una superficie de agitación inquieta en materia de religión. Sin haber hecho bien en toda su vida, é incapaz de hacerlo jamás, mete tanto ruido acerca del bien, que llegará

día en que por sus buenas intenciones adquiera más crédito que otros que se dedican con tranquilidad á hacerle realmente. Sin aptitud para nada, como no sea para molestar y apurar la paciencia, es uno de esos seres que no se desean conocer más que de lejos ó en retrato, como las pinturas que representan las fieras del Africa. Es una calamidad el tener que tratar con semejantes gentes.

En último lugar hay la ilusión de la falsa humildad. Tiene mucha afinidad con la de los escrúpulos, pero quizá es más difícil de curar. La ilusión es una muestra de debilidad moral é intelectual; por otra parte, hay pocos caracteres en el mundo que no tengan su lado débil bajo esa doble relación. En unos, la parte moral es la que peca y arrrastra á la inteligencia, y en otros es al contrario. No debe, pues, extrañarnos el encontrar caracteres claros y vigorosos en la apariencia que son, sin embargo, víctimas de esa locura de falsa humildad. Todos comprenden que la humildad es sobre todo la virtud de los santos, y por eso todos procuran adquirirla. Pues bien, eso no es fácil, tanto más, cuanto que parece casi imposible á la naturaleza el tener una opinión muy baja de sí mismo basada sobre el conocimiento de su falta de humildad: por eso se procura limitar los procedimientos necesarios para la adquisición de esa virtud. Desgraciadamente hay santos á quienes ha ocurrido el hablar mal de sí mismos; y por eso se quiere hacer otro tanto, sin creer una palabra de lo que se dice, y sobre todo sin permitir que los demás lo tomen por lo serio. Hasta el insecto tiene sus parásitos, y cada

uno en este mundo tiene su pequeño círculo de aduladores, bastante necios ó bastante poco sinceros, para admirarle por el mal que dice de sí mismo, con tanta más prodigalidad, cuanto que encuentra que su heroísmo no cuesta nada. Pero esa costumbre de hablar mal de sí mismo tiene una tendencia extraordinaria á producir la ofuscación espiritual. Es menos una enfermedad superficial que obstruye la vista del alma, que la destrucción misma de su potencia visual. La ceguedad es completa cuando al fin se llega á creer lo que se dice contra sí, aunque al principio no se haya dicho más que por una astucia de amor propio. En ese estado se ignora el punto de vida espiritual que sería más útil conocer, á saber, la falta de valor. La falsa humildad no permite que se ensaye, y esa modestia artificial que concluye por llegar á ser sincera en su error, hace que se crea un deber el no emprender nada generoso para Dios; pero hace que se quede muy inferior á lo que debería, sin conocer su nivel ni lo que le excede. Haciéndose cada vez más pusilánime, no está exento de cierta complacencia en su sabiduría y en una discreción cuya odiosa bajeza no se ve. Todas las almas engañadas quedarán bien sorprendidas en el día del juicio; pero de todas las sorpresas, las mayores y las más penosas son tal vez las que esperan al alma que se ha dejado engañar por una falsa humildad.

Tales son las siete variedades de ilusiones en que la dirección tiene que ocuparse, luchando con valor y como pueda contra la impaciencia y el desaliento. Esas variedades se multiplican, se mezclan y emba-

16

razan sobremanera la dirección espiritual, y al mismo tiempo son las torturas más grandes que puede sufrir el amor propio. No hay nada tan embrollado en la creación como el alma que se engaña á sí misma: y las ilusiones tienen de particular en sus variedades el que todas son enfermedades activas, ó llegan á serlo prontamente, y que desde un principio se presentan rebeldes á la curación.

IV.

CARACTERES DE LA ILUSIÓN.

Se necesita cierto grado de resolución para adquirir un conocimiento más amplio y más íntimo de nuestra desgraciada naturaleza caída; pero es para nosotros de una consecuencia incalculable el pasar por ello. Comprendo que he molestado vuestra paciencia y que no puedo hacerme escuchar sino por tolerancia; sin embargo, no puedo menos de creer que tanto vosotros como yo hemos entrado de lleno en la materia: y sobre todo, ¿no os parece que es una ventura el hacer algo por Dios, aun cuando sea lo que nos repugna extremadamente? Nos hallamos llenos de malicia y de pequeñez, de inconsecuencia y de locura, y especialmente cuando se trata de vida espiritual es cuando nos mostramos más insensatos. Si experimentamos algún accidente, nos incomodamos con el cirujano que coloca en su sitio el miembro dislocado, ó cura la llaga y nos hace estremecer con su contacto; mas á pesar de eso se concibe una especie de cólera contra

él, y sin saber cómo ni por qué, nos parece que una mano más hábil nos hubiera ahorrado algún dolor; pero ese sentimiento no dura más que el tiempo que el dolor nos es soportable. Del mismo modo cuando nos hallamos predispuestos á incomodarnos con nuestros directores, lo cual nos sucede de cuando en cuando, y todo director razonable lo espera; es necesario procurar no hacerlo sino como lo hacemos con nuestro cirujano. Aquél á quien se hiere ú ofende no puede menos de encolerizarse, y eso no debe incomodarnos. Si procuráis saber por qué he elegido este triste asunto, por qué me detengo en él tan largo tiempo y por qué llego hasta chancearme en asunto que debería ser serio, aun cuando fuese menos verdadero, os disgustaréis más de lo que es conveniente. Con todo, aunque á unos y otros nos faltase un poco de sabiduría y de calma, queremos ser sinceros con Dios, y nos resignaremos á proseguir hasta el fin nuestra investigación, con la esperanza de que finalmente resultará algo para su gloria. Todo esto no es, como véis, más que una ligera excusa que encierra sin duda algún poco de ilusión. Si lo percibís así, tendré menos sonrojo que placer, porque me entenderéis ó escucharéis con menos disgusto si véis que el latigazo me alcanza á mí mismo.

Hemos hablado de las diversas especies de ilusión y no podemos dispensarnos de examinar también sus caracteres; pero en vez de subdividirlos tenemos que considerar nuestro asunto en conjunto. El primer rango que nos llama la atención en la ilusión es su poder, por decirlo así, ilimitado: mientras que las

demás tentaciones están más circunscritas en su esfera. Eso, en realidad, más bien que una tentativa es una ley de la enfermedad de nuestra alma, una ley inherente á nuestra condición presente, y que la misma gracia no puede derogar enteramente; porque el espíritu y el alma tienen sus enfermedades como el cuerpo y la materia. La ilusión es como el aire, que penetra por todas partes sin dar aviso de su presencia, mientras que las tentaciones dependen de ciertas circunstancias que nos advierten el riesgo inminente, como el obscurecimiento repentino de la bruma en los mares del Norte anuncia la llegada de un hielo flotante. La ilusión se encuentra en todas partes. Caricatura de la gracia, la precede ó la sigue: exalta la perseverancia y la felicidad; sirve de base á nuestras acciones como la tierra y las rodea como la gloriosa bóveda del cielo: las acompaña ó se infiltra en su subsistencia; las alaba en el amor propio ó las vitupera en la falsa conciencia; nos da una luz para ver en ella, y su luz nos ciega. Los dos estados de actividad ó de reposo son igualmente favorables para sus operaciones: se oculta y se presenta por intervalos, tan difícil de distinguir como las vibraciones de las alas del pájaro-mosca. Compañera insoportable, sigue nuestros pasos sin descanso por montes y valles, por selvas y llanuras, en la ciudad y en el campo, por mar y por tierra, siempre pronta á remedar á nuestro ángel custodio invisiblemente y á arrastrarnos á ocultos manejos para frustrar la sabiduría y la buena voluntad de ese espíritu caritativo. Causa disgusto de la vida el verse expuesto á ese azote y seguido tan

de cerca por un enemigo burlón y triunfante. Hagamos en las cosas naturales las alteraciones que nos plazcan, siempre somos presa suya. Y lo que todavía es más, se desarrolla en nosotros con la misma gracia. La gracia le suministra ocasiones, le abre perspectivas y le proporciona el maligno placer de hacer en nosotros experiencias. Creo que con frecuencia hay más ilusión en un religioso que en un seglar, aunque yo no veo en el mundo nada más grande que el ser religioso. ¡Defecto miserable! Y ¿cómo le hemos de corregir? Cede y vuelve como el aire que se produce agitando alguna cosa. En su optimismo ¿quién puede jamás humillarle? Sin embargo, no nos desalentemos: esperemos, y más tarde veremos que, como todos los asuntos obscuros, éste tiene su lado claro, y hasta diría resplandeciente de luz.

Otro carácter de la ilusión es su profunda tenacidad. Una serie de victorias no parece jamás suficiente para habituarnos á triunfar de ella; no hay mortificación que pueda abatirla. Todas las medidas que se toman contra ella parecen fortalecerla; por todas partes se abre paso, huye de la presión y vuelve á aparecer íntegra como el azogue vivo; no se la puede unir ni contener, ni someter al análisis, ni desprenderla de las circunstancias de la vida. Concentrarla un momento, se escapa al siguiente, se dispersa y se sustrae á toda persecución. La vigilancia sirve de muy poco, como no sea para darnos de ella un conocimiento teórico, como la contemplación de las estrellas nos conduce á formar sistemas sobre su

curso, sin poder alterarse en nada. No adquirimos ninguna experiencia haciéndola la guerra, porque rara vez repite la misma especie de ataque. Por mejor decir, la palabra ataque no es la que le conviene, y la de estratagema apenas expresa esa especie de osadía tranquila, que hace que la ilusión tome por todas partes la delantera. Es pasiva, aun cuando tiene la actividad de una substancia corrosiva. Anuncia la paz más que la guerra; quiere vivir tranquilamente á nuestra costa y sustituirnos para hacerse nuestra alma y nuestra vida. Eso es lo que la arraiga tan fuertemente, porque de cuantos males nos afligen ninguno hay más inveterado.

Después de eso, debemos observar su habilidad en revestirse con las apariencias del bien. ¿No es asombroso que ese primer ministro de Satanás posea algo del gran talento de su amo? Y es decir muy poco el llamar á esa disposición una simple habilidad; porque el estado constante, el estado normal, la ley de gravitación de la ilusión, es esencialmente el llevar el traje de la virtud. Si tomase las apariencias del mal no nos engañaría, porque estoy en la persuasión de que hay muy pocas personas en el mundo que con sangre fría, y sin ninguna perturbación de las pasiones, quieran escoger el mal como tal, una vez conocido con certeza. No creo que, fuera del infierno, haya ninguna criatura que prefiera el mal por ser mal. Y cuando eso fuese, no sería una ilusión, sería endurecimiento, malicia audaz é intencionada. La ilusión consiste en hacer la obra del diablo, con la persuasión más ó menos concien-

zuda de que se hace la obra de Dios. La perfección maravillosa con que la ilusión puede adaptarse mil disfraces sin temor de ser descubierta, es uno de los principales caracteres de ese genio fatal. ¡Ay! demasiado sabemos cuánto es su aplomo para persuadirnos las cosas más extrañas, y cuán natural la es el no asombrarse de nada. No podemos admirarla bastante; ¡pero pluguiera á Dios que supiéramos más tener que admirar! Habría menos naufragios entre las almas inmortales.

Afortunadamente, tenemos el consuelo de conocer un lado débil de la ilusión; ese lado débil es otro de sus caracteres. Y es el que es muy sensible, aunque sea áspero al tacto; prorrumpe en gritos cuando se la toca, pero sin consecuencias ni de seguida. En la creación vemos seres perjudiciales y dañinos, cuya peligrosa proximidad nos es anunciada por un olor, un sonido, ó la presencia de algún otro animal; y ésa es una de las pruebas del amor de Dios en la historia natural. Pues bien: he aquí algo semejante en el asunto que nos ocupa. Hay en la ilusión peligros á centenares, ó más bien á millares; pero su grande peligro está, sobre todo, en no ser conocida; mas por una atención de la Providencia, su susceptibilidad la descubre. Todos tenemos cierto número de maneras, de acciones, de costumbres, de posturas, y hasta de sutilezas, de que nadie puede vituperarnos sin hacernos salir de quicio. Apenas sabemos la razón de ello. ¿Por qué somos tan indiferentes cuando una lengua malévola toca tal ó cual punto de nuestro amor propio, cuan-

do saltamos como la pólvora si se trata de algún otro, que ni es más criminal, ni más comprometido ni más ridículo? No podríamos decirlo, ni aun con frecuencia analizarlo, aun cuando á ello se excitase nuestra atención; mas por lo general la ilusión es la que se hace traición, y ese descubrimiento es para nosotros de la mayor importancia. Esa susceptibilidad de la ilusión es una buena fortuna, un cuidado de la Providencia; es la cola de la serpiente de cascabel, que se hace oir á expensas del animal. Tiénese más cuidado de atravesar el matorral cuando el sonido se deja oir; si lo hubiéramos hecho siempre así, nos hubiéramos ahorrado muchas mordeduras.

La alianza de la ilusión con nuestro bien es otro de sus rasgos característicos. Tiene el genio de las alianzas; todas la son naturales, la prestan su auxilio y dilatan su influencia. Su poder de combinación es increible; sólo la observación y la experiencia pueden darnos una idea de él. Puede amalgamarse con lo que creía en la apariencia contrario ó antipático, pero sobre todo con el bien, escogiendo lo mejor y más excelente que hay en él para adherirse á ella con predilección. Con frecuencia el bien ahoga al mal, cuando por el auxilio de la gracia llega á superabundar; pero ordinariamente la cantidad de bien no hace más que refrescar la ilusión, mientras que la más débil dosis de veneno basta para neutralizar una suma de bien completamente desproporcionada. La hipocresía no es generalmente de larga duración, á menos que no contenga algún poco de piedad para hacerla pasar. Así es como la ilusión es-

coge deliberadamente la vecindad del bien para alimentarse con él y resguardarse. Y por eso nosotros tenemos que consultar la altura de nuestra gracia, porque desgraciadamente, hasta cierto punto, es el barómetro de nuestras ilusiones. Como fenómeno semejante, si no como corolario sencillo de esa particularidad, debemos observar el familiar desembarazo con que la ilusión se introduce en los Sacramentos. Hasta la misma confesión frecuente tiene su parásito de ese género; y nuestra corrupción puede hacer de la comunión frecuente un foco de ilusiones. Pero no me atrevería á ir más lejos en estas cuestiones, á menos de examinarlas á fondo.

La ilusión muere con la edad: ese es otro de sus caracteres. Hay malas hierbas que crecen como por casualidad en nuestras almas; otras mueren en ellas si circunstancias especiales no favorecen su desarrollo. Las hay que sólo un acto criminal las ha producido, acto aislado, sin parentesco ni filiación, sin antecedentes, sin consecuencias visibles, y sin fuerza de vegetación. Pero la ilusión brota inevitablemente y creciendo la vida, ensancha nuestras facultades de engañarnos á nosotros mismos. La sencillez es lo único fatal á ese monstruo, y si pudiésemos ser perfectamente sencillos, sería para él una llaga mortal. Pero la vida multiplica los negocios, distrae la atención, complica la conducta diaria: nos aturde con su rapidez, su inconstancia, sus contradicciones, y la ilusión se esparce en ellos, como el aire en el vacío: sin ruido si tiene tiempo, y con estrépito si se ve obligado á precipitarse. Sólo podemos estar segu-

ros de una cosa, y es que la fuente corre con más abundancia cada año, y que á menos que la gracia no haga evaporar las aguas á medida que van subiendo, la vida no es ya más que una lucha entre la ilusión victoriosa y la gracia que se afana en evitar, ó al menos retardar su derrota. Hay uno de esos casos en que la gracia no puede triunfar si no opera más que á medias. En otras operaciones es un triunfo suficiente el no perder terreno, pero aquí lo dudo.

Pero lo que es verdadero en la vida de la naturaleza, lo es igualmente en la vida de la gracia. Porque las potencias de las ilusiones se han avivado en razón de la altura de la vida espiritual, y ese es otro carácter distintivo. Según una antigua máxima, cuya triste realidad no ha tratado de negar ningún autor ascético de alguna experiencia, las operaciones de la gracia están más sujetas á la ilusión, en proporción á su sublinidad, á menos sin embargo que se hallen á tal altura, que hayan colocado al alma en el más alto grado de la unión divina. Eso proviene de que no se hallan en proporción con nuestra miseria y debilidad; y como las más sublimes se hallan todavía menos en proporción con nuestra bajeza, no están casi exentas de ilusión, sino porque lo invaden y lo transforman todo de una manera más soberana. No es más fácil el responder á las gracias comunes, y las gracias de primer orden se apoderan de nosotros más fácilmente, pero las gracias elevadas de la región media están llenas de ilusiones, precisamente porque no tienen fuerza para contrabalancear por sí mismas el peso

desproporcionado que nos imponen. Un número muy corto de los que tienden á la perfección, se eleva sobre esa región media. Por manera que la regla común y práctica es, que cuanto más se elevan los hombres en la vida espiritual, más emboscadas encuentran en sí mismos. Las mortificaciones interiores son de un órden más elevado que las demás, y por lo tanto se hallan más expuestas á equivocaciones. El padecimiento corporal es un hecho palpable, según el cual podemos dirigirnos, y si hay que sufrir alguna ilusión, el dolor mismo nos libra y desencadena de ella, pero no sucede lo mismo con las mortificaciones de un orden superior. Lo mismo sucede con la oración: cuanto más se acerca á los estados pasivos, más expuesta se encuentra á errores. Así sucede con los géneros particulares de oración, de suerte que una especie de descrédito ha concluído por caer sobre ellos: nos suministran ocasiones infinitas para extraviarnos, al mismo tiempo que nos abren por todas partes caminos de gracia. Esa es una especie de consuelo correspondiente al peligro. Las ilusiones pueden ser una indicación de nuestros progresos en el bien, y en esas tinieblas de Egipto, hasta una apariencia de luz basta para regocijar la vista; una probabilidad tiene el valor de una realidad, cuando parece perdida toda esperanza.

Pero aun hay más: la ilusión parece alimentarse con la oración y robustecerse con la contemplación. La oración nos conduce á un mundo nuevo, un mundo que tiene su lengua, un mundo en que las formas de los objetos son diferentes, y se ven á través de las

tintas de una nueva atmósfera, mientras que la falta de costumbre nos hace incurrir en equivocaciones. Y luego no hay nada tan engañoso en la naturaleza como la luz: nos engaña en cuanto á las dimensiones y las distancias: invierte los objetos, y nos hace ver cosas que no tienen más que una existencia fantástica. Un principio que no es menos verdadero en teología que en las ciencias naturales, es que la luz no se colora sino por su contacto con las tinieblas. En el mundo de la oración hay colores que no podrían atribuirse ni á los objetos ni á la atmósfera que en ella se respira; hay allí esplendores que deslumbran y hacen perder el camino recto. La costumbre es la única seguridad que tenemos en las cosas sobrenaturales: mas cuando con el tiempo nos hemos habituado á un orden de objetos sobrenaturales, el progreso de la gracia nos eleva á un orden superior. La vida espiritual nos hace constantemente variar de esfera: de otro modo no sería vida, sería un estancamiento. No es este el sitio de abordar ese asunto, pero no sería difícil mostrar que todos los fenómenos de la oración, sus riesgos, sus variedades, sus reacciones sobre el alma, sus circunstancias y hasta sus bendiciones, son singularmente capaces de suministrar alimento á las ilusiones. En materia de experiencia, cada uno que tiene la costumbre de velar sobre sí mismo, no ha dejado de observar cuán rodeada de esa especie de escollos se encuentra á la oración, considerada como costumbre.

Observemos además un carácter de la ilusión que tiene relación con el anterior: su protitud en aprove-

char la ocasión y en apoderarse de toda gracia nueva para convertirla en su provecho. La oportunidad hace la mitad de la tentación, porque nuestra naturaleza es tan débil, tan incapaz de sostenerse firme en una sorpresa, que lo que llega á tiempo, ya sea bueno, ya malo, es casi irresistible. El imperio de la ilusión reposa en parte en su habilidad en escoger el tiempo. Marchando á pasos contados, paciente y perspicaz, no tiene nada de la impetuosidad de las pasiones que se precipitan fuera de sazón, pasan más allá de su objeto y desfallecen en su violencia enteramente brutal; si consiguen algo, es más bien por su tenacidad que por su astucia. Pero la ilusión maneja su diplomacia con delicadeza y sin ruido: á pesar de su prontitud es sutil y cuidadosa, es refinada, mesurada, minuciosa como un químico, es graciosa como el intruso que comprende lo falso y lo difícil de su papel y procura atraerse la benevolencia con sus buenas maneras. Cuando esa habilidad en escoger el tiempo se aplica á los aumentos de gracia que recibimos sin cesar, se concibe cuán grandes deben ser nuestro peligro y nuestra miseria. Nos parece que nuestra renta espiritual es importante y que nuestros dividendos son regulares; pero en realidad no todo el provecho es para nosotros. La ilusión exige un impuesto considerable, que se la paga céntimo por céntimo, á medida que llegan nuevas gracias: por manera, que jamás podemos valuar con exactitud lo que debe contarse como por valor: sólo sabemos que su cifra debe ser muy elevada. El uso, el respeto y consideración prudentes de nuestra gracia, es uno de los puntos

más difíciles de la vida espiritual, y algún día tendremos conferencias sobre el asunto (1). Baste manifestar aquí, con harto pesar nuestro, que la ilusión arrebata la flor de nuestras gracias á medida que nos llegan, de manera que nuestras almas sedientas, casi nunca gustan uno de esos preciosos frutos en toda su frescura. Con mucha frecuencia un contacto indiscreto le ha marchitado, y el delicioso jugo comienza á fermentar.

Así, la ilusión infesta la naturaleza, infesta la gracia, tanto en este mundo como en el otro, y una de sus señales distintivas, es el confundirse con el carácter natural. En algunas personas eso tiene lugar habitualmente; en otras, sólo en ciertos momentos. He hablado más arriba de aumento en materia de ilusión; ¿pero en dónde se efectúa ese aumento sino en el carácter natural de un sujeto debilitado y desmoralizado por el pecado? Así es, que hay una relación necesaria entre nuestro carácter natural y nuestro sistema de ilusiones, aun cuando sea insostenible el confundir ambas cosas. Pero esa relación hace que no solamente seamos acometidos por nuestro flaco y en el momento más malo, sino también que nosotros descuidemos nuestras propias disposiciones tan completamente que ya no nos reconozcamos á nosotros mismos. Y en eso está el peligro. Casi todo el mundo considera su carácter natural, en todo ó en parte, como una necesidad moral de su ser. Por lo menos

(1) Las conferencias sobre el uso, consideraciones y demás de la gracia han sido predicadas en la Cuaresma de 1858.



se le concede, hasta cierto punto, el derecho de hacer la ley. No se puede tolerar esto, no se puede soportar lo otro; eso se admite como hechos en el gobierno, ó más bien en las atenciones que cada uno se guarda á sí mismo, porque ¡ay! más bien se contemporiza que se gobierna, lo cual conduce á ese escollo donde naufragan tantas almas; la manía de dispensarse del cumplimiento de sus deberes bajo diversos pretextos: en lo que se confunde la desconfianza de la naturaleza con la desconfianza de la gracia, y la desconfianza de sí mismo con la confianza en Dios. Viene entonces la ilusión, que con una habilidad que admiraríamos, si no fuésemos sus víctimas, se desliza en esa región privilegiada de nuestro carácter y de nuestras disposiciones, que queremos ahorrar á toda costa y llega á ser así una ley de nuestra vida. Mentimos á nosotros mismos, y hacemos que esa mentira pase como ley. No digamos más sobre ese punto.

Tenemos que añadir á nuestra enumeración la multiplicidad de las formas de nuestras ilusiones. Podríamos decir que son sin número como los insectos de la tierra, y que cada forma es una especie en sí misma, tantas son sus variedades y sus individualidades. Es en cada una como la quinta esencia del mal combinada con todas las cosas sin que jamás se encuentren dos combinaciones semejantes. ¿Quién podría conocer á fondo á un Proteo de esa especie?

Otro carácter que tiene relación con el anterior, es la rapidez de sus cambios invisibles, capaz de hacer perder la cabeza; es más pronta que la corriente eléctrica, que da la vuelta al globo veintidos veces

por segundo. No hay medida para la rapidez del pensamiento, y entre los nuestros hay muy pocos que sean de una lógica tan espontánea, ni tan rápidos, como los que nos sirven para engañarnos á nosotros mismos.

Es preciso también añadir el carácter humillante de la ilusión. Hay una vergüenza ó sonrojo especial atado á ese yugo, que vemos oprimirnos tan de cerca cuando llegamos á percibirle. Nadie tiene más horror instintivo al conocimiento de sí mismo que el que una vez ha sido sorprendido para mentirse á sí propio. No puede soportar la idea de pasar por ese bochorno. Su descubrimiento le ha cambiado y mejorado en muchos puntos, más en cuanto á otras relaciones, á menos de una grande gracia, ha perdido su talento. Vive mejor según cierto jugo, pero su salud nada vale. Eso sucede más particularmente á los aprendices de la vida espiritual. Cuando se encuentran por vez primera lanzados á las praderas de la vida ascética, y en los inmensos y frondosos bosques de la meditación, caen en la gula ó glotonería espiritual, y toman bien pronto su pesadez por un aumento de fuerza. Antes de dejarlos en libertad, se hubiera debido hacer, como los labradores de los antiguos y buenos tiempos, que antes de soltar sus bestias para que pastasen, las ponían trabas para que no pudieran correr ni causar daño. Esa especie de glotonería espiritual concluye por manifestar el hombre á sí mismo. Si toda costumbre de mentir es degradante, ¿cuánto más debe serlo la de mentir á sí mismo? Entonces sobreviene el cansancio, se convierte el hombre en

moderado, se aficiona á las comodidades, hace una vida, cuando más, cristiana, y por último, va á expiar la discreción con años y años de purgatorio si desgraciadamente no va á parar algo más lejos. Un hombre que cambia su género de vida, se imagina que debe hacerlo de pies á cabeza, y que no sería suficiente cambiarla en un solo punto, sino en toda su persona. Por eso tantas gentes llegan á ser verdaderos enigmas al querer contradecir sus antecedentes; el hombre de ley se hace mal escritor, y el matemático un pobre hablador. Lo mismo sucede con esas gentes á quienes la vergüenza de sus ilusiones conduce á una vida en que la hipocresía ya no es posible, porque no hay en ella apariencia de piedad.

Hay por último un carácter que el examen de todos los demás nos descubre, y es el antagonismo particular entre la ilusión y Dios. El uno, la verdad absoluta; la otra, la más miserable de las falsedades; el uno, sencillez y luz; la otra confusión y tinieblas; el uno, todo misericordia; la otra, falta de piedad. La ilusión nos pertenece como criaturas antes que seamos transformados á la imagen divina: ése es el grande resultado del pecado en su complicación. Opone á Dios su trabajo subterráneo, y su obra al descubierto en toda alma y en toda ocasión: hace á la naturaleza mancillar la gracia, y enseña al pecado á evitar la penitencia. Su apostolado consiste en desviar de la perfección: hace que un gran número de vidas rompan sus amarras y vayan á perderse en las rompientes ó en los arrecifes, ó bien que se gobierne muy mal el timón. ¿Cuántos naufragios provienen de

una mala dirección? La ilusión procura obscurecer la gloria de Dios cuando no puede ocultarla: profana el lecho del moribundo y muere contento.

Es ûn enemigo doméstico con el que no se puede concluir durante nuestra vida, pero entre nuestras demás pruebas y como para agravarlas, es preciso que nos ocupemos en combatirle y tenerle cautivo y aherrojado. Todo le sirve de alimento, aun los venenos; las mortificaciones le fortalecen, la oración le engruesa y los Sacramentos le hacen florecer y prosperar. No hay más que una manera de deshacerse de él, y es sitiarle por hambre: pero al atacarle por inacción corremos el riesgo de acosar con el hambre á nuestras almas. Tenemos, pues, razón para suspirar por una sencillez de niño, según la real verdad; porque Dios es verdadero, y todo hombre es mentiroso. Sin embargo, el consuelo no está lejos, se halla á la vista; y ése es también un carácter de la ilusión, el décimosexto de los que hemos enumerado; y es, que hay una cosa y una cosa única con la cual ese azote parece casi incompatible, ó por lo menos si hay combinación posible, es inmensamente mitigada: quiero decir, un dolor habitual del pecado, la admirable gracia de la contrición.

V.

LOS REMEDIOS PARA LA ILUSIÓN.

¿Hay algo en la creación que verdaderamente tenga substancia? ¿Alguno en el mundo que sea real y serio? ¿Hay vida espiritual? Tales son las preguntas que se sentiría uno inclinado á hacerse casi inocentemente, cuando se considera bastante á fondo el asunto de las ilusiones religiosas. El hombre no es en el fondo más que pequeñez, y vemos sin disfraz toda esa miserable pequeñez cuando nuestro espíritu se repliega interiormente para observarla. El conocimiento de sí mismo quita hasta la frescura de la adoración y esparce una tinta descolorida sobre las prácticas piadosas, que deberían reposar apaciblemente á los rayos libres del puro amor. No siempre es fácil observar con exactitud la línea de demarcación entre el examen de conciencia habitual y la miserable contemplación de su persona. Sin embargo, sin examen de conciencia somos perdidos, mientras que el buscar el conocimiento de nosotros mismos es una odiosa lepra para el alma. En

las cavernas de nuestra personalidad, el aire es muy malsano: todo está allí húmedo, todo se enmohece, todo se deteriora: y el alma, que constantemente tiende á no vivir más que en ella misma, probablemente se echa mucho á perder. ¿Qué cosa más desagradable que un egoísmo siempre apenado y enfermizo? Cuanto más se acerca uno á él, cuanto más se le aplica la mano, más repugnante parece. Además, todo se transforma en ilusiones, oraciones, sacramentos, mortificaciones, impulsos del divino amor, cosas todas frescas, como el arroyuelo que corre saltando y formando cascadas á través de la sombra del bosque ó la brisa de las rocas; todo llega á ser, ó puede serlo, malsano y displicente, después de haberse introducido en nuestra vida espiritual. Desde ese momento no me extraña que gentes de talento y de carácter vigoroso, personas hábiles y activas, ó de robusta constitución física, tengan una mezcla de horror y de desprecio á lo que se llama vida espiritual. Sin embargo, cada cosa está bien cuando se halla en su sitio: los enfermos están mejor en los hospitales que en las cimas de las montañas. El aire puro, las cimas resplandecientes, las aguas que se precipitan, los aromáticos pinos, las hierbas cubiertas de rocío, los caprichosos paisajes de la espiritualidad pertenecen al otro mundo más bien que á éste. De nada sirve impacientarse. Si hay un odio á sí mismo, que es sabiduría, hay también otra cosa, que es un estúpido amor propio. ¿Qué es el no poderse sufrir á sí mismo, sino fatuidad? ¿Rompiendo los humildes lazos de la piedad, se consigue el sustraerse de sí mismo? ¿Ó bien limitándose

á la devoción exterior y evitando todo cultivo interior del espíritu, como estando enfermizo y sujeto á la ilusión, no hay ya nada que temer? Los pequeños despechos, la afectación, el aire de importancia, las preocupaciones mezquinas, las originalidades gastadas, las agitaciones ridículas, las envidias de niño, las susceptibilidades sin gracia ni fundamento, las inquietudes sobre la salud, las jactancias del tiempo pasado y del presente, y tantas otras puerilidades de esa especie, que entonces se sobrepondrán, ¿no son indicios de un alma enfermiza, mucho más que las niñerías de un escrúpulo, el aire sofocante de un espíritu siempre encerrado, los embarazos y las torpezas del aprendizaje espiritual, ó el refunfuñar del hombre que se arroja con amargura á la mortificación, porque su gracia no llega hasta suponer la oposición natural de su carácter á la dulzura? Podemos estar seguros de que todas las personas que tienen una aversión instintiva á la vida espiritual, trabajan para el diablo mucho más de lo que ellas creen: afortunadamente el éxito no corona sus empresas.

¿Y á dónde quiero ir á parar con todo esto? A moderar vuestra impaciencia en el momento de hablar de los remedios contra las ilusiones. Estamos en mal terreno y no encontramos nada bastante completo, nada bastante claro y específico que responda á nuestros deseos. Me ha ocurrido escribir una vez que no hay nada irreparable en la vida espiritual. Más de cinco veces, la ilusión me ha puesto á punto de cambiar de idea: sin embargo, creo que tenía razón, y sostengo mi aserción: quede, pues, sentado que la ilu-

sión puede curarse: en cuanto al tratamiento espiritual, miradle como un mal necesario, como todo lo demás de la vida espiritual, si así os conviene. Esto, ciertamente, no es mucho decir. Pero al fin basta que se admita que es indispensable, y cuando una cosa que se refiere á nuestras relaciones con Dios es indispensable, es necesario, hasta por interés nuestro, poner manos á la obra alegremente, y cuanto más pronto mejor. Con esta disposición, vamos á ver esos remedios. Si no presentan cuanto sería de desear para satisfacer grandes esperanzas, contienen, no obstante, lo suficiente para alentarnos. Cuanto más penetramos en el conocimiento de nuestra falsedad, más nos acercamos á la verdad de Dios, y de una manera ó de otra, encontramos más ánimo humillándonos nosotros mismos. Esto parece extraño pero es un hecho.

Comenzarémos por las generalidades, y luego descenderemos á sus aplicaciones. Así decimos desde luego, que ese conocimiento de nuestra falta de sinceridad para con nosotros mismos, es lo mejor que hay para ponernos en curación, y por eso he insistido tanto sobre ese punto. Una cosa tan móvil y tan individual, debe ser tomada de cien maneras diferentes. Una vez que veamos nuestras ilusiones, la ocasión y las circunstancias nos suministrarán las armas más adecuadas para combatirlas. Ese mal es un culpable que se disfraza, porque no quiere ser conocido, y gana en ocultarse: su conciencia le hace temblar con sólo una mirada: si teme ser descubierto, y mucho más si se halla expuesto á una luz muy



viva, pierde la cabeza, queda al descubierto y hace gestos involuntarios que procura evitar cuando está prevenido. De ese modo, el sentimiento de nuestras ilusiones nos da la ventaja no sólo de poder dirigir nuestros golpes, sino también para atacar á un enemigo desmoralizado. Eso bastaría, en materia tan importante, para excusarnos de haber hablado tanto, aun cuando no señalásemos un tratamiento definido. Porque lo que se ha dicho nos pone en el caso de reconocer á la ilusión cuando la vemos y nos indica los lugares en que podríamos ponernos sobre la pista. Y si el simple conocimiento no basta para completar la curación, la opera por lo menos en parte.

La sencillez general de la vida es un poder enemigo de la ilusión. Cada grado de sencillez de nuestra conducta disminuye la influencia del mal, le debilita y contiene á las ocasiones. Lo que es la luz en el mundo físico, es la sencillez en el mundo espiritual, y la luz es la que nos da la idea más perfecta de ella. Tal es la energía de la irradiación luminosa: apenas puede ser expuesto á ella un objeto algunos momentos sin experimentar alguna modificación. En el reino animal, lo mismo que en el vegetal, la vida languidece si se halla privada de luz: las hojas no toman el color verde, ni las flores sus matices. La falta de luz hasta puede desarreglar á la naturaleza en su curso, á más bien impedirla que cumpla su objeto. Así es, que hay animales que no pueden desarrollarse en la obscuridad. Hay gentes que pretenden que los diamantes se forman por la luz; pero de todos modos un gran número de sales no se cristali-

zan á la sombra. Podríamos multiplicar esos ejemplos indefinidamente, y por todas partes encontraríamos emblemas de la acción celestial, de la sencillez sobre la vida espiritual. Las personas que piensan habitualmente en Dios, las que piensan en Dios primero y luego en sí mismas, aquellas cuya vida y acción no dependen sensiblemente de las miradas y de los dichos de otro, ó bien, además, las que cumplen su deber por amor, sin volverse mucho hacia sí mismas, he ahí los sujetos en que la ilusión encuentra las circunstancias menos favorables para sus triunfos entre pobres criaturas que no pueden dejar completamente de amarse. En almas de este temple la ilusión casi siempre se halla castigada bajo la forma de otra enfermedad, como la viruela en las personas vacunadas. Seguramente para ser sencillos hay motivos sin fin y en extremo poderosos, pero hay muy pocos que deban hacernos tanta impresión como la certeza de que en ellos se encuentra el preservativo contra las decepciones que nos vienen de nosotros mismos. La sencillez y la ilusión son dos cosas antipáticas.

Hagamos también una observación cuya generalidad se refiere tanto á la curación de la enfermedad como á su aplicación á los diversos individuos. Cuando un hombre hace una serie de descubrimientos, y generalmente uno de ese género no viene jamás solo, y se apercibe de que constantemente es víctima de sus ilusiones y que lo que estimaba como la base principal de su vida interior no es ni más ni menos que una equivocación, su plan prudente es con fre-

cuencia el refundir todo entero su sistema de vida espiritual y basarle sobre una sola práctica concentrada. La práctica más apropiada á su posición sería la de ejercitarse en actos de intención pura y procurar hacer esa intención actual más bien que virtual ó habitual. El pájaro que vive de las hojas y de las bayas del árbol llamado huaco, y que combate á las serpientes sin que le perjudiquen sus picaduras, porque su alimentación ordinaria es un antídoto, es el emblema del alma que vive con pureza de intención. Combatir serpientes, tal es la tarea de todas las almas; pero hay pocas que tengan el golpe seguro y rápido del pájaro secretario para asir á las serpientes, y elevando su vuelo hacia el cielo, dejarlas caer para que se revienten contra el suelo, todo eso sin presentar el cuerpo para no sufrir una mordedura ni dejarse arrollar las alas en los pliegues convulsivos del reptil. La mayor parte del tiempo es preciso contentarnos con el antídoto y no dejarnos picar. Sin embargo, ese remedio de concentrar todo el poder del alma exclusivamente en la pureza de intención no puede recomendarse á todo el mundo indistintamente: haría más daño que provecho á los escrupulosos, de los que muchos llegan á serlo por una dirección indiscreta; por manera que, ó por falta ó por desgracia, hay una porción considerable de personas piadosas que se hallan parcialmente atacadas de ese defecto. Mas para aquellos á quienes el remedio puede convenir, casi será un específico. No conviene á los que hace desgraciados, porque la desgracia, cuando es puramente obra nuestra no nos

ayuda á servir á Dios. Sirvamos al Señor á los rayos de su sol cuando le haga alumbrar, y le serviremos tanto mejor en las tinieblas cuando le plazca enviárnoslas. Eso llegará pronto ó tarde, mas entretanto, unas tinieblas facticias serían peores que luces falsas, más engañosas, más llenas de fantasmas y de ilusiones. Si, pues, los esfuerzos que desplegaríamos para hacer más actuales nuestras intenciones de hacerlo todo por la gloria de Dios, no hiciesen más que embarazar nuestra conducta en lugar de simplificarla; si obscurecían nuestro espíritu en vez de aclararle, debemos creer que ese no es para nosotros el camino recto, aun cuando lo sea en realidad y otros muchos marchen por él con seguridad. Una cosa puede ser muy provechosa para algunos y peligrosa para aquellos á quienes no ha sido destinada. Con tal que nuestra luz sea la luz de Dios y nuestras tinieblas las tinieblas de Dios, debemos estar tranquilos: nos hallaremos en el puerto cuando llegue la noche prolongada.

Pero vengamos á las particularidades y digamos algo acerca del tratamiento antes de hablar de los remedios: fijemos lo que debemos evitar y lo que tenemos que hacer. En primer lugar, no debemos tratar de combatir las ilusiones á fuerza de exámenes de conciencia y sondeando continuamente nuestros motivos en todas nuestras acciones. Estar dilatando siempre una llaga para ver si se cura es una necesidad: todo debe tomarse con paz en la vida espiritual, hasta las faltas, y con mucha más razón los ejercicios espirituales. Aun entre estos últimos los hay que

por su naturaleza requieren más especialmente tranquilidad, y el examen de conciencia se halla en ese número. Practicado con exceso ese ejercicio concentra demasiado nuestra atención sobre nosotros mismos y descompone nuestra balanza de lo exterior á lo interior, de donde depende la regularidad de la templanza de toda vida espiritual: nos infunde escrúpulos por exageración: y en el defecto contrario, nos ahoga en los detalles y las excusas parciales. Nuestros motivos son cosas complicadas y debemos analizarlos con precaución suma, como esas substancias químicas cuya atmósfera es peligrosa para el que hace los experimentos: una vez emprendidos es preciso concluir pronto con ellos. Un buzo no puede estar más que un tiempo limitado en el fondo del mar, y aun con frecuencia no sube sino arrojando sangre por la boca y oídos: lo mismo sucede cuando nos sumergimos en el fondo de nuestros motivos: vale más subir pronto si no encontramos en seguida lo que buscamos; y muchas veces conseguiremos más elevando nuestras miradas al cielo que descendiendo al fondo del agua. Un hombre concienzudo se halla grandemente tentado á entrar en confesión cuando ha cometido una falta, y sobre todo cuando ha descubierto en sí mismo falta de rectitud en materia espiritual, pero es una tentación en donde la gracia es extraña. No es con frecuencia más que una especie de indignación salvaje contra sí mismo, una nueva forma de ilusión en gran favor con el amor propio.

Es necesario también que recordemos que las ilusiones no son de esas cosas que se curan de una vez

para siempre: sin que en esto haya duda alguna. Esa curación es obra de toda la vida. Es importante que recordemos este punto, porque naturalmente, propendemos á poner manos á la obra en lo que es accidental y transitorio, de la misma manera que si se tratase de una tarea diaria de la vida. Es también una operación en que el desaliento es particularmente funesto, porque cuanto más debe prolongarse un esfuerzo, menos se para la desanimación, y la perseverancia necesita un fuerte impulso. Todos los días podemos ver, á lo largo de los caminos de hierro, cuánto un hilo de metal, de cierta longitud, cede ó se doblega arrastrado por su propio peso. Lo mismo sucede con la perseverancia; necesita también partes ó sustentáculos que la sostengan; no se la puede cargar nada, y lo único que puede hacer es sostenerse á sí misma: eso basta para su gloria. Además, el género de guerra que tenemos que sostener contra la la ilusión, y el carácter de ese enemigo, hacen el desaliento particularmente peligroso. La esperanza es la que hace el golpe de vista de la fe claro y seguro; pues bien, la táctica de la situación consiste en fatigar á la esperanza. Embarazo, complicación, confusión, extratagemas, ataques reiterados bajo todas las formas, fuera de toda provisión y de todas las leyes de la guerra, todo contribuye á gastar nuestra esperanza; y si tenemos la desgracia de postrarnos por desesperación, hay probabilidades de que no volvamos á levantarnos.

Tampoco debemos enorgullecernos. Hay combates, tales como una carga contra el populacho amotinado

en las calles, en que la victoria no reporta mucho honor; y hay batallas en terreno pantanoso, de donde el vencedor sale cubierto de cieno y desfigurado. Así no tenemos que buscar gloria en nuestras luchas contra la ilusión. Jamás, en ninguna de nuestras conquistas espirituales, entraremos en la ciudad de grande uniforme, resplandecientes con los galones, con banderas desplegadas, y entre los acordes de las músicas y de las marchas triunfales. Siempre volveremos sucios y con desgarrones. En ese género de combates es preciso también dar muchas muestras de paciencia y buen humor por pobres victorias y modestas ventajas, mirar como provechosa la prolongación de la guerra, y en fin, acudir á ella con la firme resolución de no omitir sacrificio ni esfuerzo alguno, suceda lo que sucediere.

En materia de remedios especiales, encontraremos, con harto descontento, que cuando más, no son sino generalidades. Debe ser así, para un objeto tan múltiple, y que abraza toda la vida. El primer remedio es una grande desconfianza de sí mismo; no sólo como sentimiento general que nunca se recomendará bastante, sino también de una manera más particular. Me explicaré por medio de una simple comparación. Cuando yo era estudiante, me gustaba componer versos que excitasen el interés de las personas que me profesaban cariño; y por consecuencia de ese afectuoso interés, me prescribieron, como regla general, que siempre que un verso me complaciese sobremanera y me pareciese más cadencioso que los demás, le reformase ó le sustituyese con otro que no fuese

tan sobresaliente. La disciplina era severa, pero eficaz. Ahora hay cosas y ocasiones en que estamos seguros de tener razón; es claro como la luz del día; debemos desconfiar de nosotros mismos, es verdad; pero no teniendo motivo alguno para mantenernos en guardia en los puntos en cuestión, podemos dispensarnos del fastidio de una vigilancia universal. Se tiene, ó lo que viene á ser lo mismo, se cree tener en el alma una región afortunada, en donde luce siempre la luz, igualmente esplendorosa; por manera, que se tiene el privilegio de recorrerla, sin temor ni peligro de encontrar en ella emboscada ni ilusión. El remedio de que hablamos es el desconfiar de nosotros mismos, precisamente sobre esos puntos, ó esas ocasiones privilegiadas; es el hacernos como un artículo de fe, que cuando estamos más seguros de tener razón, tenemos necesariamente un mal. En efecto, la experiencia no tarda en mostrarnos que en todas esas convicciones íntimas en que estamos de tener razón, hay una guarnición completa de amor propio. La práctica de desconfiar especialmente de esas seguridades íntimas, produce bien pronto en nosotros un efecto particular, que no deja de tener importancia en el combate de que se trata. Yo le llamaría limpieza de carácter. Cuando hablamos de aguas claras y diáfanas, de manantiales cristalinos y transparentes de las montañas, entendemos algo más que la transpariencia; algo puro y como de sencillez; pero hay allí más mérito, y las brillantes aguas adquieren calidad, filtrándose á través de las capas del terreno.

Así, el carácter limpio se mueve y corre tan naturalmente como la sencillez misma; y los que han aprendido á ser sinceros, después de haber adolecido del defecto opuesto, tienen por recompensa una claridad especial.

Todo lo que nos impide seguir los consejos del amor propio, es también remedio contra la ilusión: entre otros, podemos citar la docilidad á nuestro director espiritual. Nos evita más de un error, y nos da el medio de conservar la paz interior y de obrar con esa tranquilidad, que jamás es favorable á la ilusión. La lentitud también suele estar sujeta á precaución, aun quizá más que el defecto contrario, porque aparenta discreción, y trabaja en el sentido de la obstinación. Se dice que la terquedad es la energía de los tontos, y en efecto, éstos son invariablemente obstinados en sus opiniones. Pero la calma en la acción, al mismo tiempo que nos preserva del aturdimiento y de la precipitación, nos libra también de la lealtad, más peligrosa todavía, del ser que quiere hacerse el importante. Nos es sumamente fácil tener una dirección que no sea más que un juego, si hacemos de ella una especie de válvula de seguridad, para descargarnos de nuestra necesidad de hablar de nosotros mismos, y de nuestro deseo de simpatías, ó si buscamos en ella una ocasión de chismografía. Pero practicada con juicio y moderación, nuestra sinceridad y nuestra docilidad para con nuestro director, nos ayudarán mucho para adquirir ese espíritu tranquilo que tanto se aproxima á la sencillez.

La meditación sobre los atributos de Dios es otra

defensa contra la ilusión. El objeto de la santidad es la semejanza de Dios, é iniciamos, sin apercibirnos de ello, lo que es para nosotros un asunto frecuente de meditaciones. Pero aquí hay algo más; la imagen del Criador existe en el alma; necesita más bien ser avivada y refrigerada, que grabada de nuevo; y cuando colocamos con respeto á Dios delante de nosotros para observarle largamente y en detalle, hay en nuestra alma un elemento simpático, que dibuja, aclara y realza su imagen en nosotros. Además, Dios es verdad, todas sus perfecciones se hallan marcadas con el sello de la verdad, bañadas de una atmósfera de verdad. Cada paso que nos aproximamos á Dios, nos acerca á la fuente de la verdad. Todo lo que nos hace salir de nosotros mismos para conducirnos á los objetos de la fe, es en sí un remedio para la ilusión. ¿Y qué cosa más propia para desencantarnos eficazmente de la contemplación de nosotros mismos, que esa visión beatífica sobre la tierra, la perspectiva de los atributos de Dios? El respeto es también desfavorable á la ilusión, y la meditación de las perfecciones divinas es un manantial constante de santo temor y de humilde adoración. Un fenómeno, que debe también llamar nuestra atención, es que el respeto á Dios hace á los hombres sencillos y naturales unos para otros. Hay de cuando en cuando en las personas espirituales un no sé qué natural y modesto, que las distingue en donde quiera que se hallen. No se observa, desde luego, porque es propiedad de lo que es natural el no llamar la atención á primera vista. Pero después, nos choca, toma proporciones en nuestro es-

píritu, y concluye por ejercer en él una especie de fascinación. Generalmente encontraremos que las personas en quienes se observa ese exterior, tienen en su género de devoción un poderoso atractivo á los divinos atributos. El que en secreto tiene la costumbre de hacer una corte respetuosa á su Dios, difícilmente será torpe ni indiscreto en público. El respeto es la alta educación de la vida espiritual.

La elección de nuestras devociones puede ser también dirigida como remedio para las ilusiones. Hay dos, sobre todo, que pueden más ó menos ser escogidas como específicos, porque nos representan los ojos de Dios. Mirar á Dios de frente y mentirnos á nosotros mismos, no es cosa fácil. He ahí un agua en que los planetas reproducen su imagen, pero si la luna llena se eleva sobre el horizonte aunque no sea más que una hora, todas sus imágenes vacilantes desaparecen. Del mismo modo, para nosotros, los ojos de Dios eclipsan los del mundo. Si obrando siempre según el sentimiento de que el mundo tiene siempre fijos los ojos sobre nosotros, llegamos á ser embusteros, todo lo que pueda distraernos de esa persuasión perniciosa nos liberta de un cautiverio que nos hace mentirosos, según la ley que háce que todo esclavo concluya por serlo. Sólo los ojos de Dios tienen ese poder. ¿Qué es lo que hace á los partidos políticos tan esencialmente poco sinceros, aun cuando se compongan de cualidades concienzudas? Evidentemente es porque comprenden que cualquiera crítica los vigila, que todos tienen los ojos fijos en sus movimientos, y esa convicción no los deja tranquilidad ni reposo.

Pues bien, aunque en menor escala, la vida de cada uno de nosotros, ó por lo menos de la mayor parte, se pasa en esa sujeción. La emancipación de esa tiranía del respeto humano es una de las operaciones más bellas de la devoción al Santísimo Sacramento. No es un emblema, ni una idea; no es una ceremonia que impone, ó una reliquia que conmueve; es el mismo Jesús, nuestro divino Señor y Maestro, en toda la actualidad, en toda la augusta realidad de las maravillas de la vida eucarística. Cuanto más estamos con el Santísimo Sacramento menos podemos imponernos á nosotros mismos. ¿Quién no ha tenido ocasión de ver cuánto transforma las almas esa devoción, concluye las conversiones, completa la vuelta ó retorno á Dios, eleva á una esfera más alta de gracia, suple los efectos de carácter, modera la impetuosidad, y da á la propiedad más orden y sabiduría? ¿Y qué significa todo eso, sino que (en otros términos) es la devoción más propia para garantirnos de nuestras ilusiones? Pero no podemos permanecer sin cesar con el Santísimo Sacramento. Pensar en él no es gran cosa: es preciso que tengamos otra devoción que podamos llevar con nosotros, en lo recio de la pelea de la vida, y es la devoción al Angel de nuestra guarda. Ese espíritu bienaventurado es también para nosotros el ojo de Dios, de ese Dios á quien contempla sin velo, aun permaneciendo á nuestro lado, y siguiéndonos lo mismo en nuestros movimientos que en nuestro reposo. Nos observa de más cerca que ningún crítico: su censura tan caritativa como justa, no admite objeción. Cuando los santos llegan á ver

habitualmente á su ángel custodio, me parece una consecuencia natural de su santidad, que desarrolla gradualmente en ellos el poder de ver á Dios. El imperio sobre los elementos y sobre los animales, que encontramos en los santos, y sobre todo en los que han sido notables por su austeridad, parece ser la operación natural de la penitencia, que conduce al hombre al estado de inocencia de antes de la caída. La vista de su ángel custodio es una producción de su santidad y un emblema de los dones interiores, permaneciendo en su naturaleza un don especial y gratuito de lo alto. El respeto humano cede bien pronto cuando llegamos á amar á nuestro ángel de la guarda con tanto respeto y ternura, que casi no necesitamos esfuerzo alguno para sentir su presencia.

No debemos concluir sin dar algunos consejos de precaución. Podemos hacer lo que es necesario, pero hacerlo de mala manera, ó por mejor decir, podemos dar pasos en falso por el buen camino. Ese modo de examen de conciencia, que en términos técnicos se llama el examen particular, es, por decirlo así, el sabueso que nos sirve para acosar á la ilusión hasta hacerla que vuelva á esconderse en sus guaridas. Sin embargo, la inconstancia de nuestros enemigos no debe arrastrarnos; es decir, no hay necesidad de que variemos con frecuencia el asunto de nuestro exámen particular. Un cazador poco diestro cansa á los perros, les hace perder la pista, y los debilita. Del mismo modo perderemos bien pronto la celeridad, el tacto y la seguridad de nuestra conciencia, haciéndola correr sin cesar de un objeto á otro. Debe-

mos ser también muy reservados en hablar de nuestros sentimientos religiosos. Cuanto más nos sorprende el engañarnos á nosotros mismos, tanto más silencio debemos guardar acerca del estado de nuestra alma. Generalmente, una conversación devota es un rico festín para la ilusión. Debemos también esforzarnos en marchar puramente por la fe. Todo lo que atañe á nuestra devoción debe permanecer oculto en nuestro interior, en cuanto sea compatible con la discreción. No debemos guiarnos por lo que nos digan consejeros advenedizos, ó por lo que tal ó cual santo religioso ó religiosa, en estados sobrenaturales, puedan haber dicho ó sugerido para nuestra conducta espiritual. Que la costumbre de buscar señales exteriores de la Providencia no tome demasiado imperio sobre nosotros. La luz de la fe, sus vías, sus costumbres, su espíritu, he ahí en donde se encuentra nuestra seguridad, y lo que aun es más, nuestra perfección. Es necesario también que recordemos que el espíritu de crítica, siempre y por todas partes perjudicial, lo es todavía mucho más en el género de combate que nos ocupa; y en efecto, puede establecerse como regla que toda intemperancia de conversación, aun cuando en ella no se trate ni de la reputación del prójimo, ni de los secretos de nuestra vida espiritual, puede ser mirada como á propósito para favorecer á la ilusión. La lengua tiene tanta parte en las mentiras del corazón como en las de la palabra.

Pero sobre todo, tengamos mucho cuidado con un grande error, que consiste en imaginarse, según

las ilusiones y los enigmas de la vida espiritual, que Dios nos armaría emboscadas, y nos comprometería, para castigarnos después con rigor, sin tener en cuenta nuestra flaqueza. Diríase, en efecto, que hay algo semejante en ciertas ilusiones casi inevitables. La vida espiritual se embaraza, es para nosotros el cabo del mundo; allí no oímos ya nada; hasta nuestra vida exterior se resiente; es para volvernos locos. De una manera ó de otra, podemos contar con que en eso hay alguna ilusión; y para remediarlo, debemos de antemano cultivar la confianza en Dios, tanto como costumbre mental cuanto como emoción del corazón. Dios no quiere sorprendernos ni aprovecharse de un momento fatal. Sin embargo, un pensamiento tan indigno de la rectitud del amor paternal de Dios para con nosotros suele presentársenos algunas veces; y en el combate contra las ilusiones, es quizá la tentación que causa más angustia.

VI.

SITIO Y HORA EN DONDE LLEGAMOS Á SER VERDADEROS.

¿Estaremos siempre en lo verdadero? ¿Desistiremos alguna vez de esa falsedad que nos acosa y se adhiere á todas nuestras palabras, á todas nuestras acciones, á todo lo que sufrimos, á todo nuestro ser? Nuestras almas logran al fin desembarazarse del cuerpo; pero el procedimiento es penoso. Tal vez sucederá lo mismo con el procedimiento que nos librará de las redes de las ilusiones: quizá ambos procedimientos formarán parte uno de otro. Si nos contentásemos con desear un resultado común, suficiente para la práctica, tal vez podríamos mirar á la ilusión como un mal que admite curación; pero si queremos un resultado absoluto, sólo le da la muerte, y es más bien una extinción que una curación. El saber que jamás nos sobreponemos completamente á las ilusiones, no hace más que aumentar nuestro deseo del cielo, nuestra sed de los manantiales de la eterna verdad que divisamos en lontananza. La tierra no

puede hacerlo todo; hay también una obra de ultratumba, ó que puede hacerse en el último paso.

¿Pero es verdad que nada nos pondrá en realidad? ¿No está ahí la aflicción para despojar al alma de los vestidos que la abruman? Convengo en ello: la aflicción es una de las obras más hábiles que Dios emplea; hace cosas grandes, y no las hace á medias; pero no es adecuada para luchar contra las ilusiones; no es ese su destino. Lejos de eso, con bastante frecuencia no sirve más que para aumentar nuestro poder de engañarnos á nosotros mismos. Casi siempre hay más indignación que realidad; la conciencia se ablanda ó se doblega sobre sí misma, y se envuelve con más cuidado; el alma toma posturas académicas, ó un momento después todo lo invierte, todo lo trastorna. En el espejo de la aflicción vemos nuestra caricatura, es nuestra imagen; pero nuestra imagen exagerada y siempre desfigurada. Luego viene el consuelo, que se vuelve lisonja; se conceden dulzuras al cuerpo, y toda especie de atenciones son bien recibidas. La oración llega á ser fastidiosa y sopla el viento de las exenciones. Excepto para el pobre, la temperatura en que se encierra la aflicción es siempre relajante. Y he ahí cómo en el dolor llegamos con frecuencia á perder á Dios de vista y á crecernos á nuestros propios ojos sin pensar en ello. ¿Cuántos de entre nosotros, al recordar sus épocas de dolor, encuentran puntos débiles ó brechas en su vida espiritual, en vez de ver en ellas exuberante vegetación y vigoroso crecimiento? Aun cuando la pena ó el pesar santifica, no nos pone á cubierto de las ilusiones;

no está ahí su privilegio. ¡Ay! ¡cuán mal tratamos á esa fuente dé gloria! Muchas veces, en lugar de hacernos más verdaderos, parecería que nos habíamos propuesto engañar más completamente á Dios, á nuestros amigos y á nosotros mismos. Pero eso no es culpa de la aflicción, lo es nuestra.

¿Será, pues, el gozo el que nos conducirá á la verdad? No. Quizá nos engañará menos que el dolor, pero sus decepciones son graves. Ciertamente hay naturalezas que se desenvuelven al sol, caracteres que se abren y despliegan con un calor fuerte y una luz muy viva. Para personas así dispuestas, el gozo es un vino generoso que abrasa el corazón, y cuando éste se abre, no vuelve á cerrarse tan pronto. Hay almas que el júbilo ha lanzado completamente en la santidad; pero ese efecto no es la ley común, y no se reproduciría uniformemente en una multitud de personas. El gozo conviene admirablemente á aquellos á quienes hace bien; pero el dolor conviene al mayor número. Todos, tanto unos como otros, somos sin duda deudores al gozo de algunos luminosos pensamientos de Dios; y seguramente, aquel cuyos pensamientos sobre Dios son más luminosos, es el que á la larga padecerá menos ilusiones, aunque las haya para él de un género especial. Concedamos, pues, que para algunos, quizá más numerosos de lo que generalmente suponen, el gozo hace más que el pesar. Los libros de exhortaciones no nos recordarán eso; más como hacen profesión de tomar un tono lúgubre, nos es preciso pasarnos sin su asentimiento acerca de ese punto. A pesar de eso, el librar de la ilusión no es

uno de los dones del gozo. Aun cuando parece ayudarnos á servir mejor á Dios, aun cuando nos ayude á ello realmente, nos oculta nuestra pobreza en punto á amor puro y desinteresado. Es muy difícil hacer que las dulzuras espirituales no vienen de nosotros, por lo menos en parte. Es difícil hacer que nuestro corazón que se siente abrasado por ardores divinos, apenas se halla penetrado de ellos más allá de la superficie, y que si Dios retirase el don sensible, nos volveríamos á encontrar casi tan miserables, tan egoístas y tan cobardes como antes. Creemos con facilidad que amamos á Dios de una manera desinteresada, que le servimos por sí mismo, y que el temor del infierno ó la esperanza del cielo son motivos sin los que podríamos pasarnos. Pero las reiteradas experiencias que nos desengañan, son uno de los frecuentes asuntos de desastre que se encuentra en la vida espiritual; cuando el gozo se va, adiós desinterés. La languidez que sobreviene después de la reacción, indica también con frecuencia que nuestro gozo no era puro, y que nos engañaba continuamente acerca de la cantidad y la solidéz de nuestro amor á Dios; por manera que un espíritu de hinchazón se había deslizado en nosotros. Después de la hinchazón espiritual, los hombres quedan quebrantados y atontados, como los fumadores de opio cuando el efecto de la droga ha pasado. ¡Amor propio por todas partes! Verdaderamente estoy estupefacto de encontrarle en tantas partes en donde no debería estar, y quisiera poderme persuadir que es una alucinación personal exclusivamente mía. Mirad ese objeto de arte invisible, esa es-

cultura espiritual, el gozo de un alma devota; todo está allí radiante de luz, todo en ella produce vibraciones de una especie de música interior, que se descubre por los acentos apasionados del reconocimiento para con Dios. El alma, el ángel de la Guarda, los emblemas de gracia, el trono adorable..... ¡Qué grupo tan maravilloso! ¡Y sin embargo, mis ojos enturbiados por la envidia persisten en no ver en eso más que el egoísmo adorándose á sí mismo, hasta adorando á Dios!

¿El padecimiento nos librará de esa esclavitud de mentira? No. Aunque pudiera conseguirlo, no sería un remedio universal, porque el padecimiento está muy distante de ser tan universal como comunmente se admite. El padecimiento..... es una grande palabra, y eso quiere decir algo más que los pequeños fracasos de la vida ó las penas comunes de la humanidad. En tiempos de molicie como el nuestro, una buena porción de la sociedad humana desciende á la tumba sin haber experimentado el padecimiento, en la acepción rigorosa de la palabra. Se ha sobrevivido á los que naturalmente se debía sobrevivir; la muerte ha hecho quizá alguna escaramuza; se han tenido dos ó tres enfermedades serias en el trascurso de sesenta años, y el deslizar de la vida ha sido agravado por la aplicación á deberes profesionales más ó menos penosos, pero en suma se ha gozado tranquilidad, aunque haya habido también su flujo de pesares, fastidios, disgustos y contratiempos. Pero todo eso no puede calificarse de padecimiento serio. Los que tienen el corazón bastante noble para

sufrir, son en corto número. La mayor parte de los hombres son, unos demasiado egoístas, otros demasiado elásticos; éstos toman el tiempo según viene, y aquéllos están demasiado concentrados para sufrir con los acontecimientos de la vida, excepto cuando vienen de esas catástrofes que bastan para la experiencia de toda una comarca. Los moralistas pasan del blanco cuando exageran las miserias de la vida. Las gentes del mundo conocen el poco fondo de esas declamaciones, se ríen de ellas y desprecian á la religión, á la que hacen responsable.

En realidad, todas esas lamentaciones sobre las miserias del mundo no son más que sentimentalidad gastada, buena para una pastoral de los antiguos tiempos. Ha pasado la moda y ya no impresionan á nadie, como no sea á los que imitan el sentido común á expensas de la religión, que, sin embargo, no tiene aliado más precioso que el sentido común. Lo cierto es, que el mundo está lleno de magnificencia, y todo bien considerado contiene ampliamente todo cuanto se necesita para nuestro bienestar. Lo que hay en él maravilloso, deplorablemente maravilloso, es el que pueda haber tanto bienestar con tanto pecado. El hecho práctico es que en muchos días nadie cree en la otra vida. Se gusta el mundo y se relamen los labios porque se le encuentra muy dulce. Si el mundo fuese tan evidentemente miserable, los moralistas podrían ahorrarse sus exhortaciones. Los hombres no están tan deseosos de ser inseparables, que haya necesidad de amenazarlos con los fuegos del infierno para disuadirles de que elijan un estado

de miserias espantosas. ¿Para qué preservarnos con tanta vehemencia de las desgracias del mundo, si son tales que pueden contenernos más eficazmente que todas las advertencias posibles? En verdad, los mismos moralistas no creen lo que enseñan. Miradlos: arman grande gritería y viven en el placer. No son ellos los que están en la verdad, lo son los autores ascéticos. Estos últimos admiten que el mundo tiene atractivos, y por eso temen y están inquietos. Lo que los moralistas dicen de la miseria del mundo, los ascéticos lo dicen de su malicia: les asustan esos atractivos. He ahí el verdadero punto de vista, y el hombre de mundo admitirá su realidad en el fondo de su corazón. Puede llegar un día en que ese corazón se abra á la religión por el sentimiento de la maldad del mundo, mientras que no hará sino endurecerse con la predicación de sus miserias.

Así, aun cuando el padecimiento librara de la ilusión, ese remedio distaría mucho de ser bastante universal. Aun cuando el padecimiento sea un ángel de Dios, que ejecuta su obra de justicia dándola la apariencia de una obra de amor, nuestra bajeza es tal, que ordinariamente los resultados son humillantes para nosotros. Con frecuencia es una medicina demasiado fuerte para nuestra debilidad, y nuestro padre celestial nos la evita en su compasión. Cuando castiga, lo hace mucho menos de lo que podemos soportar, y cuando viene á curar nuestras almas, nos ahorra hasta la amargura de los remedios. ¿Habéis padecido alguna vez? Si es así, ¿no habéis sentido cuánto el padecimiento os concentraba en vos mismo?

¿No era difícil ser de los demás, pensar en ellos y conducirlos por el buen camino? Antes de ese momento ¿hubierais podido creer jamás que os hallaseis tan poco dispuestos á sacrificaros por otro? Pero el padecimiento os ha mostrado que tenéis vuestro centro en vos mismo mucho más de lo que habiais imaginado. Todo, hasta Dios, debe gravitar con su movimiento en derredor vuestro. Á vuestros ojos, su Ser divino es un poder á que es dado el aligerar vuestra carga, un manantial de consuelo, una fuente de fuerza milagrosa, aquel á quien tenéis el derecho de quejaros; pero en vuestro espíritu, Dios es el que se refiere á vos y no vos el que os referís á Dios. ¿No es eso lo que os ha dicho la experiencia? El padecimiento no ha servido, pues, más que para haceros penetrar más en la enmarañada maleza de la ilusión, en vez de llevaros á la llanura.

Además, cuando se suspende la vigilancia interior, la ilusión ya no encuentra oposición. Admitimos que nos concedamos un reposo armado: nuestro enemigo no descansa, y si es una grande cualidad en un general el contentarse con un corto reposo, el demonio encuentra también su ventaja en el estado de vigilia que le es propio. Pues bien, yo conozco pocas gracias más raras que la vigilancia interior cuando se sufre. El padecimiento nos fatiga; nos es imposible sostener tantos combates por todos lados sin tregua ni descanso. Como una quemadura, el padecimiento atrae á sí todo el calor vital en el sitio afectado: las demás partes se enfrían y el corazón se seca de una manera peligrosa. Al mismo tiempo, nuestros enemi-

gos espirituales no son tan generosos que quieran concedernos tregua y abstenerse de atacarnos de frente cuando el padecimiento nos carga por retaguardia. En fin, el padecimiento nos ciega. Si no lo vemos en nosotros mismos, no dejaremos de observarlo en los demás: nada nos choca más en nuestras relaciones con los que padecen y en los servicios que les prestamos, que su ceguedad. No sabemos qué debe asombrarnos más; si su habilidad en engañarse enormemente, ó su tranquilidad que no se apercibe de ello. El tiempo de padecimiento es un tiempo en que se vive fuera de la realidad, y por consiguiente no debemos esperar nuestra libertad de lo que tiende á aherrojarnos más.

¿La muerte nos libertará de la ilusión? Sí, al menos más que ninguna otra cosa, y aun el mismo acto de morir. Mas se dirá, ¿será posible que á semejante acto le falte realidad? La experiencia que se adquiere á la cabecera del lecho de los moribundos, está ahí para suministrarnos una triste afirmativa. ¿Cuántos tienen ó no la conciencia de esa falta de realidad? ¿Hasta qué punto sus actos son del dominio de la moralidad? Esa es otra cuestión; pero seguramente hay personas cándidas que hasta la muerte desempeñan un papel prestado y cuyo lecho de agonía es todavía teatral. El deseo de agradar que tan profundamente arraigado se halla en nuestra naturaleza, no ha desaparecido todavía y nos estimula al deseo de edificar. El viejo romano de otro tiempo no es el único que sabe vestirse la toga para morir con gracia, gracia enteramente pagana á falta de otra. La sencillez

perfecta es, con efecto, muy poco común en el lecho de la muerte, á menos que el fin no llegue á paso largo: sin eso, la gracia parece gastarse y el innoble egoísmo se deja ver por los agujeros del vestido; y no es raro que haya en él una dosis de artificio extraordinario. Tal vez podría atribuirse eso á una especie de costumbre de jugar á la muerte que se encuentra recomendada en algún libro de piedad y que agrada á ciertos espíritus. Cuando un individuo ha empleado años en inventar sus últimas palabras, en hacer la repetición de la manera de recibir sus últimos Sacramentos, es difícil creer que sólo ese imaginario aparato escénico no se reproduzca, hasta cierto punto, aun á vista de las horribles realidades. En resumen, he aquí el asunto: si durante la vida hemos intentado ser verdaderos, la muerte mostrará cuán poco hemos avanzado. Si no hemos hecho ese ensayo en nuestra vida, la verdad no se presentará más que al despertarnos para morir, y morir antes que haya pasado la sorpresa y que podamos recogernos. ¡Ay! ¡cuán pocas gentes mueren sin estar más que á medio despertar!.....

¿Qué es, pues, lo que nos dará la realidad sino la faz de Dios? El primer contacto real de la eternidad nos despertará, y al mismo tiempo nos curará. La ilusión es para el alma *el mal de rey* (1), y sólo la mano del Soberano puede curarle. La mirada de Jesús en el juicio, penetrando el alma y manifestándola

(1) Nombre que antiguamente se daba á las enfermedades escrofulosas.

á sí misma hasta en sus últimos pliegues, la despojará de un golpe de todo engaño y la revestirá con el traje de inmortal verdad. El perfecto anonadamiento, la perfecta adoración que nos causará la vista encantadora de las bellezas divinas, será la verdad definitiva para nuestra naturaleza creada.

Evidentemente, pues, cuando más posible nos es acercarnos á ese estado, más á cubierto nos hallamos de la ilusión, y sirviendo á Dios con un amor personal nos acercamos más á él. El amor, no un amor cualquiera, sino el amor divino, tiene una virtud especial para colocarnos en la realidad. La comunión en Dios es como un sacramento que consume lo que hay de engañador en nosotros. Contraemos la sencillez como una parte de la semejanza de Jesús, y el amor es el que fija en nosotros esa semejanza. Cuando una fe llena de amor fija sin cesar nuestra mirada fuera de nosotros, nuestras operaciones interiores son en número más corto y singularmente simplificadas, y esa sencillez hace resaltar su majestad. Cuando nuestra vida interior se halla reducida á una simple operación de la gracia, entonces es cuando tenemos más seguridad. Cuando hay en nosotros muchas cosas que se hacen á la vez, hay muy poco progreso y muchas ilusiones. Salir para encontrar á Dios, pasar á él, apoyarnos en él, aprender á no formar más que uno con él y dejar que su amor consuma nuestro amor propio, de manera que la unión pueda realizarse, he ahí lo que tenemos que hacer. Fuera de Dios no hay nada real: lejos de él, todo es mentira. La falta de verdad es la condición de la criatura. Pero sí es

aflictivo el pensar que nosotros y otros muchos que valen tanto como nosotros y aun mucho más, cuando nos hallamos con las mejores disposiciones, no somos de bueno ó de mal grado más que pretensión, falsedad é hipocresía, tenemos el austero consuelo de pensar que para todos llegará un tiempo en que ya no representaremos una farsa, ni con los otros, ni con nosotros mismos, ni aun con Dios.

POR QUÉ SE SACA TAN POCO FRUTO
DE TANTAS CONFESIONES.

Tal vez nos confesamos todas las semanas, y con eso ¿qué adelantamos? Si examinamos seriamente lo poco que progresamos, encontraremos en ello un misterio inexplicable, tanto en la naturaleza como en la gracia. La confesión es una obra asombrosa, en la cual se unen Dios y el hombre para hacer cosas grandes. En ella nos afanamos mucho: en nuestros exámenes de conciencia desplegamos una diligencia por lo menos ordinaria; prestamos una atención particular á nuestras disposiciones: recibimos la absolución. Eso sucede cada semana, y permanecemos lo que somos. Si hay algo que merezca una investigación, es eso. En vez de sondear ese misterio para llegar á explicarle, comenzaré por la explicación, que es de una importancia práctica mucho mayor que lo que es el misterio mismo. Lo uno no es más que un simple hecho, lo otro es una lección. Si deseamos verdaderamente el bien de nuestras almas, no hay lección que necesitemos grabar tanto en nuestros espíritus como la que nos explica el poco fruto

que sacamos de frecuentar los Sacramentos. La lección consiste en ver que la santidad depende menos de lo que hacemos que de la manera de hacerlo.

Este axioma será pues nuestro tema ó nuestro texto: «La santidad depende menos de lo que hacemos que de la manera de hacerlo.» Creería oirse una trivialidad, pero en ello hay que estudiar toda la vida y mucho que practicar para la eternidad. En las cosas espirituales, la bondad es mucho más importante que la novedad: así no despreciemos nuestra sencilla observación. En materia de devoción, seguridad vale más que originalidad.

La lectura de la vida de un santo es una cosa muy edificante; mas cuando hemos leído algunos centenares de esas vidas, comenzamos á ver muchas cosas que no habíamos percibido antes. El conjunto nos descubre una sabiduría que la vida de un santo aislado no nos puede mostrar. Las particularidades se borran: vemos á los santos como un todo, como una clase, como una especie. Percibimos lo que es común á todos, lo que es el fundamento de la santidad en todos. Eso es de mucha más importancia para nosotros que los ejemplos individuales y nos hace penetrar más en el fondo. Ese estudio nos da una idea de Dios bajo un nuevo punto de vista; es una especie de Biblia, bajo forma histórica, como el Antiguo Testamento: es una suma de teología. Me contentaré con llamar vuestra atención sobre uno solo de los rasgos característicos de la espiritualidad de los santos considerados en cuerpo. Naturalmente hay excepciones que estarán muy claras para todo el mundo; pero

son naturalmente en tan corto número, que no hacen más que confirmar la regla. Ese rasgo es, que por lo general los santos no hicieron más que un pequeño número de obras. Aseguraos de ello, si gustáis, antes de admitirlo, porque encontraréis más de una consecuencia que deducir. Digo, pues, que los santos no son una especie de gente muy afanosa. Su vida no estuvo, en manera alguna, sobrecargada de obras, ni aun de las de misericordia. Se hicieron un deber de reservarse momentos considerables para sí mismos y para los negocios de sus almas. Su actividad fué mucho más contemplativa de lo que nos hallaríamos dispuestos á pensar ahora. No se hicieron, pues, esclavos del público: sus prácticas de piedad fueron en corto número y de una sencillez de método notable. En total, su vida parece desprovista de hechos, hasta un punto que no esperábamos. Con mucho gusto me abstendría de desenvolver este punto por temor de que no tengáis tiempo de comprenderle como yo desearía. Se necesitarían años para conocer á fondo su importancia.

Acontece que las vidas de los santos nos engañan inocentemente en cuanto á ese particular, especialmente las que están escritas por el orden seguido en los procesos de canonización. Un capítulo sobre la caridad heroica de un santo nos abrumará tal vez por la acumulación de hechos que contiene: ocupaciones multiplicadas, movimiento incesante, oficios casi incompatibles, actividad sobrehumana y otras cosas semejantes. Olvidamos que representan cincuenta ó sesenta años, de doce meses cada uno. Pero

si de ese capítulo pasamos al de el don de oración, encontramos que el santo empleaba en ese ejercicio cada día, cuatro, cinco y aun siete horas, como Suárez, y hasta diez, como San Francisco de Borja. Vemos además que, aun sin incluir en nuestra cuenta el tiempo necesario para comer y dormir, la oración no le dejaba al santo bastante espacio para lo que la vida moderna exige cada día de nuestra actividad. Contrabalancead el capítulo sobre la caridad con el capítulo sobre la oración, y no dejará de dar resultado para el conocimiento de los santos.

Prosigo. A muchos santos les ha bastado una sola cosa para santificarlos. La santidad de algunos ha sido consumada en un principio mismo: conversión y perseverancia han estado juntas. San Antonio del Desierto y San Francisco de Asís son ejemplos de esa clase. De ahí viene que el rasgo culminante de su santidad está en extremada sencillez. El género de oración, por repetición de San Francisco, puede ser citado como un ejemplo de esa sencillez característica. Pensad también en lo que San Alfonso y otros dicen de una sola comunión, que basta por sí sola para hacer un santo; ó lo que el bienaventurado Leonardo de San Mauricio dice de las indulgencias: que la sola práctica de ganarlas es un camino seguro para llegar á la santidad. Tenemos la costumbre de tragarnos nuestras gracias sin masticarlas: no extraemos ni la mitad de lo que Dios ha puesto en ellas, dulce nutritivo y medicinal: somos demasiado vivos con ellas, demasiado impetuosos en el uso que hacemos de ellas; no las desenvolvemos. Yo creo que el

claro conocimiento de la gracia, de su naturaleza, de sus hábitos y de sus poderes, destruiría la mitad de la tibieza que existe en el mundo, porque sospecho que una gran parte de ella proviene de impetuosidad, de precipitación y de actividad humana, que se despliegan en lugar de una prudente lentitud ante Dios.

Los santos por lo general no hacen muchas cosas. Una sola cosa ha bastado á muchos para santificarse: una comunión basta para eso. Esas tres máximas pueden servirnos como muestra de la sabiduría oculta de los santos. Resulta de ahí, que la única cosa importante en las buenas obras es la cantidad de amor que dejamos en ellas. El motivo es el alma de una acción. El poder no está ni en el volumen del acto ni en su duración, aun cuando esas dos cosas sean importantes: su poder está en la intención, y la intención es pura á proporción que es amante. Así, ya veis que no tenemos necesidad de un gran número de acciones, sino de intenciones y de vigor en lo poco que hacemos. Si podemos dar una importancia igual á un gran número de acciones, tanto mejor, pero en realidad eso nos es imposible. Las acciones se embarazan unas á otras cuando son demasiado multiplicadas. Sucede como en una muchedumbre en que no se puede hacer uso de los brazos ni aun de las piernas, y si la voz queda libre apenas logra hacerse oir; y con frecuencia para las cosas celestiales la voz es singularmente impotente. Hasta las devociones se devoran y destruyen mutuamente, y una vez saciadas se duermen. En las acciones buenas no podemos reunir el número y la importancia. Debemos escoger, y la elec-

ción no puede ser dudosa. Para una piedra que con pulso certero podamos poner en el blanco, hay mil que no llegan ó que no dan en él: en realidad hemos arrojado ya muchas al espacio, y Dios sabe á dónde han ido á parar. Las gentes del antiguo régimen hablaban de una manera poco tranquilizadora de cierto pavimento del infierno. No hay duda alguna de que los que prefieren el número por principio deben ver caer la mayor parte de sus buenas intenciones al pie del muro. Nosotros, por el contrario, escogemos la importancia y el cuidado en nuestras acciones: eso garantiza la pureza de intención, y la pureza de intención es el amor.

Aquí no debemos equivocarnos. Es verdad que por regla general un grande amor hace fáciles las cosas más difíciles; pero no hablo de un amor heroico, hablo de un amor que razonablemente tanto vosotros como yo podamos exigir de nosotros mismos, considerando la gracia que hemos recibido. El amor que basta para dar peso á una acción y conducirla hasta el cielo, puede no llegar hasta hacer fácil lo que es difícil, y hasta á hacer que se pueda pasar sin ninguna dulzura sensible. Y hasta es muy raro que no sea así. Iré todavía más lejos: no está claro que el amor heroico devore todas las repugnancias de la naturaleza con bastante prontitud para dar, aun á los santos, una costumbre de facilidad en las cosas difíciles, como no hace las llamas de los mártires invariablemente refrigerantes, y las garras de las fieras dulces como abrazos, aunque lo haya hecho en alguna ocasión. Es perfectamente claro que hasta el

amor heroico no siempre va acompañado en su ejercicio de dulzuras sensibles. Suele con frecuencia ser tanto más heroico, cuanto más acompañado va de sequedades, y jamás es más sublime que cuando no tiene conciencia de sí mismo. No debemos, pues, desconfiar tanto de nuestras acciones ó devociones porque no tengan esa dulzura sensible, ni mirar esa dulzura como la piedra de toque de nuestra intención y de su pureza. No forma parte del valor real de nuestras acciones. Debemos tener mucho cuidado en recordar esto, porque en la actividad simplemente natural, la facilidad y la dulzura lo hacen casi todo. Si hubiese de ser así en la religión, la piedad debería comenzar por la sentimentalidad, crecer por un impulso entusiasta y llegar á la perfección por el frenesí. No habría medio de que fuese de otra manera. Pero el entusiasmo cristiano es una especie de determinación perfectamente tranquila. No consiste en descuidar los cálculos, sino en correr riesgos inmensos á vista de cálculos poco tranquilizadores. Siempre llegamos á concluir de ello, que es necesario desprenderse de las dulzuras espirituales sacrificándolas, sin duda alguna con pesar, pero con pleno conocimiento de causa.

Esa doctrina de la intención da un carácter particular á nuestras acciones. Vemos que su valor no depende entera ni aun principalmente de la masa y del tiempo. Tienen que contar con Dios, con lo infinito, enfrente del cual nada es grande ni pequeño. La grandeza y la pequeñez no son sus medidas. Así, nuestras acciones más humildes son inagotables en

sus resultados, ó por lo menos son tales que la gracia puede aprovecharlas á voluntad. ¿Quién ha podido ver jamás ni estudiar en su alma el pleno desarrollo de una gracia? Nosotros no la damos ni espacio ni tiempo, y sin embargo, sus capacidades son inmensas. Es una de las cosas que hacen á la santidad tan difícil de adquirir el que seamos siempre tan inferiores á nuestra gracia. Tomad por ejemplo el recitar el *Angelus* tres veces al día: no es más que una oración muy corta al oir el sonido de la campana; sin embargo, el recitar esa oración durante años con grande amor, con una atención seria, con un espíritu interior de gozoso reconocimiento por la encarnación, nos llevaría á mitad de camino del cielo: ó aun bastaría una sola recitación con ese espíritu para merecernos esa mansión bienaventurada. Tal es la inagotable fecundidad de la gracia. Pero ¿no es verdad que la recitación del *Angelus* es de grande dificultad? Cuando la campana nos sorprende podemos ver cuán distantes estábamos de Dios por el mero hecho de que apenas hemos vuelto á él cuando la oración está ya concluída. Estamos completamente distraídos sin saber apenas lo que hemos dicho. Si entra alguien y nos interrumpe no acertamos á repetirla. Apenas concluída la oración se vuelven á reanudar la conversación ó el estudio interrumpidos sin trabajo ni esfuerzo como si nada hubiese ocurrido, mientras que hay algo positivamente penoso en nuestros esfuerzos para recogernos y volver á comenzar nuestra oración. No hay devoción menos satisfactoria para la nataraleza. El *Angelus* es quizá con frecuencia una fuente de pe-

cados veniales ó de negligencias más bien que un manantial fecundo de méritos como debería serlo. El bien que nos hace nos suele venir más bien de la advertencia exterior que se nos hace que del acto interior de adoración. Me parece asombrosamente difícil el llegar á decir pasablemente esa oración. Bien pronto se concluye por no hacer más que un ruido con la campana. Esa dificultad nos muestra, mejor que ninguna otra cosa, la distancia enorme que media entre un santo y nosotros: nos muestra la manera con que nos debemos poseer, estar recogidos y preparados á prestar la atención correspondiente á nuestras acciones, y por consecuencia los actos deberían ser poco numerosos para tener tiempo y lugar, no tanto para hacer lo que debemos, sino para hacerlo bien.

Sólo en casos excepcionales, la sangre fría y la calma son compatibles con un exceso de ocupaciones. Multitud y sencillez no son sinónimos. Lo que se hace por Dios, debe hacerse convenientemente: se debe desplegar en ello la forma lo mismo que el vigor. ¿Qué cosa más hermosa que el *Angelus* de San Francisco de Sales? Valía seguramente una semana de nuestras defectuosas oraciones. Cuando se necesita hacer un grande esfuerzo, hay que ponerse en disposición de ello. Los santos hacían muchos esfuerzos hasta para sus menores acciones, pero ese despliegue de fuerzas supone que se limite prudentemente con relación al número. Así, en punto á acciones y devociones, los santos eran muy sobrios en la cantitad. La pureza de intención era su piedra de toque: en ella lo concentraban todo: era para ellos el gran medio y el

compendio de la santidad. Nosotros que no somos santos, cuando deseamos ser mejores añadimos algo á nuestras devociones: mortificaciones, buenas obras, ó limosnas. Todo eso es muy bueno; pero así como un animal se descubre por sus instintos, aun cuando se halle domesticado desde algún tiempo, así, aun después de haber leído muchas vidas de santos, descubrimos la imperfección de nuestras miras de santitad, consecuencia de la imperfección de nuestro amor. Nuestro primer impulso es el ver una santitad más grande bajo la forma de adición: el único embarazo consiste en la elección de lo que hemos de añadir. Por lo que hace á los santos, viven con desahogo en medio de un pequeño número de acciones, que van disminuyendo á medida que crece su fervor, á fin de avanzar con más rapidez, y en seguida desplegar más energía y vida interior en lo que hacen. Tal es, á mi parecer, la marcha de los santos: en su consecuencia, para comenzar á seguirlos, debemos dejar á un lado la teoría del progreso por adición.

Después de haber reunido estos hechos y principios, lo que tenemos que hacer es aplicarlos á los resultados de la confesión frecuente. Todo se resume en una frase. Los santos fueron hombres que hicieron menos que los demás, pero que hicieron mil veces mejor lo que debían hacer.

¿Qué es, pues, la confesión? Es una de nuestras acciones, ó más bien, es un acto mixto en el que Dios y el hombre tienen cada uno su parte. Pertenece, por consecuencia, al orden sobrenatural. Es un acto de una significación inmensa, de un poder sobrehumano,

y que puede ser de un valor incalculable. El hecho de que combina la acción del Criador y de la criatura, basta para mostrarnos su valor y su consecuencia.

Si un corto número de acciones comunes hechas con perfección bastan para hacernos unos santos, ¿qué no podemos esperar de un corto número de confesiones perfectas? Y sin embargo, con nuestras confesiones semanales ¿cómo nos hallamos? La literatura es un poder sobre la tierra, un poder del orden natural, cuya importancia sería difícil exagerar. Las diferentes naciones han tenido sus literaturas; cada una ha tenido sus escuelas literarias en diferentes tiempos; esas escuelas se han sostenido frente al progreso de la civilización, en la doble relación de causa y de efecto: han marcado sus épocas, han gobernado más ó menos las costumbres de su tiempo, y sus consecuencias han decidido indirectamente el destino eterno de una multitud de almas. Sin embargo, ninguna escuela de literatura, ni aun todas las escuelas literarias tomadas en conjunto, pueden compararse, en cuanto á la importancia y la belleza, á una sola buena confesión. Las filosofías se han elevado y caído sobre la tierra: han reinado sucesivamente y no las ha faltado energía: cada sistema se ha creído la perfección del mundo y la solución del gran problema. Sin embargo, la sencillez de una buena confesión vale más que las sutilezas del más profundo sistema intelectual. Ninguna revolución, aun cuando haya llegado á destronar á un rey ó á emancipar á un pueblo, es de tan grande importancia como una buena confesión: aunque semejantes acontecimientos suministran supera-

bundantemente y en número muy crecido, materia para la confesión.

Nadie desconocerá la importancia de los descubrimientos científicos: no sólo la repartición más general de las comodidades de la vida y el aumento del bienestar temporal del mundo pueden depender de ellos, sino que la felicidad y la moral suelen también con frecuencia hallarse interesados. Pues ningún descubrimiento puede jamás sostener la competencia con una buena confesión, bajo el punto de vista de la importancia real y del valor intrínseco. Pero todas esas comparaciones no pueden darnos todavía más que una idea débil é insuficiente de la grandeza de la confesión.

La confesión es un acto de fe por parte de la criatura, es un acto del culto más concentrado, es un rompimiento con el mundo y un retorno hacia Dios; es un triunfo sobre millares de malos espíritus de un inmenso poder, y comparativamente con nosotros los hombres, de una inteligencia sin límites; es el principio de una inefable eternidad de unión con Dios, porque confiere el derecho de contemplar al invisible cara á cara. Un hombre ve en un semejante suyo, pecador como él y quizá más indigno, la figura y la jurisdicción real del Hijo encarnado de Dios. Se arrodilla á sus pies como si ya no fuese un hombre; le cuenta sus secretos más vergonzosos y los pecados más ocultos de su alma; se somete á un interrogatorio como si fuese el juez absoluto de la tierra; sufre con dulzura sus reprensiones como si fuese el mismo Dios el que hablase; le deja la determinación de su

castigo; le da derechos sobre el arreglo de su vida exterior; hace la narración de sus pecados con profundo dolor, que no está basado ni sobre una simple desgracia humana, ni sobre una pérdida de honor mundano, ni sobre la ruina de intereses temporales, ni aun sobre el temor de los castigos divinos, sino que se encuentra allí una mezcla del amor de Dios. Todo el poder y la subiduría del mundo no hubieran podido proporcionarle ese dolor, porque es un don sobrenatural. Ese dolor encierra una abominación de su vida pasada, que es otro don de Dios. Va también acompañado de una firme determinación de no ofender jamás á Dios nuevamente. Entre la voluntad divina y la libertad de pecar, se da la preferencia á la voluntad de Dios á cualquiera precio. Esa determinación enérgica ha sido lo más costoso, y sólo á fuerza de cuidados, de esfuerzos y de atención, se ha llegado á adoptarla, y á pesar de eso es un don de Dios. Completa así el acto con gran refuerzo de auxilios y de intervenciones divinas; Dios mismo comienza su parte exclusiva. Criatura sujeta al error, juez culpable como el que se acusa, el confesor pronuncia algunas palabras, y al punto, de las venas de Jesús cae invisible y espiritualmente el rocío de la preciosa sangre, derramada hace centenares de años y recobrada después de tres días: esa sangre riega el alma del pecador, del que se borran todas las faltas, y cuyo estado varía completamente. Un trabajo complicado se opera en su alma tal como la reinfusión de ciertas costumbres sobrenaturales, el renacimiento de los méritos y la comunicación de la naturaleza divina. El cambio no

puede compararse sino al de un demonio metamorfoseado en ángel: todo el cielo se conmueve, es el asunto especial de un júbilo angélico. Ningún ángel ni santo hubiera podido hacer esa obra, ni aun ser el instrumento de ella. Es la acción inmediata del Criador sobre el alma de su criatura. Tal es la descripción modesta de una buena confesión, sin hablar de los diversos fenómenos más ó menos milagrosos que hubiéramos podido hacer valer. Guardada la debida proporción, el mismo aparato sobrenatural se aplica á la confesión de los pecados veniales, excepto la reinfusión de las habitudes ó costumbres, y algunas otras variaciones: Dios no es allí menos activo, ni la gracia menos misteriosa. Cada semana nos asociamos á Dios para llevar á cabo ese acto: ¿cómo no somos diferentes de lo que somos?

En efecto, ¿qué resultados no deberíamos esperar de semejante acción? No podemos compararla más que al bautismo ó al martirio, cuyos efectos son: los del primero, cambiar nuestro estado de una manera permanente, é imprimir un carácter indeleble á nuestras almas; y los del segundo, el de admitirnos á la inmediata visión de Dios. En verdad, hay mucha analogía entre esas tres acciones. Pero moderemos nuestra impaciencia. Deberíamos por lo menos esperar grandes resultados de una confesión válida; deberíamos encontrar cambios sensibles, resultados duraderos. Y en verdad, ¿cómo podrá ser otra cosa? Hay para eso tanto concurso por nuestra parte, tanta intervención divina, que por poco que la absolución sea válida debe vencer todo obstáculo y operar ma-

ravillas. Escojamos el santo que nos plazca, y consideremos de qué se compone el edificio de santidad. Midamos la altura de su oración, la profundidad de su humildad, la latitud de su amor y la longitud de sus austeridades. Seguramente para llegar á esa altura no hay necesidad de tanta gracia, con tal que sea bien empleada, como la que entra en una sola confesión válida. Si una buena confesión puede hacer pasar á un pecador de toda la vida y á un criminal público desde el cadalso á la gloria del cielo, indudablemente también puede hacer un santo. Multipliquemos ahora esas confesiones válidas, esas buenas confesiones de los que aspiramos á la vida devota, y que nos esforzamos en confesarnos bien: multipliquemos nuestros años por cincuenta; tal vez hemos hecho un millar ó dos de confesiones válidas. Para cada confesión nos hemos preparado con reverencia; para cada una hemos desplegado un cuidado particular y hemos pedido de todo corazón el firme propósito. Cada una ha sido gloriosamente coronada por la absolución. ¿No sería, pues, monstruoso el decir que ese millar ó esos dos millares de milagros de la gracia no han producido ninguna variación visible en nosotros, que nos han dejado substancialmente como estábamos, y no han hecho tal vez más que impedirnos el llegar á ser peores? Semejante aserción ¿no es capaz de quebrantar la fe? Si fuese así, la gracia no sería otra cosa que una vana imaginación, y los Sacramentos, simples rúbricas y puras economías. Imposible es el recurrir á la suposición de la no validez de esas confesiones; porque no hablo más que

de confesiones hechas con cuidádo por personas serias y atentas, que no hacen las cosas á la ligera, y que no permitiéndose libertades con Dios, tendrían escrúpulo de no sentir sus pecados veniales y de descuidar el firme propósito. Si semejantes confesiones no son válidas, ¿en dónde las hemos de encontrar?

Pero descendamos de las alturas á donde nuestra imaginación nos ha conducido en alas de la esperanza. Tales han sido en realidad los resultados de un millar de buenas confesiones. Probablemente nos acordaremos de lo que éramos hace veinte años. ¿Cuál ha sido el efecto de esas confesiones para la mejora general de nuestro carácter? ¿El cambio es probable? ¿Es sólido? ¿Es proporcionado á la intervencion sobrenatural, á la cantidad de preciosa sangre derramada por nosotros, y á la dignidad del Criador eterno, operando directamente sobre el alma? Y además, ¿todas esas confesiones han tenido algún resultado poderoso, con respecto al pecado venial, y á las culpables miserias, que han sido constantemente el fondo de nuestras acusaciones? ¿Tenemos más imperio sobre nosotros mismos que el que teníamos antes? ¿Y ese imperio se ha aumentado en razón al gasto hecho por Dios y por nosotros? Tenemos, por ejemplo, el gobierno de nuestra lengua. Es evidente que un hombre que trata de hacer su meditación por la mañana, y durante el resto del día no contiene su lengua, no tiene más que una máscara de piedad. Según las leyes ordinarias, un hombre que confesándose una semana tras otra, de faltas en el gobierno de su lengua, no avanza en la reforma de

su vida, no debe estar muy distante de ser un hipócrita. Sin embargo, no nos atreveríamos á sentar esa propósición como axioma general, por temor de sancionar una ley, que no sólo nos atañe, sino que nos quitaría toda esperanza, si se la tomase por base de nuestro juicio. Porque, ¿cuál ha sido, con respecto á eso, nuestra propia experiencia, después de tantos centenares de confesiones? Además, ¿cuáles han sido los efectos de esas confesiones sín número, en cuanto al acrecentamiento de nuestro fervor? ¿Es muy satisfactorio el pasado, considerado bajo ese punto de vista? No me atrevo á continuar por miedo de que no decaigamos de ánimo. Para toda enmienda hay que atravesar algún desaliento; pero aquí hay para abatirnos más que nunca. Hablemos, pues, con comedimiento, y convengamos en que nuestro millar de confesiones no ha sido, bajo todos conceptos, lo que debíamos esperar. Apenas han conseguido su objeto, y la decepción ha sido, si no completa, al menos invariable.

Pero no es hacernos ninguna caridad el lanzarnos en una dificultad sin mostrarnos el medio de salir de ella. ¿Por qué los resultados de la confesión frecuente distan tanto de los cálculos más moderados de nuestra razón ó aun de nuestra tibieza? Sinceros y cuidadosos por carácter, y fieles á nuestra fe, la hemos llevado á nuestras confesiones, á la par que esa diligencia y esa sinceridad. ¿Qué era, pues, lo que faltaba? ¿Cuál podía ser la falta secreta? Faltaba la pureza de intención. Respuesta corta, pero que lo encierra todo: es la clave del enigma, la luz en un



lugar obscuro. No hemos tenido por mira á Dios, solamente á Dios, siempre y simplemente á Dios.

Nos convenceremos de ello cuando examinemos nuestros motivos, y ese exámen tendrá más de una ventaja en la práctica. No somos bastante severos para con nuestra falta de sinceridad. Sabemos muy bien que no somos sencillos, pero apenas sabemos hasta dónde eso nos arrastra. Consideremos, pues, los principales motivos que dominan á veces en nuestro espíritu cuando vamos á confesarnos. Pero observad bien que tenemos menos que decir de esos motivos en sí mismos que del lugar que ocupan en nuestro espíritu. Algunas veces, el desaliento más bien que el pecado, es lo que nos impele á la confesión, y ese motivo no se halla exento de una buena dosis de amor propio. Queremos alivio y consuelo porque estamos abatidos, y sabemos que esa dulzura espiritual se encuentra en la confesión. O bien la soledad ha comenzado á hacérsenos pesada: Dios ya no nos basta: nos hacen falta alabanzas, y sin que se advierta, tenemos necesidad de una pequeña adulación espiritual. Pensamos poder obtenerla de nuestro confesor, sea porque es bueno é indulgente, expansivo, y amigo de consolar, ó al menos, porque esperamos abrirle nuestro corazón de una manera tan patética, y manejar nuestra elegía de manera que con seguridad obtendremos los consuelos que deseamos, á menos que no esté singularmente preocupado. Esa confesión no nos hará en verdad bien; la experiencia nos lo ha enseñado, pero pensamos que todo se reparará en otra ocasión.

Algunas veces tenemos un sentimiento general de que estamos mal con Dios. No porque tengamos alguna falta definida sobre la conciencia, sino por efecto de una tibieza general. Es como la sensación de un enfermo por la mañana antes de que se le haya curado y cuidado: es un malestar extraño y particular, y la confesión es, para la superficie del alma, lo que el baño es para la piel seca y ardorosa: vamos á ella para recobrar el sentimiento de bienestar con Dios. Sabemos á medias que Dios nos pide más oración, más mortificación seria, más separación real del mundo, y sobre todo, más prontitud en ejecutar las buenas resoluciones, que vamos aplazando de semana en semana sin acabar de resolvernos. Todo eso no es de pequeña consecuencia; estamos espiritualmente tan débiles en ese momento, que la discreción nos aconseja buscar otro en que nos hallemos en mejores condiciones. De todos modos, la confesión nos dará por cierto tiempo lo que un poco de vigor y de severidad con nosotros mismos podría darnos. Así, vamos desde luego á confesarnos: la cuestión de severidad vendrá más tarde.

Hay entre nosotros algunos que se ocupan mucho del juicio que el director forma de ellos. Pues bien, espiando el momento favorable, concluimos por obtener de él una vista parcial bastante exacta, y pensamos que ese juicio de nuestro director no es enteramente lo que debía ser: hay lugar al recurso de casación, ó por lo menos al de revisión del proceso. Como somos almas sencillas, no mezclamos en eso ni aun sombra de amor propio; no queremos que el

padre espiritual tenga de nosotros una idea que no merecemos. En verdad es mejor que piense mal de nosotros, porque eso nos santificará más, y esperamos ser santos algún día: mas como tiene que dirigirnos, es preciso que tenga de nosotros una idea más exacta, aunque sea en nuestro favor. ¿Qué hemos de hacer? No podemos discutir con él; no dejaría de ver en eso una herida á su amor propio, y no querría persuadirse de que nuestro espíritu se halla tan tranquilo como lo está en realidad. Después de eso, no hay otro medio que el servirnos del Sacramento de Dios, á manera de estratagema. Es preciso arreglar nuestras confesiones de modo que insinúen las miras que deseamos: es preciso prevenir con destreza las objeciones; es preciso envolver la respuesta en nuestra pregunta; es preciso deslizarse de una manera general sobre lo que pudiera fortalecer las prevenciones; y aun podríamos acusarnos de alguna imperfección en los sentimientos que se desean ver en nosotros, y de que se nos cree enteramente desprovistos. Todo eso puede hacerse sin ninguna mentira positiva, y hasta con un aire de candor y de inocencia. Es muy triste, sin duda, el hacer semejante uso de un Sacramento tan grave y tan venerable, y es muy difícil ser diplomático y contrito á la vez..... mas la necesidad es tan urgente y el fin tan laudable, que debemos someternos de buen grado á emplear semejantes medios.....

Puede suceder que cuando llega el tiempo de confesarnos, vayamos á hacerlo sin ser impulsados ni por ninguna necesidad interior, ni por deseo alguno

de unión más estrecha á Dios, ni de purificación más completa de nuestras iniquidades. Es un día de confesión y nada más; pero nos arriesgamos á hacer una confesión nula. Es verdad que evitamos ese peligro poniendo un cuidado ordinario en el examen, la contrición y el firme propósito; pero á pesar de todo, todavía resulta que lo hacemos principalmente porque ha llegado el tiempo. Permitidme el que haga aquí una observación. Es difícil hacer bien las cosas que hacemos constantemente, es verdad; pero la experiencia nos muestra que esas cosas no tienden en todo tiempo con la misma fuerza á llegar á ser simples formalidades. La tentación de cumplir un deber por la forma, como todas las demás tentaciones, tiene sus épocas, sus declinaciones y sus retornos. Así es que hay tiempos en que no vemos ninguna razón para caer en la formalidad en materia de Sacramentos; sólo en esas épocas no debemos contentarnos con esfuerzos ordinarios, puesto que se necesita algo más para hacernos llegar á nuestro nivel habitual. Así una meditación de diez minutos ante el Santísimo Sacramento sobre la santidad de Dios, ó sobre las necesidades de nuestra alma, añadida á nuestra preparación habitual, dara el vigor necesario á nuestra confesión de rutina. Pero detengámonos aquí: la confesión de rutina exigiría un trabajo aparte.

Hay entre nosotros personas que se habitúan á no buscar la confesión por sí misma y á no considerarla sino como parte de la preparación para la comunión. Sabemos muy bien que la confesión es por sí misma un Sacramento; pero no lo sabemos de una manera

vigorosa y práctica. Para nosotros, prácticamente, es parte de otra ceremonia. No se forma una idea exacta de las funestas tendencias de esa equivocación y de los desagradables efectos para las almas. Concluye por amortiguar nuestra fe; nos impide sentir la necesidad de la gracia; disminuye nuestros motivos de amar á Jesús haciéndolos confusos; embota el odio al pecado; opera desfavorablemente sobre la humildad, deteniéndonos demasiado en nuestros privilegios y muy poco en nuestros deberes; disminuye hasta nuestro aprecio de la bondad de Dios, conduciéndonos á detenernos en ella independientemente del sentimiento de nuestra indignidad personal. Es conveniente confesarse antes de la comunión; pero la confesión es por sí misma un Sacramento terrible, un Sacramento especial, objeto de veneración y hasta de terror, á causa de las vivas realidades de su contacto con Dios.

Algunas veces, y esta falta es bastante común entre los convertidos, se va á confesar únicamente por la dirección. Se sirve de un grande Sacramento como de un simple instrumento, como de una ocasión para otro fin, muy bueno en verdad, pero muy subordinado. Se deja á un lado todo pensamiento de absolución, ó más bien no se piensa en ella. Puede apostarse cualquiera cosa á que no se ha tomado mucho trabajo para hacer el examen lo mismo que para la contrición y el firme propósito; no se tiene ante los ojos la presencia especial de Dios en el confesonario, y no buscando en él, ante todo, el Sacramento, se vuelve muchas veces con un contratiempo. Esa irreve-

rencia ha sido irreflexiva y sin intención, mas no por eso ha dejado de ser una irreverencia, y el alma sufre por esa falta. Ya se haya acudido para hablar ó para escuchar, el hecho es que no se ha ido á confesarse; por manera que la confesión, sin llegar á ser inválida, se hace de una manera indigna, sin discernimiento de la perciosa sangre, y de la manera especial con que el Sacramento dispone de ella. La experiencia nos muestra que no hay nada más difícil de implantar en los convertidos que una fe real en la confesión como Sacramento, y una humilde y seria atención al carácter sacramental de la acción que los ocupa. Debemos tener un gran cuidado en enseñárselo, sobre todo si han tenido la costumbre de confesarse mientras han estado fuera de la Iglesia, puesto que esas personas son las que se toman más libertades con el Sacramento. Eso es lo que contribuye con más frecuencia á impedirles seriamente el que lleguen á ser fervorosos católicos. Evidentemente la vieja levadura fermenta todavía; la personalidad humana es un centro, y no Dios. La dirección tiene para ellos más atractivo que la confesión.

Algunas veces vamos á confesarnos porque habiendo pecado tememos el castigo de esas faltas. Esa razón es excelente; es más que excelente, es imperativa. Tal vez deseamos disminuir la dureza de nuestro purgatorio, ó bien ponernos en disposición de ganar indulgencias plenarias; deseos muy excelentes sin duda alguna, tan excelentes, que se tendría motivo para desconfiar de su devoción si se fuese extraño á ella. Es muy difícil, cuando uno se siente

abismado bajo el peso del pecado, el no hallarse bajo la impresión de esos motivos, hasta el punto de dejarlos predominar. Mejor es, sin embargo, que no sea así. Guardando ese motivo en nuestro corazón, es preciso avanzar un poco más lejos á fuerza de ocasiones y de esfuerzos, porque la oración y los esfuerzos traerán la gracia que nos hace salir airosos. ¿No podemos ponernos en la presencia de Dios y considerar su lado en la cuestión? ¿No podemos desear que nuestra alma sea purificada, tanto para gloria de Dios como para nuestra propia seguridad? De todos modos el motivo de evitar el infierno y de abreviar el purgatorio no debe serlo todo en el asunto; es preciso dejar sitio para algo más elevado; es preciso alguna amorosa devoción á la santidad de Dios para hacer bien lo que hacemos válidamente.

Tales suelen ser las intenciones que con frecuencia nos conducen al santo tribunal. El amor propio tomando una forma diferente en casi cada alma, puede variar esas intenciones hasta lo infinito. Cada uno de nosotros debe conocer mejor que nadie cuáles son sus propias deslealtades. Por conclusión de esta ojeada, parecería que en la confesión no miramos á Dios sencilla, constante y exclusivamente; y la consecuencia es que sacamos, comparativamente, muy poco fruto de nuestras frecuentes confesiones, tan poco, que no podemos contentarnos con tan débil resultado y estamos decididos á variar. Nuestra opinión es hacer menos cosas y hacerlas mejor, teniendo más cuidado en la pureza de intención. ¿No nos interrogamos con frecuencia á nosotros mismos, por

qué hay tan pocas almas perfectas? La respuesta es, que seguramente se hallan detenidas por muchos obstáculos y sobre todo por el gran número de oraciones y de ejercicios espirituales. Se hace demasiado para hacerlo bien: la vida se halla sobrecargada: se encuentra uno tan agobiado por tanto como ha tomado á su cargo, que siempre anda de prisa y levanta en su camino una polvareda que le impide ver á Dios.

CANSANCIO EN EL CAMINO DEL BIEN.

En el mundo del alma hay algunas veces sombras aunque no haya nubes. El azulado cielo se ostenta claro y despejado sobre nuestras cabezas, pero su mayor brillo ha pasado. No puede decirse cómo ha comenzado la sombra ni de dónde ha venido: se irá probablemente como ha llegado, sin causa aparente, y tal vez sin hacerse notar. La mayor parte de esas sombras interiores tienen su significación: algunas veces anuncian la llegada de una gracia no acostumbrada; otras, la aproximación de una prueba extraordinaria, que en el fondo no es más que una forma diferente de la gracia y la ocasión de otras gracias particulares. Algunas veces van y vienen sin que veamos el resultado, sino sólo que el alma ha sufrido. Pero ya sea que esas sombras profetizan gracias, ya sea que presagien pruebas, son en sí mismas tiempos de tentaciones, y requieren habilidad y cuidado. Esas tentaciones toman fácilmente la forma de laxitud, ese cansancio de hacer bien, con-

tra el que el Apóstol da la voz de alerta á los tesalonienses, y á que para ellos, como para nosotros, según las apariencias, debía seguir la excitación: pero nuestra excitación no necesita el mismo origen que la suya, que provenía de una preocupación excesiva con motivo de una profecía que les parecía no cumplirse, porqué la reunión de muchas señales había parecido presagiar el fin del mundo.

De ese cansancio en la vida espiritual vamos á tratar ahora, y procuraremos presentarle á la vista, tal como sin duda le hemos experimentado nosotros mismos. He aquí cómo le describiremos. Tal vez, sin que hayamos cambiado de posición, sin que sepamos que hayamos incurrido en ningún pecado más grave que de costumbre, sin variación notable en nuestras acciones exteriores, una languidez imperceptible se ha insinuado en nosotros desde hace algún tiempo. Vemos bien su huella en el pasado, pero no la habíamos percibido desde luego. La oración ha llegado á ser penosa, su dulzura y su reposo se han desvanecido: un disgusto general á las buenas obras viene á mezclarse al disgusto de los ejercicios espirituales: nuestras pequeñas mortificaciones pesan sobre nosotros como una carga enorme: y las acciones más santas parecen degenerar y convertirse en rutina. Sentimos la inmensa importancia de un esfuerzo, pero no tenemos ánimo para hacerle. Hubo tiempos en que cargas más pesadas hubieran sido para nosotros muy ligeras, pero la última es superior á nuestras fuerzas. Tenemos todavía algunos sentimientos religiosos, pero eso es todo lo que nos queda factible

en materia de religión. Parece apoyarse la luz en las cosas de la fe, que se borran y se vuelven confusas. Nuestra propia conciencia se nos escapa y se hace inaprehensible: los Sacramentos parecen haber perdido su poder. Hemos caído, sin saber cómo, en un estado que podría tomarse por incredulidad. Nos parece que realmente no podemos ya avanzar: desesperamos de nuestra perseverancia. Nada ha salido de lo pasado, y verosímilmente menos hay que esperar del porvenir: el presente está vacío, y sin embargo, habíamos creído amar á Dios..... (¡ Pobres almas!..... es seguro que ya no le amamos.) ¡ Ay!..... ¡ que no podamos morir! Morir no es la dificultad: lo es el continuar viviendo. Pues qué, ¿ otros veinte años de meditaciones, de exámenes particulares, por la mañana, al mediodía y por la noche, del rezo diario del oficio divino, de resistencia diaria á las tentaciones, de derrotas diarias en las mismas pequeñas indignidades, me parece imposible? ¿ Qué será si las cosas llegan á empeorar? ¿Qué será si llegamos á perder la fe, si llegamos á incurrir en pecado mortal? ¡ Qué perspectiva, qué intolerante fastidio!..... Pues no es el peso de nuestras pasiones ó de nuestras tentaciones, ni el de nuestras cruces el que nos hace sucumbir, sino simplemente un sentimiento de cansancio. Hace algún tiempo todo estaba claro para nosotros: ahora somos como los que quieren leer un impreso con caracteres muy pequeños al resplandor de un rayo de luna: no falta luz, pero no hay la necesaria. No podemos estar muy distantes de la desesperación; y sin embargo, ¡ qué calma tan profunda reina en

rededor nuestro! Somos como gentes que experimentan una pesadilla, indignadas de no poder arrojar un peso que no tiene ninguna existencia real, ó como hombres que se aletargan, y cuyos dedos se abren y dejan caer lo que tenían asido.

Me parece que no he hecho mucho favor al retrato: no creo haber exagerado ni disminuído el mal. Indudablemente la materia es seria, mas no para desalentarse. Podrá parecer superfluo hablar de valor á un hombre abatido: debería comenzarse por razonar. Pero en materia espiritual ¿no es cierto, en general, que lo que hay más consolador es entrar de lleno en ella y estudiarla á fondo? Aun cuando no hubiese en eso ningún consuelo directo, todo parece luego menos formidable. Sucede como en la controversia. Si no dejáis que las gentes expongan con extensión sus dificultades, rara vez se llegará á la convicción. Pero de diez veces que un hombre haya hablado cuanto haya querido sobre su objeción, las nueve encuentro que ya se ha contestado él mismo; y con alguna apariencia de lucha, para no parecer inconveniente, se rinde con facilidad y cede de una manera razonable. Sea como quiera, tenemos ese consuelo para comenzar. Nuestro estado concluye por ser semejante á la prueba interior á que fué sometido. ¿Quién me concederá, dice en su angustia, que pueda volver á ser como en los días en que Dios me guardaba? Cuando su lámpara brillaba sobre mi cabeza, y marchaba guiado por su luz entre las tinieblas, ¿cómo era en los días de mi juventud, cuando Dios estaba secretamente en mi tabernáculo? Y ahora mi alma

se marchita en mí mismo, los días de aflicción se han apoderado de mí. La prueba de una alma marchitada es muy dura de soportar, pero Job la atravesó felizmente, y ahora descansa en el seno de su Padre celestial. Lo mismo sucederá á nosotros: no lo dudemos.

Pensemos primero en las causas probables ó posibles de ese cansancio, porque casi todo se explica por las causas. Me inclino á creer que ese disgusto proviene frecuentemente de nuestro poco avance más bien que de ninguna falta actual. Se dice que el no avanzar en la vida espiritual es retroceder. Yo me aventuraría á dudar de la perfecta exactitud de semejante aserción. Cuando un hombre se esfuerza en salir del pecado, puede suceder que cada paso que no se da hacia adelante le haga volver hacia atrás. En la vida espiritual puede igualmente ser verdad que toda dilación actual haga el progreso futuro difícil, y así menos probable. Pero seguramente hay muchas personas que pasan toda su vida sin avanzar: no porque se detengan, sino porque su movimiento no es suficiente á mantenerlas en su terreno. Es como cuando una lancha hace fuerza de remos contra la corriente: el esfuerzo puede bastar para contrabalancear la fuerza de la corriente, aunque sin poderla superar. Si la lancha permanece en el mismo sitio es por consecuencia de la acción del remero más bien que por despecho suyo, de tal modo, que si cesase en su faena la lancha sería arrastrada, ó si redoblaba sus esfuerzos atravesaría la corriente. Puede decirse que la continuidad de esfuer-

zos es una cosa grande y equivale á un progreso. Es ciertamente una cosa grande, pues que sirve para formar las costumbres, para el acrecentamiento de los méritos y para la conservación de una posición segura. Pero esa continuidad de esfuerzos apenas puede ser llamada progreso, por lo menos en el sentido ordinario de esa palabra. Lancicio dice que «es un progreso el no multiplicar las especies de pecados veniales á que estamos sujetos. Es un progreso en cuanto es mantenerse en el camino que conduce al cielo, pero no es, en verdad, lo que ordinariamente se entiende por progreso. No es ni aun una plena correspondencia á la gracia que siempre impele hacia adelante», olvidando, como dice el apóstol, á dónde se ha llegado y no ocupándose ya de lo que queda detrás. La monotonía desanima y el desaliento trae el cansancio por poco que se haya trabajado. A pesar de hacer fuerza de remos, no pasamos de un objeto ó de un árbol que vemos en la ribera, estamos descontentos de nosotros mismos y ese disgusto no tarda en transformarse en cansancio. Así, el sentimiento de una gracia abundante sin resultados sensibles ó con resultados insuficientes, concluye á la larga por cansarnos y nos produce mal humor, y de ahí una pesadumbre y un desaliento. Además, son muy pocos los que pueden pasarse algún tiempo sin un buen resultado. Las fuentes del amor propio no se llenan por sí mismas. La actividad natural no puede ayunar, y la abstinencia es cuanto se la puede pedir. Mantenerse en el mismo sitio á costa de esfuerzos extraordinarios no es un triunfo.

Sobreviene el disgusto y en pos de él el cansancio. Así es, que el simple hecho de no avanzar basta, en la mayor parte de los casos, para explicar el fastidio y la laxitud que nos enervan y nos retrasan en el camino de la santidad.

No debemos, sin embargo, olvidar que muchos de los fenómenos de la vida espiritual provienen de causas físicas. El cuerpo, instintivamente delicado y muy caprichoso, puede flaquear sin llegar á un estado de enfermedad ó de padecimiento. La reacción después de un trabajo penoso, la diversidad de las estaciones, la constitución individual, el menor cambio atmosférico, todo eso puede producir diversos efectos morales, independientemente de todo dolor ó enfermedad positiva. Ese asunto es bastante difícil y espinoso de tratar, porque todos nos hallamos inclinados á hacer á nuestro cuerpo concesiones exageradas. El dedicarse al cuidado del cuerpo es incompatible con la verdadera libertad de espíritu, y el atender á la salud es una de las causas más eficaces y más extendidas de tardanza y de indevoción. Si comenzamos á atribuir á las causas sobrenaturales, á las operaciones de la gracia ó á los ardides de Satanás, lo que realmente es una cosa de nervios ó de digestión, estamos bien pronto en el terreno de las ilusiones funestas. Nos desalentamos sin motivo y nos enorgullecemos sin razón: creemos que nuestro interior es teatro de muchas cosas que no pasan en él, y el conocimiento de nosotros mismos se pierde entre nubes de exageración.

Pero lo importante que hay que considerar aquí

es que nuestras dificultades físicas deben ser santificadas lo mismo que nuestras dificultades espirituales. La indisposición del cuerpo no es una razón para dispensarse de un deber sino cuando llega á ser incapacidad, ó por lo menos cuando el esfuerzo para cumplir un deber llega á ser imprudencia. Ese es el error en que se cae comunmente. Si nuestro mal humor en ese momento proviene de los nervios ó de la digestión, no se sigue de ninguna manera que estemos por eso dispensados de combatirle. Muchos entre nosotros tienen por establecido que todo mal corporal que puede servir para explicar nuestro mal humor ó algún otro pecado, puede también servirnos de excusa. Esa suposición es monstruosa y no tiene ni aun sombra de fundamento. Explicar una cosa y excusarla son dos procedimientos enteramente diferentes. La caridad puede usar semejantes suposiciones en sus juicios cuando se trata de los otros para justificar interpretaciones favorables, pero no podemos servirnos de ellas como excusa para absolvernos nosotros mismos: cuando más, podemos alegarlas para disminuir nuestra penitencia. Si una vez cedemos á esa tendencia, no tan sólo hemos dado un paso fuera del camino recto, sino que hemos caído en un precipicio. El mismo razonamiento se aplica evidentemente á los padecimientos mentales, cómo el pesar, la aflicción, la contrariedad, el infortunio, la incertidumbre, el sentimiento de la injusticia y la complicación de deberes penosos. Esas cosas que nos hostigan son las fuentes de muchos males en la vida espiritual; pero aunque las explican no las excusan,

porque esas necesidades y enfermedades de cuerpo y de alma son precisamente lo que tenemos que combatir y someter á la gracia. Al mismo tiempo habrá más sencillez de niño, más naturalidad, más rectitud en atribuir tranquilamente esos fenómenos que nos afligen, á sus causas naturales, que en buscar en nuestra imaginación toda especie de posibilidades sobrenaturales sin realidad, y cuyo pensamiento por sí solo basta para dañarnos, porque nos persuade confusamente que atravesamos algún padecimiento ó alguna prueba comparable á la de los santos; cuando es claro que esa especie de cansancio es precisamente lo que la indisposición del cuerpo ó la agitación del espíritu se halla en el caso de producir: porque el cuerpo y el espíritu obran sobre el alma, y esa disposición la hace impaciente, y la impaciencia es compañera de la fatiga.

Pero al mismo tiempo estoy muy lejos de negar la acción incesante del espíritu maligno sobre nuestras almas en la vida espiritual, ó restringirla á las condiciones excepcionales de los que aspiran á una perfección más sublime. No son solamente los santos los que combaten contra los demonios: todos combatimos, y si no lo hacemos, es porque pertenecemos ya á Satanás y somos propiedad suya. No es dudoso que nuestro cansancio trae con frecuencia su origen de esa fuente, y no de la naturaleza. Ese pensamiento es agradable, pero sería una locura el no esperar ningún disgusto en los esfuerzos de toda una vida para ganar el cielo. Por más malo que sea ese abatimiento de corazón, no es lo peor que hay en materia

de espiritualidad, y la perfecta humildad es un ejemplo de ello. Por consiguiente, es preciso contentarnos con pensar que si el espíritu maligno tiene grande poder sobre nosotros, aun contra nuestra voluntad, no puede sin embargo forzarnos á pecar: no puede más que hacernos padecer. Dios es nuestro padre, y así él que está en favor nuestro, es mucho más grande que cuantos están en contra. No hay quizá señal infalible por donde podamos conocer ó distinguir cuándo nuestra languidez viene de esa causa sobrenatural, pero generalmente podemos suponer que ese es su origen, cuando sólo la sentimos en las cosas espirituales y no en otra parte, cuando sobreviene instantáneamente, cuando afecta á los ejercicios de la vida interior más que al cumplimiento de los deberes exteriores, y cuando continúa en aumento sin causa visible que pueda explicarlo. Más aun cuando entonces podemos suponer que nuestro cansancio procede de ahí, no por eso debemos dejar de luchar resueltamente, ó imaginarnos que estamos exentos de toda censura.

No es raro que esa laxitud sea el castigo de un pecado pasado. Una piedad desigual es especialmente castigada de esa manera. Si permitimos fácilmente que todo obstáculo exterior interrumpa nuestras devociones habituales; si alguna ligera indisposición basta para suspender nuestras oraciones ordinarias; si depende de la menor inquietud ó del más pequeño negocio el retraernos de los Sacramentos, y sobre todo si no somos puntuales y arreglados en nuestros exámenes de conciencia, experimentare-

mos al volver á ellas un sentimiento de cansancio. En el curso ordinario de las cosas, la perseverancia supone la frescura. Ayer ha dado el impulso de hoy, y hoy dará el de mañana. Ser piadosos por intervalos y como á saltos, es cosa bastante común, pero que jamás produce buen resultado. Un estado de agitación puede despertarnos de un estado de pecado, pero no constituye un progreso real. De todas las faltas castigadas por ese disgusto, la más común y la que tiene más relación con su castigo, es la falta de recogimiento. La disipación de espíritu, la ligereza y la intemperancia de las palabras, la impaciencia de toda soledad, la disipación en la oración, la pérdida de tiempo y los sueños de dejar correr las cosas, todo eso es una falta de recogimiento que relaja los vínculos que nos unen á Dios, embota el sentimiento que tenemos de su presencia, enerva el alma y la deja sin fuerza. Es como si hubiésemos tomado una poción deletérea. El silencio, y hasta la soledad, no son para nosotros garantías seguras de recogimiento. Podemos tener en ella ocupaciones que nos distraigan; podemos leer mucho y variar demasiado nuestras lecturas; podemos olvidar el consejo de Tomás ó Kempis, á saber: que es bueno ignorar muchas cosas; podemos extender nuestra atención por una vasta superficie; podemos sobrecargar nuestro espíritu de imágenes, y hasta podemos insensiblemente dejar que el pensamiento de Dios reemplace á la oración directa. Ciertamente, en la soledad se guarda silencio, y por ese medio se evitan las dos terceras partes de los pecados veniales de la vida.

Sin embargo, las vocaciones contemplativas son raras, y cuando uno no ha sido llamado á ella, la soledad que no es simplemente pasajera disipará más que la acción; es fácil ser solitario sin ser espiritual. Lo sabemos por experiencia, cuando hemos dejado á la imaginación y sus caprichos dominar en nuestras devociones. Entonces nos hallamos inmediatamente amenazados de un acceso intolerable de disgusto: es preciso estar preparados como los marineros en el momento de un chubasco, para recibirle y aguantarle sin peligro, porque ordinariamente suele pillarnos de través. En ciertos casos es un anuncio del porvenir, pero con más frecuencia es hijo del pasado.

La voluntad propia tiene también un poder especial para producir ese disgusto. No hablo aquí de la voluntad propia solamente en las cosas religiosas, sino de la costumbre de ceder á ella en todo, aun en lo que es indiferente. Hay algo de especialmente corruptor en esa costumbre, por fútiles que sean los puntos en que se cede. Por eso San Pablo nos dice que ejecutemos todas nuestras acciones para gloria de Dios. Y eso nos explica por qué la bondad es de tan grande auxilio para la piedad, dándola un motivo exterior en casi todas las circunstancias del día, que nos ponen en relación con los hombres. El no tener dueño es lo mismo que ser esclavo, y entre los despotismos, el más degradante de todos es el de la libertad propia; es incompatible con la grandeza de acción; envilece todo cuanto hay noble y generoso en nuestra naturaleza. Una grandeza de jactancia es lo único que se puede conseguir. Además, la volun-

tad propia es un déspota de la más baja extracción y el que tiene adquiridas menos capacidades para gobernar. En eso consiste el que la superioridad haga tan rara vez santos, y que los superiores encuentren tanta dificultad para salvarse. ¡Oh! ¡cuánto nos empequeñece la superioridad! Si estrechase y comprimiese el corazón tanto como el espíritu, habíamos concluído. Si, pues, os dejáis guiar por la voluntad propia en cosas indiferentes, os hará correr hasta que no podáis más, y ya no seréis buenos para nada durante semanas enteras.

Hay una laxitud que es el simple efecto de la perseverancia que concluye por gastarse. Hay algo en la perseverancia que es incompatible con el capricho y la instabilidad de nuestra naturaleza. A juzgar por lo que vemos, es difícil perseverar, aun en la uniformidad del pecado, aun cuando nuestras malas inclinaciones sean siempre las mismas. Con mucha más razón sucederá lo mismo á la perseverancia en una línea de conducta que siempre está más ó menos comprimida y más ó menos en lucha incesante. La monotonía en hacer bien no es una monotonía de éxito. Las mismas resoluciones los mismos esfuerzos, las mismas derrotas parciales, el mismo círculo de experiencias humillantes que han llegado á ser tan familiares, que pueden contarse hasta ciento; he ahí lo que encontramos sin cesar durante muchos años, y cuando no hay ya esa alegría comunicativa de los principios, que es como el aceite para las ruedas de nuestra actividad natural, todo eso viene á pesar sobre nosotros de una manera abruma-

dora. En vez de llegar á ser más fácil, como sucede en las cosas naturales, la piedad se hace más difícil por la costumbre. Diríase que el peso se aumenta en proporción del número de los años. Algunas veces, las circunstancias contribuyen á hacerle casi intolerable. Somos como gentes suspendidas al borde de un precipicio, todo el peso del cuerpo se apoya en los dedos que se asen con fuerza á la peña húmeda y resbaladiza; y si no llega algún auxilio inesperado, parece que todo terminará en algunos minutos. La gracia no es uniforme en su flujo y reflujo, tiene sus mareas altas y bajas, y la mayor parte del tiempo no nos hallamos en disposición de apreciar cuánto depende de la gracia nuestra perseverancia en la devoción y cuánto podemos ó no atribuirla á nuestros propios esfuerzos. Si la gracia está en extremo baja, hay para temblar al ver cuán poco partido podemos sacar de lo que tenemos bueno; es casi nulo, sobre todo, si nos referimos ó atenemos á lo que pensábamos poder. Ese terror es saludable, porque el sentimiento de completa dependencia de la gracia está por mitad en la perseverancia. Nuestra confianza en Dios se halla siempre en proporción con nuestra falta de confianza en nosotros mismos, y la impotencia es para nosotros el áncora á que va unida la gracia. Con todo, esas retiradas de la asistencia divina, esas manifestaciones que indican una perseverancia gastada, son grandes pruebas para el alma. Por misericordia, duran poco tiempo; pero cuando vienen en medio de la vida, en el momento en que el primer fervor ha pasado sin que

nuestras costumbres espirituales hayan madurado completamente, son muy difíciles de soportar, y es muy raro que las atravesemos sin alguna pérdida.

En fin, hay sin duda alguna una laxitud enteramente sobrenatural, que es por completo operación de la gracia, ó por lo menos una permisión divina. Dios nos la envía, menos como castigo del pecado que como un procedimiento que debe purificar nuestra alma y hacerla propia para las cosas más elevadas. Es verdad también que esas pruebas divinas no son exclusivamente patrimonio de las almas contemplativas, ó las compañeras de las operaciones más delicadas y menos comunes de la gracia. Son quizá menos raras de lo que suponemos: mas, sin embargo, son raras. Todo lo que puedo hacer observar acerca de ese asunto, es que no hay necesidad de que sepamos cuándo nuestro disgusto viene directamente de Dios. Generalmente es una parte esencial de la prueba que no sepamos de dónde viene. Ese conocimiento es tanto menos necesario, cuanto que no debería cambiar en nada nuestra conducta. Sería únicamente un consuelo, pero no tenemos necesidad de él para moderar nuestro abatimiento; porque si la prueba nos llega por la operación de la gracia, trae consigo un grado de humildad, que sirve de contrapeso.

Tales son las fuentes de donde puede proceder el cansancio. Consideremos ahora el mal que produce.

Nos hace abandonar nuestras buenas obras, ó suspender nuestros ejercicios espirituales. Engendra en nosotros una falsa prudencia. En cuanto nos sentimos un poco abrumados, concluímos de ahí que

hemos tomado demasiado sobre nosotros; que hemos sido indiscretos en nuestra confianza en Dios, y que debemos retirarnos, si es que todavía lo podemos hacer. Debemos acertar nuestras horas de oración: debemos cercenar algunas de nuestras pequeñas mortificaciones; porque, aunque insignificantes, no dejan de ser molestas. Raciocinamos entonces como los que se creen dispensados de guardar la cuaresma, porque el ayuno los debilita y perjudica á su salud, aunque no sea mucho. Como si el ayuno no tuviese precisamente por objeto ese resultado, por lo menos en cierta medida. En esas épocas de cansancio es cuando descendemos un poco de las alturas de la montaña y escogemos un nivel menos elevado, aplaudiendo nuestra discreción. ¡Ay! con el tiempo, pequeños descensos concluyen por formar un total considerable, y después de haber comenzado con la determinación de ser santos, ¿en dónde nos encontramos?

Cuando el cansancio no llega hasta hacernos abandonar nuestros deberes, nos conduce á cumplirlos mal, y únicamente por forma. Creemos que la fatiga es una dispensa suficiente de la vigilancia y el recogimiento, como una cuaresma que predicar es un motivo suficiente para no inquietarse tanto como de costumbre, por las distracciones en el oficio. ¿Mas qué pensar de esa negligencia, si es verdad que en la vida espiritual vale más suspender una cosa que hacerla mal, á menos que no sea de obligación? Me complacería en creer que es así: de todos modos, es un mal muy grande el no hacer bien una cosa buena, porque

no solamente hay en eso una pérdida considerable de méritos, sino que en su lugar nace una fuente de pecados veniales. Esa manera fraudulenta de cumplir la obra de Dios, tiene su maldición especial en la Sagrada Escritura, y está llena de graves consecuencias para el alma.

Además el cansancio nos hace tener impaciencia por la compañía de Dios. La santidad es una intimimidad con él: pero antes de poder gustar esa amistad divina, antes de saborear su dulzura, es necesaria una renovación completa del corazón por la gracia, una infusión de instintos celestiales, una transformación radical de nuestros gustos naturales, una apreciación de las cosas que no tenga nada de terrestre ni de grosero. Debe operarse en nosotros un gran cambio antes de que Dios pueda ser nuestro reposo. Se necesita nada menos que una conversión, nada menos que el vigor de ese espíritu perfecto ó principal de que habla David en el salmo cincuenta. Pues bien, lo primero que echa á perder el cansancio, son nuestros gustos espirituales. Dios nos llega á ser fastidioso, sin interés, sin demostración: no puede tenerla del todo, pues que es Dios, pero positivamente no tiene atractivo. ¿Cómo era que antes gozábamos tantas dulzuras en la oración? Esa dulzura excesiva ¿no era más que una disposición física? Ese débil resplandor del deseo de los padecimientos, que comenzó á despuntar en nuestras almas, ¿no era pues más que una ilusión? Ese gozo de engolfarnos cada vez más en el sentimiento de nuestra indignidad, ¿no era más que un sueño? No sólo no po-

demos ya sentir como antes lo hacíamos, sino que no podemos creer en nuestros sentimientos de otro tiempo. Con frecuencia los convertidos hacen mal á los que todavía no lo están, por no poder colocarse ni aun con el pensamiento en su antigua posición. Del mismo modo tampoco podemos ya comprender nuestras relaciones con Dios en lo pasado. Por el contrario, aunque no nos atreveríamos á decirlo abiertamente, su proximidad ha llegado á ser para nosotros un disgusto; su condescendencia hasta nos irrita; le mostraríamos descontento en la oración, si nos atreviésemos; y casi nos arrepentiríamos de habernos comprometido demasiado con él. ¡Cuánta miseria! ¡Hallarse cansado de Dios! ¡Desviarse con impaciencia de la eterna paz! ¡Haber preferido la flor de este mundo, y apartarse con disgusto de otro mundo mejor! ¡Cansarnos nosotros de él! Y sin embargo, no cansarse de él es la bienaventuranza eterna. ¡Oh! aun cuando debiésemos morir en el ensayo, es preciso marchar. No podemos permanecer ni una hora dominados por una fatiga tan impía.

Pero ese mal nos conduce más lejos: nos lleva á buscar con afán infructuoso y sin fe consuelos y distracciones fuera de Dios, y bien pronto, tal vez, lejos de él. Yo pienso algunas veces, que estar cerca de Dios, pero fuera de él, es hallarse más separado que si estuviese lejos de él, en el sentido usado en materia de vida espiritual. Desear el ser consolado por otro que por él, es siempre grande desgracia, si no es un pecado positivo. Pero apartarnos de él y buscar en las criaturas lo que pretendemos no haber

encontrado suficientemente en él, he ahí de todas nuestras miserias la más próxima al estado de pecado. Ya lo he dicho: es una tarea infructuosa: es buscar lo que no se ha de encontrar, una caza en que no se puede recoger la pieza, un viaje que no concluye jamás. Como abejas entre flores desagradables, corremos de una cosa á otra, casi sin detenernos, y sin gustar más que una miel de mala especie, que nos estimula ó excita, nos embriaga y nos aletarga. Así, nuestro gusto se vicia cada vez más, y estamos más distantes que nunca de encontrar lo que buscamos, y nos hallamos á una inmensa distancia del punto que hemos dejado. ¡Cosa extraña! El consuelo de la criatura llega á ser para nosotros una necesidad tanto mayor, cuanto menos nos satisface. Cuanto más desesperamos encontrarle, tanto más persistimos en buscarle. Es una especie de disolución espiritual, que concluye por dejar al alma en una ruina completa, sin recurso para levantarse y sin esperanza posible, como no sea en un milagro de la gracia..... Milagro cuya única probabilidad está en ese amor extraño de Dios, que parece provoca tanto más á la paciencia cuanto más ingratos somos al volverle la espalda. Cuando vemos un alma en ese estado, retenemos involuntariamente nuestra respiración, como si viésemos á un hombre en el borde de un precipicio. ¿Qué debemos, pues, pensar y sentir, si es nuestra misma alma la que espontáneamente sigue ese camino?

Como toda equivocación y desengaño, y más aun que todos los demás, ese vano afán del consuelo de

las criaturas nos hace duros con los demás. Nos ocupamos en ellos de nuestras decepciones, como si fuese culpa suya el ser unas simples criaturas, incapaces de hacer lo que sólo á Dios está reservado. El mal humor lleva consigo, como siempre, el sentimiento de una mala conciencia, y la verdadera oración llega á hacerse casi imposible. En ese estado de perpetua irritación bien pronto nos disgustamos de nosotros mismos, y ese disgusto es tan poco semejante al humilde odio de nosotros mismos, que uno y otro son incompatibles, son antípodas. Ese disgusto se aproxima mucho á la desesperación, porque en el fondo no es más que la extinción de la humildad. Pero no podemos vivir en semejante estado, porque sería insoportable. Debemos devolver á nuestra alma una especie de paz; debemos dulcificar nuestras disposiciones por un medio ó por otro. Eso nos conduce un poco más lejos. Nos entregamos al reposo natural, buscamos una compensación en los alivios del cuerpo, á los padecimientos que experimentamos en las cosas espirituales.

Cuando uno se encuentra bien y á su gusto, adquiere una especie de amabilidad, amabilidad de mala ley, y que sin duda es pasajera: mas al fin sirve por el momento, y estamos contentos. Tal es el fin de nuestro sentimiento de cansancio, que más bien ha descosido que desgarrado nuestra vida espiritual, pero que lo ha hecho completamente. El abandono que en un tiempo hicimos de nuestras comodidades del cuerpo, fué nuestro primer paso hacia el amor divino, y henos ahí reincidentes.

¿Quién se atrevería á estar sin vos, ó á permanecer pasivo á vista de un enemigo cuyas emboscadas son tan desastrosas?

Pero antes de concluir, debemos decir algo del tratamiento de ese cansancio. Bastará muy poco después de lo que ya hemos dado á entender. Debemos recordar desde luego, que nuestra lucha contra el cansancio debe ser la misma; ya traiga su origen de una parte ó de otra, porque el peligro es igual, cualquiera que sea la excusa. No debemos agitarnos en ese estado como un enfermo que no puede conciliar el sueño, pero tampoco debemos permanecer pasivos. Debemos además estar muy prevenidos contra toda idolatría de nuestra propia salud. Nada más insidioso: no hay ángel de las tinieblas más hábil en transformarse en ángel de luz; no hay orador más sabio en hablar razonablemente y en aparentar la delicadeza de la moderación más discreta. Sin embargo, todos los autores espirituales convienen en decir, que es uno de los enemigos más comunes y funestos de la devoción. Una vez establecida, tendrá bien pronto el cansancio por ayudante de campo. Seguramente, la salud debe ser tomada en consideración, porque no sólo influye en nuestras obras exteriores y en nuestros deberes de los unos para con los otros, sino también sobre nuestra vida interior y nuestras relaciones con Dios. Todo bien considerado, en caso de duda vale más tomar partido contra la salud que en favor suyo; pero lo más seguro es seguir el juicio sin pasión de los demás, con tal que por una parte nuestras preguntas sean leales y no

formuladas de manera que lleven envuelta una respuesta á nuestro gusto, y que por otra parte, no elijamos un guía, que por indiferencia ó bondad natural, está siempre dispuesto á ratificar las demandas de nuestra molicie. Sin embargo, siempre habrá en ello alguna dificultad, porque en último resultado, el enfermo es el que mejor comprende lo que sufre, sin exceptuar al sacerdote y al médico. Sin embargo, sabemos que si alguno tomase esa idea por regla de conducta en lo concerniente al cuerpo, bien pronto acabaría; pues bien, el caso es el mismo con respecto al tratamiento del alma.

Muchas personas han creído oportuno en semejantes circunstancias, el ligarse con votos por períodos extremadamente cortos, como, por ejemplo, el voto de levantarse á cierta hora de la mañana, ó examinar su conciencia durante un tiempo determinado antes de acostarse, ó perseverar en tal práctica en que el abatimiento encuentra imposibilidades imaginarias. Pero esa regla es de aquellas que no pueden seguirse sin pedir consejo.

Debemos también poner un cuidado especial en arreglar bien nuestras acciones. La puntualidad, siempre en extremo importante para llegar á la perfección, es aquí indispensable. Es una cuestión de vida ó muerte. Debemos obrar pacíficamente, sin precipitación, de una manera seguida, y no por exceso. Nuestra conducta para con nosotros mismos debe ser firme, pero una firmeza dulce. Debemos considerar nuestro cansancio como un castigo que debe soportarse con respeto ó como un padecimiento

que debe sufrirse en unión con la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Y sobre todo, es preciso desplegar todo el valor de que cada uno se halla dotado, sin temor de dar demasiada importancia á ese asunto.

Ahora debemos hallarnos suficientemente persuadidos, puesto que ya lo hemos visto, de que en primer lugar, el cansancio destruye las buenas costumbres adquiridas á fuerza de paciencia, y en segundo, que nos conduce al disgusto de las cosas espirituales, y por último, que nos impide abandonar el nivel de perfección elevada que habíamos escogido para tomar otro nivel inferior, al cual ya no seremos fieles.

La prueba es grande, el sufrimiento muy real, y yo hubiera deseado poderos consolar de ello más eficazmente. Pero es necesario elegir una de estas dos cosas, avanzar ó desistir de la lucha. En cuanto á esta última elección yo no diré: ¿quién se atreverá? sino ¿á quién se lo permitirá Dios? Cuando un hombre ha tomado una dósis demasiado fuerte de láudano, se queja del cansancio y pide con insistencia que le dejen acostarse y dormir, es cruel el hacerle, por el contrario, que dé paseos por la habitación. Sin embargo, es una de esas crueldades que la caridad hace imperiosa. Así es, que debemos dejarnos sacudir para marchar adelante, y si es preciso, aguijonear y golpear como bestias de carga que flaquean.

Supongo aquí que vemos claramente que no hacemos por Dios lo que podríamos hacer; es necesario mantenernos firmes á pesar de la fatiga: seremos

aliviados cuando lleguemos á recibir la segunda embestida, si nos es permitido llamar así á ese segundo favor, que con tanta frecuencia es concedido á los tibios y de que los escritores espirituales suelen descuidar al hacer mención. La vida es corta; lo importante es hallarse preparados para morir y exentos de culpa en esa hora terrible. ¿Y habría alguno entre nosotros que quisiese morir sin hacer por Dios más de lo que hace ahora?

SENTIMIENTOS VULNERADOS.

Los geógrafos antiguos hablaban de ciertas regiones del globo, de ciertos mares, de ciertas comarcas habitadas por monstruos, en donde el sol y la luna, los vientos y las tempestades, el día y la noche y las cuatro estaciones, sin sujeción á tiempos ni leyes, no seguían las reglas meteorológicas; reinaban allí influencias magnéticas y misteriosas que desafiaban los cálculos y el poder del hombre. Eran unos sitios que los marineros supersticiosos se creían con derecho de poblar de horrores que asombraban la imaginación, y que si para los demás eran menos interesantes que las maravillas físicas de la geografía real, tenían al menos el privilegio del misterio. El mundo de los sentimientos vulnerados se asemeja á esos mundos fabulosos de la geografía antigua. No reconoce ni leyes, ni analogías; la aguja no señala allí el Norte, todo es en él contradicción y confusión. Todo lo que pasa allí es inesperado por consecuencia de la fecundidad de sus desarreglos. No

hay en él casi nada de humano, todo es individual, cada alma constituye un ser aparte. Si es así, ¿qué ventaja encontraremos en penetrar hasta el corazón de ese reino de contradicciones? ¿Hay alguna probabilidad de someter sus capichos á la ciencia? Puede que no. Sin embargo, la observación no carecerá de enseñanza, y no podemos suponer que no haya nada que decir de una región que la mayor parte de los hombres tienen que atravesar para ir al cielo, y primeramente la que los hombres más capaces de la perfección atraviesan en toda su extención y más lentamente.

Yo pienso que hay muy pocas gentes que no se hayan preguntado, por lo menos una vez en su vida, si merecía la pena el vivir. Si no dejásemos hablar á la fe, habría muchas cosas que decir en pro y en contra. Pero la fe se apodera de tal modo de la cuestión, que en su presencia no hay problema. Mas sin embargo, y á pesar de todo, los hombres parecen amar la vida, y puedo concluirlo, no sólo por su repugnancia á dejarla, sino también por el placer evidente que tienen en vivir. El hombre más desgraciado que he visto jamás (y me parece verle todavía) tenía la apariencia de gozar en extremo con la vida. Lo que quizá tiene menos tolerable es la monotonía, y ya de una manera, ya de otra, las vidas más llenas de goces concluyen por languidecer: casi todas tienen sus miembros enfermos. Con todo, si ponemos en una balanza la conveniencia de vivir ó de no vivir, la primera hará inclinar el fiel de una manera muy notable. Pero una cosa sorprendente es el que las

existencias más favorecidas son las que parecen que menos merecen la pena de vivir. Los dones traen consigo un séquito de penas, como si no estuviesen en su lugar en este mundo caído. La delicadeza extremada de algunos sentidos contribuye más á nuestros disgustos que á nuestros placeres. La finura de percepción, la delicadeza del gusto, la sutileza de apreciación, la viveza de imaginación, la excesiva sensibilidad van acompañadas de goces exquisitos: pero el mundo, cuya constitución ha sido trastornada por el pecado, nos expone á rozaduras y choques continuos que contrabalancean superabundantemente el goce. Y eso es la que naturalmente debíamos esperar, porque las gentes rústicas sienten menos que las demás, y el pecado, la falta de proporción y de armonía, y esa multitud de pequeñas miserias que acosan la vida desde un punto á otro, excitan menos su sensibilidad. Pero en resumen, todos esos dones son de grande recurso para la perfección, y varios escritores espirituales han hablado de ellos, como si algunos fuesen indispensables para ese fin. De todos modos es indudable que muchos de esos dones han sido infusos por la gracia en los santos que no los poseían naturalmente. El don de que ahora vamos á ocuparnos es uno de los que son un gran recurso ó un grande obstáculo para la vida espiritual, un manantial de goces ó de padecimientos particulares en la vida natural: quiero decir, la sensibilidad, el don ó la maldición de la sensibilidad.

La sensibilidad no es ni virtud ni vicio, más no por eso se halla menos enlazada con la vida espiri-

tual. A medida que trascurren los años, las ciscunstancias desarrollan gradualmente profundidades y particularidades de caracteres, que son de grande interés bajo el punto de vista de la santidad; sin ser en sí mismos ni vicios ni virtudes, son capacidades que pueden prestarse al bien ó al mal, con igual facilidad: son, en nuestra personalidad, puntos tan favorables para una desviación hacia el mal, como para conducirnos á la gracia. Así es que son á la vez fuerza y debilidad. La sensibilidad es uno de los más importantes de esos dones. Yo no concibo que sin ellos pueda llegarse á una virtud sublime: mas, por otra parte, no hay día en que no podamos ver en qué abismos de pequeñez puede sumergir á grandes espíritus, á corazones afectuosos y caracteres vigorosos. Es la causa secreta de la mitad de las inconsecuencias que hacen á las gentes religiosas tan poco edificantes. Nos domina más poderosamente que ninguna de nuestras pasiones; absorbe de tal modo nuestro carácter, que concluye por formar su fondo; aguza ó lo exagera todo en la vida. Pertenece especialmente á las disposiciones afectuosas: sin embargo, no es la ternura, y no debemos tomar una por otra. La ternura se aproxima mucho más á la virtud; pero la sensibilidad sin la ternura es una cosa terrible. Aislada, la mayor parte del tiempo se halla unida á la crueldad, y la crueldad es absolutamente incompatible con la santidad. Los hombres crueles son más comunes de lo que podemos suponer, porque la sociedad moderna suministra excelentes ocasiones para la crueldad. Muchos hombres son tiranos en el secreto

de las relaciones domésticas, que son no solamente dulces y adecuadas para vivir en sociedad, sino hasta encantadoras por su modestia sin afectación. Así, la crueldad y la humildad se encuentran extrañamente combinadas. La vida doméstica es con harta frecuencia un velo con el que están cubiertas millares de gentes que vemos cada día recorrer de incógnito, en todos sentidos, las regiones de la desgracia, del abatimiento y de la desesperación.

Los hombres de sensibilidad son prontos y vivos en sus simpatías; pero esas simpatías son muy estrechas. Generalmente hablando, esos hombres no pueden simpatizar más que con los dolores por que han pasado. Su corazón poco grande y poco dispuesto á perdonar, no pasa jamás el círculo de sus esperanzas; de hecho, hay mucha estrechez de espíritu y de corazón en la sensibilidad, cuando no se combina con otros elementos. Degenera siempre en susceptibilidad, y entonces el corazón se entristece, á menos que no tenga una disposición particular á la expansión y la alegría. La sensibilidad que no es elástica, da un no sé qué de falso, que la prueba mostrará siempre. En fin un hombre en que predomine la sensibilidad, generalmente no tendrá inclinación á la vida interior, bien porque tenga horror á penetrar acero en mano en su conciencia, bien porque tenga más que otros la experiencia de su habilidad en hacerse ilusión, ó ya, en fin, porque encuentre tantas dificultades en el ejercicio exterior de la caridad que exagera su valor. Siempre resulta que la mayor parte del tiempo encontramos á las gentes de grande sen-

sibilidad muy impacientes por una vida interior y casi dispuestas á tratarla con menosprecio. Las irrita de una manera tan extraña, que no podemos dejar de ver en ella algo profundamente antipático. Sin embargo, preciso es decir, como veremos más adelante, que la sensibilidad da á la conciencia un poder casi microscópico, lo cual permite ver los matices más delicados del mal y corresponder á las operaciones de la gracia. Contentémonos por el momento con esta descripción general de la sensibilidad y de sus afinidades.

Muy raro, cuando es eminente, ese don es común en sus grados ordinarios, pero en casi todos los corazones la disposición á la susceptibilidad existe en una proporción de que no se forma idea. Basta, para obscurecer el juicio, engañar los afectos y hacer olvidar toda conveniencia. Suele suceder casi sin cesar que se coloca en una posición falsa y que se hagan locuras bajo su influencia. No pueden evitarse esas necedades, sino con el auxilio de una gracia grande, ó naturalmente por ese vivo sentimiento del ridículo, que es uno de nuestros más eficaces salvaguardias en la vida. La sensibilidad es, pues, en general un fenómeno bastante común, para autorizarnos á que formemos de él un estudio aparte. Todo corazón se estremece cuando se le toca, y las raras excepciones de esa regla no pueden menos de confirmarla. La piedad no puede dejar de avivar esa sensibilidad natural; y en efecto, en sus primeros períodos la excita hasta constituir un estado casi morboso. Así, hay allí un desagrado inherente, ó poco menos, á la con-

dición de los nuevos convertidos. Su devoción no hace más que desarrollar su capacidad de criticar á los demás. Así, la mortificación de la sensibilidad llega á ser uno de los primeros deberes de la vida espiritual, y el vivo padecimiento, que es su consecuencia, no es más que una escala que nos sirve para subir más arriba.

Deseo llamar vuestra atención sobre este asunto, no sólo porque es muy práctico, sino también porque es muy raro que seamos justos con la sensibilidad. Hablamos de heridas de sentimiento como de una cosa más culpable de lo que es en realidad. Las confundimos con las consecuencias que las siguen, cuando no están bajo el dominio de la gracia. Estamos quizá muy poco avanzados para apreciar los magníficos frutos de esas especies de heridas, cuando se hallan consagradas por la gracia. Nuestra manera de hablar de ellas es exagerada, y esa proscripción exagerada conduce á muchos males, y en particular al escrúpulo y al desaliento. La teología nos dice que el cuerpo de Nuestro Señor estaba especialmente conformado para padecer. Del mismo modo nosotros debemos suponer que su sagrado corazón fué más sensible que todos los demás corazones. Eso fué lo que hizo los padecimientos de su pasión de una profundidad que no nos es posible sondear. Nuestra sensibilidad, como nuestras demás potencias, está destinada á elevarse á la conformidad con nuestro divino modelo. Debemos, pues, considerarla con justicia y moderación. Si las heridas del corazón son una fuente de pecados veniales, son también una disposición

para una grande santidad; no deben ser anonadadas, sino sobrenaturalizadas. Tal vez nos es imposible el llegar á ser insensibles, pero sería un mal enorme el intentarlo. Si lo consiguiésemos, nuestro grado de inferioridad espiritual sería estereotipado, y no habríamos ganado nada más que una disminución insignificante de los padecimientos más nobles de la vida. Así, la mortificación de la sensibilidad exige un procedimiento particular; no se trata de embotarla, de amortiguarla, de exterminarla, como haríamos con un vicio, sino de hacer de ella un uso enérgico para hacernos más amigos de Dios y más caritativos con los hombres. Lo que es preciso evitar es el error común de vituperar los sentimientos y no los inconvenientes, que sólo se siguen por falta de correspondencia á la gracia. Esa particularidad en la manera de mortificar las heridas de sentimientos de otro modo que las demás pasiones, no es una sutileza ó una distinción puramente metafísica que podamos perder de vista. Convengo en que es preciso prevenirse contra las distinciones refinadas, pero en la vida espiritual no podemos pasarnos sin ellas: la gracia y la rudeza todo lo echarían á perder. La sencillez es la más sublime de las gracias, la última á que se llega. Pero ¿qué es la sencillez sino un refinamiento sobrenatural, más allá de toda idea?

La sensibilidad nos afecta de muchas maneras. Nos hace fantásticos; nos hace ver ofensas por todas partes; forja historias imaginarias sin el menor fundamento, ó sobre un fundamento cualquiera; fabrica más de lo que puede soportar la base; aumenta y

exagera las cosas; interpreta de la manera más extraña las acciones más inocentes; toma la indiferencia por concentración y la negligencia por una astucia; da á una frase aventurada una significación monstruosa, y después sueña con ella años enteros.

El que se deja guiar por la imaginación, se vuelve muy pronto suspicaz; en donde no ve fantasmas, cree que las hay, pero que se ocultan; tiene miedo á una sombra. La vida pasa como un viaje emprendido con la claridad de la luna en un caballo espantadizo, que os pone en aprieto encabritándose delante de cada mata ó arbusto. El espíritu está lleno de sospechas; se olvida á Dios; se padecen distracciones en la oración; se hace incapaz de distinguir una sombra de una realidad; se ofende por cualquier cosa ó por nada; se vuelve insoportable, y es difícil decir si lo es más para los otros que para sí mismo. El que es receloso se hace bien pronto brusco, incisivo, acre, y añade la simulación ó la sorpresa. No hay ya medio de tratar con nadie; si alguien le ha ofendido, es inútil que dé excusas; no le perdonará, siempre encontrará alguna nueva ofensa en cuantos pasos dé para justificarse. No tenía derecho alguno á la indulgencia, y se ha colocado como un superior reclamándola; á pesar de su habilidad y travesura, se conoce su juego y su atrevimiento. Así, de cualquiera manera que se prueba, siempre se le encontrará igualmente intratable; no recibirá más que despegos y repulsas. ¡ Decidme de buena fe, si en una atmósfera semejante puede esperarse y es posible ver brotar la gracia y la semejanza con Jesús!

Pero las sombras no representan los objetos sino falseando sus dimensiones: así, cuando somos recelosos, todos los sentimientos que tienen algún enlace con el asunto que nos toca son desproporcionados, lo cual nos conduce á toda clase de equivocaciones, porque vemos las cosas al azar y según el capricho de las sombras, y eso nos da lugar á pensar que somos peores de lo que somos realmente. Cuando avanzamos lo hacemos de una manera torpe, y si los otros hacen lo mismo, nos asustamos y ponemos á la defensiva; de ahí un estado de agitación triste y concentrada que se parece á la locura, pero que no destruye la libertad. Entonces nuestro estado llega á ser casi incurable, estamos persuadidos de tener razón, como si Dios nos hubiese hablado. Las pruebas de la malicia de los demás son concluyentes, formamos de ellas un legajo completo, y dirigimos los procedimientos contra nuestro mejor amigo, ó contra un vecino que impremeditamente nos ha ofendido, y henos ahí preparados como un fiscal contra un asesino. La exaltación en que nos hallamos graba en nosotros la idea de nuestras quejas, como se graban los colores en la porcelana. Nuestros juicios están pronunciados, y he ahí que llega el pecado, cual un torrente desbordado de lo alto de una montaña; pensamientos, palabras, acciones, señales de impaciencia de todo género. ¿Cómo reparar desde luego cada una de esas faltas? Dejamos escapar una palabra amarga, y es como una mancha que durará toda la vida para aquel que nos ha ofendido, paralizará su poder para el bien, y esparcirá una sombra sobre más hermo-

sos días; henos ahí con nuestras relaciones con Dios interrumpidas, y eso por una ofensa quizá imaginaria é insignificante, y sobre la que los buenos procederes del pasado deberían habernos hecho cerrar los ojos. ¿Cuántos caminos hemos andado? ¡Henos ahí frente á frente con el odio! El odio nos es ahora posible, ¿y esa posibilidad no es espantosa? Sí, sin duda alguna; pero en donde se detendrá la dureza del hombre..

He ahí el lado malo, y en él encontramos motivo para tomar en nosotros una santa venganza. En todo eso hay mucho para mortificarse, y nosotros no debemos rehuirlo; un solo toque no nos curará, es necesario tener sujeto el cáustico, y aun cuando nos tiemble la mano, apretarle durante largo tiempo sobre la llaga á pesar de nuestro desfallecimiento. Acordémonos de que nuestra alma se ha encontrado frente á frente con el odio. ¡Qué cosa más aterradora! ¿Alegaremos que nuestra salud ha sido en gran parte la ocasión de ese extraño desarrollo de la sensibilidad? ¿Puede haber en eso algún fundamento? Aun suponiendo que no tenemos que gastar más que cierta cantidad de gracia y de paciencia, y que nuestros males llegan hasta el último agujero de la máquina, será preciso que se rompa si no tenemos nada de reserva para el sostén del prójimo en los pequeños roces de cada día. Suponed al ser más jovial y alegre: bastará una indigestión para entristecerle. Todo eso es verdad, pero no es una justificación, es cuando más una circunstancia atenuante. De todos modos no es un motivo que nos exima de

mortificar la susceptibilidad; por el contrario, es preciso poner manos á la obra decididamente y sin misericordia; es preciso trabajar día y noche, como para rehabilitar un puente en un camino de hierro; como nuestro tráfico entre la tierra y el cielo ha quedado interrumpido hasta que se repare la avería, debemos trabajar como desesperados en la mortificación de nuestra susceptibilidad y tomar por modelos esas activas maniobras, que se agitan como fantasmas en las tinieblas al resplandor de sus antorchas.

Ciertos desarrollos de la sensibilidad son una prueba de nuestro estado de decadencia; pero yo no pienso que la sensibilidad misma se halle en ese caso; al contrario, creo que considerada en sí misma, es un don muy excelente, y que el más sensible de los hombres es el más beneficiado, sólo que desvía tan fácilmente que siempre se la daría con gusto todo, é inquieta más de lo que se necesita. La viveza en sentir, la falta de miramientos, la sutileza en vislumbrar intenciones malignas, la impresionabilidad por la sombra de un contacto, la delicadeza para el que mira la menor rudeza como una calamidad; todo eso evidentemente no tiene sombra de pecado: todas esas disposiciones no constituyen una acción moral voluntaria y deliberada, es un asunto de carácter y de constitución; la gracia puede modificarlas y elevarlas, añadirlas un don del Espíritu Santo para fortalecerlas y contrabalancearlas, haciendo amar á Dios con más fervor y adhesión exclusiva. Inocentes por sí mismos, los primeros movimientos de sensibilidad, las primeras ideas, las pri-

meras imaginaciones, los primeros impulsos, están absolutamente sin pecado, y muchas personas serían más felices si pudieran acordarse de esta verdad.

Hay alguna cosa que sentimos con extremada vivacidad, y eso nos desespera; pero en realidad nada podemos, y si hay lugar para conocer ese sentimiento, eso debe ser cuestión de tiempo y de la operación recta y regular de la gracia. No deberíamos inquietarnos sino cuando llegamos á obrar según esa sensibilidad, ya mentalmente por pensamientos deliberados, ó por reflexiones que nos expondrían próximamente á ofender la caridad, ya exteriormente por medio de palabras ó acciones, ó por nuestras maneras. No debe mirarse ni aun la perseverancia de la viveza de sentimientos como una señal de inmortificación; y sin embargo, ¡cuántas personas se dejan dominar de la tristeza por una equivocación sobre ese asunto!

Para ver bien en donde se encuentra la mortificación de la sensibilidad, pongamos un ejemplo. Si llega á atravesarse una sombra en una de nuestras afecciones, no por eso hemos cesado en nuestra intimidad; más, sin embargo, el velo se ha ennegrecido y la sombra se ha dilatado, sin que sepamos cómo: se nos han referido expresiones, por lo menos equívocas: nos hemos picado, y la llaga nos ha hecho estremecer. Sabemos muy bien lo que es una frase desprendida de su contexto: la experiencia nos ha enseñado, que palabras referidas rara vez son exactas, aun cuando no sea más que porque nos llegan des-

pojadas de circunstancias que pueden modificar su carácter, tales como el tono, el aspecto, la manera de decirlas, etc. La malicia de una expresión no suele con frecuencia proceder de la persona que la ha proferido, sino del que la refiere, especie de ave de rapiña que se alimenta de las inmundicias de nuestra pobre naturaleza, y que no puede tener jamás buen corazón. Sabemos eso muy bien, y sin embargo, las palabras citadas nos pican vivamente. La flecha estaba emponzoñada, y la herida se ha envenenado. Luego vienen ciertas acciones, ciertas apariencias, que se prestan á interpretaciones poco favorables de la conducta de nuestro amigo, y nuestro primer movimiento es el juzgar con arreglo á aquellas penosas impresiones todavía frescas. Pues bien, con la mala inteligencia sucede lo que con las raíces de los árboles, que se enroscan y retuercen al crecer, y no pueden desenredarse; más difícil de extirpar de un corazón endurecido que el cáncer más obstinado. La sombra continúa, no decimos nada, y al mismo tiempo nuestro amigo, sin sospecharlo ni apercibirse tal vez, nos pone en tortura con todo cuanto hace ó dice; ó de otro modo, con todo lo que se le supone que hace ó dice con respecto á nosotros. Supongamos que durante todo ese tiempo de agitación hemos procurado forzar á nuestra inteligencia á creer que en todo eso no había ninguna mala intención: supongamos que nos hemos contenido siempre que hemos querido reproducir nuestras quejas, y que hemos tratado severamente con la penitencia todos nuestros discursos y proyectos de ataque y de

defensa; que nos hemos confesado cuidadosamente de la menor apariencia de falta de caridad; que no nos hemos dejado llevar de nuestra susceptibilidad hasta prorrumpir en quejas, ó hacer demostraciones; que hemos orado más que nunca por el que era la causa de nuestra angustia, y que pudiendo hacerlo sin causarle pesar, nos hemos humillado hasta hablarle de esos sentimientos, que deben parecerle exagerados y absurdos, ó por lo menos bajos y pequeños..... Supongamos todo eso: entonces, aun cuando nuestra susceptibilidad fuese tan delicada como siempre y nuestra herida estuviese más viva que nunca, he ahí que por la gracia de Dios hemos llegado á hacer de ellas un motivo de buena mortificación. Sin duda es una obra bastante miserable, y el combate mismo es un envilecimiento; sentimos nuestra vida interior en desorden y trastorno durante quizá meses y aun años. Hay casos en que no podemos hacer más que callar, porque de otro modo enseñamos la llaga. Hay mala inteligencia de que no nos veremos libres hasta que hayamos depuesto toda nuestra carga á los pies del Juez Supremo. Mas aun cuando los corazones parezcan divididos en esta vida, la caridad mutua crece secretamente á la sombra de la mala inteligencia, y esa vegetación será una de las sorpresas de la eternidad. Si nos hemos conducido, como acabo de decir, no sólo estamos exentos de pecado, sino que hemos adquirido méritos, y más bien hemos corrido que marchado por el camino del cielo; hemos obrado con toda la nobleza que permite la debilidad y la pequeñez de nuestra naturaleza. Pero sobre

todo, años de esfuerzos interiores de ese género, podrán no haber conseguido calmar nuestra sensibilidad. En nuestro lecho de muerte podremos sentir todavía como hoy la menor pena, como si nos arrancaran la piel; si no es siempre así, por lo menos sucede con frecuencia. Hay unas que la gracia coloca en una bienaventurada insensibilidad; hay otras que hace más tiernas y más delicadas á toda impresión, y yo preferiría este último género de bendición al otro.

En el trabajo de mortificar nuestra sensibilidad es bueno acordarnos de que cada uno es sensible á su manera; cada uno tiene su genio, su individualidad y su temperamento. Podemos asemejarnos á uno más que á otro, pero eso no pasa de ser una semejanza. La sensibilidad de uno jamás es exactamente la de su vecino; depende de las combinaciones de carácter que la naturaleza no reproduce nunca de una manera idéntica. Por consecuencia, debemos estudiar la nuestra por dos razones importantes. Hay cosas que pueden ser malas en los demás y no serlo en nosotros; y ese conocimiento nos preservará del desaliento. Hay también cosas excusables en los otros, que son inexcusables en nosotros; y ese conocimiento nos impedirá excusarnos y que reclamemos se nos dispense sin causa legítima. Preciso es también que recordemos que la sensibilidad tiende siempre al egoísmo. Un hombre cuyos afectos son en extremo vivos, es generalmente de un amor propio más que ordinario, y la sensibilidad trae su origen de esos afectos; procede de lo que realmente hay bueno en nosotros, de lo que es demasiado bueno para el es-

tado presente de las cosas; así que con frecuencia es perjudicial sobre la tierra, mientras que es casi una profecía, ó más bien un germen actual de alguna excelencia que se desarrollará en nuestra eternidad.

Al defender la sensibilidad, la he acusado fuertemente; así es, que no debo concluir sin decir algunas palabras acerca de sus privilegios. Aun en las cosas naturales es la fuente de nuestros gozos más vivos y refinados. La sensibilidad es la única que nos hace penetrar por debajo de la superficie monótona de la vida, y que nos la hace soportable. Glorifica todos nuestros gozos y hace nuestros dolores más tolerables, colocándolos en una región más profunda de nuestros corazones. Mientras ensancha la esfera de nuestro amor, sostiene su acción. Da á la práctica de la virtud ese excitante que es en las cosas naturales lo que la dulzura divina es en las cosas espirituales. Pero el privilegio más grande de la sensibilidad es el darnos una capacidad especial para las gracias más elevadas de la santidad. Hay una delicadeza tan sutil en las operaciones más raras de la gracia, que parece exigir en nuestro ser natural una base conveniente para poder ingertarse en ella. Así, la sensibilidad, como tesoro inagotable de simpatía, es la mejor base para una grande gracia de caridad, y revela todas sus profundidades y delicadezas. Es igualmente infalible para sus instintos en las cosas celestiales; se ase con prontitud á Dios, y de ese modo suministra un fundamento perfecto para la paz interior. Tal vez acrecentará nuestro júbilo en el cielo si todavía le es dado al carácter natural obrar

allá arriba independientemente del grado de amor sobrenatural.

La sensibilidad nos hace especialmente capaces de comprender á Dios, de entrar en su sentido cuando opera en nosotros, de seguir las más débiles huellas de una vocación divina y de reconocer, por un sentimiento de malestar, la más ligera desviación perceptible de su voluntad. Por la sensibilidad somos capaces de corresponder al celo de Dios, ese sello de su santidad tan profundamente marcado en toda su conducta para con las almas que aspiran á la perfección. La sensibilidad destruye en nosotros la mundanidad, mostrándonos sin cesar cuán poco aptos somos para el mundo. Como tiene el padecimiento por privilegio, nos hace languidecer en nuestro destierro, procurándonos gozos que son sus mejores consuelos naturales. Fuente de santificación, se presenta en nosotros con las cuatro excelencias, según las cuales juzgamos acerca de la importancia y de la eficacia de los medios de gracia; es constante, es penetrante, pasa desapercibida y sin excitar la desconfianza, y es fatal al amor propio. Así, continúa santificándonos sin que nos apercibamos de ello, y podemos fiarnos en ella, porque sus operaciones son en extremo desfavorables á la ilusión. En último lugar, la sensibilidad es una fuente particular de padecimientos conformes á los de Nuestro Señor. Pensad en su agonía en el huerto de los olivos; una gran parte de ese misterio consiste en ponerse en el lugar de cada uno de nosotros, en cargar con nuestros pecados, en identificarse con nuestras ignominias y

en sentir nuestras repugnancias. Nuestra sensibilidad más delicada no es más que grosería comparada con la suya. Nuestro dedo fué á colocarse rudamente sobre cada una de las cuerdas vibrantes de su sagrado corazón, y le hizo producir las notas más lastimeras y profundas de un dolor muy superior á toda inteligencia. Jesús se replegó como la sensitiva, bajo la vergüenza de que le habíamos cubierto. En los demás misterios de la Pasión tenemos los padecimientos exteriores, la vergüenza manifiesta, la publicidad, la maldad, el abandono de los amigos; pero el padecimiento de la agonía fué en grande proporción y más que los otros misterios, la herida viva de los sentimientos. Por consiguiente, nuestro modelo y nuestro consuelo en el exceso de nuestras heridas del corazón, no es otro que ese amable y divino corazón, cuya herida oculta nos hace oir sus lamentos en los reproches del Viernes Santo.

NO HAY VERDADERA ADORACIÓN

SIN CONFIANZA.

¿Qué ha hecho Dios para que sus criaturas no confíen en él? No podemos fiarnos en nosotros mismos; y por otra parte, no podemos pasar sin confianza; no podemos quedarnos en el espacio sin que tengamos algo en que apoyarnos y que nos suspenda. Es evidente que no podemos fiarnos unos de otros. La confianza en Dios debe ser la vida de la creación. Sin ella, lo mejor que podríamos hacer era negar que nuestros ojos no ven, y declarar que lo que vemos no es más que un triste enigma. ¿Cómo vivir sin confianza en Dios? Salimos de sus manos: verdad es que en un sentido nos ha soltado, pero ha sido por poco tiempo y para volvernos á recoger. Venimos de él y á él regresamos. No hay más que dos mansiones eternas, ambas obras de su justicia: una ú otra es inevitable; pero una de ellas más bien es un fin interminable que una morada. No podemos huir de Dios: no podemos ocultarnos á él. ¿Qué hacer si no podemos fiarnos en él?

Sin embargo, la confianza en Dios está muy lejos de ser común, y una confianza suficiente es de lo más raro. Sería una cosa temible el decir que el culto de Dios entre los hombres es raro; sin embargo, la confianza es el único culto real. Nuestra confianza es nuestra religión: es la dulzura de la vida. Merecería la pena de vivir aunque no fuese más que por conocer sus delicias. Sí, por su absoluta necesidad esa fuente de gozo pertenece al menor de nosotros; como único principio de nuestra verdadera perfección, pertenece á los espíritus más elevados. Procuremos comprenderlo bien. Es una de esas verdades comunes de la mayor importancia y que, sin embargo, tienen necesidad de ser repetidas continuamente, porque sobre ese punto encontraremos que hasta las personas más buenas incurren en falta. Los obispos tienen necesidad de la confianza en Dios: los sacerdotes, los religiosos la necesitan también. Es lo que hace falta en la piedad de casi todos. Hasta lo que tomamos por confianza en Dios no es digno de ese nombre. Sin embargo, si es cierto que la confianza es el único culto verdadero, hasta los siervos de Dios incurren en falta con respecto á ella.

Veamos desde luego si esa idea puede ser una piadosa exageración. Nada hay tan importante en el mundo para nosotros como Dios y su favor: hasta sería más exacto decir que eso es lo único importante. Mas para ganar el favor de Dios, para conservarle y, sobre todo, para ser capaces de devolverle amor por amor, es necesario aprender á conocerle y comprenderle. Dios, no solamente es la reunión de todas las

perfecciones posibles, un objeto glorioso de adoración, un ser viviente que se halla en las más íntimas relaciones con nosotros, sino que tiene su carácter particular, cuyo sello da la forma á todo el conjunto de nuestro amor y de nuestra adoración. Ahora, si consideramos ese carácter tal como ha sido manifestado, ya por uno de los atributos, ya por el conjunto de las perfecciones, ya por las acciones mencionadas en las páginas de la Sagrada Escritura, ó bien por nuestra propia experiencia de los acontecimientos del drama de la vida, el resultado de nuestro estudio será el convencernos de que la confianza en Dios es el único culto verdadero. Pero ese resultado no es simplemente la conclusión dudosa de nuestra propia investigación: eso nos lo han dicho y repetido los profetas. Según San Pablo, el fin del Evangelio sería el hacernos aproximar á Dios con confianza. El Señor mismo se digna gloriarse solemnemente de su fidelidad. Llama sin cesar la atención de sus criaturas sobre ese punto por temor de que no le aprecien en su justo valor. Su extremada compasión por nosotros hace que insista sobre aquella de sus imperfecciones que más atrae nuestra confianza.

Si consideramos los resultados de la confianza, veremos cuán difícil es exagerar su importancia. Sin ella no hay fe viva, porque la fe viva, en el sentido religioso de la palabra, debe inevitablemente conducir á la confianza. No hay esperanza si no confiamos en la verdad del Autor de las promesas: no hay tampoco caridad si no reposa en la confianza. Así es que sin ella no están en ejercicio las virtudes teologales.

Es un culto por sí mismo sin ningún acto, porque reconoce no tan sólo algunas perfecciones en aquel que es objeto de ella, sino también perfecciones proporcionadas á la medida de confianza que se pone en él, y esa medida no es otra que la de nuestros intereses eternos, y acerca cuanto es posible á lo infinito. Además, la confianza en otro es un abandono de sí mismo. Y á más quedamos complacidos en nuestras propias obras; siempre vamos á reposarnos en la soberanía de Dios. La confianza es la expresión legítima del sentimiento de nuestras deudas para con él: es el testimonio perpetuo de la lealtad de nuestra conciencia. Las disposiciones interiores que produce en nosotros son el espíritu de infancia cristiana, la sencillez y la calma. Sin esas disposiciones, la perfección es imposible: y sin la confianza en Dios esas disposiciones lo son igualmente.

Se recordará que ahora no tratamos de la dulzura de esa confianza, ni de la belleza de sus motivos que se multiplican cada día de la vida. El asunto es tan atractivo, que es muy difícil no ocuparse de él. Las misteriosas delicias que el Creador se complace en gustar en la confianza de su criatura, harían, por sí solas, la materia de un volumen si quisiéramos tratarlo todo, recorrerlo todo, mirarlo bajo diferentes puntos de vista, y tocar, uno después de otro, todos los afectos de nuestro corazón. Pero ahora tenemos una tarea más árida, la de mostrar la importancia de esa confianza en Dios.

Pocas personas saben lo que las falta bajo ese concepto. La mayor parte se creen con tanta seguridad

de conciencia, que no desconfían ni procuran examinarse sobre ese punto. Hay algo tan monstruoso en no confiar en Dios, que todos quisieran persuadirse de que esa falta es muy rara en las gentes buenas y santas, pero la experiencia nos muestra lo contrario. Hay muchos aspirantes á la perfección, pero pocos que la consigan; y en casi todos los casos, lo que impide el buen éxito es la falta de confianza en Dios. Muchas personas mantienen durante años la intención de contraer costumbres de oración y de examen de conciencia, pero jamás comienzan una ni otra, y la falta de esa demora se encuentra en la falta de confianza en Dios. Unos se proponen abandonar su costumbre de pecar, pero bien pronto se vuelven inconstantes en sus esfuerzos, ó abandonan completamente su propósito por el mismo defecto. Cuando se tienen escrúpulos, casi siempre es por igual razón. El conocimiento de nuestra propia miseria, que nos infunde tanto ánimo cuando tenemos confianza en Dios, nos hace pusilánimes y abatidos en el caso contrario. Muchas personas adoptan miras sobrenaturales como convicciones de inteligencia, y sin embargo, cuando se encuentran en ocasión de obrar según esos principios, ya no quedan vestigios de ellos: también eso es falta de confianza en Dios. Miramos la religión mucho más de lo que pensamos; la oración y la gracia, como una lotería ó cosa parecida. Una oración realmente llena de fe, no suele ser común; y quizá ésa es la razón por la que una inmensidad de oraciones parecen quedar sin respuesta. Algunos se contentan con una esperanza indeterminada que jamás tomará el cielo

por asalto como lo hace la confianza. Otros, están comenzando toda su vida, porque no tienen confianza en Dios. Volvamos en nosotros mismos y veamos si realmente tenemos una confianza verdadera en Dios.

Ya he dicho que en nuestra posición es el único culto verdadero. En primer lugar, ignoramos muchas cosas que desearíamos saber, aun cuando no nos sean indispensables, y además otras muchas cuyo conocimiento es para nosotros de una importancia profunda. ¿Qué podemos hacer sino confiar nuestra ignorancia á la luz de la sabiduría de Dios? Él sabe lo que quiere de nosotros: conoce sus intenciones con respecto á nosotros: sabe el mal que podríamos hacer y el que no evitaremos. ¿Qué sabemos nosotros de tan importantes cuestiones? Es preciso que acudamos á él. ¿Hubo algún riesgo en hacerlo? ¿No pudo obrarse de otro modo? En segundo lugar, ¡somos tan débiles!... Tenemos que luchar con tres mundos terribles: el mundo de la materia, el mundo de los hombres y el mundo invisible de los espíritus. Además, tenemos la conducta de nuestras personas, asunto por lo menos lleno de dudas y de peligros. Con nuestros medios tan sumamente limitados y nuestras fuerzas de niños, ¿qué cosa mejor podemos hacer que poner nuestra debilidad en manos de su poder infinito? Además, nuestra indignidad excede á nuestra debilidad. Es muy difícil el tener á nuestra naturaleza en tan poco aprecio como se merece, aun cuando haya riesgo en hacerlo. Ningún menosprecio deja de tener peligro: sin eso, el Yo merecería nuestro último desprecio, nuestro cordial y sincero

aborrecimiento. Mas para odiarnos como se debe, es preciso confiar antes en Dios. Sólo cuando con la cabeza baja nos echamos en brazos de la misericordia, es cuando nuestra indignidad no altera nuestra confianza. ¿Qué podemos hacer en nuestra incalculable indignidad sino confiarla á la infinidad absoluta de la compasión divina? Nuestros pecados... son, en un sentido, indelebles: son para nosotros objetos de temor, aun después de haber sido perdonados no han sido olvidados: tenemos que oir hablar de ellos un día... El mejor medio de desembarazarnos de ellos es confiarlos á la justicia de Dios. La empresa es aterradora; pero la preciosa sangre está allí. En cuanto á nuestra eternidad, su interés es demasiado grande para unas criaturas tan pequeñas como somos; no podemos pensar en ella sin estremecernos. Dios sabe ya cuál será: sin embargo, debemos acudir á él y conformarnos con su silencio. Así, esa confianza hace frente á todas las necesidades de nuestra posición, mientras que satisface más que todo lo demás, á lo que es debido á la magnificencia de Dios.

¿Pero qué es esa confianza? ¿Cuál es su naturaleza? No es un simple sentimiento, es más bien una fe; es más que fe, es una visión. Añade á la esperanza algo seguro. Excediendo á los hábitos comunes de caridad, parece tener una afinidad lejana con la confirmación en la gracia, y aunque lejana, semejante afinidad es de un precio inestimable. Es más bien el resultado de toda nuestra religión que el fruto de una virtud en particular. Nos familiariza con Dios, aunque hablando con propiedad, su marca ó su se-

llo señala más bien la veneración que la familiaridad. Es el efecto del temor de Dios, cuando ese temor es todo de gracia; es la belleza del temor celestial; es una humildad en una balanza exacta, que ni cae en la cobardía, ni se eleva con la presunción. La confianza es la virilidad del alma humilde; es también la fuerza del amor; su vigor constitutivo más bien que su esfuerzo pasajero. Es el amor purificado, y por consecuencia, igual y sólido. Es tan eminentemente práctica, que no puede permanecer en el estado de sentimiento poético ó de dulzura interior; es preciso que estalle en acción; y como el vigor de la juventud, apenas se apercibe de sus esfuerzos. Además, es la felicidad de la religión; el rayo de sol bajo el cual la perseverancia es más fácil; la luz en donde todas las virtudes pueden dilatarse y combinarse libremente. La ilusión, por el contrario, el desáliento y la indiscreción se encuentran allí muy mal, afortunadamente para nosotros. Tiene también la misma tendencia irresistible á la oración que á la acción. Es casi una oración enteramente hecha, la oración no interrumpida de que nos habla el Evangelio y que parece el más imposible de los mandamientos. Hay más, parece hacer de la oración directa el centro necesario del alma; gravita hacia la oración, y el alma que la posee no se encuentra bien cuando ora. Apenas tiene algún respiro en sus ocupaciones exteriores esa alma, cuando casi insensiblemente vuelve á reanudar su oración. No tiene tiempo ni espacio, porque la oración llena naturalmente todos los huecos y cae allí sin esfuerzo. En fin, aunque más simpática á

ciertas naturalezas, la confianza no es una disposición de temperamento, es particularmente un don de Dios; y más particularmente que todos los demás dones, debe ganarse como un salario. Es esencialmente una gracia, pero una gracia que se asemeja más que cualquiera otra á un fruto de nuestra industria.

Y si es así, ¿cómo debe ser adquirida? Vamos á verlo; recordando que de lo que se trata es de una gracia y no de una pura adquisición. Casi podríamos decir que todas las prácticas y las experiencias de la vida espiritual concurren á formarla en nuestras almas. Es verdad; sin embargo, hay ciertas cosas que se refieren á ella más que otras, y vamos á enumerar algunas.

El pensamiento de Dios es muy extenso, es un pensamiento que requiere otros mil; ó más bien es un mundo de pensamientos. De ahí la impotencia de una meditación formal y sistemática sobre las perfecciones divinas. Ya hemos visto que nuestra confianza en Dios depende grandemente del conocimiento que tenemos de él. Debemos, pues, hacernos familiar el estudio de Dios por medio de la oración para fundar y arraigar nuestra confianza. La meditación de los atributos de Dios es, en consecuencia, uno de los medios principales de adquirir la gracia de la confianza. A eso debemos añadir la meditación de los misterios de Jesús. Ni el pensamiento, ni la lectura, ni la teología nos conducirán á comprender suficientemente la amplitud de la gracia de la redención ó la profundidad de las riquezas inapreciables de la Encarnación. ¿No hemos experimentado nosotros

mismos que cuanto más reflexionamos, más difícil nos parece la salvación, mientras que cuanto más oramos más fácil se nos hace? Para tener confianza debemos conocer á Dios; pero eso no es bastante, debemos conocerle en Jesucristo. La vida eterna consiste solamente en conocer á Dios, si no con él, á su Hijo que ha enviado.

Todos nuestros ejercicios espirituales, de cualquiera naturaleza que sean, son otros tantos medios de adquirir la confianza en Dios; todos nos impregnan, por decirlo así, de él. Todos nos desarrollan más y más la naturaleza de la gracia y la pobreza de nuestra naturaleza. Tanto unos como òtros llevan al alma alguna experiencia de Jesús, y cada una de esas experiencias es un nuevo fundamento de confianza en él. El solo hecho de la perseverancia en algún bien contribuye á aumentar nuestra confianza. Las tentaciones exteriores nos ayudan; nos hacen perder toda confianza en nosotros mismos; nos hacen conocer mejor nuestros peligros de pecar; nos asustan revelándonos el poder y la perseverancia infatigables de las potencias espirituales ligadas contra nosotros; nos conducen á ensayar todos los métodos de conservarnos en el bien, y después de habernos probado todo, nos encontramos con que sólo la confianza en Dios es la que dura y aprovecha. Las pruebas interiores nos llevan al mismo resultado, pero todavía con más presteza y más infaliblemente. Entonces los brazos de Dios nos enlazan más estrechamente que en las dulzuras sensibles, y los consuelos de sus visitas. Un hombre que sufre grandes pruebas es hombre de una

fe sin límites y de una confianza en Dios que á nosotros, gente de poca fe, nos parece supersticiosa en las cosas pequeñas y presuntuosa en las grandes.

Adquirimos también la confianza en Dios por el ejercicio; esa virtud se reproduce y multiplica fortaleciéndose. La oración directa para obtener la gracia es también un medio evidente de obtener la confianza. El examen de conciencia que prepara el terreno en que reposa la confianza en sí mismo, acrecienta la confianza en Dios, y nos muestra vivamente su necesidad, poniéndonos ante los ojos nuestra nada y nuestros pecados. Los Sacramentos, y especialmente las confesiones bien preparadas, tienen un poder particular para aumentar y fortificar ese don. Otro tanto puede decirse de los elementos espirituales, que por su santa languidez tienden á disgustarnos de la confianza en nosotros mismos, y nos hacen aspirar al reposo en Dios. «Sostenedme con flores, rodeadme de frutos, porque languidezco de amor; pero él sostiene mi cabeza con el brazo izquierdo y me abraza con el derecho.» Tal es el lenguaje de la Esposa en el Cántico. Una devoción especial á la Providencia de Dios parece haber dominado en nuestros santos modernos. Era como una protesta instintiva contra una falsa filosofía; y por otra parte, es tambien un medio de adquirir la confianza en Dios. Hasta las tentaciones contra la fe dejan en pos de sí, cuando desaparecen, un acrecentamiento de esa confianza que con tanta violencia han perturbado; esa es la herencia de un paciente malo. Pero sobre todo, la costumbre de trabajar sólo por Dios, de hacer el

bien per él más que por buen éxito, y hacerle en secreto como el instinto induce á los que no obran más que por Dios; he ahí el camino real para llegar á la confianza en él. Tenemos, pues, como veis, una variedad de medios para adquirir los tesoros tan necesarios de esa bienaventurada confianza.

Pensemos un poco en la práctica. Una profesión constante de esa virtud debe ocupar un lugar importante en la oración. Forma tan completamente parte del culto debido á Dios, que debemos profesarla, aun cuando no la sintamos sensiblemente. Debe estar en nosotros, si creemos; debemos extenderla á todo lo que nos acaece: todos los acontecimientos de la vida, todas las cosas de este mundo exterior deben experimentar su influencia. Y para eso hay en verdad una buena razón, y es, la de que la sabiduría humana y la prudencia mundana, son casi tan impotentes en los asuntos comunes de la vida, como lo son para procurar nuestro bien espiritual. ¿La experiencia no nos prueba el hecho de que Dios obra siempre por nosotros, aun cuando más aparentamos hacerlo por nosotros mismos? ¿Con cuánta más razón toda nuestra vida interior, con su movimiento y sus misteriosos fenómenos, debe ser colocada bajo el soberano dominio de esa confianza, para encontrar allí su tranquilidad á la par que su movimiento? Esa confianza debe desbordar de Dios sobre todo lo que nos ha dado, sobre la Santísima Virgen, los Sacramentos, las bendiciones de la Iglesia, el ministerio de los sacerdotes y otros objetos semejantes. Debemos encontrar un reposo particular en todo lo perteneciente á Dios y en

todo lo que lleva su imagen. Nuestra confianza debe ser incesante, universal, atrevida y prudente; porque en las cosas divinas no hay prudencia sin osadía. Debe vivir y operar en la obscuridad tan alegremente como en la luz; debe desconfiar de sí misma, debe ser jovial y despreciar las dificultades, porque esas son las piedras con que se edifica la casa de Dios. Toda nuestra generosidad con Dios no es más que la medida de nuestra confianza en él. Para resumirlo todo en una palabra, en la aspiración á la santidad la confianza es el progreso.

Y ahora, ¿dónde y cómo nos hallamos con respecto á esa virtud? Procuramos desembarazarnos de alguna costumbre de pecado venial que nos fastidia. Tomamos resoluciones, pero al adoptarlas nos creemos llegar al punto de guardarlas. En la confesión nos acusamos de esa desconfianza, y hacemos sobre ese asunto, no tan sólo un acto de dolor bien marcado, sino también un acto señalado de firme propósito; y sin embargo, llevamos en el fondo de nuestra alma la convicción de tener que acusarnos de la mística falta en la confesión inmediata. Todo eso proviene de una falta de confianza: Si colocando nuestra confianza en Dios, en vez de ponerla en nosotros mismos, nos persuadiésemos de que no volveríamos á reincidir jamás en el pecado, probablemente ya no le cometeríamos. Estamos caídos por falta de fe en la gracia. Pongamos otro ejemplo: deseamos formar ciertas costumbres de devoción; supongamos el exámen particular. Antes de haberle ensayado nadie adivinaría la violencia que hay que hacerse para ese

ejercicio y el disgusto que acarrea. Se necesita una buena dosis de mortificación para perseverar en él, de bueno ó de mal grado. El resultado es que abandonamos nuestra resolución como un compromiso indirecto. La abandonamos, y por ello perdemos gracias sin número, simplemente por falta de confianza en Dios. Lo mismo sucede con las mortificaciones corporales. Abandonamos las que hemos comenzado porque no podemos creer que perseveraríamos en ellas. O bien por una malhadada discreción no nos atrevemos á entregarnos á austeridades ligeras, pero cuya gracia no hubiera sido nada menos que insignificante; y eso simplemente porque carecemos de la confianza en Dios. Así cambiamos nuestra posición en el cielo para siempre. Y es, porque en verdad, como he dicho más arriba, toda generosidad para con Dios depende de nuestra confianza en él. Lo mismo acontece con nuestras obras exteriores de misericordia cuando se hallan rodeadas de dificultades. Los santos se abren su camino á través de las imposibilidades, mientras nosotros nos detenemos ante una tela de araña. Si hay alguna tentación, alguna prueba interior, salimos de ella de una manera deplorable, y siempre por la misma razón. Tal vez hagamos la décima parte de lo que podíamos hacer por sus almas, y todo eso viene de la insuficiencia de nuestra confianza en Dios. ¡Oh, que no podamos inspirarnos mutuamente más confianza en el auxilio cierto y en el tesoro inagotable de la gracia! ¡Dichoso aquél que aumenta en otro la confianza en Dios! ha hecho una obra de grande influencia en la creación. ¡Dicho-

sos si sabemos confiar en Dios, como tiene derecho á esperar de nosotros! Un niño se permite con su madre inocentes y respetuosas libertades; jamás duda obtener lo que desea; aun cuando se le rehuse cien veces, nunca cree en la negativa; la negativa de ayer es una razón para obtener hoy. Si todavía se le rehusa, insiste y emplea argumentos de un amor sumiso; si su madre se niega definitivamente, la pide un beso y se va tan satisfecho de la voluntad del cariño maternal como si hubiese obtenido lo que quería. Atrevámonos, pues, á hacer lo mismo con nuestro Padre Eterno.

DE LA PREDISPOSICIÓN

Á ESCANDALIZARSE.

Escandalizar es grande falta, pero escandalizarse lo es todavía mayor; supone mucho mal en nosotros y hace más á los otros. Nada escandaliza tanto como esa disposición á encontrar por donde quiera motivo de escándalo. Ese hecho merece consideración; porque hay muchas personas de buen fondo que creen hacer una maravilla con escandalizarse y piensan que en eso muestran virtud y delicadeza de conciencia; mientras en realidad, de lo que dan pruebas es de un excesivo amor propio ó de grande necedad. Dichosos cuando la tontería es la que se halla en juego, porque entonces la pobre naturaleza es más digna de lástima que de vituperio: y ya me parece haber dicho que si un necio no puede hacer un santo, al menos la tontería no hará nunca de él un pecador. Además, las gentes de que se trata muestran, por sus sentimientos y sus actos que se imaginan, que su profesión de piedad les da permiso para escandalizarse de oficio. Ese es su negocio, esa su manera de dar testi-

monio de Dios: obrar de otro modo sería una inercia culpable en la vida espiritual. Se figuran que sufren horriblemente con el escándalo, pero en realidad encuentran en él un goze asombroso: es una emoción agradable que hace soportar la monotonía de la devoción. No es porque las faltas del prójimo caigan sobre ellos y vayan á dejar expedito el camino de la virtud ó del amor de Dios, como ocurre en el caso del verdadero escándalo, sino porque van á buscar la ocasión y tropiezan intencionalmente en alguna falta de su prójimo para hacer que los demás fijen su atención en la diferencia de su conducta.

Sin duda alguna hay cosas de que es lícito escandalizarse: pero es preciso colocar en primera línea esa presuntuosa manía de muchas gentes, que se tienen por religiosas, de escandalizarse de todo. La verdad es que todos somos unos fariseos. Para un hombre piadoso que haga atractiva la piedad, hay nueve que la hacen repulsiva; ó en otros términos: entre las personas que gozan la reputación de espirituales, sólo una de cada diez lo es realmente. El que se ha escandalizado con más frecuencia en el curso de una larga vida es también el que ha hecho más daño á la gloria de Dios y el que ha sido una verdadera piedra de escándalo en el camino de otros muchos. Ha sido un manantial inagotable de los más tristes ejemplos para los débiles y los pequeños del Señor. Si lo que yo escribo viene á caer en sus manos se escandalizará de mí. Todo lo que á él no le place, todo lo que se aparta de sus miras mezquinas, es un escándalo. El fariseo no conoce otro modo de

disentir en opiniones. Son gentes de un gusto maravilloso para hacer el suyo: el entendimiento más limitado, si tiene, como ordinariamente suele suceder, tanta obstinación como necedad, encontrará medio para hacerse papa entre sus escasos vecinos, y con eso, por poco que alce la voz, su reinado pasará gloriosamente en la sesión permanente del concilio ecuménico del barrio. Se necesitaría tener mucho tiempo de sobra y mucho valor para intentar el persuadir á gentes de ese temple, y el remedio no cubriría los gastos. Dejémoslas tranquilas en su gloria y beatitud, y ocupémonos de nosotros mismos. ¿No nos escandalizamos con frecuencia? Examinémoslo un poco.

He aquí un pensamiento que algunas veces ha cruzado por mi mente. Es claro que no es posible acordarse de todo lo que se ha leído en las vidas de los santos, tanto más, cuanto que esas vidas forman una biblioteca considerable cuya lectura exigiría la vida de un hombre. Pues bien, no recuerdo haber visto en parte alguna que ningún santo se escandalizase por nada. Si eso es verdad, basta para resolver la cuestión. Comunmente los que están envanecidos de sí mismos, con sus ínfulas de procurador, sus ojos de lince para las faltas de los demás, y el látigo del sarcasmo siempre en la mano, ¿podrían pretender jamás con seriedad hacerse «pequeños», según el Cristo? Según los libros, hay dos especies de escándalo: el de los pequeños y el de los fariseos. Según eso, ¿qué pueden ser esas gentes sino fariseos? No digo que seamos unos santos, ni que todo lo que hay

de más notable en los santos nos sea aplicable; pero de buena fe, por poco que mi observación sea fundada, y que el escándalo sea simplemente raro entre los santos, hay en qué pensar; hay en eso un hecho suficiente para que podamos sacar una conclusión pasablemente extensa y práctica. Podemos concluir, entre otros, que ese es un asunto sobre el que muchas personas que aspiran á la espiritualidad no son bastante cuidadosas. Cuantas veces se escandaliza una persona corre riesgo de pecar, y de pecar de muchas maneras. Se arriesga el perjudicar á la gloria de Dios, el deshonrar á nuestro Señor, el escandalizar realmente á los demás, el ofender á la caridad, el faltar gravemente á la discreción, y por lo menos, el contristar al Espíritu Santo en su alma. Eso merece la pena de mirarlo bien.

Veamos ahora lo que la mala costumbre de escandalizarse supone en nosotros. Supone un orgullo plácido. El orgullo es la negación de la vida espiritual, de tal manera, que si se habla de orgullo espiritual, quiere decir, que en vez de vida espiritual nos hallamos poseídos de un espíritu malo. Si el orgullo es tan difícil de mantener cuando se le ve, ¿cuánto más lo será cuando no se tiene la conciencia de él? Con frecuencia habría lugar á creer que la gracia no podría alcanzarle sino por una caída seria que despertase la conciencia, obligándola á una saludable confusión. Además de ese orgullo, el peor de todos porque se cree humilde, todo lo que se aproxima á una costumbre de escandalizarse supone una falta profunda de caridad que la gracia y la morti-

ficación interior no han alcanzado todavía, por lo menos eficazmente. Si estudiamos en los momentos en que nos escandalizamos, encontraremos al mismo tiempo algún amor propio ofendido, alguna exasperación. Cuando estamos de buen humor no nos escandalizamos, no es en un momento de benevolencia; y generalmente el sentimiento que predomina en nosotros no es, desde luego, el de una compasión sincera por la persona que obra mal: la mayor parte del tiempo es efecto de un espíritu mal dispuesto y de un mal humor; es el fruto de una afectación de gravedad ridícula. Pretendemos adoptar el recogimiento, y nos metemos en la murmuración hasta el cuello. Eso supone también que se ha formado la costumbre de juzgar á los demás. En un alma humilde y naturalmente plácida, ese instinto de juzgar á otro está contenido ó contrabalanceado por otras cualidades más excelentes: necesitamos un esfuerzo para que pueda abrirse paso; mientras que para el hombre propenso á escandalizarse, ese instinto se encuentra constantemente en la superficie, pronto á ponerse en acción y á representar un papel predominante. Pero tal vez, se preguntará: ¿no es permitido jamás el juzgar al prójimo? La más rara vez posible. Pues bien, cada vez que nos escandalizamos, en primer lugar formamos un juicio; en segundo, tomamos partido contra el acusado; en tercero, tomamos ese juicio desfavorable como principio de conducta, y en cuarto, la mayor parte del tiempo lo hacemos en materia de piedad, es decir, en un punto en que casi nunca podemos pretender el tener conocimiento de causa.

Esa tendencia indica también un defecto ó falta general de espíritu interior. El don sobrenatural del espíritu interior produce, entre otros efectos, los mismos resultados que la profundidad natural de carácter : á eso agrega la suavidad y la destreza de la caridad. El hombre irreflexivo y superficial es el más dispuesto á escandalizarse. Fuera de la superficie no comprende nada; se conoce poco y no tiene idea de la complicación de sus propios motivos. Mucho menos todavía sabrá discernir las causas secretas, las excusas ocultas, las tentaciones latentes, que pueden haber influído en las acciones de otro. He ahí en donde se encuentra el hombre que no tiene el espíritu interior, en punto á materias espirituales, no tan sólo temeridad en el juicio, sino grosería, miras superficiales y bajeza vulgar. El hombre de talento, no hará mucho más que el necio: excederá á la realidad. Su grosería es más sutil: ve por todas partes encadenamientos de circunstancias, aun en lo más ordinario de la conducta de su vecino. Su propia bajeza le hace sospecharla en los demás. Aun cuando viese á un santo, no encontraría en él más que un ambicioso, un obstinado, ó un hipócrita. Las gentes más sencillas serán para él intrigantes y conspiradores. En una palabra, no puede juzgar de los caracteres: no sabe más que imputar á los otros sus capacidades para el mal y figurarse que son lo que sería él mismo sin la gracia. Sus juicios son los de una razón poco sólida, y tiene más sutileza que discernimiento. Para las gentes hábiles, no hay, por decirlo así, caridad posible, si no tienen el espíritu interior.

Veremos también que hay algo que se aviene mal con nuestras meditaciones, si nos dejamos llevar del escándalo. Hay tiempos en que la meditación no tiene efecto en nosotros : para ciertas personas, eso dura toda la vida. Porque la costumbre de la meditación por sí sola, no basta á hacernos interiores. Cuando toda la vida espiritual de un individuo se reduce á la práctica de la meditación diaria, bien pronto pierde todo su imperio sobre su lengua, sobre su humor y sus susceptibilidades. Su meditación de la mañana no basta para mantenerle todo el día en la dulzura y en la presencia de Dios. Como las intenciones generales, podría absolutamente ser suficiente, pero en la práctica no corresponde á la necesidad. Es como un arbusto plantado en terreno estéril, que no puede crecer si no se remueve para hacer que le penetre el aire y el fresco. Ese estado es peligroso, y nuestra meditación no debe ser como una parada en una jornada mundana y enteramente sensual. Acordémonos, en efecto, que la vida sensual es la peor de las mundanidades y que puede conciliarse perfectamente con el amor al hogar doméstico y la abstención de las reuniones y disipaciones bulliciosas. No estamos sin peligro real, cuando la mortificación y el examen de conciencia no vienen á sostener nuestra meditación. Pues bien, la costumbre de escandalizarse, indicaría tal vez un defecto ó una tendencia de ese género.

Esa manía emponzoña muchas cosas buenas, profana las que son santas y llega hasta á hacerlas decididamente malas. Bajo esa influencia, la oración

por los demás llega á ser una crítica: la lectura espiritual se pasa formando interiormente comentarios. Si se oye un sermón, una especie de encanto hace que sus dardos no nos toquen jamás, sino que van á herir á otros, con grande contento nuestro. Ese defecto se halla al servicio de cuanto hay malo y desagradable á nuestra naturaleza. Arruina cuanto hay de espiritual en nosotros, destruyendo la caridad. Y no solamente supone que toda esa complicación de males se halla actualmente operando en nosotros, si que él la sostiene y desarrolla. Después de todo eso, si considerásemos bien cuánto esa facilidad á escandalizarnos revela en nosotros de degradación, tendríamos mucha más razón para asustarnos que por los defectos de otro. Aspiramos á la vida devota: retirados quizá desde hace poco tiempo de los cenagales del pecado, no estamos, sin embargo, sin conocimiento de las vías de la gracia: tenemos los ejemplos de los santos. Nos hallamos más ó menos familiarizados con la doctrina de los escritores espirituales: ni nuestra ignorancia, ni nuestra debilidad son tales que nos veamos obligados á considerar la conducta de los otros para arreglar la nuestra. El escándalo no es, pues, para nosotros, ni más ni menos que un juicio de la conducta de otro, y deberíamos tratar á esa tentación como á cualquiera otra contraria á la caridad, es decir, reprimirla, corregirla, detestarla y hacer de ella el objeto de nuestras resoluciones y de nuestras acusaciones en el santo tribunal. Deberíamos desconfiar de sus numerosos artificios y de su poder contra nuestra debilidad. Los maestros,

los padres y los directores, conocen muy bien uno de esos expedientes de sus subordinados, que anhelan criticar su dirección ó su gobierno, por lo menos con reticencias ó palabras embozadas. Esa especie de jugarreta consiste en acusarse de haberse escandalizado de la conducta de sus directores ó de sus superiores. Es un ardid ingenioso, pero ya muy gastado. Los directores han sabido sofocar bien pronto su curiosidad y no han permitido á los críticos que continúen en sus ilusiones, refiriendo lo que les ha escandalizado. No lo harían sino comprometiendo su dignidad y su autoridad. Lo más seguro, ó más bien la única conclusión de todo eso, es que debemos mirar la tentación de escandalizarnos pura y simplemente como un mal, como á un enemigo que no merece se le dé cuartel, y cuyos pretextos de delicadeza de conciencia y otros, deben ser escuchados con calma y con desdén.

Ya que hemos considerado las malas raíces de la disposición á escandalizarse, veamos los obstáculos que opone á nuestro progreso en el bien. Ella nos impide llegar al conocimiento de nosotros mismos. Velar sobre sí, es nada menos que una mortificación: estamos prontos á aprovechar el menor pretexto para deshacernos de esa atención, y la conducta de otro es precisamente el objeto que se presenta. Nadie es más ciego para sus faltas que el que se ha habituado á descubrir las ajenas. Esa disposición hace también que se confíe en las luces propias. Se interceptan los rayos que podrían llegar á iluminar el alma, y jamás hay franqueza ni jovialidad : nunca se encuentra ro-

deado de una atmósfera clara y despejada : no ha sido formado para la felicidad. ¿Cómo se ha de encontrar un santo en un ser melancólico? En una alma abatida, lo más que puede encontrarse es materia para formar un cristiano ordinario. Agreguemos á eso, que si estamos de buena fe no podemos dejar de encontrar en ese defecto un manantial de escrúpulos. Si no es enteramente lo mismo que el espíritu de crítica, muy hábil debe ser el que trace su línea de demarcación. Sabemos muy bien que no es en nuestros buenos momentos cuando nos escandalizamos, y debemos observar que eso coincide con frecuencia con un estado de malestar espiritual, y que no podemos ver en ello un simple accidente. Al mismo tiempo, el acto es tan poco generoso por su naturaleza, que tiende á destruir en nosotros todo un impulso noble; y nadie será generoso con Dios si no tiene una grande caridad para con su prójimo.

Además, ese defecto destruye nuestra influencia sobre los otros. Nos irritamos allí en donde deberíamos hacer revivir. ¿Cuál podría ser el apostolado de una persona en quien se supone falta de simpatía? El humor crítico es incompatible con el don de persuadir; y eso es cierto hasta en la literatura, cuyo género menos influyente es el de la crítica. Nos distrae, pero no es á propósito para formar nuestros juicios : y uno de los fenómenos más chocantes del mundo literario, es precisamente la poca importancia de la crítica, comparada con el trabajo y el talento que en ella se emplean. Nos complacemos en descubrir en nosotros alguna falta, pero si otro la encuen-

tra, no nos sentimos con buenas disposiciones hacia él. Es como un recurso para mantenernos de buen humor el acudir á la crítica. Otro inconveniente del defecto que nos ocupa, es el que nos crea mil dificultades en punto á la corrección fraternal, grande escollo para las almas pequeñas, cuya presunción está ordinariamente en proporción con su pequeñez.

En medio de esas dificultades que se han ido á buscar, se concluye algunas veces por descubrir que, sin haberse apercibido de ello, se ha formado una posición falsa, lo cual es temible en la vida espiritual. Menos dificultad hay en volver á encontrar el aplomo después de un pecado, que en reponerse de una posición falsa, y sin embargo, á eso nos arrastra constantemente la obligación imaginaria de la corrección fraternal. El escándalo recibido aparta tambien, distrae nuestra atención de las cosas divinas, para fijarla de mala manera en las miserias y pusilanimidades de acá abajo. Es en efecto un mal grave el apartar nuestra mirada de Dios para considerarnos á nosotros mismos ; pero es mucho peor todavía el hacerlo para examinar á nuestros vecinos. No hay cosa igual para introducir el desorden en el mundo del pensamiento, base de la caridad. Eso nos impide ser dueños de nuestras lenguas, como también el progresar en las buenas obras, en las que podemos tener necesidad de una cooperación cordial y espontánea. Es el manto con que la envidia se cubre en toda ocasión con el nombre de prudencia ; porque procuramos dar á nuestros vicios el colorido de una virtud.

No me parece haber exagerado la malicia de esa prontitud en escandalizarse. Confieso que ese defecto me ofende más que otros por muchas razones. Las gentes que infesta son ordinariamente buenas, que daban esperanzas tanto más fundadas cuanto parecía que nuevos favores iban á abrirse para ellas, y han sido detenidas en su carrera. Incompatible con la altura de la vida espiritual, ese defecto mancha lo que había adquirido cierto grado de pureza, y degrada lo que estaba en vías de ennoblecerse. Cuando consideramos cuántas almas son llamadas á la perfección y cuán pocas la alcanzan, tenemos razón para indignarnos contra ese azote, que consigue echar á perder la obra de la gracia.

¿En qué consiste la perfección? Consiste en una caridad de niño que no pretende ver de lejos, pero que lo cree todo: consiste en una maravillosa convicción sobrenatural de que todos son mejores que nosotros: cree que hay mucho menos mal en el mundo del que existe realmente: mira con parcialidad todo lo que es bien: es ingeniosa en tomarlo todo por buena parte y en no ver las faltas de otro: es obstinada en no creer en el escándalo, de tal manera, que algunas veces los santos han parecido traspasar los límites de la edificación en ese punto. He ahí la perfección; he ahí el humor y el temple de los santos y de los que se les asemejan. Es una vida de deseos y de olvido de las cosas de la tierra. Es una ley luminosa y fuerte en su convicción, que las lentitudes y frialdad de los hombres no podrían detener la marcha de la gloria de Dios. Al mismo tiempo, hay un combate instintivo

en el que se emplean las armas de la oración y de la reparación contra males que no pueden decidirse á creer. Jamás una sombra de morosidad apesadumbra el alma de un santo: eso no es posible.

En efecto, la perfección tiene el don de entrar en el espíritu de Dios, que en su universalidad se complace en la diversalidad de nuestras adoraciones y se acomoda á todo. Pues bien, eso es diametralmente opuesto al carácter de esas gentes tan propensas á escandalizarse. La diferencia es tan clara, que todo comentario sería superfluo. Dichoso el que puede decir en su lecho de muerte: «Jamás, en el curso de mi vida, me ha escandalizado nadie.» No ha visto las faltas del prójimo, y si las ha visto, era al través de tantos rayos luminosos, que se ha fijado menos en lo que podía remover la bilis que en los motivos de un amor más profundo y compasivo.

CIERTO GUSTO Á LA LECTURA ÚTIL

Á LA VIDA ESPIRITUAL.

He ahí uno, que desde hace algún tiempo ha procurado evitar el pecado y aproximarse á Dios: ha tomado afición á los servicios religiosos, y sobre todo á la piedad para con el Santísimo Sacramento, y siente que la paz reemplaza dulcemente las agitaciones y perturbaciones de su alma. Una nueva luz se esparce abundantemente en su conciencia, sin confundirla ni abrumarla: ve sin desaliento alturas de virtud, que en otro tiempo se hallaban ocultas entre nubes, pero á las que espera poder llegar. Una modesta seguridad le dice sabrá mantenerse á pie firme sobre aquellas alturas. Cada día comprende más y más que Dios le ama, y con esa convicción, todo lo que es celestial se desarrolla en él. Mas ahora una nueva solicitud viene á despuntar en nuestra alma. No es más que un punto: es, cuando más, esa nube grande como la mano que el profeta vió desde lo alto del Carmelo. Sin ruido, como la línea blanquecina del alba en las aguas del Océano, esa impresión se desenvuelve con una espe-

cie de reserva, pero sin scrprender de improviso. Ese hombre llega á sentir que hay una especie de intimidad con Dios diferente de todo cuanto ha conocido hasta entonces. Un nuevo género de bondad toma forma en sus ideas: una agitación tranquila se apodera de él; sorda en un principio, llega á ser luego más inquieta sin salir del secreto de una paz profunda. Eleva su mirada hacia el cielo para buscar allí á su Dios, pero he ahí que una mano que parece salir de las profundidades de su alma, quiere volverle á llevar allí dulcemente, y que una voz del silencio parece decirle: «No vayas á buscar el azulado cielo, ni por ahí, aquí mismo es á donde debes descender.» El Espíritu Santo le ha infundido la necesidad de una vida interior, de una nueva vocación, de una unión más estrecha con Dios, de una unión de otra clase que sólo se encuentra en lo interior. ¡Dichosas las almas en las que se ha hecho sentir ese contacto divino! ¡Con tal que ellas puedan comprender!..... ¡Con tal que encuentren alguno que las conduzca bien!.....

Apremiado por el impulso divino, se dirige á su padre espiritual: le dice que tiene sed de Dios y le pide le conduzca á las fuentes de las santas colinas. ¡Desgraciado del pastor si no puede mostrárselas, si las desconoce él mismo! Naturalmente, el discípulo refiere al guía de su elección todo lo que ha pasado y pasa todavía en él: le cuenta las faltas de su vida y las lastimosas tendencias de su naturaleza en cuanto las conoce. Director y dirigido se encuentran en un estado de espíritu diferente. El último, que todavía siente las vibraciones del contacto divino, goza com-

pletamente del sentimiento presente: pero su guía ve más claro: su vista se extiende mucho más allá de esa primera cordillera de montañas deliciosas: ve las puertas del desierto, las tristes llanuras de arena. Peligros, ilusiones, desfallecimientos, incertidumbres, pruebas extrañas y tentaciones nuevas; tal es la perspectiva que se desarrolla á sus ojos: pero es todo simpatía: mira con tierno respeto el alma que Dios ha tocado. Resplandeciente él mismo en secreto de su apostolado de vida interior, el signo más grande y glorioso de su predestinación, se prosternaría con gusto ante aquel que ha tocado el dedo de Dios y que quizá toca todavía: discierne en esos toques rápidos y pasajeros consecuencias para toda la vida. Sin embargo, su afecto esta inquieto, porque tiene que reclamar de su discípulo muchas cosas. Debe obtener de él la generosidad, primera cosa indispensable: debe obtener la humildad, aunque por el momento pueda ser más condescendiente sobre este artículo que sobre el anterior: es preciso que haya bastante para asegurar las bases materiales de la docilidad. Los progresos en el conocimiento de Dios harán lo demás.

Esos dos puntos son ya mucho, y sin embargo, hay todavía otros que pedir. ¿De qué puede dispensarse para no asustar ni sobrecargar á un principiante? No debe temer sobremanera el asustarle, porque el que se halla bajo la impresión reciente del dedo divino, es intrépido aun cuando no lo advierta. Pero se le puede sobrecargar fácilmente, y por ello sofocar la gracia en su alma. La generosidad y la hu-

mildad son cosas bien grandes, pero precisamente por eso debemos tener algún instrumento más á la mano, más propio para descender á los pequeños detalles, y de tal naturaleza, que pueda servir á voluntad, sin que produzca obstáculos ni requiera el empleo de todas las fuerzas. El director escoge, pues, lo que el discípulo quizá no esperaba, y que apenas cree: quiere inspirarle gusto á la lectura. Preocupado con el porvenir y con las dificultades de todas clases que prevé para su querido discípulo, el maestro parece exagerado en ese deseo. Dice á todos que es un punto importante, hasta en el cláustro: más que para los que viven en el mundo, y que no tienen ni regla ni clausura ni superior; enseña positivamente que el gusto á la lectura es, por regla general, indispensable para la perfección, y que sin eso no puede responder del buen éxito de la obra que le está encomendada.

Los principiantes deben creer muchas cosas bajo palabra. Mucho tiempo antes de ser perfectos verán que eso debe ser así, y que por todas partes á donde vuelvan su vista, se presentan profundidades y obstáculos insuperables. La costumbre de creer, debe llegar á ser más fuerte que la de apoyarse en el conocimiento. Cuando todavía se tiene que aprender la lección indispensable para todo hombre espiritual, á saber, que la obscuridad es la más clara y la más pura de las luces, hay que aprender también otras cosas extrañas, y mucho que hacer para no asombrarse de nada. Los principiantes deben, pues, tener entendido que su maestro sabe muy bien lo que se

hace cuando insiste en la costumbre de la lectura. Tal vez los monjes de San Hugo de Lincolhn debieron atenerse acerca de eso á la enseñanza de su santo abad. Su biógrafo nos dice que uno de sus primeros cuidados era que todos sus religiosos tuviesen en abundancia libros de piedad, aunque en aquel tiempo escaseaban bastante. El santo insistía sin cesar en el deber de la lectura, llegando hasta decir que sus libros espirituales eran sus armas en tiempo de guerra, su ocupación en tiempo de paz, su sostén en la hora de la prueba, y su remedio en la enfermedad. San Ignacio sigue exactamente las máximas de San Hugo en esa materia. Pero no entra en mi plan el acumular citas y autoridades que prueban la importancia incalculable de la lectura en materia de vida espiritual. No quiero más que devolverla el aprecio que de ella han hecho los escritores ascéticos, y reconciliarla con los que se asombran de ella. Tal vez se dejarán persuadir que deben ser más generosos y dóciles sobre ese punto.

En igualdad de circunstancias, toda persona que comienza su vida espiritual con afición á la lectura tiene más probabilidades que otra de avanzar y de perseverar. La experiencia nos muestra que eso casi equivale á una gracia. Lo más difícil que hay en el mundo es el pensar, es decir, producir pensamientos reales. Gœthe ha dicho que si se quisiese pensar, sería preciso evitar el *pensar en pensar:* procedimiento funesto que ha hundido generaciones enteras de jóvenes desgraciados, sin contar las que todavía puede sumergir. La piedra de toque de un sistema de edu-

cación es el producir el poder de pensar. Por poco observadores que seamos, debe extrañarnos el notar, en la conversación de los hombres que se han elevado por sí mismos, más habilidad que pensamiento real. Pues bien; el poder de pensar es una facilidad inmensa para la vida espiritual. Pero no pertenece más que á un corto número, y ordinariamente es el resultado de una excelente educación, que en eso, como en todo lo demás, es el gran sostén natural de la vida de la Iglesia. Inmediatamente después del poder de pensar, debemos colocar en línea el poder de leer, como la condición más importante, después de los socorros sobrenaturales para una vida interior. Digo poder de leer, mas podría decir gusto de la lectura, porque eso vale mucho en materia de vida espiritual. La formación de ese gusto es, pues, después de la formación del poder de pensar, la mejor piedra angular de un sistema de educación. Pero el gusto á la lectura se halla más al alcance de todos que el poder de pensar. Las gentes cuya educación no ha sido seguida, ni capaz de formar la imaginación, encontrarán más dificultad que otras en acostumbrarse á ella; mas, sin embargo, las dificultades no son enormes, y hay cosas todavía más serias en el camino de la perfección. Es cuando más un asunto de tiempo, y el éxito compensa abundantemente los esfuerzos. De todos modos, comenzar la vida devota sin ese gusto natural ó adquirido, es exponerse á multiplicar enormemente las dificultades ordinarias. Voy á haceros ver, con algunas observaciones, que no hay en eso ninguna exageración.

En primer lugar, el simple conocimiento que se adquiere por la lectura de los libros espirituales ó solamente edificantes, es de una importancia incalculable. No hablo de erudición: sé que los grandes autores ascéticos del siglo XVII convienen en decir que las personas sabias son las más difíciles de conducir á la perfección: ya porque la ciencia las absorbe é impide que se formen los hábitos de contemplación, ya porque el estudio destruye la frescura de espíritu para la oración y seca los afectos como si un viento del Este ó solano los hubiese marchitado. Pero conocimiento y erudición son dos cosas diferentes. No es fácil descubrir y formular por el pensamiento ni aun las cosas más sencillas, mientras que la lectura nos las sugiere. Aumenta la luz tanto dentro como fuera de nosotros: economiza mucho tiempo comunicándonos la experiencia de los demás, y suministrándonos métodos compendiados: esparce mayor claridad sobre nuestros motivos de acción: los da nuevo vigor y los multiplica. Es muy útil observar que cuando place á Dios elevar personas ignorantes é iliteratas á un estado de alta perfección, las infunde una ciencia sobrenatural, y con frecuencia las hace teólogos completos, versados en las explicaciones más profundas de la Sagrada Escritura, como si el conocimiento debiese ensancharse necesariamente en el fondo de toda vida espiritual, como causa ó como efecto de la santidad, ó más bien uno y otro á la vez. Es regla común que una persona poco instruída no puede llegar á una devoción un poco elevada. Por lo regular es preciso que tenga cierto co-

nocimiento de las cosas espirituales y aun de la teología.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta los auxilios que nos ofrece en nuestros combates la lectura de los libros que tratan de Dios, del alma, de las vidas de los santos y de sus virtudes. Excita los afectos hacia Dios, y nos compele dulcemente á producir actos de amor, de esperanza, de fe, de deseo ó de contrición. Es para nosotros como unas inspiraciones.

De cada página parece que salen secretamente voces que llegan al alma. La lectura espiritual se halla naturalmente en el número de los ejercicios esenciales de la piedad. Es una especie de oración bajo una forma especial, y la manera con que la cumplimos es uno de los rasgos importantes de nuestro día cristiano. Si consultamos la historia, veremos que la lectura de las vidas de los santos ha sido, por sí misma y durante un largo período, un instrumento de santidad de los más enérgicos en la Iglesia (1). Si recorremos con cuidado nuestros recuerdos, nos sorprenderemos al ver cuánto debemos nosotros mismos al estudio de las vidas de los santos, en nuestros débiles esfuerzos para llegar á ser espirituales.

Acabamos de considerar la lectura directamente espiritual como formando parte de una vida de de-

(1) Véase el *Ensayo de la canonización de los santos*, y el de los *Rasgos característicos de los santos*, por el autor de las presentes CONFERENCIAS.



voción, y como uno de sus ejercicios actualmente indispensables, ó poco menos: no hemos dicho más que algunas palabras, porque el asunto merecería un tratado especial si se quisiese hacer honor á la materia según su importancia (1). Lo que ahora tengo que decir comprende hasta la lectura que no es más que indirectamente espiritual. Todo el mundo reconoce los buenos efectos que la lectura religiosa produce en la oración. La oración es la grande dificultad para la mayor parte de las almas: una vez vencida la dificultad, se han cortado también otros nudos. La lectura alimenta y provee á la oración; da terreno, planta y riega lo que se hallaba erial. Los antiguos maestros la llamaban el aceite de la lámpara de la oración. ¡Cuántas gentes hay, y por cierto que no se hallan ya en su aprendizaje, que se quejan de no saber de qué pensar en su meditación, ni qué decir á Dios! Pues bien; nosotros podemos decir con seguridad que más de la mitad de las dificultades de la meditación desaparecerían con la práctica regular y el empleo juicioso de la lectura espiritual. Por lo demás, si es triste el verse obligado á luchar para la

(1) No puedo resistir al deseo de citar, para provecho del lector, un pasaje de Dacrianus, que merecía estar escrito en letras de oro. «No imitéis, dice, á los que usan sin orden todo cuanto encuentran á mano y sólo por placer. No les agrada nada como no sea nuevo y extraordinario, y lo antiguo y común no les excita más que desprecio, cualquiera que pueda ser su utilidad. No os dejéis llevar de semejante ligereza que más bien disipa la espiritualidad que la hace avanzar. Esa enfermedad es peligrosa.» Citado por Nigroni, pág. 199. Tratado V. *De Lect. lib. spirit.*

oración de la mañana, después de haber pasado veinte años en el servicio de Dios, es un consuelo el pensar que Santa Teresa sostuvo ese combate nada menos que diez y siete años.

La lectura es también de una utilidad considerable, aunque no sea más que para ocupar el tiempo. El uso del tiempo..... he ahí otra grande dificultad de la vida espiritual. Si pudiésemos ver bien la diferencia del voto de Santa Teresa, de hacer siempre lo más perfecto, y del de San Alfonso, de no perder ni un instante, este último nos asustaría más; y entre las maravillas de los ochenta y ocho años de San Andrés Avelino, la más asombrosa es la de no haber dejado pasar jamás un momento ocioso ni desapercibido. Ese pensamiento es capaz de intimidar la fe, y podemos dudar con seriedad que hasta los santos puedan tener tan constantemente fija su atención en Dios; pero como no tenemos ninguna experiencia de la santidad, no podemos decidir sobre lo que les concierne. En cuanto á nosotros, sería una presunción el querer intentarlo; y sin embargo, casi siempre, en todos nuestros días, habrá intervalos que verosímilmente estarán llenos de inutilidades: esas inutilidades podrán ser inocentes, ¡pero cuánto se evapora el espíritu con ellas! Entonces es cuando una lectura bien escogida, aun sobre un asunto (por no hablar de nuestra lectura espiritual regular, que nos pone más seria y más directamente en relación con Dios), vendrá muy á propósito, no tan sólo para hacernos evitar el mal, sino para proporcionarnos además un bien positivo.

Ese pasatiempo toma posesión del alma, la ocupa y pone en ella una guarnición de pensamientos más ó menos directamente divinos, impidiendo que el espíritu del mal, que está siempre alerta, pueda insinuarse en ella. En nuestros días, en la atmósfera que nos rodea, hay dos influencias cuyo contagio es muy dañoso para la vida espiritual; la multiplicidad de intereses y la sucesión rápida de los objetos. Es muy triste el ver cuánto esas dos cosas consiguen expulsar de nosotros á Dios; por manera, que la ocupación en asuntos religiosos ha llegado á ser para nuestros espíritus una cosa importante en devoción, sobre todo para los que viviendo en el mundo, se ven obligados á oir el estruendo y á ver las revoluciones espantosas de esa especie de máquina divina que ha roto su freno. No tengo necesidad de insistir sobre esto, pero sería difícil exagerar el peligro, porque puede decirse que lo que se apodera de nuestros pensamientos es dueño de nosotros. Es, pues, necesario tener gusto á la lectura por causa de los peligros y de las costumbres de nuestro tiempo.

Ocupando así nuestros pensamientos, la lectura impide la manía de formar castillos en el aire, otra enfermedad ruinosa para la devoción. Tal vez sería peligroso decir que el remedio no es eficaz contra la enfermedad, pero al menos la circunscribe y la hace menos peligrosa. Nos sirve también de dos maneras en las tentaciones: en primer lugar, de una manera negativa, porque toda ocupación es incompatible con la existencia misma de ciertas tentaciones, y en segundo, de una manera positiva causando una diver-

sión al enemigo, aclarando el combate y conservando el calor del corazón que podría helarse con algún contacto mortal. Otro enemigo de la devoción para las gentes del mundo que no tienen el sostén de una regla y las pulsaciones regulares de los ejercicios de comunidad, es la indolencia. Una persona que no tiene nada que hacer después de la comida del mediodía, puede estar segura de alejarse bien pronto de Dios; sentarse sin objeto en una silla, es engolfarse en un piélago de tentaciones. Cuando el tiempo pesa, el espíritu no tiene más que un vuelo pesado y poco elevado. Entonces, en esa hora, y probablemente sería una hora del demonio, un libro es para nosotros una fortaleza, una verdadera iglesia, en donde los ángeles circulan en cada hoja, como por una galería consagrada.

Pero salgamos del individuo. ¡La conversación!..... ¡qué mar tan borrascoso para el hombre espiritual que debe atravesarle!..... Por todas partes probabilidades de pecado, flujo de palabras irreflexivas, nubes rápidas que se pierden en su vapor; imposibilidad de estar en todo, de velar sobre todo, y de conservar la pureza de intención: lenguas que se aguzan unas á otras, cerebros que se exaltan á cual más, electricidad de las fisonomías, y olvido de toda regla en medio de un arrebato, de una rapidez espantosa..... La verdad, la justicia, la caridad, el respeto, la modestia y la dulzura, son allí unos testigos mudos que sólo se atreven á mostrar de cuando en cuando su temor, y casi diría su sencillez. Y con eso, ese Dios á quien hablamos en su inmensidad, se desvanece cada vez

más á nuestras miradas. Verdaderamente, si no fuese tan difícil pertenecer al número de los santos silenciosos, hasta los cristianos ordinarios se marcharían á ingresar en alguna cartuja. Pero ahí está la lectura para hacer la conversación más inocente, menos estrecha y menos maligna. Nuestros libros son, para nuestros vecinos, aliados fieles, porque nos eximen de la necesidad de ocuparnos de su conducta. Es una cosa muy molesta para el hombre que es aficionado á la lectura el conversar sin pecado; y en su consecuencia, el gusto á los libros es un auxilio inapreciable para refrenar y gobernar la lengua, sin lo cual, según Santiago, nuestra religión no es más que una fantasma.

Ese gusto hace también nuestra piedad más atractiva para los que nos rodean, y nos proporciona el revestir nuestra profesión de cristianismo de más grado á los ojos de los demás. La ignorancia es repulsiva, pero dudo que en ninguna parte lo sea tanto como en esos entendimientos limitados, cuya escasa instrucción no se halla cultivada por la lectura. El mundo está lleno de objeciones contra la devoción, y una de las principales es que no tiene nada de expansiva, nada de simpática, ni con los hombres ni para con las cosas. Por el contrario, podemos tener por seguro, que por lo general la conversación jamás ha contribuído más á la predicación del Evangelio que cuando se ha ocupado de él menos directamente. Los intereses comunes son los que nos ligan: por manera que somos misioneros más hábiles en la sociedad si amamos bastante los libros para no limitar-

nos á la lectura espiritual; sin descender sin embargo á esa lectura frívola, que disipa el espíritu, mancilla la fe, y hace la conversación pueril. Pero, sobre todo, á los padres cristianos es esencial el gusto á la lectura. Es un mal para los niños el recibir más educación de sus preceptores que de sus padres. Una madre que está poco con sus hijos, no es más que madre á medias: ¿y qué pueden ser, qué deben ser unos niños, que al desarrollarse no oyen más que un lenguaje trivial, insípido y superficial, más pueril que el suyo, tal, en una palabra, cual lo permite la falta de lectura? ¿Encontrarán allí ingenio, sentido común, y aprenderán á adquirir simpatías é influencia? Eso explica el hecho tan frecuentemente observado de la transmisión de padres á hijos de su gusto ó de su aversión á la lectura. Bajo ese mismo punto de vista de nuestras relaciones sociales, el uso de los buenos libros nos impide una derrota en una multitud de cuestiones prácticas que el mundo suscita, y que sin embargo son de alguna transcendencia para la sociedad de los fieles. Si no tenemos de antemano alguna noción de todo asunto que se presenta, hemos adquirido por lo menos una delicadeza de instinto y una rectitud de principios que pueden guiarnos por analogía. ¡ Ved cuántas buenas gentes hay cortas de vista, y de entendimiento todavía más corto, que se descarrían y disparatan cuando se trata de la Iglesia, del Estado y del Soberano Pontífice, especialmente en un país que no es católico!...... ¿y eso por qué? Porque no leen con seriedad, y porque cuando más no son sino hombres.

Volvamos á nosotros mismos y á nuestro adelanto

personal. Mientras existimos, ¿no observamos en nosotros tendencia á incurrir en la vulgaridad, á interesarnos por pequeñeces, á recrearnos en boberías y á dejarnos llevar de miras innobles? Diríase que al evaporarse la plácida libertad de la infancia y su cándida vivacidad, nos han dejado un depósito, un fondo de puerilidad, especie de bajío, en que vamos á encallar de cuando en cuando. La alta espiritualidad nos eleva muy por encima de semejantes accidentes; pero ¿quién de nosotros habita en esas sublimes regiones? Afortunadamente, el gusto á la lectura llena naturalmente el mismo objeto, de una manera menos excelente, sin duda, pero con un éxito completo en su género. Eleva y desenvuelve nuestra naturaleza, nos da gravedad y engrandece cuanto nos rodea, nos ayuda á templar nuestro genio y á ganar sobrenaturalmente la paz interior. Cuando nos hallamos en un estado de agitación y somos demasiado débiles para salir de él por medios heroicos, tenemos siempre á mano el recurso de la lectura para tranquilizarnos. Y todos los días tenemos necesidad de ella, porque perdemos gracias dejándonos llevar de la agitación. Cuando he dicho más arriba que la afición á la lectura era una necesidad especial de nuestros tiempos, he añadido que lo era sobre todo para los que quieran hacer una vida piadosa en el mundo, porque esas almas son las que necesitan más paz y las que menos la encuentran.

Suele mirarse con prevención al que multiplica demasiado las razones: permitidme, sin embargo, el que añada algunas. En la vida espiritual, siempre

hay que marchar más ó menos á tientas: pero no estamos absolutamente sin vista en estas tinieblas, y cuando se ve lo que se hace, á dónde se va, lo que debe hacerse, y cómo quiere Dios que se haga, se trabaja con más seguridad y se avanza con mayor rapidez. Aun cuando se ve el fin, hay que detenerse con frecuencia en la vida, para hacer una elección deliberada de los mejores medios para llegar á ese fin: y todavía con más frecuencia hay que decidir sobre el verdadero carácter de ciertos medios, que tal vez son en realidad tentaciones ó distracciones que nos apartan del camino verdadero, ó por lo menos nos impiden concentrar nuestros esfuerzos en el punto decisivo. En todos esos casos, la lectura nos es de un grande auxilio; y podemos observar con admiración, con cuánta frecuencia y oportunidad llega cuando nos encontramos en alguna dificultad: diríase que el Espíritu Santo es el que ha escogido en lugar nuestro el pasaje que debemos leer, y seguramente, él es el que le ha dado esa unión y esa misión especial que observamos.

Aclarándonos nuestra obra, la lectura extiende nuestra caridad á juzgar la obra de los demás. Cuanto más extensos son nuestros conocimientos, más estrecho es nuestro espíritu: nuestra visión dilata su esfera, nuestro horizonte se extiende: apreciamos mejor las variedades de gracia y de vocación: vemos cómo la gloria de Dios encuentra ventaja en una diversidad casi infinita; cómo la santidad se halla muy bien en diversos extremos opuestos: cómo lo que es malo en un individuo, puede ser bueno y hasta

heroico en otro. Así nos libramos de mezquinas envidias, de dudas ofensivas, de indignas sospechas, de precauciones que hieren la susceptibilidad, de dilaciones ruines, de críticas miserables, de pedanterías vanidosas, y de declamaciones superficiales con respecto á los demás y á sus buenas obras; enfermedades todas especiales de los grandes hombres que calzan pocos puntos, y de las gentes honradas de la misma medida, que hacen abortar más de una tercera parte de las buenas obras comenzadas en la Iglesia. La bondad que al mismo tiempo no es grandeza, es un espectáculo triste: salva, es cierto, al alma en que se encuentra, pero no quiere permitir que los demás hagan otro tanto: llega á conseguir, en proporción de su influencia, colocar una barra en la rueda de todo progreso, y puede decirse que tiene un talento especial para atravesarse en todo lo que se hace por la salvación de las almas. Pues bien, aun cuando la lectura no llegase á conseguir más que el mitigar una de las ocho enfermedades de la bondad mezquina, ¿no sería una obra grande? Tanto más, cuanto que todos somos mezquinos y pequeños, si no habitualmente, por lo menos de cuando en cuando. El amor propio nos hace envidiosos, y la envidia, pequeños. Si consultamos la experiencia, la lectura hace mucho más que dulcificar esas miserias; ¡cuántos espíritus limitados no ha engrandecido! ¡Cuántos corazones encerrados, ahogados, ha abierto al sol y al aire de la montaña, y transformado en nobles salas de recepción para el Señor, que antes no podía entrar en ellas!

Eleva también todo el tono de nuestra vida espiritual, poniéndonos por encima del respeto humano. Cuando leemos con gusto libros religiosos aprobados, nos formamos, para vivir, como bajo la inspección de los maestros en santidad y de los grandes talentos. Sus juicios son una ley para nosotros. Nos introducen en otro mundo, en donde la justicia y la verdad lo reglan y miden todo, y lo que les es contrario es colocado en su lugar, como en el día del juicio final: eso es lo que hace que los juicios de ese pequeño é insignificante círculo que nos rodea, y que llamamos el mundo, pierdan su importancia á nuestros ojos, y que no sean ya nuestra única regla como antes, porque nos hemos habituado á cosas más altas, á perspectivas más vastas, á mundos más extensos. El que no sufre la tiranía del respeto humano, apenas puede apreciar la fuerza de esta razón: ¿pero cuál es el clima afortunado, cuál la celda de anacoreta que posee semejante tesoro?

En último lugar, no se debe olvidar una razón que nos da San Hugo para estimar los buenos libros, y es, la de que nos ayudan á soportar los males y los pesares. Sin duda, una de las causas de sorpresa con respecto á nuestras enfermedades, es que nos hayan santificado tan poco; es el que el dolor no haya producido los efectos que se le atribuyen, y que nuestra experiencia en esa materia se diferenciase de la de los santos. No es porque nos haya faltado paciencia, sino porque hemos dejado más que ellos predominar á la parte animal: el lado físico de nuestros padecimientos nos ha preocupado; toda nuestra energía se

ha gastado en tener paciencia y sufrir: hasta las penas morales hemos hecho demasiado materiales. Además, si es cierto que los otros no deben exigir mucho de nosotros en los momentos de pesar ó de enfermedad, sería poco prudente el que nos sobrecargásemos nosotros mismos: está igualmente fuera de duda que esas circunstancias nos hacen ordinariamente más ociosos de lo que convendría. Perdemos el tiempo en el sufrimiento, cuando los momentos, preciosos siempre, lo serían más que nunca. Pues bien, en materia de paciencia, en materia de santificación interior de nuestros padecimientos, y en materia de pérdida de tiempo, encontraremos en la lectura una grande asistencia en la enfermedad y en la pesadumbre.

Pero se dirá: todas esas razones son muy bajas y puramente naturales. Es cierto. ¿Pero somos nosotros propios para algo más elevado por el momento, y podemos dispensarnos de las primeras etapas de un largo viaje? Seguramente, si nos hacemos justicia á nosotros mismos, debemos conocer que no hay en el bien camino que se halle por debajo de nosotros, y que nos hemos elevado demasiado para cualquiera cosa. He ahí una veintena de razones que justifican la guía de nuestras almas en su solicitud, por ver si la persona que se ha puesto bajo su dirección puede tomar afición á la lectura. Sabe por experiencia que ese gusto equivaldrá en la práctica á gracias más eminentes, por todo el tiempo que, según el curso ordinario de las cosas, no habremos llegado todavía á la región de los favores más elevados.

MONOTONÍA DE LA PIEDAD.

Cuando se trata de nosotros mismos, hacemos muy bien en tomar siempre las cosas por buena parte: pero si se trata de persuadir á los demás, es bueno tomar por la peor el asunto de sus quejas. La mayor parte de los hombres que pertenecen á algún grado de la vida espiritual, se lamentan de la monotonía de la piedad: la vida interior es triste, lángida, sin interés, fatigosa, uniforme y enfermiza. Acaso podría responderse que la meditación de las magnificencias de Dios no puede llamarse cosa triste: que el defender su vida contra la inteligencia superior y el poder de un serafin caído, supone otra cosa que languidez; que la recepción constante de nuevas gracias actuales, los progresos de la gracia santificadora, la atención á las inspiraciones infinitamente variadas del Espíritu Santo, no pueden estar desprovistas de interés; que es difícil no ver más que uniformidad en un movimiento casi perpetuo de gracias, de luz y de amor; y que si hay en efecto algo de fatigoso en

los combates del Señor, contra tentaciones tan viles como inoportunas, esa condición militante no puede indicar un estado valetudinario. Bajo un punto de vista elevado, no sería fácil encontrar acá abajo nada más vivificante, más variado y de un interés más palpitante que la vida espiritual. Es lo más sano, lo más viril, lo más completo y lo más divino que hay sobre la tierra. Reducida á sus elementos, oración, luz, amor, comunicaciones celestiales, altas operaciones de la voluntad humana, ¿qué cosa más noble, más independiente, más magnífica ni más amplia? Aun bajo su punto de vista más sombrío, ¿qué cosa más interesante que sus derrotas, sus tentaciones, sus caídas, sus pruebas íntimas y sus conflictos con el demonio? Seguramente que en eso no hay nada insignificante ni monótono. Esa respuesta bastante común tiene su fondo de verdad; sin embargo, no es satisfactoria, porque no es completamente franca. Por más verdadera que pueda ser no tiene los encantos de la verdad, porque no se aplica á nosotros sino en cuanto la monotonía de la verdad no se hace sentir y la verdad práctica no viene á dar un mentís á la verdad especulativa. En la vida espiritual, como en la teología, es preciso, para llegar á la verdad, algo más que la lógica, algo de un ardor más elevado. En tanto que nuestros espíritus no saben abrazar sin dificultad verdades que parecen diametralmente opuestas, son impotentes para contener la verdad en su grandeza: la sacrificarán á la rigidez de una lógica estéril. Toda persona que ha leído y comparado media docena de teólogos, en sus tratados

sobre la gracia ha podido palpar ese fenómeno. Por más opuestos que parezcan no tienen más que ponerse á trabajar, á escribir libros espirituales populares, para encontrarse de acuerdo y satisfechos: todos están conformes en reconocer que la salvación es enteramente el efecto de la gracia; más un momento después se expresan en sentido opuesto, vuelven á acometerse unos á otros, y á insistir á todo trance en el poder de la libertad; por manera que en las enseñanzas incompatibles se encuentra el medio de quedar complacidos en las cosas divinas: lo mismo sucede en las cuestiones debatidas en la vida espiritual. Una dirección afectuosa opera sobre nuestras teorías ascéticas el mismo trabajo que una larga experiencia del confesonario opera en nuestras ideas de teología moral.

Abandono, pues, simplemente la respuesta que se da á la objeción de la monotonía de la piedad. No os reprenderé si llamáis al servicio de Dios y á la salvación de las almas una obra poco interesante y sin trascendencia. Lo admito; lo admito según mi propia experiencia; creo que hasta admitiendo el hecho, llegaremos á ver mejor algunas verdades que, sin hacer á la piedad menos monótona, no dejarán de enseñarnos á sacar el mejor partido posible de esa monotonía. Confieso que no conozco nada en el mundo á que pueda comparar el fastidio que algunas veces causa una vida piadosa, sino al hallarse detenido en una mala venta un día de lluvia, ó el de hacer andar á un caballo cansado una larga jornada. Estas comparaciones no tienen grande dignidad, convengo en ello,

pero ¿dónde se ha de encontrar la dignidad en semejante asunto?

Procuremos tener una idea clara de la monotonía. Es algo más que falta de interés, algo más que uniformidad, más que simple fatiga. Los hombres celestes aman los relámpagos, decía Rahel Varnhagen: quizá es lo último que puede causar fastidio, pero al fin puede cansar el mirarlos; ¿se dirá por eso que los relámpagos son monótonos? Cuando una cosa no nos hace impresión llega á ser monótona, sin que precisamente pierda su interés. Lo mismo sucede con el cambio ó mudanza si procede pesadamente y por leyes ásperas y uniformes. La novedad misma puede ser monótona si tiene algo de fuerza ó de aspereza, como el programa de una diversión en donde encontramos las mismas cosas con diversos disfraces. Esta observación es particularmente aplicable á las novedades en materia de devoción. Se reconoce siempre á los amigos antiguos aun cuando varíen de traje. Somos niños demasiado viejos para dejarnos sorprender por esos ardides y para saber que la vida es demasiado corta para disgustarse de ella.

En realidad la monotonía no se encuentra de modo alguno enlazada con la uniformidad; pero lo que hay de cierto en sus vanidades es que nos retienen en las pequeñeces de nuestra naturaleza y nos hacen caer en una infinidad de bajezas. Las hay que irritan y las hay apacibles que favorecen la indolencia como el murmullo de una fuente. Casi todo el mundo tiene una monotonía favorita de que no se cansa; así, para mí, el susurro lastimero del viento es una música, y

casi diría un lenguaje siempre nuevo. La conversación fluida de un hombre alegre que conoce bien su idioma, es una monotonía deliciosa, hecha abstracción de las cosas; una monotonía contundente es la de un tono magistral, más insoportable para los hombres que para las mujeres, para las que la solemnidad parece tener cierto poder y atractivo, tal vez porque ese elemento no se encuentra en su naturaleza; porque una mujer de carácter grave y solemne es un fenómeno raro y probablemente poco conocido. Hay monotonías que reposan por lo menos en ciertas situaciones de ánimo, como la vista del desierto ó del Océano. Pero ya hemos hablado bastante de las diversas monotonías para que puedan darnos, si no una explicación de ellas, al menos producirnos una impresión suficiente. De otro modo hubiera podido salir del paso con la antigua definición bien conocida. «Hay falta de variedad en la cadencia», porque eso es precisamente lo que nos fastidia en la vida; la repetición de las mismas cadencias, el sermón pronunciado con el tono de una lección del oficio del coro. En nuestros tiempos de molicie ¿no puede decirse que casi todas las vidas están en el mismo tono?

Tomemos, pues, como punto de partida el que la piedad es de una monotonía casi imperdonable, y que nuestras quejas son tanto más excusables cuanto que desde un principio se nos prometía todo lo contrario; además, la monotonía no sólo tiene algo de pasivo y de tranquilo, como un grado más de calor en el estío, sino que es una verdadera obsesión. Y ahora, sin la más ligera esperanza de que varíen las cosas, sin el

menor esfuerzo para llegar á ese objeto, sin designio, sin idea de encontrar un remedio, vamos á estudiar nuestro asunto con la mira de sacar de él alguna utilidad práctica. Es una región que atravesaremos para verla mejor; ¿y cuál es el hombre que merezca ese nombre, que todo cuanto ve no le haga mejor, más sabio y más verdadero? Tengo como un presentimiento de que con un poco de destreza llegaremos á hacer algo de nuestra monotonía.

¿Por qué es tan monótona la piedad? Pero en verdad, dirá alguno, pues que llamáis mi atención sobre este punto, eso es lo que yo no veo. Alma cándida, no prosigáis; buscad una materia que os convenga en las demás Conferencias, si es que tenéis necesidad de alguna. Nosotros vamos á trabajar en ese problema de nuestra monotonía y á distraernos estudiándole. ¿Por qué es la piedad tan monótona? Porque sus límites son muy estrechos; porque allí no hay más que mandamientos; porque es toda temor; porque es toda amor. He ahí la razón en dos palabras, y nadie puede rechazarla. Sin embargo, la piedad no sería menos monótona si tuviésemos que guardar más de diez mandamientos y un sinnúmero de consejos que observar: tenemos muy poco derecho para quejarnos de que el campo de la piedad sea estrecho, porque ese campo, en su estrechez, tiene más extensión de la que nosotros podemos ocupar. Pero esta respuesta es sin duda muy sumaria y muy sucinta. Extendámonos un poco en los detalles.

La vida espiritual es el movimiento de la criatura finita para ir á unirse á lo infinito. En todos sus gra-

dos es el procedimiento de conformarse á Dios, que se continúa en el alma. Nada es indiferente, y de cada instante puede hacerse el punto de partida de alguna cosa eterna: cada acción separada, por más trivial que pueda ser, puede contener lo sobrenatural y su inmensidad; la gracia, que nos pone en disposición de hacer cosas sobrenaturales, nos llega constantemente de una manera que se escapa á una atención superficial y pasajera, y opera con tal delicadeza, que se necesita un discernimiento celestial para percibirla y cooperar con ella. Por otra parte, la indignidad de nuestra naturaleza es extremada, y su incapacidad para la unión divina se descubre á cada paso; por manera que tenemos que vivir conforme á la bajeza de nuestros propios motivos y encontrarnos sin cesar frente á frente con todo cuanto hay bajo y rastrero en el amor propio, por temor de una sorpresa. Además, hasta el último día la naturaleza tira de un lado mientras que la gracia tira del otro. Y de ahí resulta que los tres puntos culminantes de la vida espiritual deben ser el esfuerzo, el espíritu de detalle y la lentitud, tres cosas cuya monotonía combinada debe llegar á ser á la larga insoportable.

Cuando avanzamos en el conocimiento de nosotros mismos, cuando por la gracia nos hemos hecho bastante dueños de esas grandes pasiones que tienen alguna apariencia de dignidad en su tiranía y hasta en sus ignominias, tropezamos con las bajezas de nuestra naturaleza y las pequeñeces de carácter. Y el trabajo llega á hacerse más lento y más penoso. Los detalles se multiplican: es preciso que nuestros esfuer-

zos cobren nuevo vigor, porque ya no tienen aguijón exterior que los estimule, y con frecuencia ni aun punto de apoyo en que sostenerse. Cuando un hombre sale del pecado y se ocupa en calmar la rebelión de sus pasiones violentas, siente mucho menos el peso de la vida espiritual que cuando lucha con su poco corazón, sus falsedades, sus hipocresías, sus envidias, sus despechos, sus increíbles vanidades, sus disgustos nada razonables, sus locas susceptibilidades, su esclavitud secreta del respeto humano y sus tortuosidades de amor propio: ahí comienza la monotonía, y todas las fases de la lucha no hacen más que aumentarla.

Trabajar en el cieno, hacer fosos en un pantano, es, en la idea de todos, más fatigoso que cualquiera otro trabajo, aunque no sea más que porque es un trabajo sucio: el disgusto que en él se encuentra representa asaz ciertamente la obra de nuestra vida espiritual. Es un trabajo que se hace siempre encorvado, y esa postura no es nada agradable. Es un trabajo en extremo solitario, imposible de ejecutarse en bandas ó cuadrillas: todo se hace en secreto. Hasta la penetración y la simpatía de nuestros directores no pueden medir la profundidad de nuestro santuario interior. Así, no hay nada que pueda distraer y hacer pasar el tiempo: todo es trabajo puro, sin compañía, sin descanso, sin auxilio. Nuestros esfuerzos no obtienen más que resultados muy débiles, y con frecuencia son imperceptibles para nosotros, á lo menos por algún tiempo. La obra no puede ser reglamentada en detalle ni sujeta á una obediencia mecánica. Las re-

comendaciones del director serían más peligrosas que útiles si fuesen demasiado precisas, y las más minuciosas que puede dar son, cuando más, reglas generales comparadas con la multiplicidad de los resortes interiores, cuyo movimiento se nos escapa. Pues bien, una obra que no está guiada por la obediencia llega á ser bien pronto más fatigosa que el peso uniforme de la obediencia misma. En fin, los cambios perpetuos de las operaciones de la vida interior son en sí mismos un manantial de monotonía, y no la hay tan triste como la de una fluctuación sin fin.

Estar siempre comenzando es tan penoso como fastidioso; y sin embargo, ésa es una de las condiciones de la vida espiritual. Como somos débiles, cada cambio de posición exterior es una verdadera interrupción de la obra comenzada: es preciso volver á empezarla desde el punto en que nos hallábamos, y luchar con los mismos instrumentos contra las mismas dificultades: es el desprendimiento perpetuo de tierra en un subterráneo abierto en la arena. Además, es un trabajo que entendemos muy imperfectamente, un trabajo sin luz, y por consiguiente poco agradable.

Indudablemente rezar el oficio divino sin saber latín debe ser más fastidioso que rezarle como un sabio puede hacerlo; y rezarle entre dulzuras espirituales no sería de modo alguno fastidioso; pero ¿quién puede vanagloriarse de tener siempre esas dulzuras? En todos nuestros trabajos, cuanto menos nos acerquemos á la luz, más y más llegamos á comprender el objeto de nuestra ocupación; pero cuando el fastidio comienza á revelarse en la vida espiritual, llega á ser

más misterioso y más nuevo á medida que vamos comprendiendo. La gracia nos atrae sin cesar más allá del límite luminoso. En vano estamos en la luz; el atractivo nos hace avanzar en la invisible lontananza. Añadamos que todo lo que puede pasar un poco seriamente por vida espiritual supone costumbres seguidas de rigor para consigo mismo. Condición indispensable de paz interior, ese rigor debe armarse de más firmeza y de santa cólera en ciertos tiempos, sobre todo cuando nos sentimos más desalentados por cualquiera derrota inesperada. Pero estamos tan poco arraigados en ese trabajo, que basta un soplo para apartarnos de él.

Hay algunas variedades de vida interior, pero los caracteres que acabamos de enumerar son generales: se hallan en la naturaleza. El resultado común de esas diferentes causas es la monotomía. Sin duda podría decirse mucho para sostener lo contrario: en eso está la cuestión. Sin duda también es reprensible el quejarse de esa monotonía. El que ha recibido probablemente grandes gracias hará muy mal en quejarse de nada. Pero es necesario ser indulgente con los que de buena fe se esfuerzan en adherirse á Dios y en hacer algo más que evitar el pecado.

Hay personas que desde la altura de su grandeza tienen la debilidad de engañarse y de sentir esa monotonía. Niegan que ese sentimiento pueda ser compatible con una virtud sólida, á menos que no sea una simple tentación pasajera. Con el mismo derecho podríamos decir nosotros que la virtud sólida es incompatible con un juicio desdeñoso: y en efecto, no puede

comprenderse que los que jamás han sentido la monotonía no se han librado de ella sino porque se han cargado poco peso, ó porque le han llevado poco tiempo. El individuo que no ha encontrado nada que no sea sencillo en la navegación y que siempre ha tenido un cielo despejado, el sol y las estrellas para dirigir sus observaciones, se encuentra probablemente en un Océano que él mismo se ha imaginado, muy diferente de esos mares terribles llenos de nubes y de incertidumbres, en los que los santos y los que los siguen se encuentran con frecuencia á merced de los vientos y de las variaciones atmosféricas.

Pero tomemos nuestro asunto bajo un punto de vista diferente. El éxito de la mayor parte de los hombres en la vida proviene de que ponen vigorosamente en juego su actividad natural. El abate Isaías cuenta ese elemento (1) como uno de los tres necesarios para llegar á la perfección. Hasta las buenas obras deben una parte de su resultado á esa actividad. Se ha observado que los hombres que van de un país á otro como misioneros con todo el séquito de cambio de aires, de nuevas fisonomías, de nuevos terrenos, de nuevo trabajo, de reacciones vigorosas, después de las fatigas corporales encuentran mucha dificultad en cultivar, no digo un verdadero, sino al menos un profundo espíritu interior. Las crónicas de las órdenes religiosas están llenas de ejemplos en apoyo de esta observación. Los arreglos de sus santos fundadores dan fe acerca de sus solicitudes sobre ese

(1) *Impetus secundum naturam.*

punto; y cuando se encuentra un sacerdote que forma una excepción, la admiración de los hombres muestra cuál es la regla general. La actividad natural es muy diligente en evitar á la gracia el trabajo de ponerse á la obra, y es necesario convenir en que tiene una parte bastante grande en el trabajo exterior de la Iglesia y que le desempeña bien. No es ordinario, aunque hay brillantes excepciones (1), que hábiles misioneros que han hecho muchas conversiones hayan sido directores sobresalientes. Carecen de tres condiciones que constituyen un director sabio é ilustrado: la paz interior, la ciencia de escoger el tiempo y la costumbre de no querer palpar siempre los resultados.

Pues bien; ¿qué es lo que da á nuestra vida ese impulso que los hombres ven y admiran, y por el cual se llega al resultado?

Es el encanto íntimo de la actividad natural. Nuestra propia efervescencia nos da calor: nuestra vida parece acumularse por su movimiento: nos electrizamos, doblamos nuestro poder, multiplicamos nuestros sentidos, y nos dedicamos á producir de ese modo resultados sorprendentes. Saliendo así afuera, nos proporcionamos más superficie, y somos capaces de hacer la obra de muchos. El amor propio se llena de entusiasmo, y llega á ser un motor que nada detiene; se vive en una atmósfera de aplausos, y ya no se cree más que en el valor: no hay ya imposibilidades. El

(1) Véanse algunos de esos ejemplos en el *Ensayo sobre las misiones en país católico.*



trabajo es variado, y la variedad ha aumentado diez veces. Los resultados son visibles: nos lisonjean; no tienen nada que seque el amor propio, al contrario, le robustecen. Un amor propio en buen estado..... ¿de qué no es capaz? ¿De qué puede cansarse ó desesperar? Qué, ¿hay derecho á esperar á despecho de la razón misma? Los resultados siempre hacen ruido, y ese ruido es como un grito de guerra que resuena de continuo en los oídos del hombre de actividad. El silencio es lo que fastidia, es el vacío; es impalpable, y no tiene nada de sólido para el alma que no está llena de Dios. Pero en un gran número de resultados, debe haberlos importantes, y la importancia es embriagadora. Y luego, como vida exterior que se afana, está llena de cambios y de contrastes, que la dan el interés de una novela. No hay tiempo para cansarse con nada. Las escenas que se suceden, más bien son cortas que largas. Cada vez se acelera más el movimiento, el impulso se aumenta en razón de la velocidad, y la facilidad en razón de uno y de otro. Nuestro alcance se extiende, y abrazamos el mundo entero: entonces viene la halagüeña queja de tener muchos negocios de todas clases entre manos, mientras que la rapidez de nuestra carrera no nos permite ver cuán defectuosa es nuestra tarea. Como la cantidad es lo que el mundo admira, nos persigue con sus alabanzas: nadie encuentra que oponer, porque hay bastante que admirar para examinarlo minuciosamente; eso sería demasiado trabajo. Dejamos los detalles para no ocuparnos más que del conjunto, y en su consecuencia, los negocios ya no nos molestan. Los mise-

rables pormenores eran los que nos abrumaban, nos irritaban y nos envolvían en mil redes de responsabilidad: eso era lo que consumía nuestro tiempo. Sin aliento, sofocados por la rapidez de nuestros maravillosos resultados, todavía, sin embargo, aparecemos ante el mundo con una apariencia de reposo y de dignidad precisamente por la acumulación de obstáculos. Parece que marchamos y que caminamos de acuerdo con el concierto que nos acompaña en la vida, cuando en realidad somos como un planeta que se ha salido de su órbita, y se ha lanzado por el espacio.

Tal es la vida de impulso, de actividad natural, y con la mira de resultados. Es en la que la menor cantidad de gracia conduce más lejos, ó por lo menos parece aprovechar más. Pero veamos la vida, que es lo contrario de todo eso; la vida puramente espiritual. ¡Qué cambio de escena! Vida de minero ignorado, que trabaja en la obscuridad, oculto á sus propios ojos para todo lo que es dulzura de la existencia: silencio, soledad, noche profunda, lugares extraños, elemento en donde todos los movimientos son lentos y penosos como los de la tortuga: tierra temible, en la que no puede darse un paso sino á la sombra de los espíritus de lo alto, ó de las fantasmas de pecados desgraciadamente muy fáciles de realizar; concentración mezquina y mala sobre los detalles de una especie de vida microscópica. ¡Qué cambio! Es como si hubiésemos quedado sordos y ciegos. Y sin embargo, ésa es la verdadera pintura del hombre que mendiga su camino por la oración para llegar á lo sobrenatural. No se trata de encontrar ese camino por el

pensamiento ó por la palabra, ni de abrirle enérgicamente empujando á la multitud, sino que es preciso emprenderle con la perspectiva de una monotonía sin límites si se juzga con la vista de la actividad natural. ¡Ay! ¡cuán pocos entre nosotros tienen otro valor que el que da la actividad natural!

¿Pero está realmente decidido que la vida espiritual, á pesar de la diversidad de los intereses que con ella tienen relación y de los elementos que la componen, carece en sí misma de interés? Trabajo cuesta el creer que no haya en eso algún sofisma. A eso podemos responder, que el sentimiento de monotonía no viene tanto de la naturaleza de la vida espiritual como del estado de llaga y de imperfección de nuestra naturaleza. Es una de las fases de nuestro estado de caída y de miseria. Los intereses eternos no pueden despertarnos de nuestro aletargamiento; pero no es por falta de que sean reales, sino por falta de ser sentidos ó comprendidos. Además, la monotonía no se hace sentir constantemente, sino sólo por intervalos y tanto menos cuanto la vida espiritual tiene su juego más expedito. Hay algo más: hay una especie de matiz entre la idea de monotonía y la de falta de interés. Una cosa puede ser monótona á pesar de su interés, ó aun en razón de su interés, y ese es justamente el caso de la vida espiritual.

Cuando cada paso de una larga serie de acciones es á cual más serio; cuando esas acciones son siempre las mismas, se hacen en los mismos sitios, de la misma manera, con los mismos obstáculos é iguales resultados, lo serio viene á aumentar su monoto-

nía. Las naturalezas joviales son tan ligeras y las severas tan toscas y ásperas, que ni unas ni otras pueden sufrir largo tiempo el yugo de lo serio, porque no se aviene ni con la ligereza ni con el humor tétrico. Y sin embargo, esa misma seriedad debe hacerse extensiva á la vida espiritual en toda su longitud: no nos apartamos de ella sino por una caída; cuando dejamos de ser serios, dejamos de ser espirituales. Además, siempre tenemos que hacer con Dios y eso de la manera más íntima, y lo que hay más íntimo en las cosas divinas es también lo más terrible. Un respeto religioso infunde siempre cierta cortedad y sin respeto lo perdemos todo; pero la cortedad basta para traer la monotonía, sobre todo si es larga y uniforme. El pecado pasado, presente ó futuro, se encuentra también siempre en el camino de nuestra vida espiritual y nos tiene alerta; pero, ¿qué cosa más propia para hacer un viaje insidioso que el ser sorprendido ó estar preocupado por sombras? Nuestra pobre naturaleza no gusta de que se la mantenga siempre en una misma postura; á falta de otra cosa mejor quiere mover los brazos y extender las piernas. Es igualmente insoportable el estar siempre sentado, de pie ó tendido; ¿pero quién puede soportar la idea de estar perpetuamente de rodillas? Y sin embargo, la vida espiritual no es una obra en que pueden permitirse libertades; sus intereses son demasiado graves para eso. Pues bien, los cambios de postura son libertades, y llevados hasta cierto punto son funestos á la verdadera espiritualidad y hasta incompatibles con ella. Los intereses de la piedad no

la permiten tampoco recreos. No hay medio de prescindir de la conciencia ó de dejar á un lado la oración por cierto tiempo, como suele hacerse con las lecciones. El arco debe estar siempre más ó menos tendido; si está flojo, aunque no sea más que una hora, tal vez sea necesario un año para ponerle tirante y en buen estado. Cuanto más elevado está el blanco, más fuerte debe ser la tensión, y de ahí resulta una especie de encogimiento, como la actitud forzada del astrónomo que no consulta la higiene para estudiar las estrellas. El peligro es grave, y todo peligro es de una monotonía insoportable en razón de su misma gravedad. Finalmente, llegamos á considerar nuestra pobre naturaleza degenerada, con tan poco ánimo y confianza, que nuestra perseverancia final que Dios conserva en sus manos hasta el cabo, no nos parece ya más que un número en una lotería sobrenatural. Sabemos muy bien que no es así y que una vida concienzuda puede asegurarnos esa gracia, aunque la vida más santa no sea suficiente para merecerla; pero realmente eso se parece á una lotería. La grandeza, la diversidad de los intereses se combinan, pues, con los disgustos de un temor prolongado para dar á la vida espiritual una monotonía terrible.

Hemos formulado nuestra acusación contra la piedad. ¿Cuál es el objeto del procedimiento? ¿Por qué se ha sentado con tanta insistencia ese hecho? Eso no puede más que aumentar el desaliento de los que ya se encuentran desanimados. ¿Es eso lo que queremos? Todo lo contrario. Puede creerse que es una paradoja; pero hay pocas cosas más desconsoladoras

para los hombres, que el encontrar lo que otros han sentido como ellos; y en realidad eso no es una paradoja. Los males singulares son los más espantosos; cesan de serlo cuando se ve que son de común experiencia. Encontramos monótona á la piedad. Como decíamos al principio, el servicio de Dios suele ser para nosotros una carga; todo es fastidio, tristeza, languidez, violencia y fatiga. Lo demás que hay allí está profundamente oculto bajo esa capa espesa y triste, bajo la cual á cada momento estamos á punto de sucumbir. Hay épocas en que todos esos sentimientos nos abruman. No son más que excesos, pero tan largos y tan poco interrumpidos, que parecían ser el estado normal de ciertos grados de la vida espiritual. ¡Qué aflicción, encontrar tanto disgusto en el servicio de Dios! Cuanto más profundamente le amamos y le tememos, más miserables nos sentimos de semejante debilidad. Cuando comparamos la vivacidad, los encantos, el ardor y la persistencia que desplegamos en las ocupaciones mundanas, con el frío y el entorpecimiento mortal que se apoderan de nosotros en cuanto se trata de oración y de mortificación, hay, en efecto, motivo para contristarnos; y ciertamente es un consuelo muy grande el considerar que ese sentimiento de monotonía no es un síntoma funesto que nos sea particular, ni una señal desfavorable para nuestra predestinación personal, sino una parte de la grande enfermedad humana y de nuestra ruina común; la prueba casi general de todos los que de buena fe se esfuerzan en servir á Dios en el secreto íntimo de la vida interior.

Es, pues, natural que en nuestros esfuerzos para llegar á la vida sobrenatural seamos perseguidos por esa sombra glacial; y no hay por qué desalentarnos, porque todos los demás la sufren también más ó menos de cuando en cuando, á menos que no depongan las armas en cuanto se prepara el combate. Pero abandonar la lucha es abandonar á Dios. ¿Por qué nos hemos de desalentar? La monotonía no es un pecado; no supone ni inexactitud en nuestras confesiones ni vicio roedor oculto. Ya lo he dado á entender; su persistencia es con frecuencia una señal feliz, en cuanto que indica también nuestra persistencia en el combate, y ciertamente en eso hay más de un consuelo.

Lo del consuelo, diréis, está muy bien; pero lo que nos hace falta es la curación. Tenéis razón; pero permitidme que aproveche la ocasión para deciros algo que yo miro como de importancia suma. Un punto sobre el que tengo que quejarme de vosotros, gente de espiritualidad, en vuestra falta de realidad. Llego á ser una especie de Casandra á fuerza de profecías desagradables sobre ese asunto. Pues bien, avanzaré más y acusaré de esa falta de realidad á un gran número de libros espirituales. Se tiene por establecido que cada enfermedad espiritual tiene su curación; no se os ofrece solamente un alivio parcial, una diversión, sino una curación absoluta, un remedio radical. Los libros y sermones en que veo semejantes aserciones me hacen ruborizar; es simplemente una falsedad. En materia de medicina corporal, es sabido que hay males que no se cu-

ran, llagas que nos dejan desfigurados ó estropeados para toda la vida, y enfermedades constitucionales que no se pueden dominar ni contener sino hasta cierto punto. En esos casos es preciso contentarnos con lo que se puede obtener, con el parecer del doctor, con los remedios interminables, con la sujeción á un régimen y las demás tiranías de esa especie. ¿Por qué nos hemos de asombrar en encontrar estados análogos en la vida espiritual? No tenemos más que ver lo absurdo de la suposición contraria. Sin duda no creéis en la perfectibilidad de nuestra naturaleza del lado de acá de la tumba; no pretendéis llegar á una perfecta exención de todo pecado antes de morir, y llega á ser incorruptible en la naturaleza corrompida como lo está en esta vida mortal. ¿Qué quiere, pues, decir entonces vuestra impaciencia, porque cada una de vuestras enfermedades no tiene su curación en regla? Hay enfermedades espirituales que son incurables, porque dependen de nuestra naturaleza; tal es la facilidad de obcecarse en cuanto á sí mismo y las demás formas de amor propio. Otras son incurables por causa de ciertas circunstancias individuales, como el carácter, los pecados pasados, y una posición que no podemos variar. Hay casos en que todo cuanto podemos hacer es conocer bien el mal; otras veces podemos mitigarle, pero nada más. El sentido común nos lo dicta, y la doctrina contraria, además de absurda, nos conduce al desaliento, á los sueños y á las ilusiones. La mayor parte de los autores espirituales están sujetos á caución bajo ese concepto. ¿Hay en ellos algo tan propenso á ser sistemático, á indicar remedios para

cada llaga, antídotos para cada veneno, á alentar, á popularizarse, á exagerar sus invenciones, á alabar sus bálsamos? Eso lo llamamos charlatanismo cuando se trata del cuerpo, ¿por qué le hemos de dar otro nombre mejor cuando se refiere al alma? Los santos nos dicen que debemos armarnos de paciencia hasta el fin; pues bien, tener paciencia quiere decir padecer. Eso quiere decir que muchas cosas, más ó menos, quedarán en nosotros y nos molestarán hasta el fin; ó de otro modo, que hay cosas incurables. No nos dicen que tengamos paciencia con nuestros pecados, sino solamente con nuestras enfermedades, con esas enfermedades del alma, que hacen encontrar la santificación en el combate y no en la curación. El hombre práctico es el que obra mejor según las circunstancias. Es preciso distinguir entre lo que es incurable y lo que es irreparable; y si yo os he repetido con frecuencia que no hay nada irreparable en la vida espiritual, no por eso he querido daros á entender que no hay mal incurable. Procuremos no olvidar esta distinción, sopena de equivocarnos sobre más de un punto que nos interesa. Un director espiritual es un médico; ¿creéis poderos pasar siempre sin él? Si pensáis necesitarle hasta el último día, es porque hasta entonces esperáis encontraros en estado de enfermedad; y todo lo que os pido que admitáis es que no hay nada en la vida espiritual á que no se pueda aplicar algún remedio, aunque haya seguramente muchos casos incurables. El estado normal más floreciente, en materia de vida espiritual, no pasa del de un enfermo que ha conservado el valor y la

vida, pero que se ve obligado, no sólo á cuidarse para poder continuar sus negocios, sino á estar prevenido contra mil pequeños accidentes, y que á pesar de su vigilancia tiene que sufrir mucho.

Mas para concluir nuestra digresión, ¿qué hemos de hacer con el peso de la monotonía? ¿Permaneceremos soportándola pacientemente? Seguramente que no. ¿Pero cómo hemos de salir de ella? Con la precipitación no se conseguiría nada, y ésa es la primera respuesta, que aunque negativa, será la más útil de todas, á juzgar por el embarazo, la agitación y el desaliento en que se cae cuando se procura escapar por esa puerta. Propiamente hablando, siempre hay embarazo en las dificultades de la vida espiritual, debemos tenerlo en cuenta, y ése es también un argumento en pro de esa santa lentitud, de esa lentitud activa y pronta en que tanto insistimos, y que nunca recomendaríamos bastante. La precipitación no nos sacará del embarazo de la monotonía. La mortificación, y sobre todo la corporal, sería el camino más corto para salir de ella, y como es también el camino más breve para llegar al gozo sobrenatural. Todo cuanto contribuye á mantener el fervor, hace menos sensible esa carga, como el vino y el alimento, á la par que aplacan el hambre, curan el cansancio y la laxitud. No tengo necesidad de insistir sobre esto, más sin embargo, diré todavía una palabra antes de concluir. Al ver el aspecto repugnante de la monotonía, triste y ceniciento como una niebla de invierno, ¿quién sospecharía que allí hay materia para las gracias más sublimes? Y sin embargo, es así. Esa pesa-

dilla de la monotonía conducirá al alma, intrépida y tranquila, á la sencillez que es necesaria para la vida espiritual: á esa sencillez, grande y gloriosa sombra, unidad de Dios. He ahí el Océano en que se pierde la monotonía. La prueba llega á ser gracia, y la debilidad se convierte en heroismo. Singular transformación. Pero las cosas singulares, y sobre todo las transformaciones, ¿deben sorprendernos en la vida interior? La mayor parte de sus fenómenos ¿no son más que transfiguraciones? Verdad es que el grado de sencillez en que la pusilanimidad se convierte en heroismo, pertenece á un grado muy avanzado; pero no hay necesidad de subir tan alto, para que la prueba llegue á ser gracia. Y por otra parte, ¿por qué no habéis de aspirar á lo que hay más elevado? El sentimiento de monotonía que experimentáis me haría creer que podéis atreveros á mucho, y prueba que hay algo serio y real en vuestros progresos. No tenéis que hacer más que una cosa: abismaros cada vez más en la oración.

EL CIELO Y EL INFIERNO.

Tendría curiosidad de saber lo que los santos de los tiempos antiguos piensan en el cielo acerca de la espiritualidad moderna. Seguramente el siglo diez y nueve parece excepcional. Sin embargo, tengo alguna idea de que todos los tiempos parecen extraños á los que los ven pasar. Cada generación encomia el bien y exagera los trastornos del día, mientras que en la historia un siglo va á perderse en el seno de otro, de una manera muy modesta y poco interesante. Sea como quiera, es claro que la atmósfera del siglo diez y nueve es poco favorable á la usanza antigua, de modo que en materia de espiritualidad, como en todo lo demás, estamos en época de innovaciones. Ciertamente los grandes autores del siglo diez y siete habían trazado ya una línea muy marcada sobre muchos puntos bastante importantes. En una sola orden religiosa, la de los jesuítas, encontramos la escuela de Nigronio y la de Lancicio, muy diferentes de la que vemos prevalecer menos de cien años des-

pués. Por el momento, la Iglesia se halla mezclada con el mundo de una manera singular. La acción pública de la caridad católica ha experimentado modificaciones importantes. El progreso del lujo, unido á otras causas, ha producido la delicadeza en salud en una buena parte de la sociedad. Hay menos hombres que puedan soportar el ayuno, menos mujeres que puedan llevar instrumentos de penitencia. Los resfriamientos son más frecuentes. La idea de un ermitaño en los pantanos del condado de Lincoln, en los sombríos y húmedos bosques de la Picardía, cuya vida sería un reumatismo crónico, es para nosotros un enigma. Hay menos sencillez, lo cual hace más difíciles el ejercicio de ciertas virtudes, y sobre todo las prácticas exteriores de humanidad. Una civilización más avanzada absorbe la individualidad, lo cual hace que el temor de singularizarse impida en muchas ocasiones el santificarse. Las costumbres intelectuales han variado: son más rápidas. Hay más observación íntima, más conocimiento de los hechos del alma, y eso debe tener grande alcance en todo lo que concierne á la oración. Todas esas observaciones parecen indicar, que debe haber síntomas espirituales para nuestra época como en tiempo de nuestros padres. A pesar de eso, algunas veces suelo pensar, con una especie de melancolía, que es muy triste despedirme de las antiguas tradiciones, aun cuando sean insignificantes, y con mucha más razón cuando se trata de un grande interés para todos, y cuando el tiempo presente parece inhábil para volver á adoptar á su uso la antigua espiritualidad de los san-

tos. Si los tiempos cambian considerablemente, las almas no varían, ni Dios tampoco. Por manera, que no puedo menos de creer, que siempre debemos volver al espíritu antiguo en materia de vida eclesiástica y de vida espiritual. Puede que haya que variar de puesto algunos accesorios, mas, por lo demás, un día ú otro tenemos que volver á los padres del desierto, á Ricardo de San Victor, y á la escuela espiritual de los primeros jesuítas. No ha llegado aún ese día, ni quizá llegará en nuestro tiempo; por manera que tenemos que armarnos de valor para hacer frente como podamos á la espiritualidad raquítica y poco sobrenatural que nos rodea; á hacer todo el bien que podamos, por condescendencias y acomodamientos que puedan salvar una ó dos almas por acá ó por allá: sin perjuicio de gemir por nuestra conciencia, y de reclamar sin cesar ese espíritu antiguo y esa sabiduría, que miramos como la única real.

Tengo intención de hablar hoy de un pequeño punto de conducta, sobre el que estoy tan convencido de que las personas piadosas de nuestro tiempo se hallan en un error, que no viviría tranquilo si le pasase en silencio. Y aunque esté muy descontento, procuraré no ser malo acordándome de que en materia de piedad moderna, la mía es la que conozco menos bien. Quisiera saber solamente si los santos del cielo miran nuestra espiritualidad actual con su agradable cultura, su moderación y su civilización complaciente, como capaz de dar una verdadera seguridad. Las gentes se alborotan si tratáis de exigirlas más, y en realidad, ¿obtenemos nosotros mucho

más de nosotros mismos? Ciertamente no sabríamos jamás resolver la cuestión. «¿Cómo servir á la vez á Dios y á Mammon?» ¿Pero no podremos acercarnos á la ilusión? Sí: mirad más bien la piedad de las clases elevadas en nuestras grandes capitales, y veréis cuán posible es acercarse á ella. No nos atreveríamos á asegurar que no tenemos razón para contentarnos con lo que se hace, porque eso se asemeja muy poco á lo que se consideraba como el buen camino en el tiempo antiguo; ni nos atreveríamos á asegurar que hagamos más, porque entonces, ¡qué avalancha de consecuencias!..... ¡Cuántas ilusiones en masa!..... ¡Cuántos nombres que eliminar en los ejércitos de la devoción y de la profesión cristiana!..... Es un problema tan penoso como el de averiguar si las gentes ganarían en santidad sana y vigorosa, prescindiendo de lo que es de consejo para atenerse á los mandamientos.

Entremos ya en el asunto sin más cumplimientos. El gran defecto de la piedad moderna, es la falta de arrepentimiento real, profundo, vigoroso, interior. Si después de bailar hasta las cuatro de la mañana vais á comulgar á las diez, creo muy poco en vuestro espíritu de compunción. Si la media noche os ha sorprendido en el teatro, dudo mucho que vuestra meditación de la mañana siguiente sea profunda. Si os asemejáis á las personas á la moda, estimo en poco vuestra profesión de piedad. Vida de placer y piedad no pueden conciliarse, y para decirlo en una palabra y de una vez, en semejante materia yo no creo en mezclas. Digo que la piedad moderna es de-

fectuosa con respecto al arrepentimiento interior: no digo que carezca de él completamente, sino sólo que es defectuosa en cuanto á ese punto, y he aquí cómo lo pruebo.

Alrededor de nosotros vemos personas que ciertamente son buenas, que procuran evitar el pecado, y que realmente lo consiguen. Quisieran evitar también la mundanidad, pero en eso sus esfuerzos no son tan afortunados. Y, en efecto, ese punto es más difícil.

Aun cuando hacen profesión de una conducta piadosa y regular, y aunque ocupan un lugar entre las personas piadosas, no hacen notable su vida por la austeridad de la penitencia. Su afición al placer, su presencia en todos los puntos de reunión mundana, su condescendencia en dejar correr las modas y las diversiones, y hasta en su piedad, todo ese conjunto de maneras elegantes y de perfecta conveniencia que las distingue, no indican que tengan una idea muy perfecta de ese espíritu de penitencia y de santa indignación contra sí mismo, que deben acrecentarse en nosotros con la edad. Su manera de hacer una amalgama de religión y mundanidad, prueba positivamente que no tienen de ella más que una noción muy vaga. Y es una felicidad el que la piedad de esa clase de personas no degenere en familiaridad con las cosas santas y los nombres más sagrados, lo cual sería para lo sucesivo un grande obstáculo para su conversión.

Los sistemas de espiritualidad más en boga, llevan la misma marca. Diríase que están arreglados conforme á una idea de santidad que no se eleva á la de

Dios; como si las almas fuesen en sí mismas su regla y su medida de santidad en lugar de los consejos evangélicos y de la luz divina. Obrar como lo hacen los demás, con tal de que en ello no haya pecado evidente, es uno de los artículos de esos códigos de sabiduría. En su vocabulario, evitar la singularidad no tiene la misma significación que en los antiguos tiempos: ahora eso quiere decir ir con la corriente y desembarazarse de la piedad, cuando se supone que no sería del gusto de los que no la tienen. Estar en paz es la pretensión de la filosofía, y todo lo que puede perturbar un alma es por la tanto un mal que es preciso evitar. Si un alma está en la ilusión, que permanezca en ella; si una alma se entibia, que conserve su tibieza; si otra es perezosa y negligente, que lo sea en buen hora; es necesario respetar su sueño. Con arreglo á eso, examinemos cuántas buenas gentes hay, según el mundo, que están en la ilusión, la tibieza y la negligencia, y reflexionemos sobre las consecuencias fatales de ese método de evitar ciegamente todo lo que puede desconsolar ó molestar el alma. En verdad, ¿no sería mucho más seguro decir que por ser regla general, ninguno de nosotros no puede ser ni frecuente ni enérgicamente sacudido, si es capaz de soportarlo sin desaliento? La penitencia no sería el producto de semejantes sistemas de negligencia y relajación. Así es que hay almas que temen una dirección excitante mil veces más que un pecado mortal. Ignoran lo que es realmente una dirección excitante, y no podrían decirlo, pero la temen por instinto como una realidad muy seria.

Otro rasgo de la piedad moderna que se encuentra á cada paso, es el tomar gracias comunes por favores extraordinarios. Las gracias más rudimentarias corresponden á las más sublimes, y recíprocamente: de manera que una gracia de primer orden puede asemejarse maravillosamente á todo lo que hay más común, y si no tenemos experiencia de ello, tomaremos fácilmente una cosa por otra. Nos imaginaremos tener los sentimientos que los santos nos describen, porque el lenguaje es demasiado grosero para dar una idea de operaciones tan delicadas. Pues bien, basta admitir un punto cualquiera para modificar toda nuestra vida espiritual, porque la vida espiritual, hágase lo que se quiera, es siempre de una pieza, y si se falsea un solo punto, basta para alterar nuestro método de oración y ponernos, aunque malamente, en nuevas relaciones con Dios. Esa equivocación proviene de que en semejantes momentos se procura apresuradamente abandonar la vía purgativa; y esa impaciencia por permanecer entre los principiantes, demuestra una falta de penitencia interior, y esa ausencia se hace más completa cerrándonos los ojos sobre la cuestión. El asunto sería demasiado, y no diremos más por ahora.

Hay también un naturalismo profundamente arraigado que se trasluce por todos lados en las miras modernas de espiritualidad. Hay un deseo manifiesto de sacrificar lo sobrenatural á las preocupaciones de sus enemigos. Se acusa con apresuramiento de extravagancia á los que se presentan intrépidamente como los campeones de los derechos de Dios y que

denuncian la mundanidad sin rodeos. Las ideas vagas que se tienen con respecto á las vocaciones, y en general, la bajeza de las miras prácticas sobre la soberanía de Dios, son también manifestaciones de ese naturalismo. Las vidas de los santos, las indulgencias y las devociones que tienen relación con el purgatorio, son otras tantas piedras de toque para ese punto. Una penitencia interior y profunda cambia todas las ideas de un hombre sobre esos diferentes asuntos; le descubre la sabiduría oculta del sistema de la Iglesia, reemplaza sus simpatías y sus instintos con los de los santos. El naturalismo encuentra la santidad insoportable, porque no gusta de Dios, ¿y cuántos intereses dependen precisamente de ese gusto de Dios? Bajo los auspicios del naturalismo, la espiritualidad no es bien pronto más que una especie de literatura que se ofrece á la inteligencia curiosa, ó tal vez una golosina para la devoción superficial de un corazón muy dividido, ó bien una especie de salsa ó sazonamiento que realiza el goce del mundo con su contraste (1).

(1) Esa cuestión del naturalismo es una de las más importantes en nuestra época del renacimiento católico. Sería de desear que la interesante obra del P. Gueranger sobre ese asunto pudiese ser compendiada de manera que presentase al lector impaciente, bajo una forma clara y compacta, la cuestión del naturalismo, sus peligros y sus remedios. La crítica del libro de M. de Broglie distrae al lector é interrumpe el hilo de las ideas. A pesar del defecto de la forma, el *Ensayo sobre el naturalismo contemporáneo* es un servicio prestado á la literatura católica.



La proporción de las limosnas y la manera de distribuirlas, inspiran igualmente desconfianza de la piedad moderna, sobre todo en lo que toca á la verdadera penitencia del corazón. Siempre, ó casi siempre, lo que está muy profundo en lo interior tiene ramificaciones muy visibles en lo exterior, y esas ramificaciones participan de la naturaleza de la raíz. La mejor garantía de la contrición del corazón se encuentra en los ejercicios exteriores de la penitencia, de los que la limosna es uno de los más notables. El arrepentimiento no es sólo un sentimiento íntimo, es un cambio; pues bien, es muy difícil que haya cambio en lo interior sin que deje percibir algún síntoma. Así es, que yo no puedo persuadirme que una persona que es muy parca en materia de limosnas, tenga un verdadero espíritu de compunción, aun cuando haga profesión de piedad. En nuestros días no es raro el ver á personas piadosas obrar en la práctica, como si la piedad fuese un motivo para dispensarse de la limosna. Otras, cuando les place dar, no consultan más que su humor y su capricho, de manera que en aquellos actos entra por mucho el amor propio. Además, la generosidad y la limosna son dos cosas diferentes. La cantidad debe calcularse según los medios del que da, y sobre todo, según los más ó menos sacrificios ó inconvenientes que la limosna le impone. Los gastos costosos no son pecados por sí mismos con tal que puedan sostenerse, pero son el origen de muchos pecados y muy poco compatibles con la vida espiritual. Sin embargo, las gentes piadosas suelen tener con frecuencia gastos costosos cuando tienen medios para

ello. Limosnas que en nada nos molestan, son sin duda actos benéficos, pero apenas merecen ser colocados entre esas obras satisfactorias que son una prueba de penitencia interior por las molestias y sacrificios que nos imponen. Si una persona de piedad que se encuentra en el caso de reformar sus gastos, comienza por suprimir en su presupuesto la partida de caridades, ¿esa conducta es propia para hacernos creer en un grande espíritu de penitencia, en una santa indignación contra sí mismo, en un recuerdo constante de sus pecados, en un temor saludable en cuanto á las faltas perdonadas, tal como le pide la Escritura Santa, y en una adoración eficaz de los derechos de la justicia divina? Creedme, una de las señales menos equívocas y menos sujetas á ilusión de la rectitud de miras con relación á Dios y con relación al pecado, se encuentra en la manera con que cada uno se deshace de su dinero. Si en nuestro presupuesto se ve figurar en primera línea la partida de vestir, la de muebles, trenes y gastos de los hijos, y Dios queda en el último lugar, es casi seguro que también le ocupa en el corazón. No debemos tranquilizarnos demasiado pronto porque nos parezca que se piensa de otro modo, porque los pensamientos son fácilmente imaginarios, y aun cuando sean reales, la imaginación tiene con frecuencia en ellos una parte considerable.

Para poder apreciar el verdadero valor de la vida espiritual, no hay nada como las obras de caridad. El espíritu interior se manifiesta en sus operaciones exteriores, porque se necesitan muchas gracias, y con

frecuencia gracias de primer orden para trabajar en pro de los pobres de una manera espiritual. La actividad natural puede ayudar mucho al principio, pero concluye por producir la fatiga, y de ese modo contraría la perseverancia. Con frecuencia basta una ligera muestra de sentimientos terrestres ó de una debilidad de afectos naturales, para perder las bendiciones divinas en una empresa difícil. Nadie conseguirá ejecutar planes de caridad ó dirigir establecimientos de beneficencia, si no reune el desprendimiento á la adhesión á su obra, y esa reunión de cualidades opuestas en apariencia, supone una espiritualidad sólida. La paciencia, el amor, la vigilancia, el espíritu de recursos, la amplitud de juicio y de corazón, y una serenidad á toda prueba, son necesarias para el buen resultado de una obra de caridad real, como también esa reserva humilde y seria que es uno de los rasgos particulares de la compasión cristiana. Mendigar para una obra de caridad, es un ejercicio de la santa pobreza que muy pocas personas pueden cumplir sin pasar por una multitud de faltas, por más veniales que puedan ser á los ojos de Dios: mas por último, las críticas de los ociosos, las dudas de las gentes frías, la pequeñez de las buenas gentes, y la censura de todos, son muy penosas de soportar; y sin embargo, sería preciso que una obra tuviese poco valor y dejar al diablo quieto, para que no fuese blanco de tan fastidiosos ataques. En un sentido, la obra de la gracia es más complicada en un santo activo que un santo contemplativo.

Vemos, aun cuando sea ligeramente, lo que las

obras exteriores de caridad, piedra de toque de la espiritualidad, nos dirán de la que está en boga en los tiempos que corren. Con la misma regularidad que las nuevas modas de trajes, las estaciones traen á la capital nuevos planes de beneficencia. Cuando la experiencia no nos ha aleccionado, todo eso lo miramos con un profundo respeto. Se trata de socorrer á los indigentes, ¿cómo lo hemos de censurar? Si los ricos del mundo hicieran alguna obra de caridad, ¡qué conquista! Pero esa satisfacción pasa bien pronto, cuando ha debido verse con desconsuelo que un año tras otro, el tiempo y el dinero se malgastan en principiar cosas que jamás se llevan á cabo, en formar comités inactivos y en entusiasmos de fantasía que sólo sirven para halagar el amor propio. Es tanto más difícil soportar con paciencia esa malhadada caridad, cuanto que, generalmente, la esterilidad es el menor de sus inconvenientes. He aquí una apreciación del valor de esa piedad. Cuando un mahometano con sus cinco posturas de penitencia, piensa por ese medio satisfacer la necesidad de hacer algo por Dios y por la religión, lo hace por descargar su conciencia y no va más lejos. Lo mismo sucede á ciertos cristianos con sus obras de caridad. Para descargo de su conciencia desean poder decir que hacen algo por Dios, por manera que se proponen una buena obra. Pero se necesita algún tiempo para avistarse con los amigos y conversar sobre el asunto: luego, para consultar á media docena de predicadores ó directores á la moda; y tiempo, además, para decidirse á no seguir el parecer de ninguno, y mucho más todavía para encontrar

un eclesiástico que se ponga al frente de la obra. Vienen entonces los ejercicios de Cuaresma, y es preciso no ocuparse más que de sus impresiones: llega la Pascua, y hay que detenerse, porque todos se van al campo. El mes de María tiene sus quehaceres y su género de devoción; así que estará ya muy avanzado cuando se haya formado el comité. Una vez formado, tendrá que reunirse, y reunido se habla. ¿Qué se vería salir de todo eso si se concluyese por ponerlo en obra? Imposible es decirlo, y ni aun siquiera se puede pensar en ello sin terror; pero entretanto se ha tenido la satisfacción de hacer nuevos conocimientos. En ciertos casos es importante asegurarse el concurso del Gobierno, ó visitar á algunos magistrados de sentimientos filantrópicos; tal vez se ha pensado con placer en que habría que trabajar con gentes de un rango inferior, con las que se tendrá la bondad de condescender en una especie de fracmasonería cristiana en relación con algún secreto instinto de la conciencia. Durante ese tiempo, la estación avanza y se concluye. Pero en último resultado se ha obtenido lo que se quería, porque no se pretendía otra cosa que el poder dar testimonio de que se trabajaba por Dios y de satisfacer el amor propio de unas cuantas docenas de personas. El juego ha sido agradable; la conciencia de sentirse caritativo, todavía más: pero lo mejor de todo es, que no ha habido necesidad de desembolsar ni un céntimo. Eso nos ha hecho pasar la estación. Hemos podido gozar más á nuestras anchas del placer del gasto, cuando estábamos en camino de hacer limosnas imaginarias. Una hora de

comité sin contar lo agradable de la conversación, va á santificar largas horas de desembolsos y compras. ¡Y luego un bazar de caridad! ¿No era eso un maravilloso ejercicio de humildad? Nuèstra complacencia absoluta en todas las locuras mundanas del año, ha sido suficientemente redimida con la visión lejana de huérfanos interesantes, de pensionistas paralíticos, de idólatras lejanos ó de nuestros propios hambrientos, que no tienen más religión que los paganos. Todo eso era el céntimo sacado para Dios del tributo del mundo, era el contraveneno específico, la dósis de álcali para neutralizar el ácido.

Sin embargo, el objeto de las limosnas no es precisamente corregir el espíritu del mundo: me parece que muchas personas serían muy ilustradas si pusiesen ante sus ojos de una manera clara y distinta la causa final de la riqueza. ¿Por qué hay ricos? ¿Cuál es la intención de Dios acerca de éstos? ¿Por qué, para todos los hechos del mundo no hay más que una explicación real, la explicación de la intención de Dios que los ordena ó los permite? ¿Por qué, pues, hay ricos? Nadie es rico por sí, es claro, porque el bien del individuo consiste en salvar su alma, á lo cual no ayudan las riquezas. El Salvador, al venir á este mundo, no quiso tener riquezas: hay más, declaró desgraciados á los que las poseen. Cuando los santos las han tenido, se han deshecho de ellas lo más pronto posible. Las riquezas, si se cree el Evangelio, son, de todas las cosas terrestres, las que más alejan del cielo. Pues entonces, ¿por qué hay hombres que en la partición les ha cabido una posición más desfavora-

ble que á otros en lo que concierne á su salvación? ¿Cuál es su destino? ¿Es el ser presa de los pobres? Sí; ésa es la expresión verdadera. Los ricos están destinados á los pobres. Los pobres, he ahí la razón, la explicación, y por consecuencia, la salvación del rico. Los pobres son las águilas de Dios, nacidas para asediar, desconsolar y despojar al rico. No hay felicidad para el rico, si de buen grado no se entrega á esas águilas de Dios. Tal es vuestra vocación, vosotros, los que habéis sido marcados con la opulencia. Dios no ha tenido otra intención con respecto á vosotros. Si es verdad que hay un cielo y un infierno, nada hay más ventajoso para vosotros que el conocer esa particularidad de vuestra posición. Pero los pobres son molestos, importunos, insaciables, poco razonables, se presentan á enjambres, son insoportables. Sí, pero todavía es menos razonable el que os quejéis. Han sido formados para vivir á costa vuestra; habéis sido hechos para servirlos de pasto: dad, y callaos.

Considerad cuántos caprichos hay en la limosna, qué sed de novedad, qué abandono en obras antiguas, qué infinita subdivisión de esfuerzos que se reducen á polvo, qué masa de egoísmo y de terquedad, cuántos tomos en folio de charlatanería para tan pocos billetes de Banco: considerad cuán poco figura Dios en ese asunto, cuán poca es la simpatía real por las miserias que hay que aliviar, cuán poco espíritu de sacrificio poniendo manos á la obra, y finalmente, la maravillosa moderación de las suscriciones. Seguramente, todo eso no nos indica una

masa de ilusiones y de ensueños de amor propio en la piedad que tenemos ante los ojos. Es de creer que las obras de caridad no serían más que una comedia: y es, porque, en efecto, la impostura se encuentra en el fondo de una piedad sin mortificación sólida. Pesadas en la balanza de la caridad exterior, ¡cuán bellas apariencias de vida interior resultan vacías! ¿Diréis que es cruel el afirmarlo? ¿Diréis que no es verdad? Estad seguros de una cosa, de que la caridad de buena ley es muy rara. Una persona realmente caritativa, debe tener una nobleza de carácter poco común, ó una virtud bien sólida. Pura y desinteresada, la adhesión y abnegación para con los pobres, es la gracia más rara en la santidad. Esa adhesión es uno de los rasgos más comunes de una piedad, cuyo vacío puede calcularse por el sonido cavernoso de la caridad.

Hay muchas gentes que conocen eso, y en su consecuencia no se ocupan de obras de misericordia. En efecto, con alguna razón podríamos condenar en masa la piedad moderna bajo el punto de vista de su falta de equilibrio entre lo interior y lo exterior, los ejercicios espirituales y las obras de caridad para con los pobres. Para llegar á ser interior no basta evitar lo que es exterior; y si tratamos de no ser más que interiores, bien pronto no lo seremos, suponiendo que lo hayamos sido alguna vez. La mayor parte del tiempo, un ejercicio espiritual aislado nada cuesta: se hace en secreto y puede desempeñarse de cien maneras diferentes; desde la atención y el respeto más intenso, hasta el dejar correr de las postu-

ras indolentes y de las distracciones voluntarias. Para eso no hay que gastar nada ni dar pasos, por manera que la sinceridad no es puesta á prueba, y el espírtu de penitencia todavía menos. Se nos dice con ligereza que las mortificaciones exteriores son de escaso valor comparadas con el precio de la mortificación interior. Esa proposición en sí misma es verdadera, y hay tiempo y lugar para hacerla valer. Sin embargo, nosotros desconfiamos, no de la proposición en sí misma, sino de la vivacidad con que se presenta, lo cual es de mal agüero. Temo que una gran parte de ese modo actual de salvar el alma no sea simplemente una manera de no dar y de evitar las fatigas de toda empresa en favor de los pobres. De todos modos, estemos bien seguros de que una santa solicitud y una incansable actividad acompañan siempre al espíritu de compunción interior, cuyas maneras y marcha se diferencian completamente de esa devoción fácil, que económicamente se queda en casa.

La piedad moderna es también culpable de un instinto de falsa discreción muy diferente de la generosidad caballeresca de la penitencia interior. Si, por ejemplo, oyeseis la conversación de esas señoras devotas que tienen la costumbre de formar entre sí una especie de congregación del *Index* para llevar un registro de los sermones, direcciones, vocaciones, órdenes religiosas, libros espirituales y otras cosas, os imaginaríais que la mitad de los católicos de la capital se disciplinan hasta derramar sangre; que á la ópera asisten todas las noches dos ó trescientas per-

sonas con cilicios, y que al terminar un baile en los salones de algún palacio el pavimento debe quedar cubierto de restos ó fragmentos de instrumentos de penitencia sin nombre: se creería que la salud de la clase aristocrática, que tan bien resiste las diversiones en que se hace de la noche día, se deteriora con los ayunos, las maceraciones y las largas oraciones, y que los padres y esposas que en otro tiempo se estremecían al pensar en los peligros del aire fresco y de salir en ayunas para recibir por la mañana la comunión, ahora se ven obligados á estar constantemente alerta para impedir los excesos y las locuras santamente homicidas de las personas que le son queridas. He ahí lo que supondría según la conversación de esas excelentes señoras. Aun cuando todas sus palabras no os pareciesen muy prudentes, os inclinarías sin embargo á creer que no hay nadie tibio, nadie que no necesite más bien ser contenido que estimulado; mientras que si vamos á los hechos concluiréis por estar de acuerdo con esas damas, en que la falta de discreción se halla á la orden del día; sólo que vos lo entendéis de diferente manera. Encontraréis que hay indiscretos por tibieza, indiscretos por molicie, indiscretos que descuidan la oración y el santo sacrificio de la misa durante la semana, indiscretos en punto á limosna é indiscretos en hacer tan poco por Dios y en suscitarse tantos embarazos. Toda esa indiscreción es horrible, y si nuestras damas pudieran librarnos de ella seríamos los primeros en bendecir su trabajo. Desgraciadamente su discreción es de otra especie. La idea que tienen de ella consiste

en aproximarse demasiado al infierno para hacer temblar á los ángeles y no apartarse de allí hasta que lleguen al borde del abismo. Lo malo es que el que se habitúa á ese juego rara vez sale bien, y es de temer que el mayor número no se aparte á tiempo para evitar el caer en el infierno. Un momento, una vuelta más de la rueda y el peligro habría pasado; más desgraciadamente ese momento no llega, y el extravío de un instante llega á ser eterno. Una moderación que consiste en tomarse con Dios libertades inmoderadas, no puede ser la que los padres del desierto tenían por objeto cuando predicaban su cruzada en favor de la discreción. Cuando encontramos en nuestro camino esos apóstoles de una discreción nueva, parecería que el asunto es tan serio que deberíamos tratar de él. Pero siempre nos hallamos poco dispuestos á ello. Se ve el lado agradable de las cosas, y además las personas que no están en la realidad de las cosas son muy placenteras, aunque no se apercihan de ello. Pero no hay que atormentar la conciencia, porque la experiencia prueba que no se hace bien á esas gentes tratándolas con seriedad. No son serias sino cuando se incomodan, y entonces el remedio ó el castigo es el distraerse. Pero volviendo á nuestro asunto, es claro que una discreción que se manifiesta sobre todo por su terror á toda mortificación, no puede ser una manifestación del espíritu de penitencia.

Otro defecto de la piedad moderna es el ser superficial. Quizá el mundo jamás ha sido más sabio que lo es en el día; pero me cuesta trabajo el creer que nunca haya sido menos reflexivo. La rapidez,



que es una de las condiciones de la vida moderna, impide el que se profundice nada: así, la enorme extensión superficial de la educación impide que esta sea lo que debería ser. Aun cuando leen los hombres de nuestros días no se detienen á reflexionar, y tienen mucho que leer para que vuelvan nunca á repetir la lectura. El pensamiento se halla seguramente en baja por el momento, aunque puede vislumbrarse un cambio próximo, porque fastidia lo que es superficial y siempre se abandona lo que es un poco fastidioso. Sin embargo, esa rapidez que impide el profundizar nada, en ninguna parte es tan perjudicial como en la religión y en las relaciones con Dios, porque allí todo es profundidad, y podría decirse de nuestras relaciones con él que pasan en una región demasiado profunda para tener una superficie visible. A veces, hasta parecería que hay en la piedad un elemento que tiende á la necesidad. Es de creer que no es nada; más á pesar de eso la piedad se encuentra con frecuencia desfigurada por la bobería, á menos que tenga para acompañarla una fuerte dosis de gracia, inteligencia ó sutileza de espíritu. No habría derecho para decir que la piedad es siempre necia cuando no es sincera, porque la piedad sin la sinceridad no es más que una mala caricatura. De todas las cosas espirituales la más profunda es la penitencia interior: está basada sobre un conocimiento sobrenatural de sí mismo y supone una vista profunda de la malicia del pecado: vive de antemano en una clara visión de las perfecciones de Dios, cuyos esplendores anuncia: se mezcla con otra multitud de cosas sobrenaturales, secretos

de oración, instintos de vida santa, operaciones singulares de gracia y frutos sin nombre de meditaciones patentes. Vivir aceleradamente hace que se adore á la ligera: adoradores al vuelo hacen penitentes de la misma especie, y el espíritu de compunción se aviene mal con esa rapidez. Una obra profunda y sólida no se acostumbra en nuestros días, y nuestros terraplenes de los caminos de hierro no son calzadas romanas.

Otro rasgo de la piedad moderna, es su falsa delicadeza. Esa afectación es una ciudadela para Satanás: impide ver á Dios y rehusa estudiar sus misterios: mina los cimientos del temor que forma los santos: trunca la devoción á la Pasión y forma una especie de velo ó de cortina, detrás de la cual los espíritus impuros pueden trabajar cómodamente. Todo el mundo conoce esa vana delicadeza, y no necesito insistir sobre ese punto, de que me ocupo en mi libro sobre la Pasión y en otras partes. Bástame decir aquí que esa afectación no tiene nada de delicada: no es en el fondo más que la pretensión del mundo, de hacer que se abandone prácticamente alguna parte del Evangelio. Se manifiesta por una especie de impaciencia de toda devoción de detalle á la Pasión, como conteniendo á la sensibilidad con horrores que no pueden menos de turbar esa preciosa paz que la santidad moderna conserva como su *palladium*, pero que en realidad no es más que un sueño de muerte. ¡Ay! ¡cuánto mejores seríamos si pudiéramos ser heridos en nuestra susceptibilidad de cuando en cuando! Nos apartaríamos con más horror del pecado, si no

nos apartásemos tanto de las atrocidades físicas de la Pasión. Ese mismo disgusto se experimenta cuando se trata de sermones sobre el infierno: no pueden oirse con sangre fría: pero ya volveremos á hablar de ese punto. Lo que es necesario decir aquí, es que una repugnancia á considerar de frente al infierno, es una mala señal en devoción y un indicio bastante significativo, de que concluiremos por caer en él. Ahora, prestadme atención. La Pasión y el infierno son las dos grandes fuentes de donde los hombres pueden sacar un grande odio al pecado, las dos grandes fuentes del temor de los santos, las dos revelaciones más esenciales para completar nuestra idea de Dios. Pues bien, la compunción interior gira enteramente sobre el odio al pecado, el temor y la idea completa que tenemos de Dios: de manera, que nuestra delicadeza moderna hace todo cuanto puede para hacer insuficiente nuestro espíritu de penitencia, corriendo un velo sobre los dos objetos revelados de donde ese espíritu saca su vida. Si esa delicadeza no fuese más que una afeminación de nuestra pobre naturaleza, podría despreciársela, pero es una realidad, un hábil artificio del padre de la mentira, y un lazo fatal en que caen hasta los buenos, con grave dètrimento de la gloria de Dios.

Tengo además sobre mi corazón otra queja impopular. El antiguo odio á la herejía va haciéndose raro: se pierde la costumbre de mirar á Dios como la única verdad: por manera, que la existencia de las herejías no es ya un asunto de espanto. Se tiene ya por cierto que Dios no debe hacer nada que no sea

penoso, y que su autoridad no debe tomar ninguna forma desagradable ú ofensiva para la libertad de sus criaturas. Como el mundo ha rechazado las ideas exclusivas, es preciso que Dios siga el progreso, y deje á un lado los principios observados hasta ahora en su conducta con respecto á nosotros. Las mayorías deben concluir por llevar la ventaja: tal es la regla y el hecho práctico en un país constitucional. Así es como la discordia y el error en religión, han concluído por llegar á ser menos odiosas y alarmantes, simplemente porque nos hemos acostumbrado á ellas. Es necesario cierta osadía de corazón y de inteligencia, para creer que toda una gran nación obre mal, ó que todo un siglo pueda marchar ladeado. Pero la teología, en su sencillez, proclama bravamente al mundo entero como pecador, y no encuentra dificultad en no asignar á la verdadera Iglesia más que una porción moderada de la población del globo. La creencia de la facilidad de salvación fuera de la Iglesia es muy dulce si tenemos parientes ó amigos en los lugares en donde domina la herejía: además, si queremos admitir esa máxima, el mundo nos perdonará una multitud de errores y de supersticiones, y nos hará el honor de cumplimentarnos por nuestra religión, como un producto literario ó filosófico de nuestra era más bien que como un don de Dios. ¿Es esa una ventaja tan grande para que tantas gentes se hallen prendadas de ella y la paguen tan cara y sin pesar? Es claro que esa creencia disminuye nuestra estimación á la Iglesia, y debilita nuestro anhelo de convertir á los demás. Los que hacen menos uso

del sistema de la Iglesia, son naturalmente los que la conocen y estiman menos, y no se encuentran por lo tanto en estado de juzgarla: y esos son precisamente los primeros que hacen generosamente el sacrificio de las prerrogativas de la Iglesia á las exigencias de la molicie y del indiferentismo moderno. Sería extraño que las verdades divinas estuviesen siempre á merced de un mundo perdido en la corrupción y en el pecado: lo sabemos muy bien: pues no tenemos el valor de permanecer fieles á nuestros principios. ¿Miraríamos al sacerdote, los Sacramentos y la unión á la Iglesia, como cosas de la última consecuencia si llegásemos á morir; pero en cuanto al vecino lo miramos como de escasa importancia, para justificar una franqueza un poco ruda y que no sería del agrado de todos; ó bien sería verdad el que nos era indiferente que se perdiese ó se salvase? Sea como quiera, nuestra falta de odio á la herejía nos hace descender en punto á doctrina, y nuestra piedad no puede menos de resentirse. Por la razón correspondiente, si nuestro espíritu de penitencia llega á aumentarse, mucho amor á la Iglesia crecerá también, y en donde se encuentra el odio cordial al pecado, el odio cordial á la herejía no está lejos. Todas esas ideas ya no son de moda, más á pesar de eso, yo las vuelvo á encontrar sin advertirlo. Creo que nuestro arrepentimiento sería más real y más sólido, si tuviésemos un poco del espíritu de los inquisidores del tiempo pasado. Debería ruborizarme de vergüenza á la faz del siglo XIX, pero es una debilidad que no puedo vencer, quizá por no haber hecho

esfuerzos suficientes. Hasta el presente sostengo, pues, que al odio á la herejía debe acompañar el arrepentimiento interior. Pido á Dios, que en su infinita compasión, mantenga en mí, hasta la última hora, el profundo aborrecimiento que me ha dado y que reconozco haber recibido de él; y le pido además que me le aumente inmensamente. El cielo es la mansión del amor, pero el odio á la herejía no disminuirá allí, porque en el fondo no es otra cosa que el amor que adora la eterna verdad de Dios.

Todavía una palabra. He hablado de debilidad de doctrina, como que envuelve una inferioridad correspondiente en la práctica: en esa cuestión es en donde encuentro en falta á la espiritualidad moderna; pero es bastante difícil establecerlo con claridad: sin embargo, ensayemos. Si nos proponemos un ideal de una elevación extravagante, evidentemente no podemos esperar ya jamás un ideal real y práctico; en ese caso no nos sonrojamos de llevar la peor parte, puesto que no podíamos menos de esperarlo y que no había nada serio en el asunto. Por otra parte, si tomamos un ideal demasiado bajo, jamás aprenderemos la humildad, con buen resultado siempre, pero sin progreso real. Considerando la brevedad de la vida, semejante resultado, puramente nominal y que no merece la pena, no es realmente más que una pérdida, aun cuando no sea más que la del tiempo. Tal vez lo que yo censuro en la piedad moderna podría expresarse así: con pretensiones demasiado elevadas vive en un nivel muy bajo. ¿Es eso todavía obscuro? Pues bien, procuraré explicarme más. Preten-

demos permanecer en los límites de la sabiduría y de la discreción, ó de otro modo no pretendemos asemejarnos á ninguno de los santos canonizados, pretendemos evitar el pecado mortal y evitar también la singularidad y las devociones muy esmeradas; más á pesar de esa determinación prudente y muy inteligible, pretendemos al mismo tiempo respirar la atmósfera de los santos é imitar su libertad de espíritu; queremos elevarnos también por encima de las fatigas de la meditación y lanzarnos á una atmósfera de oración más libre y menos restringida; queremos á la vez dejar á un lado los terrores saludables de una conversión reciente y participar de la tranquilidad de una santidad avanzada; queremos pasarnos sin los terrores saludables del infierno y servir á Dios por amor puro y desinteresado; queremos desembarazarnos de las miserables trabas de la guarda de los sentidos y llegar con pie firme al punto que las Teresas y Gertrudis no pudieron abordar sino después de muchos años de retiro y de esfuerzos. Como hay algo de vulgar y hasta de rústico en los libros simplemente ascéticos, queremos respirar más desahogadamente y buscar un régimen menos escolástico en los autores místicos. Con todo eso hacemos de nuestra devoción una verdadera mezcla. Enfermos y todavía débiles por el trabajo de una conversión reciente, queremos beber un poco de vino, y entonces, en el delirio de una cabeza todavía débil, no tardamos en imaginarnos que volamos con las águilas del Señor por las sublimes cimas de la santidad; además, nos proveemos de herramientas de relojero para hacer una

obra de calderero, lo cual equivaldría á que tratásemos de ensayar en climas fríos y húmedos y con el apetito del Norte, el pasarnos sin comer ni beber como los ángeles.

Veamos las consecuencias prácticas de todo eso. Para ser verdaderos penitentes deberíamos constantemente estar descontentos de nosotros mismos, mientras que en el actual orden de cosas no lo estamos jamás, porque vivimos fuera de las realidades. Ciertamente no hemos conseguido ejecutar actos de amor como Santa Teresa, pero jamás los hemos tampoco esperado. Del mismo modo no hemos sucumbido en nuestros esfuerzos para dominar alguna pasión baja como la de intemperancia; pero á decir verdad, no lo hemos intentado, y hemos dejado esa penosa tarea á los galeotes convertidos. Así es que hasta gentes que se tienen por piadosas no creen ser del número de los pecadores sino en un sentido de convención. La proposición teológica que nos declara pecadores es muy inofensiva, y no hay inconveniente en verse comprendido en su generalidad. Pero cuando se trata de algo más personal, y por consiguiente más humillante, ya no es más que cuestión de palabras; no es una realidad que se toca con los dedos, pero no se sospecha ninguna ilusión, porque se ha confundido todo dando grandes nombres á cosas muy ordinarias. La verdadera sabiduría práctica consiste en tomar un objeto elevado sirviéndose de los más humildes instrumentos, que son los más propios para desbastar y comenzar la ruda tarea que debemos emprender inmediatamente.

Esta materia me parece de tanta importancia, que el resto de esta Conferencia será consagrado á hacer resaltar un solo hecho particular; héle aquí: nosotros buscamos motivos que nos exceden ó sobrepujan de tal manera, que ya no tienen realidad para nosotros; aspiramos al amor desinteresado antes de haber aprendido los rudimentos del temor interesado; no hacemos entrar la noción de las recompensas y de los castigos en los elementos de nuestra vida espiritual; el cielo y el infierno no son para nosotros motivos de una urgencia diaria. Si no se tuviese la experiencia, jamás se podría suponer hasta dónde llega esa locura, porque lo es más bien que sistema. En una palabra, una de las necesidades más apremiantes de la espiritualidad moderna es la de ocuparse más del cielo y del infierno, como medios naturales de asegurar más penitencia interior.

Pero desde el principio me veo asaltado por toda especie de objeciones que deben excluir la consideración del cielo y del infierno del número de nuestros motivos habituales y familiares. En cuanto al cielo, se pretende que todos los detalles que se dan de él no pueden ser más que puramente imaginados. Los que piensan así muestran que no tienen idea de la masa de documentos positivos que la teología y la Sagrada Escritura nos suministran sobre ese asunto; sin contar las conclusiones probables que los padres han sacado de ellos, las revelaciones de los santos y las luces personales que la humilde y constante oración sabe obtener. Se nos dice también que el cielo es muy poco de este mundo, es decir, que se halla

demasiado fuera de la vida que hacemos sobre la tierra para que ese motivo nos interese y mueva. Eso no necesita refutación. Se dice también que es preciso meditar para conocer el cielo, y que si una vez se adquiere la costumbre de la meditación, ya no habrá necesidad de que seamos aguijoneados por la consideración mercenaria del cielo. Podemos responder, en una palabra, que lo que era la práctica de David y de San Pablo, no puede ser bajo para nosotros. Pero se dirá que Isaías y San Pablo nos afirman que ni los ojos han visto, ni los oídos han escuchado, ni el corazón del hombre ha concebido los gozos que forman la vida del cielo, y siendo así, todo ensayo para familiarizarnos con pormenores no puede venir á parar más que en perdernos en misterios deslumbradores.

A eso contesto preguntando á mi vez: ¿miráis la incomprensibilidad de Dios como una razón suficiente para no meditar sus perfecciones? Se añade que una consideración basada sobre el interés no se concilia con el espíritu moderno que tan altamente condena la bajeza de los motivos. Que el espíritu moderno habla muy alto, convengo en ello; ¿pero sus actos se encuentran al nivel de sus palabras? ¿No está enteramente ocupado en la prosperidad material, en las especulaciones de los caminos de hierro, en los fraudes comerciales y en las jugadas de la Bolsa? En verdad no hay nadie que haya comenzado por hacer del cielo un asunto de interés que no le convierta bien pronto en asunto de amor; del mismo modo el pensamiento del infierno comienza por el temor y conclu-

ye por la devoción á la santidad de Dios. Se nos dice, por último, que semejante meditación es de naturaleza adecuada á conducir á los ensueños. Antes de responder me alegraré encontrar algunos soñadores de ese género; en primer lugar para asegurarme de que existen, lo que tengo alguna razón de dudar, y lo segundo para saber si encontraría algo qué oponer á sus sueños, lo cual no dudo menos. Puedo imaginar perfectamente un estado de ilusión que valdría mucho más que esa oleada de religiosidades nebulosas, de que las gentes á medio convertir se hallan ahora tan prendadas.

Pero si la meditación del cielo está sujeta á objeción, ¿cuánto más lo estará toda especie de investigación sobre el infierno? En primer lugar se dice: eso atormenta. ¿Lo habéis experimentado y habláis por experiencia, ó sólo en teoría? Eso atormenta..... Yo diría más bien: eso calma, eso modera, contrista, humilla..... Pero aun cuando eso atormentase, quizá os convendría como á otros muchos; tenéis necesidad de un sacudimiento en materia de religión. En segundo lugar, viene la objeción de la delicadeza. Así como debe evitarse el ruido á los enfermos, así deben desecharse todos los horrores del infierno, cuya grosería podría turbar nuestra tranquila elegancia; no producen bien alguno, y no hacen más que asustar. Pero aquí volveré á preguntar si está bien claro que no necesitáis algún terror para vuestra salvación. Hay una ternura que se arma de crueldad, os decía yo últimamente hablándoos del tratamiento que se emplea en los envenenados por el opio. Se les hace pasear

á pesar de sus gritos; por ternura se les golpea las plantas de los pies y las palmas de las manos, y se les da fricciones hasta arrancarles la piel. La espiritualidad moderna ¿no tendría también su opio y en dosis muy fuerte? En ese caso se podía indicar un tratamiento análogo para el paciente.

Pero esa respuesta no me satisface. Avanzaré más, porque la materia es muy importante, y comenzaré por preguntar: ¿Quién ha hecho esos horrores que estremecen? Dios. ¿Entonces no deben ser dignos de él y manifestar sus perfecciones de alguna manera? Sí, sin duda alguna. ¿Pero los ha hecho con la intención de dejarlos ignorar? ¿Ha querido que los pecadores permaneciesen sin conocerlos, para que el castigo viniese á sorprenderlos en toda su intensidad en el momento de la muerte? Si tal era su intención, ¿por qué revelar esos horrores? ¿Por qué nuestro amable Salvador ha hablado del gusano que no muere, del fuego que no se extingue, de las tinieblas exteriores, de los llantos, de los lamentos y del crujir de dientes? ¿Por qué ha hecho de las expresiones del gusano roedor y del fuego que no se apaga una especie de refrán, como si quisiese grabarlas en la memoria? ¿Por qué ha querido que la lengua tan suave de su discípulo San Juan nos hablase dos veces del lago de fuego y de azufre? Evidentemente quería que se tuviese en cuenta el infierno, y que se ocupasen de él. La antigua espiritualidad que concedía un lugar tan notable á los cuatro fines últimos, era más evangélica que ese sistema desdeñoso que proclama el nuevo principio de alejar los objetos espantosos, de

que el Antiguo Testamento nos dice: «Acordáos de vuestros fines últimos, y no pereceréis jamás.» Y los apóstoles nos dicen también: «Que por el conocimiento de los terrores del Señor persuadan á los hombres.» ¿Se quería acaso pretender seriamente que en nuestros deseos de refinada cultura, la religión no tiene ya otro destino que el de calmar y consolar? Como, por el contrario, no nos habíamos de acordar de esos textos que Dios pone dos veces en boca de Jeremías: «Ellos han curado deplorablemente la llaga de la hija de mi pueblo, diciendo: «La paz, la paz, mientras que no había paz.» Ezequiel, por su parte, habla también de los directores espirituales de su tiempo: «Desgraciados los que preparan almohadones para colocarlos debajo de los codos, y almohadones para apoyar la cabeza de las gentes de todas edades.»

Convengo en que hay una cosa en la espiritualidad moderna, que tiende á hacer menos práctica la consideración definida y detallada del infierno. Y es que la amplitud de sus miras y de su moral, con gran refuerzo de máximas narcóticas, hace que cada uno tenga por seguro que, suceda lo que quiera á los demás, el infierno no es para él. La salvación es infalible para el que la quiere. Se nos dice que depongamos el temor, porque somos ya un perfecto amor. De ese modo, la gran cuestión, sobre la que Dios ha querido esparcir la incertidumbre, se encuentra resuelta, y nos desembarazamos de una duda penosa é incómoda. En una cárcel, en medio de presidiarios ó de pobres de la clase más ínfima, que se haga uso del infierno es cosa muy sencilla; es un asunto vulgar

para espíritus vulgares. ¡Ay! ¡plegue á Dios que nuestras clases elevadas, con su piedad desfalleciente, tengan la menor idea de las realidades de gracia que se encuentran en los últimos de entre los pobres, y que aprendan á ruborizarse de los medios de devoción de que se sirven para disfrazar su mundanidad, sin tener que vencerse ni que mortificar su amor propio!

Se nos dice también que no debemos hablar del infierno sino con extremada reserva, porque en vez de intimidar eso, irrita, da ocasión á tentaciones contra la fe y á revelaciones contra el supremo dominio de Dios. Según eso, sería preciso mantener tan pronto una parte de la revelación como otra. Cada gracia tiene alguna porción de la revelación divina que le está particularmente encomendada; Dios lo sabía al revelarse á los hombres, mas á pesar de eso no ha juzgado oportuno dar una nueva ley, una nueva Biblia á cada siglo y á cada generación; no ha querido hacer ese honor á esas baraundas triviales que se pavonean en la historia con el nombre de espíritu del siglo. Cada edad se exagera su importancia y se engaña creyéndose nueva y atribuyendo gran precio á sus novedades. Si la predicación del infierno irrita en vez de intimidar, es ciertamente una muestra de debilidad en la fe; pero eso no prueba que debamos de abstenernos de predicar una porción de verdades divinas, que será una vía de salvación para algunas almas, aunque otras se indignen y subleven. Nuestro Señor mismo ¿no había previsto que su Evangelio sería una piedra de escándalo? Y San Pablo ¿no encontraba ya en su

tiempo que aquel Evangelio parecía una locura á muchas gentes? Como ya he dicho, Dios conocía esa oposición y no ha cesado de revelar; y entre los diez y nueve siglos que ha vivido el Evangelio no hay ninguno que no se haya alimentado con la contemplación de los cuatro fines últimos. Por lo que hace á esas tentaciones contra la fe que exigirían las consideraciones que suelen tenerse con el convaleciente más exigente, cuanto más pasa menos aprende á respetarlas; no tienen nada de real ni de serio. En la juventud se procura hacerse interesante; más tarde se quiere darse importancia. Yo he sido sorprendido también; pero he concluído por conocer que distan mucho de tener la importancia que se las da: y ahora me cuesta trabajo tratarlas con la gravedad y la atención que desearía. Veo un bien real, sólido y substancial, que puede hacerse en almas sólidas, sanas, buenas y verdaderas por la meditación frecuente del infierno, de modo que no puedo decidirme á sacrificar esa obra á debilidades y errores tan poco sinceros como los que dan origen á gran número de tentaciones contra la fe.

No puedo, pues, hacer toda clase de concesiones á esas dificultades: pero como no hay opiniones más tenaces que las que convienen á la religión práctica, quiero ceder una parte por el momento, sin perjuicio de reclamar más tarde todo el terreno. Naturalmente quisiera atenerme al cielo y al infierno del antiguo régimen, y dejarlos en su lugar; mas para permanecer con vosotros, hagamos mutuamente algunos sacrificios. Me concederéis el principio de que las re-

compensas y los castigos pueden tener influencia como motivos, y os conformaréis á tomar una mira cualquiera poco interesada, poco mercenaria en el asunto de vuestra salvación. Al mismo tiempo, me contentaré con presentaros el cielo, sin lo que hace el cielo, es decir, sin la visión beatífica, pues que ese punto es el que parece imaginario y demasiado distante de todas nuestras ideas actuales de goce, para tener mucha influencia sobre nuestra conducta. La mayor parte de los hombres, especialmente aquellos en que los lazos de familia y las afecciones domésticas obran poderosamente, se inclinan á desear una eternidad virtuosa sobre la tierra. No es la ciudad encantada de las *Mil y una noches*, ni la eterna primavera del buen Haroum-al-Raschid, lo que pide su corazón, sino realmente una eternidad de virtudes sobre la tierra, el desarrollo del alma en sus facultades, una esfera de acción más satisfactoria, la ausencia de toda especie de desgracias, y sobre todo, los viejos penates, los viejos conocimientos del hogar doméstico, sin peligro ya de envejecer ni de separarse. Pues bien, tenemos ese tema: ennoblezcámosle y modifiquémosle, con el auxilio de un poco de Sagrada Escritura; pero dejemos á un lado la inexplicable visión, con sus bellezas de otro mundo y sus esplendores que no pueden imaginarse. Hagamos lo mismo con el infierno: no insistamos en la pena indecible de la pérdida de Dios: dejemos también á un lado el fuego, el gusano roedor, el azufre, los llantos y el crujir de dientes. Tomemos, pues ese cielo truncado con que tantas buenas gentes parecen contentarse:

tomemos el infierno en su punto de vista, pues que es la forma de castigo que quieren tomar en consideración, como la única en relación con las conveniencias de una civilización refinada. Yo creo que la causa de la penitencia interior no puede menos de ganar con la consideración de los castigos y de las recompensas, tales como se quieren tolerar: ¡un cielo perfectamente moderado para gentes que no desean imaginación, y un infierno arreglado de manera que no pueda herir la delicadeza de los directores del día!.....

Ensayemos, pues, el descender de las alturas sublimes del desasimiento por puro amor, y de otras regiones de la santidad, en donde hemos perdido, en pensar en nuestros sueños, una parte del tiempo, empleando el resto en comer, beber, hablar, dormir, y gozar de la vida con toda libertad, en medio de las comodidades de la vida moderna. Consideremos la recompensa que nos está prometida, lo que David llama nuestra *retribución*, y veamos si esa consideración no será capaz de contener nuestras faltas perpetuas en la observancia de los diez mandamientos, y de nuestros deberes para con el prójimo. Dejando los misterios á un lado, ¿cuál debe ser nuestro género de vida en el cielo?.....

Desde luego es una vida en que el pecado ya no es posible. ¿Quién no se siente cansado, perseguido por las ocasiones fáciles de ofender á Dios? No le amamos más que débilmente, sin duda; mas, sin embargo, eso es bastante para que sintamos una pena positiva en ofenderle. Aun en la bajeza de nuestro estado presente hay algo singularmente atractivo en la

idea de una vida de impecabilidad. Cuánto más, si amamos como los santos, y si á Dios place, sentiremos algo antes de morir. Pensad también en todas las penalidades de la vigilancia que la vida espiritual exige de nosotros; ya no se tratará de eso; ya no habrá remordimientos de conciencia. Será el gozo de nuestra vida el estar seguros de que todo lo que hagamos será una música dulce y un culto agradable á los ojos de Dios. Aun hay más; nuestra vida estará llena de adoración fácil, mucho más fácil todavía por la eterna inundación de las dulzuras espirituales. Lo que leemos de esas dulzuras en las vidas de los santos, es maravilloso, y nuestra experiencia no se acerca á ellas ni con mucho: mas á pesar de eso, hemos tenido de cuando en cuando algunos vislumbres; ¿cómo las hemos encontrado? Veamos: nos vamos á ellas por cuatro caminos. Sin exageración pienso que la vida jamás nos ha ofrecido cosa mejor: pueden haber sido raras, pasajeras y del orden menos elevado, mas á pesar de eso, nuestro gozo era inefable. Pues bien, el cielo nos establecerá para siempre en una suavidad semejante. Me equivoco: el último lugar del cielo para el último de entre nosotros, será una vida de dulzuras espirituales, muy superiores á las que los santos más favorecidos han experimentado jamás sobre la tierra. Aquí abajo, necesitamos hacer esfuerzos para orar, no es difícil tener elevado nuestro pensamiento en Dios: pero en el cielo, no se necesitan esfuerzos; gozarémos de la más deliciosa facilidad en las contemplaciones más sublimes y más extáticas, y los transportes entusiastas de los artis-

tas en el calor de la composición, no son más que una imagen mezquina de esos deliquios. Todo eso será continuo y sin fatiga, renovándose sin cesar en el gozo de una juventud inagotable, con expansiones de inteligencia y de corazón de que nuestros sueños más extraños y atrevidos no pueden concebir la magnificencia.

Pensad también en la paz del cielo. ¡La paz! Detengámonos al pronunciar esa palabra, ese panal de dulce miel. ¡La paz! ¡La paz! ¡Qué diferencia con la vida presente, la vida de la tierra! ¡Qué diferencia hasta con la actividad fatigosa de la gracia! ¡Cuánto la hemos deseado toda nuestra vida! Y ahora la desearíamos ¡ay! más que á Dios mismo. La imaginación apenas puede concebir una vida sin perturbación y desconfianza, una vida sin pasado que recordar y que echar de menos, sin presente que soportar y sin porvenir nebuloso que mirar con incertidumbre. El sueño del trabajador honrado y satisfecho, es una imagen de esa calma deliciosa. La tierra y el mar, los lagos y los bosques reposan á los rayos del Mediodía, como cansados de su adorno de la mañana: he ahí un emblema de nuestro reposo celestial. El silencio de los cielos estrellados á media noche, y el sentimiento imposible de expresar que nos inspiran, pueden ayudarnos á figurarnos esa paz profunda del bienaventurado reposo. Ninguna otra paz puede serla comparada, porque es una participación de la paz de Dios, que sobrepuja á todo entendimiento humano. ¿Nos está destinado todo eso? ¿Nos es todo eso posible? Sí; todo eso, y mucho más toda-

vía: todo eso más íntimo y más perfecto: un Océano de la paz más celestial y del gozo misterioso que nos invita á navegar en su seno en esplendores eternos..... ¡Oh! aun cuando no fuese todo, aun cuando no hubiese otra cosa más que esa paz, ¿no sería una recompensa más que suficiente para una larga vida de la penitencia más austera?

Luego, después de la resurrección, hay los placeres de los sentidos. ¿Quién puede decir los poderes de gozar que poseerán los cuerpos de los justos glorificados y resucitados á semejanza de Jesús? En este mundo, bajo el dominio de la fe, los sentidos parecen más fuertes que Dios, porque todavía no le vemos: conducen á los hombres por las cadenas de las pasiones. Los demás placeres, por más maravillosos que sean, no ejercen una tiranía semejante sobre nuestras almas; y el mundo está constantemente en la efervescencia y la embriaguez de los placeres sensuales. Y en efecto, son exquisitos. Pensad por ejemplo en los placeres de la vista contemplando las bellezas de la naturaleza, alguna escena magnífica, ó alguna maravilla del arte. Ó bien trasladaos á aquellos momentos en que el oído escucha con deleite los encantos de la música. Transcurren las horas, y se olvida que el tiempo pasa: el resto del mundo desaparece, y el alma se suspende por encima de sus abismos de armonía, y parece querer desprenderse del cuerpo para perderse para siempre en sus ondulaciones; ó bien, pensad en esa distracción apacible y deliciosa, que el olor de las flores y de los aromas nos hace experimentar, cuando deslizándose des-

apercibida, expele los disgustos, refresca el alma abatida y nos infunde una nueva vida, un encanto de dulzura y de amor. Todo eso se volverá á encontrar en el cielo, y se encontrará sin interrupción, en grados que exceden infinitamente todo cuanto es posible sobre la tierra. Todo eso es muy poco comparado con la suma de goce del cuerpo glorificado: innumerables manantiales de nuevos placeres de que no tenemos idea se abrirán, excediendo todos á los gozos de la tierra, dignos todos de los éxtasis del cielo y de la magnificencia de Dios (1). No sólo podremos entregarnos á ellos con el abandono sin reserva de la inocencia, sino que iremos mucho más lejos, porque todo en ellos será un nuevo ejercicio de la santidad más sublime. ¿Quién ha soñado jamás cosa semejante?

Pero el más dulce de los gozos terrestres es el amor, y la vida del cielo es una vida de amor. El amor, más que todas las demás pasiones humanas, contrapesa los sentidos del mundo: según la historia ha sido el más grande motor sobre la tierra: y verdaderamente ¿de dónde viene la viveza y el colorido de la vida, aun acá abajo, sino es del amor? ¿Qué seríamos nosotros en este momento si no tuviésemos á nadie que amar? ¡Cuán sombrío nos llegaría á ser todo hasta el momento en que nuestros ojos podrán soportar la luz de Dios! No tener que amar á Dios.....

(1) Hay emociones tan delicadas y objetos tan encantadores, que sólo podrían expresarse con colores ó con sonidos.—Joubert, *Pensamientos*, II-2.



eso es el infierno. Pues bien, el amor de todos los amantes más apasionados en la tierra, reunido en uno solo, no puede igualar al amor más tranquilo de la última de las almas en el cielo. La eternidad nos dará nuevas facultades de amar, y será con un amor sin nombre sobre la tierra, y de que nuestras diversas clases de amor paternal, filial, conyugal ó fraternal, no representan más que débiles fracciones, elementos diseminados. El gozo de ese inmenso amor es inconcebible: los objetos serán mil veces centuplicados, y eso, sin que la multiplicidad de objetos haga otra cosa que avivar la intensidad. Y considerad que todo ese Océano de afecto adquirirá constantemente nueva expansión en una corriente inmortal de amor puro y sin mancha, inmensamente feliz en su indecible santidad.

Si nos viésemos en la necesidad de decir qué es lo que produce más felicidad, el amar ó el ser amado, nos costaría mucho trabajo el contestar. Todos tenémos sed de amor: toda nuestra naturaleza se desenvuelve bajo su influencia: cambia nuestro carácter, transforma en felicidad la más profunda miseria, y la cobardía en heroismo. Nuestra capacidad de recibir amor y de gozar de él, parece ilimitada, aun desde acá abajo, aunque nuestras almas se hallen tan poco desarrolladas, nuestros corazones tan superficiales, y nuestras vidas tan estrechas en comparación de lo que serán un día. Seguramente, en el cielo, nuestras potencias no nos faltarán, cuando encontremos Océanos de amor, en donde todos nuestros deseos serán satisfechos. Cada uno de los bienaventurados nos

amará con un poder muy superior á todo amor terrestre, y los bienaventurados son innumerables. Las naturalezas angélicas derramarán también sobre nosotros los torrentes inflamados de ese inmenso amor, que no podemos definir de otro modo, sino que es más profundo, más poderoso y más encantador que el amor de los hombres; y las legiones de esos ángeles son innumerables, y la Madre de Dios..... ¿quién puede pensar en la felicidad del amor sin mancha que nos prodigará? Jamás una madre terrestre, en la pasión de una ternura sin límites por su hijo único, ha prodigado á aquel objeto exclusivo de su cariño un amor como el que la Madre de Jesús mostrará á cada uno de los hombres redimidos. ¿Me atreveré á hablar de la adorable humanidad de Jesús, y á decir cómo tendremos parte en ese amor de que en otro tiempo gozaba San Pedro á orillas del lago de Genesareth, y San Juan cuando podía contar los latidos del sagrado corazón? No tenemos medidas para semejante felicidad. Y todavía eso, puesto en conjunto, ángeles, santos, corazón de María, corazón humano de Jesús, todo eso es separado por otro amor que nos espera. Pequeños, finitos, y todavía débiles á pesar de nuestra naturaleza glorificada, veremos, sin embargo, correr en nosotros, de cada una de las perfecciones del Todopoderoso, de cada uno de los abismos del Dios de santidad y de júbilo, torrentes inagotables del amor más embriagante, y estaremos allí anhelantes bajo el poder de esa inmensa vida, respirando apenas, y suspendidas todas las facultades de nuestra alma al sentirnos transportados á las regiones inimaginables de

luz, sumidos en éxtasis de beatitud, que no tienen nada semejante sino la beatitud del Dios mismo, eternamente absorbido en el eterno amor.

El contento del cielo en su imperturbable perfección, es otro rasgo de esa vida. Todos los gozos, tomados aparte ó en masa, exceden á toda esperanza en la satisfacción que proporcionan. Que nuestra naturaleza se engrandezca ó fortalezca todo cuanto pueda, cada uno de los gozos la llenan completamente; y sin embargo, no hay allí saciedad: es una hambre deliciosa que nos domina y que nos hace desear, desear y más desear; pero es solamente lo que hay gozoso, nuevo y vital en el hombre, sin nada que recuerde la falta de lo necesario. Cada gozo parece á cada momento exceder á todo gozo; pero el momento que sigue vuelve á traer otro exceso que sobrepuja todavía á todo gozo. Para que la inmortalidad misma pueda soportar semejantes emociones, se necesita nada menos que un milagro eterno. ¡La eternidad!..... ¿Es eso un nombre? ¿Es una armonía? Ese es el último rasgo de esa vida bienaventurada. El pensamiento no se la representa más que como un sueño, aunque sea la más atenta. Es una felicidad que no tiene fin, porque sale de la felicidad de el que no tiene principio. Es una gloria que se desborda sin cesar de estar igual: inmutable sin monotonía, recreante sin salir de su calma inmortal, infinitamente variada sin perder nada de la sencillez: ¡éxtasis increíble que se vuelve á encontrar siempre y por siempre en su primer asombro!.....

¡Qué vida!..... Pero ¿es ese el cielo? Sí y no. Al

menos en la parte pobre, la parte de los accesorios. Es el cielo sin el cielo, el cielo sin su grande júbilo real: el cielo sin la beatífica visión de nuestro gran Dios. No he insistido en las beatitudes del espíritu, porque la visión se hubiera presentado por todas partes. Y á pesar de eso, ¡qué vida la ofrecida á nuestros espíritus aun en esa corteza inferior y obscura del cielo! Si la meditamos hasta hacérnosla familiar, ¿no bastaría para atraernos maravillosamente á Dios y para exorcizar á más de un espíritu de mundanidad que ahora se recrea tranquilamente con las mentiras de nuestra vida espiritual? Y sobre todo, ¿no imprimiría en nuestra alma un horror más profundo al pecado, un espíritu de penitencia interior más verdadero, un pesar más constante de las deplorables flaquezas del pasado? Porque ¿quiénes son los que han logrado llegar á ese puerto de la celeste paz? Son aquellos y solamente aquellos que sobre la tierra han abrazado la cruz y la han llevado cada día, y que de ese modo y siempre así han seguido al Cristo.

Ahora volvamos nuestras miradas al infierno. Es una cosa espantosa el tener que pensar que el poder, la sabiduría y la justicia de Dios se reunen para producir ese mundo de castigo, esa parte aterradora de la creación, cuyas maravillas y desolaciones misteriosas exceden nuestra inteligencia tanto como los gozos y los esplendores del cielo. Sin embargo, correremos un velo sobre el mal por excelencia, la pérdida de Dios, como también sobre los horribles tormentos físicos. Aparte de esos dos puntos, ¿qué será la vida en el infierno después de la resurrección?

Será una vida cuyos actos todos envolverán la más detestable maldad. Entonces comprenderemos mejor el pecado y nos encontraremos más en estado de medir las profundidades de su malicia; y á pesar de eso, cada uno de nuestros pensamientos, cada una de nuestras palabras, cada una de nuestras acciones será como una renovación del pecado en medio de bochornos y de terrores insoportables. Hasta los pecados de los otros serán para nosotros torturas. Si despertásemos á media noche sujetados por brazos vigorosos, y á través de la obscuridad viésemos degollar delante de nosotros á la persona que nos era más querida, ¿cuál sería nuestra desesperación en aquel momento? Sería para volverse loco. El grito de agonía, los ojos desencajados que nos buscan, la palidez de la víctima, los gestos feroces de los asesinos, por todas partes el brillo sombrío de la sangre, todo ese espectáculo nos perseguiría el resto de nuestra vida. Con todo, yo supongo que el espectáculo de la monstruosa maldad del infierno debe ser incomparablemente más horrible; y en ese elemento tendremos que vivir como podamos durante la eternidad, perdidos en un océano de vergüenza, de miseria y de desesperación.

Es una vida (permitidme que hable sin distinción de futuro ó de presente), es una vida en que todos los padecimientos corporales, todas las agonías se concentran en el más alto grado. Ved las innumerables enfermedades á que el hombre está sujeto: algunas causan la muerte en pocos momentos por exceso de dolor. Cada miembro, cada nervio formado para la

vida tiene su grupo de tormentos aparte. Pensad solamente en lo que la cabeza, los oídos, los ojos y los dientes y muelas pueden sufrir: luego la variedad de llagas que pueden estremecer la carne palpitante, hacer crujir los huesos sobre el campo de batalla ó en las operaciones quirúrgicas. Considerad también la crueldad refinada de las torturas de la Edad Media y esas invenciones inhumanas de que el Código penal de Inglaterra y de Escocia no ha sido purgado hasta nuestros tiempos modernos. Tomad todo eso en su paróxismo, en un punto que excede á toda ponderación. Tal es la vida del infierno, ó más bien no es eso: es el exceso de nuevas torturas nunca oídas en la tierra, soportadas por una carne que ya no tiene ni aun el miserable consuelo de poder caer y morir.

Eso es terrible; pero á ello hay que añadir las agonías mentales. Envidia, rabia, despecho, desesperación, tristeza, impaciencia, irritación, fastidio, disgusto, opresión, pesar, abatimiento, furor, amargura, todo se encuentra allí, en su género, con la mayor intensidad. Suponed ahora un violento acceso de dolor con todo lo que en él puede haber de desgarrador para la sensibilidad y de abrumador para el alma en un largo día de cruel opresión. Pues bien, sin descanso, sin alivio, sin la triste variedad del padecimiento, la eternidad, toda en un pedazo, se deja caer con el peso de todas esas penas que acabamos de enumerar. La multiplicidad de miserias no distrae, aunque cada una sea peor que todo lo que puede experimentarse sobre la tierra, en donde jamás el dolor mental es bastante grande ni bastante intenso para agotar las fuerzas

del alma. La vida del infierno nos descubrirá novedades increíbles de desgracia: nuestros espíritus inmortales se abrirán en toda su grandeza á la miseria y el dolor, y encontrarán en sí mismos nuevos recursos para descubrir mundos de dolor intenso y de angustia intolerable. ¿Podremos sufrir todo eso? Será preciso, porque allí estaremos sin recurso y sin consuelo para siempre: y nuestras almas no tendrán ya entonces el triste y último consuelo de la locura.

La vida del infierno es también una vida totalmente desprovista de simpatía y de amor. Se dice bien pronto; pero no es fácil llegar al fondo de esa idea. El espíritu se pierde al intentar atravesar ese interminable desierto de la eternidad, en donde no brota nada que se parezca á las flores del amor. Ya no hay voz que nos hable con dulzura! ¡Ya no hay mirada tierna! Hasta los bienaventurados del cielo, los que nos han amado tanto sobre la tierra, no sentirán ya palpitar sus corazones por nosotros, aun al ver que se cumple en nosotros, miserables pecadores, la justicia de Dios. ¿Quién puede vivir sin amor? Lo ignoro. No sé cómo eso sea posible. Pero lo que sí sé es que será preciso vivir de esa manera en el infierno. Y aun mucho más que todo eso, el odio nos envolverá por todas partes. Cada alma perdida, cada demonio nos aborrecerá, y nos aborrecerá personalmente, con concentración de rabia. Hay algo de insoportable, algo de delirante en el pensamiento de ser aborrecido. Sucede rara vez que lo seamos por todos: pero si ocurre que seamos injustamente aborrecidos por alguien, aunque fuese uno solo, y aun cuando estuviésemos rodeados de amor,

¿cómo recurriremos á Dios? ¿Cómo nos adheriremos á él para que nos indemnice de lo que padecemos, y patrocine nuestra causa, como un padre justo contra un hermano indigno? Pero en el infierno estaremos inundados de desprecio, de rabia y de rencor, y tan pronto nos abismaremos en nuestra ignominia y en el sentimiento que nuestra enemistad confirmada contra Dios ha merecido, tan pronto en la impotencia de nuestro furor nos esforzaremos locamente en devolver desprecio por desprecio, rabia por rabia, rencor por rencor..... Una vida de odio universal, sumiéndose cada vez más en la vergüenza, con gritos de rabia que no provienen de locura, sino del sentimiento espantoso de una concentración de miseria..... Tal es la vida del infierno, la vida que es la consecuencia de una estimación demasiado grande del amor de la tierra.

La vida del infierno es también una vida de terror. El terror puede ser colocado en el número de las torturas más crueles á que está sujeta la naturaleza humana. Hace traición á la razón, sin llevar consigo los olvidos de la locura. Entre estas tres cosas, la aproximación visible de un gran mal, ó el tormento de un mal incierto, ó el espanto de un mal presente, es difícil decidir cuál es la más insoportable. Ordinariamente, el terror no se experimenta más que por ocasión y como de paso: y en verdad que la vida sería apenas soportable si fuese de otro modo. Pero cuando llega, ¿su visita no es como una fecha impresa con un hierro candente en nuestra memoria?

Pues toda la vida en el infierno es una vida de

temores desconocidos sobre la tierra, una mezcla de todos los terrores criminales, excitados en el más alto grado, por todos los nuevos y espantosos objetos que puede suministrar un objeto de horror como aquél. Nuestra naturaleza entera reavivada en su inmortalidad, estará saturada de terror, sus pulsaciones serán los sobresaltos y los temblores de un horror siempre nuevo en su permanencia, siempre desacostumbrado en su extraño crecimiento de la eternidad. No podemos pintar de otro modo esos sentimientos, sino comparándolos á la angustia del que sofoca un grito de horror, por temor de ser descubierto, ó á la de un agonizante que viese acumularse sobre él los terrores de la muerte, sin llegar nunca al desenlace. Una de las particularidades del infierno nos hará ese sentimiento más vivo. Estaremos entre las manos de los demonios, que harán de nosotros lo que quieran; su oficio es el consternarnos, el atormentarnos con todas las crueldades de la venganza y toda la habilidad de un genio infinitamente superior. ¡Qué criaturas tan poderosas! Y sin embargo, su grandeza, sus furores, sus fuegos devoradores, no pueden destruir la miserable vida de sus víctimas. Ser atropellados por una manada de caballos salvajes, pasar la noche con los pies atados en la morada de un asesino enfurecido, ó en la jaula de enajenados que han roto sus cadenas, ¿qué es todo eso comparado con los terrores sin nombre, ante los cuales ni se puede huir, ni ocultarse, ni morir?.....

Es además una vida en la que no hay ni pausa, ni diminución, ni vicisitudes. Jamás ángel alguno di-

rige su vuelo hacia ese lado con un mensaje de consuelo. Toda la elocuencia del infierno reunida no obtendrá nunca una gota de agua de las fuentes de la tierra, ni aun para refrescar el tiempo de un relámpago. Nada de intercesión, ni de intermisión. Nuestra naturaleza se ha multiplicado para soportar simultáneamente las agonías que la devoran; ha llegado á ser más dura que el diamante para resistir las torturas monstruosas de sus verdugos. A esa permanencia de tormentos es preciso añadir sus especies de angustias: primera, la impotencia: no podemos obrar ni movernos; estamos como clavados en nuestro sitio; ni aun podemos recorrer las negras regiones que nos rodean, ni aun distraernos en buscer una sombra de ocupación; estamos sin recurso alguno, en una parálisis que nos deja todo conocimiento. No hay que agitarse ni volverse de uno á otro lado. Miremos bien el sitio donde nos hallamos prisioneros, jamás nos moveremos de él, jamás, jamás..... Es el tormento de la inmovilidad, de la impotencia. Esa cruel idea es bastante para hacernos perder la razón. Pero á esa impotencia debemos añadir la falta absoluta de reposo, la agitación, el estado convulsivo y espasmódico de todos los miembros, el estremecimiento del corazón como bajo el acerado pico del buitre, el hervidero del alma que hace experimentar sus punzantes torturas á todos los sentidos. A cada momento, esa alma, que es inmortal, se halla en su cuerpo indestructible, y parecerá no poder resistir esa agonía de agitaciones mentales y nerviosas; mas, sin embargo, tendrá que soportarla todavía, que soportarla siem-

pre, que soportarla sin que llegue á ser más soportable. ¡Oh tumulto!..... ¡Oh trastorno!..... ¿Quién podrá sufrir esa noche de eterno desvelo? Sin embargo, una tercera agonía viene á agregarse á las otras dos, como producto de la impotencia y de la agitación; y es la miseria de una impaciencia desesperada, de una impaciencia que no puede ser más que un espíritu de blasfemia, un espantoso horror á Dios, que el réprobo se ve obligado á detestar, en el momento mismo que el delirio le consume. No podemos formarnos idea de lo que es estar sin esperanza. Imposible es figurarse la obscuridad de una alma para la que no hay más perspectiva, más porvenir, que la eternidad del intolerable presente. Ocurre á veces en la vida que el dolor supera á nuestras fuerzas, y esos momentos van acompañados de un grito particular. Ese grito se oye en el campo de batalla, cuando el diafragma es atravesado de parte á parte, como también en ciertos casos de apoplegía fulminante. Pues bien, ese grito, la expresión más dolorosa de nuestrra naturaleza corporal, es la sombra del grito eterno de una alma, en toda la realidad y la profundidad de su miseria.

Y sin embargo, ése es el lado menos sombrío del infierno. ¡Cuánta amargura encierran estas pocas palabras. A pesar de eso, no es la amargura las que las pone en mis labios, es más bien el terror que me penetra y me hiela en este momento. Hemos considerado el infierno, pero solamente el infierno sin el infierno, sin la desgracia de las desgracias, la pérdida de Dios. Es el infierno, dejando á un lado el fuego, el azufre, las tinieblas, los ruidos discordantes, los llantos, los

sollozos y el crujir de dientes. No hemos presentado más que accesorios, en que es menos necesario pensar, las miserias menos absolutamente insoportables. ¿Podríamos meditar todo eso con persistencia y permanecer como somos? ¿Tenemos alguna seguridad de que no sea ese nuestro destino? Y en vista de una simple posibilidad de esa especie, ¿puede decirse que haya en la vida otra cosa más importante? ¿Puede ostentar nuestra vida la huella de esfuerzos serios que hayamos hecho para evitar ese mal supremo? ¿Cómo nos encontramos en punto á arrepentimiento interior? ¿Qué son nuestras mortificaciones, nuestras lágrimas, nuestras limosnas? ¿Qué hacemos del mundo, qué de nuestros pecados pasados bajo el punto de vista de la penitencia? ¿Cuál es nuestra conducta con respecto á nuestras tentaciones y ocasiones de pecado en la presente? ¿Nos molestamos en adoptar resoluciones para el porvenir? Aun suponiendo que todo eso marche bien, no es claro para ninguno de nosotros el que escapemos de ese infierno que queda para nosotros hasta el fin. Los santos nos dicen que los que se creen más seguros de no ir allí suelen ser los que más se equivocan. ¿Tenemos alguna adhesión al pecado, aunque no sea más que venial? ¿Marchamos con Dios? ¿No procuramos eludir lo que nos molesta en el deber? Por esas debilidades el infierno comienza á sentar su planta en nuestras almas. ¿Quiénes son los que de entre los muertos han evitado ese abismo? Aquellos, y solamente aquellos que sobre la tierra han abrazado la cruz, la han llevado cada día, y que así, y siempre así, han seguido al Cristo.

Ahora, almas queridas, redimidas por la sangre, ¿qué os parece la espiritualidad moderna, mirada á la dulce luz del cielo y á los sombríos resplandores del infierno? No os he presentado más que pálidas sombras de sus menores realidades, porque me parecía que era lo único que podíais soportar; mas espero que esas débiles sombras os sostendrán lo suficiente para que podáis volver á encontrar el cielo y el infierno del antiguo estilo, para devolverles su lugar en vuestra vida espiritual. Con esas luces, tales como son, ¿qué juicio formaremos de la espiritualidad del día? Pasemos por última vez revista á esa amalgama, en que el teatro, la ópera, los bailes, las fiestas y los gastos extravagantes se encuentran confundidos con los ejercicios de iglesia, las visitas á los hospitales, las confesiones, las comuniones, las penitencias y los convites de buenas obras; luego á esa negligencia de nuestros deberes de estado para con nuestros padres, nuestros hijos y nuestros criados, para correr á una ceremonia de puro capricho, ó á una devoción que no es indispensable; luego ese barullo de vida purgativa, iluminativa y unitiva á un mismo tiempo; luego esa doctrina elástica en materia de vocación, ese olvido de las antiguas ideas sobre ciertos pecados capitales, como la envidia y la pereza; esa falsa delicadeza que suministra un secreto alimento á la impureza; ese eterno murmurar de la dirección y de los sermones; esa impaciencia de toda meditación que es algo costosa; esa sed de libertad de espíritu y de imitación de los santos mal entendida; esa pasión por los consejos, en detrimento de lo observancia interior

de los mandamientos; esa necesidad desordenada de paz interior á toda costa.... ¿qué juicio formaremos acerca de todo eso? No tenéis más que meditar sobre el cielo y el infierno, y entonces juzgaréis con conocimiento de causa. No os pido que lo hagáis solamente por ser más felices; conseguiréis, en efecto, ese objeto, llegando á ser más santos; os lo pido, porque esa meditación os conduzca dulcemente y sin violencia, pero con seguridad, á hacer una penitencia más enérgica de vuestros pecados, y á arrepentiros de una manera más interior. Ese arrepentimiento verdaderamente interior, es la grande necesidad del día. Yo estaré más satisfecho de vuestra espiritualidad cuando podáis decir con David en una sencillez perfecta: «He inclinado mi corazón á la observancia de vuestros mandamientos, ¡oh Señor! con la esperanza de vuestra recompensa.....» (1)

(1) Salmo CXVIII, v. 112.

TODOS LOS HOMBRES

TIENEN UNA VOCACIÓN ESPECIAL.

Hay pensamientos que siempre son de moda, aun cuando cuenten bastante antigüedad, ya porque no es posible comprender toda su importancia y alcance en una sola época, ya porque son bastante prácticos para que su interés sea siempre nuevo. Esas especies de pensamientos son en su mayor parte muy comunes; son tan ámplios y tan elevados que son evidentes para todas las capacidades como las altas montañas, que son visibles para todos los de las llanuras colindantes, sin que para ello sea preciso tener un grado de vista extraordinario. En el número de esos pensamientos podemos colocar ese axioma familiar hasta para los niños, que Dios ama á cada uno de nosotros con un amor especial. Es uno de los pensamientos más comunes en la religión, y sin embargo, es tan asombroso, que cuando llegamos á considerarle atentamente, casi nos inclinamos á no creer en él. No: Dios no nos mira solamente en masa y por multitudes. Del mismo modo que estaremos solos y

aislados ante su tribunal, así estamos y hemos estado siempre solos, y cada uno aparte, ante su amor sin límites. Eso es lo que cada hombre debe creer de sí mismo. Desde toda eternidad Dios ha determinado crearme á mí, y no sencillamente un hombre más, un hijo para mi padre y para mi madre, un nuevo habitante para mi patria, una alma de refuerzo para ayudar á la obra del siglo XIX, sino que ha resuelto crearme á mí, tal como soy, el yo, por el cual soy yo mismo, el yo por el cual me conocen los demás, el yo, diferente de cuantos han sido criados hasta aquí ó que sea criado en lo sucesivo. Por esa creación me escoge con preferencia á un sinnúmero de criaturas que deja en la nada. Ellas hubieran podido adorar á Dios mil veces mejor que yo lo haré jamás; podían ser de una naturaleza más sublime, más santa, más interesante. Pero hubo en mí algo que no tiene nombre y que él ha preferido, una especialidad que ha fijado su amor. Era yo con mi individualidad, mis particularidades de materia y de forma, y la manera de ser y obrar de mi alma, propia de mí solo; eso es lo que en la calma de su propia predestinación le ha impulsado á crearme. No creería que Dios es Dios si no creyese eso. Tal es la profesión que cada uno de nosotros debería hacer en su corazón, y yo no me explico cómo se puede soportar la vida sin profesar esa fe en el amor especial del Criador.

Además, podemos asegurar que esa atención especial no cesa jamás. Mi preservación es en verdad una nueva creación continua. Bajo ciertos aspectos, es más maravillosa y más especial que la primera.

Sin cesar mueren otros hombres, y yo estoy marcado para la conservación. La mitad del género humano muere antes de llegar á la adolescencia, y yo he sido elegido para la madurez. No debo concluir de eso que á los ojos de Dios tengo mi puesto particular en las proporciones de su vasto universo. Evidentemente pertenezco á un plan, tengo que ocupar un puesto, una obra que desempeñar, una obra y un puesto especiales; y es á mí, á mi especialidad individual, á quien están reservadas esa obra y ese puesto. Esa vista es sencilla, más no por eso es menos terrible. Es para abrumarnos el considerar que Dios se nos ha mostrado tan de cerca. Por otra parte, mirando mi vida pasada y examinándola con relación á mi vida presente, veo que aun habiendo tenido la más perfecta libertad, he tenido realmente muy poca parte en los hechos que han traído mi posición actual. Ha sido formada en lo alto, ha sido en cierto modo construída en rededor mío, con tanta suavidad como fuerza; pero yo he tenido muy poca influencia práctica en mi destino. He ahí un lado de la cuestión; pero hay todavía otro. Si debo ocupar un sitio especial en el plan de Dios y hacer para él una obra especial, de tal manera que ningún otro puesto me conviene y ninguna otra obra es la mía, entonces estoy investido de un poder asombroso para mí mismo, porque no sólo es posible, sino hasta cierto, que sus consecuencias serán eternas. Por de pronto, héme aquí en frente de los deberes más graves y más terribles. El deber es, en un sentido, sinónimo de la vida: es la fisonomía indispensable de mi

existencia como criatura. Constantemente estoy en movimiento y en acción; pero si, como acontece, mi movimiento es todo impulso y mi acción todo negligencia, ¿cómo conservar ese puesto? ¿Cómo cumplir esa obra de mi destino? Bajo ese punto de vista, la vida parece en efecto seria. Seguramente es preciso que tengamos una confianza inmensa en Dios, sin la que en nuestro terror no nos quedaría ya más recurso que sepultar en la tierra nuestro talento.

¿Qué podía, pues, haber en nosotros para ser desde luego objeto del amor de Dios cuando nos escogió para su criatura? Imposible es expresarlo. Ese conjunto es el que nos hace lo que somos y nos distingue de toda otra persona creada ó posible. Esa particularidad fue precisamente lo que Dios amó con tanta ternura é intensidad. En ese pensamiento hay más dulzura de la que podemos soportar. Con gusto se retendría el aliento y se buscarían con la mano las pulsaciones del corazón, para asegurarse de que todavía se vive: se llora de júbilo y no se sabe qué hacer de sí mismo, al pensar que se encuentra tan deliciosamente retenido en las redes del divino amor. Después se adquiere familiaridad con esa parcialidad del amor de Dios, y cada vez es mayor la estupefacción. Se ve uno obligado á hacer actos de fe en Dios y actos de fe en sus diferentes perfecciones: pero el acto más grande de fe, es el que concierne á esa especialidad de su amor para con nosotros..... para conmigo, tal como soy, tal como me conozco y tal como me conoce él mismo. Con ese pensamiento las sombras del deber se extienden más y más por enci-

ma y en rededor de mi ser, como un vasto santuario. Pero esas sombras no son obscuras; inspiran pero no desalientan; moderan sin paralizar. Veo claramente que mi amor á Dios debe ser tan especial como el amor que él me profesa. Debo amarle en el puesto especial que yo ocupo; amarle por la obra especial que tengo que hacer; ¿y cuál es ese puesto y cuál es esa obra? ¿No es ésa precisamente la cuestión de las cuestiones?

Cualquier cosa que Dios haga, nos da lecciones; cada una de sus obras tiene muchas significaciones, y todas las interpretaciones posibles son verdaderas en cuanto son dignas de su Majestad. Desde el principio, la especialidad del amor de Dios por nosotros nos da algunas enseñanzas, que debemos al menos enumerar antes de pasar más lejos. La primera es, que no hay servicio de Dios sin el amor. Nuestro amor debe ser sin esperanza de amar jamás como debemos. Debemos amar á Dios con un amor vehemente, que sepa es verdad; calcular las gracias, pero no las dificultades. Debemos amarle con un amor vivo, semejante al árbol que cada vez extiende más profundamente sus raíces á medida que se eleva hacia el azul del cielo. El amor que Dios nos tiene es tan asombrosamente grande, tan asombrosamente especial, que debemos devolverle un amor noble y glorioso, que sea verdaderamente digno del nombre de amor. Pero esa especialidad de su caridad nos enseña también el temor; nuestro amor no valdrá por eso menos; todo lo contrario. En el fondo, es una cosa espantosa el tener que hacer con Dios: es

espantoso el pensar cuánto espera de nosotros y cuánto derecho le asiste para esperar; es espantoso el pensar en el océano de gracias que nos rodea, si hemos de juzgar de ellas por las extrañas parcialidades del eterno amor; es espantoso pensar cuán fácil es deslizarnos de nuestro sitio y el dejar de cumplir nuestra obra; y entonces, ¿dónde caemos? Verdaderamente, cuando pensamos en la inmensidad del amor divino por nosotros, parece que hay una feliz dificultad para podernos extraviar y alejar de Dios por toda una eternidad; mas cuando pensamos en la especialidad de ese amor, ese peligro nos parece muy fácil y casi inevitable. Esa especialidad que hace su amor tan dulce, es precisamente lo que hace nuestra responsabilidad tan terrible. Hasta el amor humano se halla mezclado de temor y eso en proporción de su intensidad. Y según esa medida, ¿qué diremos del divino amor? Diremos por lo menos que el que más teme es el que ama más.

Agreguemos á eso que la parcialidad del amor de Dios impone la necesidad de una santa beatitud en nuestras relaciones con él. Esa lentitud no debe ser la del servidor de mala voluntad que cede al temor, sino la de una generosidad pronta y activa, pero de todos modos es preciso alguna calma, porque la precipitación no es conveniente en las cosas divinas. Debemos sin duda correr por el camino de los mandamientos de Dios, pero debe ser con prudencia y circunspección. El que se halla junto á una máquina complicada hace muy bien en vigilar todos sus movimientos, sobre todo si el mecanismo es también rá-

pido y tan poderoso como ingenioso. Sin la lentitud experimentaremos pérdidas considerables. Perderemos la vista de Dios, perderemos lo que querría hacernos oir; no haremos bien nuestra obra y dejaremos el puesto en que hemos trabajado sucio y en desorden. No podemos ser respetuosos si no somos lentos. Es imposible hablar para pronunciar, aunque no sea más que un acto de amor, si nos encontramos jadeantes y sin aliento á fuerza de precipitación. Tenemos que hacer con un Dios que repasó tranquilamente durante cuatro mil años, mientras que el mundo se perdía por falta de Jesús.

Lo que es particular y especial requiere exactitud, y toda exactitud exige tiempo. Así en la vida espiritual debemos dejar á Dios la prontitud y aceptar para nosotros la lentitud. Además, la especialidad del amor de Dios nos enseña que debemos concentrarnos y encerrarnos resueltamente en el sitio y en la obra que ese amor nos ha designado. En el servicio de Dios las generalidades no son buenas para nada; son universalmente ineficaces. Debemos llegar á las particularidades, adheridos á ellas y encontrar allí nuestro reposo. Pero es de la mayor consecuencia para nosotros el que no nos equivoquemos en la elección de las particularidades que nos convienen, ó de otro modo, es tan importante en la vida espiritual el saber lo que es preciso dejar, como el saber lo que es necesario emprender. La irresolución ha arruinado tantos buenos principios como la resistencia ó la negligencia. Haremos, pues, muy bien en pensarlo despacio.



Ya hemos visto la parcialidad del amor de Dios por nosotros y las lecciones que nos da: ahora consideremos la vida espiritual á la luz de esa única verdad que lo abraza todo. Nuestra idea sobre ese asunto es ordinariamente ésta: hay una multitud de gentes que con el auxilio de los Sacramentos se mantienen á flote, evitan el pecado mortal y salvan su alma por la maravillosa compasión de Dios. En realidad, la frecuencia de los Sacramentos, con todo cuanto supone, es por sí misma una vida espiritual, porque es una vida de gracia y no una vida de naturaleza: de otro modo no podría ir á parar á la salvación. Pero generalmente empleamos la palabra vida espiritual en un sentido más restringido; queremos expresar por ella una tendencia á la devoción, á la práctica de los consejos evangélicos ó á la perfecta observancia interior de los mandamientos. Entre las personas que tienen esa tendencia no hay más que un pequeño número en las que reconozcamos lo que llamamos vocación. Dividimos las vocaciones en tres clases: vocación al estado eclesiástico, vocación á la vida religiosa, y en fin, una vocación para una profesión muy especial de vida contemplativa ó para las obras de caridad en el mundo; y esta última, sobre todo, la consideramos sumamente rara. El resto, es decir, la gran multitud de las personas espirituales, no tienen vocación: quedan simplemente en el mundo para santificarse en su posición y por la obra que les es propia. Ciertamente esa división está fundada sobre una verdad, aunque la expresa muy mal, y nos induce á error. La verdad, la única que se halla de

acuerdo con la idea del amor especial de Dios por nosotros, es que cada hombre tiene una vocación distinta, una vocación personal que puede asemejarse á las de los demás, pero que nunca es precisamente la misma. Para mayor comodidad podemos clasificar los hombres en la vida espiritual según sus devociones, su posición exterior y su obra especial. Pero esas divisiones no lo contienen todo. No hay dos personas entre nosotros que sean entera y perfectamente semejantes. Dios ha visto una especialidad entre nosotros desde toda eternidad; amó esa especialidad, y ella es la que decide nuestro sitio y nuestra obra en su creación.

Cada uno de nosotros tiene su vocación; no hay hombre ni mujer que tenga un doble empleo sobre la tierra; jamás ha habido dos vocaciones precisamente idénticas desde el principio del mundo, ni se encontrarán hasta el día del juicio. Poco importa nuestra posición en la vida, poco importa que nuestros deberes puedan parecer ordinarios, poco importa el aspecto vulgar de una existencia común; en cada uno de nosotros, secretamente, tiene esa grande vocación. Somos, en un sentido en que el amor puede autorizar la inexactitud, necesarios á Dios: nos necesita para la prosecución de sus planes, y nadie puede reemplazarnos completamente; en eso está nuestra dignidad, pero también nuestro deber; y la fuente profunda de nuestro amor llega á ser igualmente el manantial profundo de nuestro temor. Nuestra vocación es tan real, tan distinta, como la vocación de una carmelita ó de una ursulina, de un

franciscano ó de un oratoriano: es menos visible, menos fácil de describir; tiene más incertidumbre y es mucho más difícil de conocer, pero también se encuentra en ella vocación regular y completa. Esto admitido, es preciso admitir que toda la vida espiritual marcha á la ventura si no está basada sobre el conocimiento de esa vocación ó sobre los esfuerzos que hay que hacer para descubrirla. Sea cual fuere esa vocación, es la voluntad de Dios sobre nosotros; puede querer que no nos sea plenamente conocida, pero quiere que procuremos descubrirla. La santidad consiste simplemente en dos cosas, que ambas son un esfuerzo: el esfuerzo para conocer la voluntad de Dios y el esfuerzo para cumplirla, una vez conocida.

¿Nos hemos detenido jamás á considerar esa verdad seriamente y en un punto de vista práctico? ¿Se nos ha presentado siempre? No pregunto si cada uno de nosotros tiene un conocimiento explícito de esa vocación, porque en mi opinión, ese conocimiento, por más importante que sea, no lo es sin embargo sino de una manera enteramente secundaria. Lo que verdaderamente importa es un sentimiento de nuestra vocación, el sentimiento de que tenemos una particular, especial, individual, que el resto del mundo no puede suplir; es la fe de que esa vocación viene directamente del puro amor y de nuestra predestinación eterna, aunque esté á merced de nuestro libre arbitrio: es el creer que todas las gracias sin número que nos inundan vienen á causa de esa vocación, que revelada ó no, nos rodea actualmente con su presencia invisible. Sin esa ciencia no conocemos ni á Dios

ni á los demás, ni á nosotros mismos; con ella miramos al prójimo en su verdadera posición con respecto á Dios, y apreciamos justamente la posición de nosotros mismos con respecto á los otros; nos hace sentir desde luego que somos propiedad de Dios, que no nos pertenecemos á nosotros mismos, y nos hace obrar en consecuencia; hace también de Dios nuestra propiedad; no erradamente nuestro Dios en general, sino nuestro bien en particular; él es realmente nuestro, de tal manera, que no es de ningún otro por el mismo título, por el amor especial y distinto que nos profesa. No se encuentra lejos; no es simplemente una propiedad *pro in diviso* entre todas las criaturas, aunque en un sentido pueda decirse con verdad: si su brazo nos rodea, no es solamente porque nos encuentre en el haz de los seres humanos, sino que es también de una manera más íntima. Le tenemos todo entero para nosotros en secretas caricias, en abrazos privados, en privilegios exclusivos. Es el Dios de nuestras propias almas, todo sencillez, suavidad y verdad; nuestro Dios personal. Me gusta mucho la vivacidad de Santa Juana Francisca de Chantal para con aquella marisabidilla que, bajo pretexto de evitar el egoísmo y de practicar el desasimiento, decía cosas de que la bienaventurada madre no quería oir hablar, porque había sido educada en diferente escuela (1). Debemos ser de la suya y no

(1) Leemos algo semejante en la vida del padre jesuíta Fazio, autor del famoso *Tratado de la mortificación*. En su lecho de muerte, con su crucifijo en la mano: «quiero vivir, y tengo



meternos en distinciones forzadas. Ávidos de Dios, le queremos todo para nosotros, dejando á su sabiduría infinita y á su poder el cuidado de arreglarse para ser también exclusivamente el Dios de cada uno, como quiere serlo para nosotros mismos.

En ninguna parte encontramos á Dios tan infaliblemente como en la vocación especial que nos da; pero las disposiciones exteriores de la Providencia no determinan enteramente ese punto; suministran indicaciones, y nada más. Tenemos que vivir una vida interior, lo mismo que una vida exterior; la una completa la otra y la llena. Con más frecuencia, la vida interior, es la que interpreta la exterior; más rara vez ésta explica el enigma. Que todos hemos recibido de Dios una vocación especial, es seguramente una verdad tangible, pero tiene también de qué regocijarnos, y yo tendría mucho que decir, mucho que admirar sobre ese asunto, bajo cualquiera punto de vista, si no fuese necesario proseguir las explicaciones más bien que excitar vuestros sentimientos y los míos.

Pero he aquí otra verdad que se aproxima mucho á esa, y que es casi tan asombrosa. Recibimos sin cesar revelaciones de Dios; vivimos en medio de revelaciones; somos inspirados, no simplemente de cuando en cuando, sino casi siempre, y en un sentido muy verdadero y enteramente particular; ó en otros tér-

---

prisa por morir en los brazos de mi Señor»; insistiendo sobre el adjetivo posesivo *mi*, parecía saborearle como un brebaje delicioso. *Menalogis. Genn.* 10.



minos, recibimos sin cesar lo que ordinariamente se llaman inspiraciones. Apénas, y casi nunca, hay un silencio completo en nuestras almas. Dios nos habla casi incesantemente. Cuantas veces se debilitan los sonidos del mundo, ó espiran en el alma, oímos esa voz silenciosa. Eso es tan invariable, que por ello llegamos á creer que Dios murmura siempre al oído interior; sólo que no siempre le oímos, á causa del tumulto, del ruido y de la distracción de la vida que precipita su curso. Así nos dice siempre su voluntad no sólo por su Iglesia y por su palabra escrita, sino en particular. Esas inspiraciones son para nosotros especies de revelaciones privadas. Hay, sin duda, muchas cuestiones difíciles y complicadas sobre esa materia, y no es ahora tiempo de ocuparnos de ellas. Por el momento, contentémonos con observar esas revelaciones, como una de las pruebas del amor especial de Dios á cada uno de nosotros en particular; están íntimamente enlazadas con nuestra vocación especial, sea cual fuere; nos son dadas, ya para indicárnosla, ya para ayudarnos á ponerla en ejecución, conocida ó no; son, con respecto á nuestra vocación lo que el sol y la lluvia son para el desarrollo del grano y de la planta; facilitan el designio especial de Dios sobre nosotros, y sirven para desenvolverle. La santidad más elevada es aquella que se distingue por su vivacidad y su delicadeza en apoderarse de esas inspiraciones, y por su prontitud y docilidad en seguirlas.

Si hemos apreciado la importancia de nuestra vocación especial, estimaremos también esas inspira-

ciones; pero como esa vocación es en sí misma una fuente de temor saludable, nuestro santo temor se extenderá también á esas voces secretas. ¡Qué posición la de encontrarse constantemente entre Dios que nos habla y el mundo que nos ensordece!.... La delicadeza misma de las operaciones de la gracia debe hacernos temblar, porque pide una delicadeza semejante en nuestra correspondencia. Dios y el alma forman por sí mismos un mundo en sus relaciones, y á menos que no vivamos una vida interior en ese mundo secreto, inspiraciones de la gracia pasarán desapercibidas. No podemos dudar que aún pongamos en ellas la mayor atención; nuestra alma pierde constantemente ocasiones divinas que se la presentan; y si no tenemos el oído atento para escuchar las inspiraciones, no percibiremos cuando más, sino un murmullo inarticulado. Sin vida interior no tenemos ninguna probabilidad de discernirlas. Con frecuencia se necesitan otros oídos que los nuestros para oirlas, y otros espíritus para penetrarlas: esa es una de las razones de la dirección espiritual. Tenemos necesidad de que otro entre en los consejos de nuestra vida interior para proteger á Dios contra nosotros, y garantirle cuanto sea posible, del daño que el amor propio está siempre dispuesto á hacerle.

Muchas de esas inspiraciones particulares nos solicitan, nos apremian, nos asedian y reiteran sus instancias durante semanas, meses y aun años. Otras, después de haber pedido y esperado, se van para no volver sino á largos intervalos. Algunas vienen á pedir y pasan como el relámpago sin casi aguardar res-

puesta. Las hay que se explican por sí mismas, y otras que se presentan como para ver si serán acogidas. Algunas desaparecen para siempre, y otras vuelven; unas más pronto, otras más tarde; unas sólo una vez, y otras con más frecuencia. Ya veis que son sin número y muy variadas. Sin embargo, cada una de ellas es un don precioso, una operación divina, una incomprensible compasión: cada una es una revelación privada, cada una una nueva sanción del designio especial, para que el amor creador nos ha formado desde toda eternidad, cuando parecía que podía hacer mejor elección, á juicio mismo de nuestro amor propio. Es para hacer temblar el pensar en la multitud de esas inspiraciones, la mayor parte sin otra regla aparente que su divina susceptibilidad y la rapidez de su paso. Hay para desanimarse al encontrar el corazón como perdido en medio de ese mundo interior de cosas divinas y de operaciones maravillosas de santidad y de amor. En el caso de la inspiración más pasajera, nuestra santidad, y tal vez indirectamente nuestra salvación misma, pueden depender de nuestra docilidad; de todos modos, de esas inspiraciones es de donde debemos aguardar el conocimiento de nuestra vocación especial, así como la luz y la fuerza para seguirla con éxito de la manera que Dios quiere. Será una parte de nuestro asombro, cuando seamos juzgados, el ver cuán llena ha estado nuestra vida de inspiraciones y qué inmensa santidad hubiéramos podido adquirir sin dificultad comparativamente notable.

No debemos, pues, separar jamás nuestras inspi-

raciones de nuestra vocación. La reunión de esas dos cosas es lo que constituye el carácter especial del amor de Dios hacia nosotros. Ahora es preciso hablar del conocimiento de nuestra vocación secreta. Admito completamente que es para nosotros una gran ventaja el conocerla. Ese conocimiento es en realidad una de las gracias que más influencia tiene sobre nuestra vida. Sin embargo, hasta cierto punto, sólo un corto número la conoce. Entre la multitud de los que la ignoran, algunos la conocen á medias, otros tienen una sospecha de ella, y hay varios que tienen razón á medias en la idea que de ella se forman; en fin, los hay que no tienen la menor idea; y en cada una de esas diferentes clases se encuentran personas excelentes. Entre los que no la conocen los hay cuya ignorancia es falta suya, y otros cuya ignorancia viene de Dios. En este último caso debemos suponer que están retenidos en la ignorancia por su bien, por una operación de la gracia y un acto positivo del amor divino. Puede haber razones particulares que hagan esa ignorancia bienhechora. Una vocación puede ser de tal naturaleza, que sería peligroso convencerla, ó bien su conocimiento podría en gran parte contrariar el plan divino ; ó bien esa vocación puede contener demasiado padecimiento para hacer retroceder á la naturaleza. Entonces es necesario contentarse con saber que esa ignorancia es una obra del divino amor. En todo caso debemos guardarnos de dos detenciones en esa materia. La primera es una tentativa de desaliento, proveniente de que nosotros no podemos descubrir nues-

tra vocación especial y el atractivo especial del Espíritu Santo, que está indicado por nuestras inspiraciones. Debemos recordarnos que nuestra ignorancia misma puede formar parte de esa vocación, y que nuestras inspiraciones pueden á propósito evitar el llevar la luz á esa porción de la voluntad de Dios sobre nosotros. Muchas personas de santidad eminente deben vivir en sus almas sin saber de donde reciben la luz, como si estuviesen en una de esas magníficas cavernas en donde no se recibe otra luz aparente que los extraños reflejos de las estalactitas que parecen producirla. Por otra parte, nos habituamos á ver en las tinieblas, y la vista sobrenatural se hace á eso como la vista corporal. Todo desaliento está basado sobre el pensamiento de que Dios nos ama menos de lo que pensamos. Debemos creer, por el contrario, que nuestra ignorancia, si viene de él, no es una prueba de indiferencia, sino más bien de la grandeza de un amor tanto más dulce cuanto es más especial.

La segunda tentación es el pensar que Dios nos tiende lazos; y en efecto, en la vida espiritual las apariencias podrían con frecuencia inducirnos á creerlo. Un corazón desconfiado se imagina el sorprender á Dios coartando el libre arbitrio que se ha impuesto respetar. La grandeza misma de nuestra gracia hace que nos parezca embarazosa. Acontece también que nos separamos miserablemente de Dios y nos dejamos arrastrar por una corriente de voluntad propia que, sin advertirlo, nos lleva muy pronto bien lejos. Entonces Dios, en su misericordia, hace

concurrir los acontecimientos exteriores con las gracias interiores convenientes, para volvernos á llevar con una dulce violencia al punto en que nos hallábamos cuando le hemos dejado. Esa conducta es en realidad el artificio de la más ingeniosa compasión, y con frecuencia es la respuesta á alguna oración ó ruego de nuestra alma en desolación. Pero eso parece poco de acuerdo con nuestra libertad, y en esos momentos de mal humor en que todas las cosas nos parecen mal, llegamos hasta sospechar de la bondad de Dios. Su amor pierde su crédito por su condescendencia en recurrir á tiernos artificios que sólo nos aprovechan á nosotros. Digamos también que Dios queda siempre esencialmente desconocido. El que se pone en sus manos no sabe cuánto ni á qué se obliga ó compromete. Cuando seguimos nuestras inspiraciones acudimos siempre á darle más de lo que habíamos prometido.

Nuestra promesa no es una especulación civil, y la gracia de la generosidad consiste en ignorar la extensión de los sacrificios que una confianza amorosa en Dios hace inevitables. Cuando nuestros corazones están henchidos de amor, esos artificios del divino amor nos parecen encantadores. Pero en los tiempos de frialdad nos hacemos suspicaces para con Dios y nos ponemos en guardia contra él. Sin embargo, quedaríamos grandemente sorpendidos si nos pusiese ante la vista los centenares y hasta millares de protestas que le hemos hecho los años anteriores declarando que podía hacer de nosotros lo que más le pluguiese, que le dábamos espontánea-

mente todo cuanto somos y todo cuanto somos capaces de sufrir; que no deseábamos tener más voluntad que la suya, y que no le pedíamos más que una cosa: el amarle más, costase lo que costase. Ya veis que no ha hecho más que aceptar nuestras promesas, y haríamos muy mal en dar demasiada importancia á las borrascas de una estación de frialdad. Seguramente eran súplicas un poco elevadas para nosotros; sin embargo, cuando las hacíamos éramos sinceros, y si se volviese á presentar la ocasión haríamos muy bien en aventurarnos como antes. Algunas veces podrá parecernos que hemos sido sorprendidos en deslealtad, ó por lo menos que nuestra conducta es equívoca. Hemos prometido en un sentido y Dios lo ha comprendido en otro. ¡Oh tiempo de bendición!... ¡Tiempo verdaderamente importante para nosotros, cuyo recuerdo debería infundirnos valor!... Eran divinas familiaridades en que nosotros estábamos rodeados de gracias enteramente nuevas. Y ahora, por poco que quisiéramos dejarnos hacer sin batallar, el Señor nos elevará y nos acercará á él de una manera más maravillosa de lo que podríamos pensar. Además, podemos estar seguros de que un tiempo de divina ignoraucia ofrece ménos lazos que un tiempo de divina luz. Cuando media Dios podemos marchar con más seguridad en la obscuridad que en la luz, porque no caben lazos en Dios.

He ahí por qué incurro en repeticiones, cuando hablo de la necesidad de estar animados de un sentimiento filial para con Dios. Comprendo en vuestra

sonrisa, que ya sabéis lo que va á venir cuando me ocupe de ese asunto que os es tan familiar. Y es que un sermón, como una canción, puede tener su estrivillo, y media docena de ellos pueden formar un cantar. Pero realmente, toda especie de vida interior se halla fuera de cuestión, sin ese sentimiento filial para con Dios. Es preciso creer, es preciso confiar, es preciso marchar por el sendero de la fe, en vez de esperar manifestaciones por parte de Dios. Nosotros, criaturas, no nos hallamos en estado de juzgar de él por apariencias: nuestra fe es la que le comprende. Es nuestro Padre: ésa es su grande relación con nosotros. Todo acto de fe, que pareciese en contradición con esa verdad, no puede ser más que una prueba transcendental que la confirme. El problema del mundo está en el corazón de algunos hombres como un tizón que arde mal; si sus corazones estuviesen llenos del fuego del amor de Dios, ¿qué rincón podría inflamar aquel tizón? Dios es mi Padre, y él mismo no podría persuadirme lo contrario. He ahí la posición de que se apodera la fe, y la única en donde puede elevarse el edificio de la vida espiritual. Todas esas gracias tienen algún enlace con nuestra vocación especial. Cuando la ignorancia de esa vocación viene de Dios, es porque esa ignorancia forma parte del plan de gracias: pues bien, un espíritu realmente interior ve motivos de un reconocimiento especial á Dios en las gracias que no le han sido destinadas tanto como en las que ha recibido. Una gracia, tomada al azar, hubiera sido su ruina; hubiera sido una traba en él cumplimiento del fin especial; hubiera sido un estado enfer-

mizo como la hipertrofia, ó una deformidad como la raquitis. Que nuestra gracia especial no tenga nada que moleste ó dificulte su desarrollo, es ya una gracia insigne, porque las mezclas espirituales son confusiones. ¿Quiénes son los ciegos en la vida espiritual, sino las gentes sobrecargadas de buenas obras, las que están sofocadas por prácticas piadosas, las que se abruman con devociones, las que se estenúan por querer hacerlo todo? Con eso, estoy pronto á reconocer que el conocimiento de la vocación especial es un favor digno de envidia para las personas á quienes ha sido concedido. Pero os suplico que observéis que nadie será nunca interior, á menos de estar reconciliado con las desigualdades en la gracia.

Por otra parte, la divina ignorancia jamás es total: hay siempre en ella cierto resplandor en el que el alma reconoce á su conductor. ¡Cuán poco se necesitó para guíar á los Reyes el día de la Epifanía! Y, sin embargo, ¡cuánto habrían perdido si no se hubieran decidido á seguir á la estrella! Podemos tomar á esa estrella como un ejemplo de la doctrina de las vocaciones é inspiraciones. Más de una estrella ha aparecido para nosotros en la noche serena de la fe, y no la hemos seguido: más de una luz significativa se ha detenido sobre el sitio en donde se hallaba el divino Niño, como para advertírnoslo con su claridad. Por modesta que fuese, sentíamos que tenía algo de celestial, y, sin embargo, nos hemos apartado de ella, y hemos concluído por olvidarla completamente. ¡Oh!... ¡no tenemos corazones para sentir, ni ojos interiores para ver realmente el sitio en donde estamos! Nues-

tros ángeles buenos nos rodean, y gracias grandes y pequeñas llueven sobre nosotros durante el largo curso de nuestra vida, y las inspiraciones que nos llegan dulcemente son tan abundantes y silenciosas como copos de nieve. Y he ahí los hilos que nos rodean y envuelven en mil pliegues y misteriosos destinos para la eternidad, y no los sentimos, como un hombre fuerte no siente las telas de araña y los hilos que rodean á los céspedes de otoño. Nosotros estamos envueltos en ese sistema, que coloca el sol, la luna y las estrellas sobre nuestras cabezas, el suelo bajo nuestros pies, y el aire en derredor nuestro, que lo estamos en la presencia del santo de los santos, presencia viva é inevitable que no nos pierde un momento de vista, y que aun durante nuestro sueño nos aguarda en la obra de su gloria: presencia amorosa y por lo tanto llena de celo, y que es eterna como él.

Pero puede haber personas que ignoren su vocación por su falta, ó que sin culpa suya, por el momento, pueden llegar al conocimiento de esa vocación, empleando los medios convenientes. Un hombre que no hace una vida de oración, naturalmente tampoco tiene una vida de luz; y si no se mora en la luz interior, no se puede ni ver á Dios, ni comprender sus vías sobre uno mismo. Si queremos, pues, descubrir nuestra vocación especial, ó por lo menos hacer lo que Dios tiene derecho á esperar de nosotros en cuanto á ese asunto, debemos comenzar por llegar á ser interiores, y por contraer la costumbre de que ya os he hablado, de ver á Dios en la obscuridad. Es necesario vigilancia para conocer á Dios, y debemos velar de

rodillas para observarle, abismándonos lo más bajo posible en nosotros mismos. De esa manera aprenderemos mucho, si no lo aprendemos todo. Aun cuando no encontrásemos precisamente lo que buscamos, aprenderemos bastante para colocarnos en el camino de una santidad más elevada. Otro punto: como una dirección espiritual es casi una condición necesaria para el conocimiento de sí mismo, así lo es en los casos ordinarios para conocer la conducta de Dios sobre nuestra alma. Del mismo modo que las apariciones celestiales son visibles para algunos y no lo son para otros, así los movimientos de Dios en el alma son con frecuencia manifiestos á los ojos de otro y ocultos á los nuestros. Algunas veces hay razones naturales para que no comprendamos las operaciones de la gracia en nosotros, y otras las hay sobrenaturales. Aun siendo exactos y puntuales en el examen de nuestra conciencia, debemos también apoyarnos en el testimonio de alguno que se halle colocado fuera de nosotros, y á veces, y hasta cierto punto, contentarnos con ver por sus ojos y oir por sus oídos. Si no tenemos una vida interior, el curso de nuestra vida puede alterarse sin que lo sepamos. Algunas veces acontece eso por algunas pequeñas inobservancias por parte nuestra, que sin ser formalmente faltas, no dejan de traer consecuencias. Otras nos encontramos rodeados de circunstancias nuevas: una mano invisible se apodera del timón é imprime al curso de nuestra vida una desviación casi insensible, pero que la hace ir á parar á un punto enteramente diferente.

Así á la vigilancia interior y á la docilidad á una

dirección inteligente y desinteresada, debemos añadir una costumbre de considerar tranquilamente los acontecimientos que nos conciernen, y que son en lo exterior la providencia de Dios sobre nosotros. Hay mucha diferencia entre una meditación reconocida, seria, llena de admiración por las misericordias pasadas, y esa inspección endeble de sí mismo, que malsana para todos, enerva en particular á tantas personas piadosas. Nuestros años pasados son un volumen de profecías, llenas de reglas y de indicaciones para el porvenir. Como el profeta, debemos masticar ese volumen y hacer de él nuestro alimento. Una vida espiritual que se arreglase sin tener en cuenta circunstancias exteriores y que se construyese al lado de sus deberes exteriores, en vez de tomarla por base, sería simplemente una ciudadela de ilusiones.

Pero el método más seguro de llegar á un conocimiento de los designios eternos de Dios con respecto á nosotros, debe encontrarse en el buen uso del momento presente. Debemos apreciar nuestra gracia presente, reposar en ella y corresponderla con cuidado, pero tranquilamente. Nuestra gracia del momento es la señal más infalible de la voluntad de Dios. Es una revolución divina que casi siempre trae consigo su interpretación auténtica. Lo que nos hace falta para nuestra santificación, no es solamente una gracia cualquiera, es la gracia que nos es propia, la que es propia del tiempo y del lugar en donde nos encontramos. La voluntad de Dios no nos llega en grueso y de un golpe, sino en pedazos, y generalmente en fracciones muy pequeñas. Nuestra

tarea es reunir esos diversos fragmentos y formar con ellos una vida y una vocación regular. Como una linterna por la noche, la gracia nos da la luz para alumbrar nuestros pasos en un círculo suficiente para prevenir los accidentes, pero debemos mirar dónde ponemos los pies. Si miramos únicamente lo que tenemos en frente de nuestros ojos, caeremos, á pesar de la linterna, ó quizá á causa de ella, por el movimiento y la irregularidad de sus sombras. Nuestra gracia presente es la que está también menos sujeta á nuestras ilusiones, y con la que podemos obrar, si no con la mayor facilidad, por lo menos con más seguridad, aun cuando no viésemos cómo se concilia con los antecedentes, ó cómo podrá cuadrar con las eventualidades del porvenir. Las horas son como esclavos que marchan uno detrás de otro con leña para alimentar el horno. Cada hora viene con un pequeño haz de voluntades divinas. Si tal como es apreciamos nuestra gracia presente, es porque comenzamos á comprender los designios de Dios. Eso parece muy fácil, y sin embargo, á juzgar por el corto número que obra en consecuencia, no debe ser realmente tan fácil. El uno seguirá como siempre en lo pasado; otro marchará hacia las incertidumbres del porvenir, con un soberbio desdén de lo presente. ¡Y cosa extraña! las intenciones excitan más elinterés, y ofrecen por consecuencia más atractivo que las acciones. Pero si buscamos la seguridad, la prontitud, la luz y el buen resultado del trabajo, no hay nada como lo presente. Bajo el punto de vista práctico, el momento que concluye tiene más influencia sobre nuestra eternidad que todo

nuestro pasado, y el porvenir no tiene alguna importancia bajo ese aspecto, sino pasando pieza por pieza por la manufactura del presente. La dirección espiritual de una multitud de hombres consiste solamente en detenerlos en ese punto. Y es una de esas obras que tienen pocas probabilidades de buen éxito, aun cuando en ninguna parte sean más indispensables que allí en donde adelantan menos.

¿Pero podemos seguir todas esas reglas con bastante fidelidad, sin descubrir nuestra vocación especial? Sí, pero encontramos entonces que la voluntad de Dios es que no la descubramos, y seguramente no hay ningún reposo como el que está fundado sobre la certidumbre de la voluntad de Dios. Una vez fijado ese punto, estamos contentos. Procurar el conocer su vocación es la manera de saberla, si es que debe conocerse. De todos modos, eso asegura nuestra santificación, y por consiguiente, los resultados son prácticamente los mismos. El esfuerzo nos santifica más que el éxito, porque no depende más que de la gracia presente y de las voluntades de Dios, de que estamos más asegurados. En tanto que la ignorancia no viene de nuestra falta, la caridad nos rodea y estamos en el camino recto. A algunos, como ya he dicho, les da Dios una vista clara de su vocación especial; se la da como una gracia, al parecer independiente de sus esfuerzos, y antes que hayan hecho ninguno. Para otros, esa manifestación se hace por grados, y Dios se revela majestuosamente en las fases sucesivas de una hermosa aurora. Para otros brilla de repente, sin ser anunciada y

sin razón conocida. Algunas veces, por el contrario, tiene los encantos de lo inesperado, aun anunciándose de antemano. A algunos les es concedida esa visión cuando están todavía lejos del objeto; á otros se descubre antes de llegar á él. Luego es claro que el conocimiento de nuestra vocación influirá sobre toda nuestra vida espiritual. Los hombres que gozan de esa ventaja llevan una vida basada especialmente sobre ese conocimiento. Es una gracia muy grande, pero no es tal sino para aquellos á quienes ha sido destinada; para los demás no tendría ese valor.

Pero la mayoría jamás conocerá su vocación, porque tal es la intención divina, y porque esa ignorancia forma parte de esa vocación que cumplen sin saberlo. Esa ignorancia puede tener menos consuelos que el conocimiento, pero es igualmente una gracia grande. Si es menor en sí misma es mejor para nosotros, porque nos conviene más. Porque en materia de gracia se debe mirar más á la conveniencia que á la grandeza; es preciso que una gracia se concilie con todas las demás, como también con el fin que Dios nos destina. Así podemos estar tranquilos y animosos en nuestra ignorancia. Mas aun cuando perteneciésemos á la tercera clase, la que ignora su vocación por su falta, no hay nada que pueda hacernos turbar nuestro valor y nuestra tranquilidad, si solamente nos ponemos á estudiar con seriedad la voluntad de Dios acerca de nosotros. Es inútil agitarse; la agitación neutraliza la gracia, y hace siempre más daño del que se cree.

Si en la eternidad, la visión que está ante nos-

otros no nos absorbe por completo y permite una ojeada sobre lo pasado, creería que tal sería para nosotros el cuadro de la vida. En la lontananza de una eternidad sin principio, veremos un designio claro y distinto, según el cual, Dios ha querido crearnos; veremos una personalidad que no reproduce en ninguna otra de esas criaturas; un atractivo especial que solicita su amor, ó más bien que su amor inventa, y que nos hace más queridos á sus ojos que otros que hubieran sido mejores que nosotros. Esa especialidad decide nuestra vocación sobre la tierra, fija nuestro puesto, y determina nuestro tiempo, designa nuestras obras; es el centro de todas las misericordias que debemos recibir durante la vida. Las circunstancias exteriores forman una corriente que nos impele; todas nuestras gracias están concedidas con esa mira; todas nuestras inspiraciones, como acordes de música, forman una armoniosa unidad, y cada una es como el eco del eterno designio, y parece llamarnos á su cumplimiento. Cada fracción del presente fué un desarrollo parcial del gran fin especial; y ahora nuestra gloria en el cielo corresponde á la parcialidad que tiene por nosotros el amor de Dios en su vieja eternidad. Las dos eternidades se miran una á otra. Así, todo el tiempo hemos estado en el abrazo de un amor especial, singular, y sin partición por parte de nuestro Dios, y á la luz de nuestra mansión celestial vemos con éxtasis que todo ha sido á un tiempo mismo, predestinación y libre voluntad.

FIN.

ÍNDICE.







